Lanzarote, 1730. La isla afronta la peor sequía de su historia. Y se enfrenta a sus peores secretos

JORGE LAGUNA

LA SANGRE DE LA MALVASÍA



SUMA

Jorge Laguna

La sangre de la malvasía

SUMA

A mis mentores: Pablo Barrera,
Caridad Fernández, Ana Lozano

Esta es una obra de ficción. Los personajes, acontecimientos y lugares descritos en esta novela son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Aunque algunos elementos históricos puedan inspirar el contexto narrativo, la historia no pretende representar fielmente sucesos reales ni emitir juicios sobre figuras históricas.

Todo lo que aquí se cuenta es mentira…,
salvo que quieras creerlo.

PARTE I

1

Una eterna maldición

En la muy noble villa de Teguise, isla de Lanzarote.
20 de febrero del año del Señor de 1730

Un nuevo temblor arrancó a los vecinos del sueño.

Yaiza Leal despertó con el corazón en la garganta y se puso a buscar a tientas el suelo para anclarse a la realidad. Jadeaba, su expresión atravesada por las pecas y ese rictus de incertidumbre. A su edad aún era un alma sin grietas. Acomodó su expresión cuando volvió a invadirla un estallido en la tierra y en las paredes de basalto y caliche. La sacudida apenas duró un instante, pero fue suficiente para hacer añicos la porcelana de su encimera.

Le bastó con asomarse al balcón de su dormitorio para constatar que no se trataba de una pesadilla. La Gran Aldea volvía a estremecerse bajo la llama de los candelabros. Era la segunda conmoción de tierra en lo que iba de año.

Aún no había amanecido.

Exhaló sus pesadillas antes de vestirse a toda prisa y bajar corriendo a la plaza. Yaiza vivía con su familia en un palacete situado en pleno ágora de Teguise, síntoma de su apellido. A un lado su

casa, al otro la torre desde la que predicaban los frailes. Decenas de vecinos se agolpaban ya temerosos ante los portones de la parroquia y convento de San Francisco.

Gritos de pánico. Súplicas en latín.

La joven atravesó la cancela del patio y salió corriendo entre callejuelas en busca de Matilde Palacios, curandera y boticaria de la villa. Era su única amiga y confidente, a pesar de que esta mujer la doblaba en edad. Aprendiz y maestra volvieron a aparecer poco después cargando un cazo de hojalata, además de un fardo de hojas de manzanilla y toronjil. Prepararon una fogata a los pies de un banco de la alameda y dedicaron toda la madrugada a quitar el susto a las pobres almas del pueblo.

Como siempre, trataron a más mujeres que a hombres, ya que estos recelaban del buen hacer de una jovencita descarriada y una solterona de mediana edad por la que nadie apostaba ya para el casamiento. Yaiza asistía a su mentora sin rechistar, bien removiendo la infusión, bien frotando los cuellos de las vecinas con ese ungüento mentolado. Mientras lo hacía podía sentir la piedra de manteca fundiéndose con el barniz y la acidez de sus pieles. Algunas tenían costras en la piel o restos de terral. Más de una doña sucumbió ante los vahídos en tan calurosa madrugada, en la que la humedad se aferraba a los velos y enaguas. Todas desprendían el mismo aroma a establo, mezcla de sudor y efluvios de los excrementos del ganado. Bajo ese clima de sequía extrema, el baño era un lujo que no podían permitirse ni los terratenientes.

Entretanto, los novicios más jóvenes tuvieron que salir del convento para apaciguar a las masas, siguiendo las órdenes de sus guardianes y superiores. Versículos a la virgen, incienso y una talla

de san Francisco de Asís que aquellos imberbes pasearon por los corros de la plaza para transmitir optimismo ante tan descorazonadora situación.

Ojalá los temblores fuesen el único castigo que asolaba Lanzarote.

Al amanecer, y con la ayuda espiritual de los franciscanos, Yaiza y Matilde habían logrado por fin contener parte de la histeria. Los vecinos estaban ya más calmados, pero aún sobrevolaba el temor a que esa nueva sacudida fuese el presagio de la maldición que se cernía sobre los conejeros. Una más, como si no hubiese ya suficiente desgracia en la isla.

Y la labor de estas dos mujeres despertaba recelos. No solo de algunos vecinos, sino también del superior del convento, fray Pedro Carrasco.

Este vetusto siervo de Dios apenas se dignó a saludarlas cuando estas ya recogían sus bártulos. Carrasco les agradeció su empeño, pero volvió a advertirles que esa no era faena para ellas. Solo se dirigió a Yaiza, como era costumbre en él, pues ya había perdido la fe en Matilde. No creía que la curandera de mayor edad pudiese volver ya por sus medios a la vereda. Al mismo tiempo creía que la joven aún estaba a tiempo de encauzar su vida y dedicarse a los quehaceres que le correspondían. No en vano era la hija del alcalde.

Yaiza agradeció el consejo. Pero en cuanto el fraile se marchó, lo maldijo en silencio y regaló a su amiga una expresión de hastío ante lo que le esperaba. No podía con su alma. Se le dormían los ojos después de toda una noche de tensión. Ya se atisbaba el domingo más allá de aquella meseta vestida por los matojos. Pero ella sabía que le esperaba una larga jornada, pues todo parecía indicar que

tendría que acompañar a sus padres en la misa y en la recova para transmitir calma al pueblo.

Otra vez la misma historia.

Por más que quisiera ser optimista, ella también estaba convencida de que la isla estaba maldita.

2

Como tantas otras familias

Los contornos de la catástrofe tomaron una mejor perspectiva con la alborada.

Yaiza atravesaba las callejuelas aledañas a la iglesia, sorteando trapiches de azúcar y barriles de encurtidos. Párpados de zozobra y carbón, la muchacha sostenía la mano de su hermano pequeño, Bernardo, un renacuajo de siete años que ya calzaba trajes de marinero y al que tenía que contener para que no se le escapase entre las cabras. En los tendales del género se había instalado un ambiente festivo, síntoma de la fiesta de guardar. Por momentos incluso parecía que no hubiese ocurrido nada solo unas horas atrás.

A sus veintidós años, Yaiza Leal era una joven de figura cándida, prístina sonrisa y una calidez en su mirada que enfatizaba la dulzura y la nobleza. Pero también se mostraba descarada en su andar, muestra de lo incómoda que se sentía entre esos círculos en los que tanto importaban las apariencias. Su rostro lo salpicaban las pecas, y quedaba enmarcado por unos cabellos sedosos y castaños que sabía eran legado de su madre. También de esta había heredado aquel vestido blanco de falda larga bordado a mano, y que la hacía parecer una princesa de porcelana a ojos de los teguiseños. Una

mujer frágil y aniñada, pues en palabras maternas «así debía verse una dama de su estatus a la que aún no se le conocía cónyuge».

Pero no sabían de lo que era capaz.

Unos pasos por delante avanzaban sus padres, Juan Leal Goraz y Lucía Catarina Hernández. Él era el alcalde de la isla de Lanzarote, representante del monarca en el cabildo insular. O lo que era lo mismo, el rostro visible del poder peninsular en esa tierra marginada por la Corona.

Ella era su consorte.

Juan combinaba en sus funciones el poder administrativo y judicial. Presidía el concejo, mediaba entre las disputas vecinales y luchaba porque Su Majestad no se olvidara de ellos. Por desgracia, el diplomático padecía una ceguera total de nacimiento en su ojo izquierdo y cada vez atinaba peor con el derecho, lo que le obligaba a caminar ayudándose de un bastón de madera de acebuche. A menudo requería también del apoyo de su familia para las visitas de rigor. Pero él no se amedrentaba por las dificultades, tampoco por una edad que ya empezaba a pasarle factura. Estaba acostumbrado a lidiar con su resignación. Juan deseaba no tener que abandonar nunca su puesto, pues se debía a su isla y a su villa natal de Teguise. Y así quería seguir mientras le dejaran. Se sentía querido y admirado por la isla. No era para menos teniendo en cuenta que llevaba más de dos décadas en el cargo. Pero con más de medio siglo a sus espaldas, veía la retirada acechándolo en el horizonte.

Y Lucía era en parte responsable de este martilleo. Su esposa se enfrentaba a los demonios de ser simplemente su dama. A ojos del entorno ella debía enorgullecerse del rol que ostentaba, y más aún teniendo en cuenta que venían de mundos muy distintos. Mientras

que Juan se había criado en una familia acomodada, Lucía no tenía siquiera apellido de nacimiento. Siendo niña los frailes tuvieron que otorgarle uno de común aplicación que solían dar a quienes no tenían cómo o dónde buscar su ascendencia.

Era huérfana.

Lucía Catarina Hernández creció en un hospicio, pululando entre franciscanos y monjitas clarisas, rasgo que se notaba a leguas en los posos de su educación. Siempre mantenía la rectitud que dictaban los cánones a una figura en sus faldas. Cabello largo y de una oscuridad apabullante, en cuyo interior se enmarcaba un rostro de facciones tan densas como el humo de una hoguera. Era una mujer tímida y de coraje recio. Ojos de bronce y una cultura del trabajo desde su infancia en el orfanato. Su mirada transmitía autoridad y serenidad al unísono. No le gustaba hablar del pasado, y tampoco a Juan le agradaba remover los efluvios. Habían atravesado malos momentos, especialmente al principio de la relación. Procedían de rincones tan distintos como infranqueables.

Por suerte, los fantasmas de la desigualdad parecían haber quedado atrás para siempre.

Los Leal eran ahora un matrimonio bien avenido y respetado. La cultura estaba al alcance de unos pocos, así que buena parte de los conejeros delegaban en el buen hacer del alcalde los derroteros de la isla. Hombre campechano, como pocos se recordaban en Lanzarote.

Mientras avanzaba tras ellos, Yaiza Leal no podía dejar de fijarse en su padre. Lo admiraba tanto como a su propia sombra. No heredó un solo rasgo físico de él, pero en contraposición había crecido con su ejemplo. Todo lo contrario que su madre.

Pero ese era otro cantar.

Juan y Lucía se detenían cada pocos pasos a saludar y a consolar a los vecinos, arrastrando en su procesión a los dos hijos que aún vivían bajo su techo. Faltaba un varón en esa estampa, primogénito de los hijos y dos años menor que Yaiza. Mateo Leal tenía veinte años y había echado a volar del palacete familiar tras contraer matrimonio con una chica de buena cuna.

Lo que a priori podría parecer una gran noticia, para el alcalde era algo difícil de digerir. Yaiza comprendía el dolor y el resentimiento de su padre ante la marcha de Mateo, pero no esa inquina tan visceral que este desprendía. Quizá estuviese tratando de descargar en él su frustración. Al fin y al cabo, el mundo de Juan se estaba resquebrajando.

Y es que no eran tiempos para el optimismo. En realidad, aquella sacudida de tierra era lo de menos. Lo devastador era que Lanzarote sufría la peor sequía de sus recuerdos, y por ende una hambruna que los conducía al peor de los infiernos. Apenas quedaba finca sin cuartear, los animales perecían por decenas y las enfermedades campaban a sus anchas debido a la insalubridad. La tisis y la lepra estaban arrasando los árboles genealógicos.

Su padre daba vueltas una y otra vez a esa decisión que sabía tendría que tomar más pronto que tarde.

Mucho se temían que lo peor estaba por llegar.

3

Valor de ley

Yaiza sacudía a Bernardo para evitar que se durmiera durante su procesión por los puestos de la plaza. Aunque tenía que darle la razón al pequeño, pues ella también se aburría de lo lindo. Lo peor era asistir constantemente al mismo discurso de su padre con los vecinos que suplicaban su ayuda o le pedían opinión. Como si este fuese un profeta. Todos querían saber cuándo cesarían los temblores, cuándo llovería o cómo caería sobre ellos el apocalipsis. Juan calmaba a su gente con el temple que le precedía. Pero Yaiza sabía que él estaba incluso más aterrado que los pastores que lo acorralaban entre puesto y puesto.

Juan llevaba más de veinte años en la alcaldía, periodo que más o menos coincidía con la fecha de nacimiento de Yaiza. Ella se enorgullecía de tener la misma edad que el cargo político que ejercía su padre, aunque a menudo tenía la certeza de que su poder era testimonial. En la calle mantenía las formas y transmitía sensación de control bajo el chaqué de lino, pero en la intimidad de casa era el primero en estallar contra sus dignatarios. Tenía improperios para regalar a todos los superiores, la más visceral de sus angustias. Desde el corregidor de Gran Canaria al comandante general del

archipiélago, que residía en la isla de Tenerife y de quien se contaban todo tipo de corruptelas y excesos.

Y la peor parte se la llevaba la Corona. Madrid. Su padre los ponía a caldo, pero bajo esa fachada de crudeza y altanería subyacían sus lamentos. Decía que les habían abandonado. Que en la capital nadie atendía sus demandas y que los estaban dejando morir a su suerte. A decir verdad cada vez eran menos los navíos que pasaban por la isla para comerciar. Ni siquiera recibían ya ataques piráticos, pues no había nada que robar en ese yermo paisaje.

La isla se precipitaba al abismo.

Yaiza deambulaba entre abastos, en el bullir de puestos y tenderetes, carruajes tirados por mulas y un vaivén de juglares, arrieros, sacos de gofio y judiones. Su estela daba muestra del sueño por haber pasado en vela toda la noche anterior. Rezumaban por doquier los insultos de antaño, y era tal el barullo que a menudo se formaba un laberinto de monedas y gritos. Perdió los nervios al verse atrapada con su hermano entre cuernos y pastores. Cántaros de leche colmando la tierra. Gritos de granjeros luchando por quitarse de encima el producto perecedero.

Yaiza luchaba para que Bernardo no se escapara entre la gente. Los huevos prácticamente se regalaban al llegar el mediodía. Y lo peor era la podredumbre, ese salitre al que ella no terminaba de acostumbrarse a pesar de que vivía junto al mar. Pescados secándose al sol y pulpos cosidos con cuerdas a una hilera de estacas ocupando parte del hemiciclo. Los vendedores exhibían el género al postor que pudiese pagarlo. Pero nadie tenía dinero para comprar, así que se vendía poco más de lo necesario para alimentar a las familias.

El resto se desperdiciaba.

En ese momento la asaltaron los gritos de los alguaciles. Tiró del brazo de su hermano y corrió hacia el meollo, esquivando la marabunta de puestos con el amargor de la desgracia que se abría ante ellos. Por lo que pudo intuir entre empujones y gritos, los guardias acababan de atrapar a un pobre mendigo que estaba pagando con monedas falsas. Era una fechoría habitual en esos días, y contra la que su padre llevaba meses luchando sin éxito. La gran cruz de su cabildo, además de aquella sequía. Aunque Yaiza tenía claro que una cosa era consecuencia de la otra.

Arrinconaron contra una esquina a ese desvalido de clavículas afiladas en lo que Juan llegaba con su bastón para ver qué sucedía. Allí salió a su encuentro Norberto Palacios, alguacil mayor de la villa y mano derecha de su padre en el cabildo. El monopolio de la fuerza apareció con todas las de la ley, haciendo valer su deber con el zurriago y el regatón afilado. Yaiza detestaba a ese Norberto, pues era un tipo violento y desangelado. Y lo peor es que era el hermano mayor de su amiga y curandera. Matilde Palacios portaba el apellido más infame.

—¿Qué hacemos con él, Juan?

El alcalde se acercó al mendigo en lugar de responder a su amigo.

—¿De dónde las sacó?

—Yo no…, yo no sabía que eran falsas, mi señor. Fíjese en lo bien que están.

Juan tomó una de ellas entre las manos. La acarició con delicadeza, después se la tuvo que llevar a los ojos para comprobarlo con la vista que le quedaba. Pudo dar fe de las

palabras del hombre. Era la falsificación más elaborada que había visto. Solo la delataba el canto del metal.

—¿Quién se la dio?

—Que no…, no sé, señor… Yo solo pedía limosna. No sé…

Juan lo cortó con desprecio. Se notaba su enfado ante la circulación cada vez más habitual de esos reales de plata.

—Pa dentro —zanjó, dirigiéndose al alguacil Palacios.

—Pero, Juan…

—Que aprenda, como todos.

Al mendigo lo sostenían entre varios guardias. El hombre apenas se tenía en pie, balbuceaba con sus piernas lánguidas arrastrándose contra el suelo. El harapo le colgaba por la cintura como si fuera un Cristo en su martirio.

—No tiene comida, Juan.

—Como tantos otros. Es la ley. Al calabozo, ya le daremos juicio mañana. —No podía ocultar su desesperación.

Dicho y hecho. Palacios ordenó a sus muchachos que lo encerraran en los sótanos del cabildo, y estos lo arrastraron por toda la tierra. El hombre se volvió hacia Juan, suplicando su misericordia.

—Agua…, agua.

Juan contuvo el aliento y fingió no haberlo escuchado. Retomó sus pasos con el bastón, dispuesto a continuar la procesión dominical con Lucía y sus hijos.

Continuaron avanzando entre unas callejuelas en las que se cultivaba el peor de los escenarios. Niños menores que Bernardo tirados en el suelo, gritando por deshacerse de las piñas de millo. Una berberisca gritando con voz de ultratumba las virtudes de la miel que portaba en su cesto de mimbre. Como tantos esclavos que

vivían en la isla. La africana tenía manchas rojizas en su empeine, muestra de que algún insecto había consumido sus carnes.

Pero Yaiza no podía más que fijarse en su padre, quien se quedó petrificado tras su encuentro con el vagabundo. Así era Juan, incorruptible hasta la médula, por más que le doliese. Su figura recia se amilanaba a cada paso, mostrando fragilidad en compañía de los anteojos y el bastón. La joven lo notaba más atormentado que nunca. Y no solo por ese veredicto, sino porque llevaba días demorando una decisión que sacudiría los cimientos de la isla.

4

Las voces del agua

Todo el pueblo se congregó a la mañana siguiente en torno a la Gran Mareta de Teguise.

Juan Leal había anunciado una convocatoria de urgencia a su cabildo que los ujieres se encargaron de pregonar por cada rincón de la villa. Pocos actos despertaban tanto el interés de los vecinos como la lectura de un edicto, y corría el rumor de que el anuncio marcaría un antes y un después en esta crisis.

En el peor de los sentidos.

Al frente del acto se hallaba la plana mayor del cabildo, con Juan a la cabeza. A los políticos los acompañaban sus familiares. Yaiza vestía para la ocasión un traje oscuro de tiro largo que le confería un aire de luto. No era para menos. Jamás había visto tan vacío el estanque, y la situación se tornaba más angustiante cada día.

Las maretas eran grandes depósitos excavados en la roca, revestidos con piedra y terracota para evitar filtraciones. Una suerte de cisternas públicas, construidas por los vecinos con el fin de recoger y acumular el agua de las escasas lluvias que apenas bendecían el erial. Este era el único método de abastecimiento, además de las galerías subterráneas y algún que otro aljibe o pozo

particular. Pero solo los pudientes contaban con recursos para fabricar una de estas estructuras, por lo que las maretas eran la bendición. El maná del territorio. El único espacio capaz de sostener la agricultura y la ganadería. Sin el agua de las maretas perecerían las plantaciones, el ganado, e incluso sus habitantes.

Yaiza no podía más que lamentar el paisaje que se abría ante ella. Al otro lado de la mareta se encontraba el resto del pueblo. Gentes de los más humildes gremios y oficios. La mayoría presentaba un estado deplorable, ropas ajadas y pieles resecas.

La más oriental de las islas Canarias se intuía como un refugio agreste, apenas dominado por colinas y una vegetación que dejaba mucho que desear. Interrumpían el paisaje las aldeas de color blanco; chabolas, chamizos o jacales de troncos.

Y un vendaval que hacía enloquecer bajo un eterno sol de justicia.

Junto a los Leal se encontraban los franciscanos y las monjas clarisas del norte de la isla, así como el resto de los apellidos de prestigio. Los Palacios, Curbelo, Arrocha, Saavedra o Perdomo, entre otros, aunque no ostentaran cargos oficiales. Pero por encima de todos se hallaban los Betancor, la familia más reputada de la isla. Resultaba evidente a simple vista qué apellidos salían adelante, aunque fuese a duras penas, y quiénes no tenían ni cómo ganarse un maravedí.

Se hizo el silencio en cuanto Juan pronunció un carraspeo.

—Nada me duele más que tener que dar esta noticia. Después de discutirlo con el corregidor de Gran Canaria y los terratenientes, nos vemos en la obligación de reducir aún más la distribución del agua.

Yaiza notó cómo a su padre se le atragantaba la voz. Temblaba, pero al mismo tiempo mantenía la firmeza que exigía esa crisis sin

precedentes.

—A partir de mañana cada hogar solo recibirá treinta azumbres diarias, cuarenta para quienes hayan acreditado la necesidad de una partida extra para el regadío de sus cultivos o para abrevar al ganado. Pido la colaboración de todos para que podamos superar esta situación.

Los rostros del pueblo se dirigieron de inmediato hacia el alguacil mayor, Norberto Palacios, así como al resto de los hombres a su cargo, pues todos intuían la dureza con la que protegerían la mareta. Estos guardias estaban al servicio de la Corona, lo que se traducía en que rendían cuentas al cabildo dirigido por Juan y sus concejales. Los hombres de Norberto custodiaban día y noche el estanque con tal de evitar el vandalismo, pues la contaminación del caudal pondría en peligro las vidas de todos. Y ante una situación como aquella debían extremar las precauciones.

El reparto debía hacerse de forma equitativa, aunque para algunos era un secreto a voces que la realidad distaba de las promesas. Se decía que algunas familias adineradas podían recibir en secreto toda el agua que necesitasen. Aunque para Yaiza esas acusaciones no tenían sentido, pues suponían una falta total de honestidad contra los más necesitados. Y ella confiaba plenamente en la honestidad de su padre y del resto del cabildo.

Tras el silencio de Juan aparecieron los murmullos. Una cadena de voces que pronto se convirtió en protesta. Fue precisamente el carnicero y curtidor, Lucas Delgado, quien alzó la primera voz.

—¿Ocho azumbres menos por semana? ¿Cómo vamos a…? ¡Imposible! ¿Qué hago? ¡Es condenar a las cabras o a mis hijos!

Juan no pudo más que resignarse, pues esperaba esa protesta y también las que siguieron.

—Lo lamento, carnicero. Créame que soy consciente de cómo afecta esto a los pequeños gremios, como el suyo. Haremos todo lo posible por enmendar esta situación. Entienda que estamos igual que usted.

—¿Qué? —clamó este en actitud retadora—. ¿Cómo se le ocurre insinuar…? ¿Quién va a salvar a mi hijo? ¿Eh?

Juan agachó el rostro, pues no tenía una respuesta que darle. Tanto Lucas como su esposa, María Melián, tomaron el protagonismo entre la marabunta. Ella se envalentonó dando voces. Al igual que su esposo, ambos exigían justicia y compensación por la sequía, pero también por su criatura, Josito, que estaba muy enfermo.

—Por favor, señor Delgado. Le pido pacien…

—¡Siempre con lo mismo!

—Les garantizo que el reparto será justo y equitativo. Nadie recibirá más de lo que corresponde.

—¡Embustero! ¡Todo el mundo sabe la verdad! ¡Mientras la gente muere de sed, las familias de su círculo siguen recibiendo más agua que el…!

Lucas no pudo terminar de hablar, pues sus propios amigos, artesanos y ganaderos lo hicieron callar a empujones.

Yaiza se dio cuenta del pavor que se respiraba entre los propios vecinos. Nadie quería levantar la voz por miedo a ver reducida su partida de agua. Ella lo sentía por esa gente, pero sobre todo por su padre. Sabía de buena mano que Juan se estaba dejando la salud en busca de la mejor solución. Por si fuera poco las familias más pobres tenían el problema del número de miembros. Algunas contaban con

cuatro, cinco hijos…, o incluso más. La mayoría de los hogares los conformaban hasta diez miembros, entre padres, hijos o abuelos. Y a esto había que sumar el ganado.

Juan alzó la mano pidiendo calma.

—Haya paz, vecinos. Les aseguro que pronto lloverá, como ya ha predicho nuestro querido párroco. —Señaló a fray Carrasco, guardián de los franciscanos y uno de los rostros más influyentes de la isla.

El fraile apenas elevó los brazos en señal de decoro, y aseguró con su gesto lo mismo que ya tanto había repetido. Era un hombre de mirada plomiza y semblante anodino.

—Así es. Ya estamos pidiendo a Dios por la lluvia en cada homilía. Y si tenemos que hacer alguna ofrenda más, no dudaremos en llevarla a cabo.

Algunos vecinos se santiguaron al escucharlo, tal era la devoción que le profesaban.

Pero en ese momento volvió a alzarse una voz de procedencia indefinida.

—¡Están todos comprados! ¡Podridos!

Yaiza levantó el cuello en busca del susodicho. No pudo seguir el rastro con claridad, pero nunca había sentido tal crispación entre su gente. Solo temía que el asunto no fuese a mayores, pues aún bullía en la memoria colectiva la última revuelta que sumió a Lanzarote en un baño de sangre. Unas circunstancias parecidas que llevaron a varias semanas de protestas, y culminaron con la noche más sangrienta en la historia de la isla. Una velada atravesada por la histeria, y que ningún vecino quería recordar.

De aquello hacía veintidós años, los mismos que tenía Yaiza. Y aunque ella no lo había vivido, sus padres a menudo recordaban el evento con un cariz agridulce. Por aquel entonces Juan Leal tenía un pequeño puesto en el cabildo, pero se convirtió en alcalde tras la conclusión de aquella insurrección de 1708.

—¡Leal, embustero!

Se trataba del carnicero, nuevamente. Esta vez Palacios corrió hacia la marabunta, trabuco en mano, y disparó hacia el cielo.

Nadie se esperaba que el alguacil fuese a disparar con el cañón. Todos se dispersaron al unísono, y quedó claro que Lucas Delgado había vuelto a ser el instigador. Sus amigos lo dejaron solo en mitad de la hondonada. El curtidor levantó las manos en señal de calma, pero no parecía dispuesto a doblegarse. El alguacil se abalanzó sobre él y le golpeó con la porra en el muslo.

—¡Calma! ¡Calma! —gritó Juan con desesperación desde el otro lado de la mareta—. Por Dios, pido a todos un poco de comprensión. Les aseguro que jamás ha habido un trato de favor en este cabildo con ninguna de las familias.

—¡Mentiroso!

Palacios tapó la boca al carnicero, después le golpeó con tal fuerza en la cara que lo dejó sonado durante unos instantes.

El muchacho cayó al suelo.

—¡Por Dios, Norberto! —insistió Juan.

El alguacil hizo un esfuerzo por contenerse, su semblante era el sentir de todos los miembros del cabildo. Juan y sus hombres estaban destrozados por tener que tomar aquella decisión. Pero no veían otra respuesta para afrontar la sequía.

Un esfuerzo colectivo.

En cuanto se levantó el acta todos comenzaron a marcharse. El alguacil Palacios preguntó a Juan al oído si tenía que poner los grilletes a Lucas, pero este le pidió que lo dejara estar. Se compadecía del pobre carnicero, de su familia, pero sobre todo de ese niño enfermo cuya dolencia nadie lograba identificar. Y que no remitía con ningún tratamiento.

Poco a poco la mareta se fue vaciando hasta que no quedaron más que los vigilantes. Yaiza nunca había temido tanto por su padre como ese día, pues notaba mayor tensión que nunca. Por primera vez pensó en las habladurías. Muchos dudaban de la imparcialidad de su padre, esas voces a las que ella nunca había querido prestar atención. Pero ¿y si estaban en lo cierto? ¿Y si el cabildo estaba dando más agua a unas familias que a otras?

Recordó entonces una conversación que había tenido con él meses atrás, en la que este le confesó que temía enfadar a ciertas personalidades. Decía que algunos apellidos no podían quedarse sin agua para el regadío, pues eran quienes sostenían la economía. Y por si fuera poco, estaban haciendo todo lo posible por visibilizar Lanzarote ante el resto de Europa.

Por más crípticas que fueron sus palabras, Yaiza acababa de darse cuenta de que Juan se refería a un apellido en concreto.

Los Betancor.

Esa familia perfecta a la que ella envidiaba con cada uno de sus sentidos.

5

El hijo pródigo

Un retrato presidía el comedor de la mansión. Se trataba de una ilustración a carboncillo, sin más color que el azabache del lápiz, con trazos finos y sin apenas detalles. Una composición sobria, centrada en el busto de un joven de rostro lúcido y pícaro, que miraba por encima del hombro a todo aquel que lo observaba.

A los pies del cuadro, la familia Betancor terminaba de almorzar en silencio. Don Tomás y doña Catalina gastaban una impronta digna de monarcas, ocupando sendas cabeceras de la mesa de roble. Afrancesados, como era la moda en esos momentos.

Ella aún llevaba el vestido que había usado para el encuentro de la mareta. Un traje de seda en tonos ocres apagados, que sin embargo no la había apartado del protagonismo de las miradas. No era su atuendo más habitual, aunque quizá sí el más adecuado para una ocasión como de la que venían, más cercana a un funeral.

Tomás también vestía su traje de lino. Sobre él se conformaba un rostro jovial y cuidado por los ungüentos recetados por la curandera, y una mirada perdida que contrastaba con su poder. El patriarca de los Betancor parecía un familiar lejano al que hubiesen invitado a última hora.

Ambos desprendían un carisma insólito, al margen de sus galones. La gente no solo los admiraba, sino que les profesaba un profundo respeto. Tomás y Catalina siempre se detenían a saludar en sus paseos con la cortesía más refinada, sin reparar en los harapos de quienes los abordaban. Sabían el nombre de todos sus vecinos, recordaban la enfermedad que a cada cual aquejaba y daban limosna a quien lo suplicaba. La pareja era un retrato de la perfección y el decoro. Humildes, pero al mismo tiempo conscientes del escalón de privilegio que ocupaban.

Y en mitad del matrimonio se hallaba Leonora, la princesa de la familia. Tenía veintidós años, al igual que la hija del alcalde, solo que sus caminos habían corrido distinta suerte. Todos en el pueblo bebían los vientos por esta cuadrillera de cabellos lacios y castaños, herencia y orgullo de sendos progenitores. Era una joven tan esquelética como un papel y con las líneas de su cuello marcadas hasta la saciedad. Su sonrisa ofrecía cortesía y buena educación, pero al mismo tiempo una cultura que le hacía enorgullecerse. Se la rifaban las dotes, pero ella seguía soltera y aún no se le conocía hombre en Lanzarote. Pero, a diferencia de las muchachas de su edad, ella sí decía tener justificación porque estaba haciendo una labor de provecho asistiendo como cuadrillera en el negocio vinícola de sus padres.

No se le caían los collares por hacer el trabajo duro.

El problema era que Leonora se tomaba su oficio de forma personal. Se desvivía por las criaturas a las que dirigía, lo que a menudo se traducía en disgustos.

Y, sobre todo, en constantes discusiones con sus padres.

—¿Qué vamos a hacer con la mareta? —preguntó Catalina.

Su esposo no respondió. En su lugar se limitó a sonreír y dio un trago a su copa de vino. Después volvió a servirse.

La mujer insistió.

—Tomás…

—¿Eh? Todo se andará.

Pero la señora no parecía opinar lo mismo.

—¿Podría hacer el favor de tomarse esto en serio?

—¿Qué pasa? Enviemos a alguien. Qué más da.

Catalina dejó escapar un resoplo, presa de la impotencia. Leonora tomó entonces la palabra para evitar que sus padres volvieran a caer en una de tantas absurdas discusiones sobre los dispendios de manufactura.

—Lloverá.

—¿Tanto se cree las profecías del párroco, hija?

—Bueno…, no exactamente. Me lo han dicho las mujeres del cobertizo —puntualizó ella—. Dicen que el rugir de los cernícalos y esta brisa constante auguran el rocío.

Catalina enarcó las cejas, incrédula.

—Las mujeres del cobertizo… —Soltó una carcajada. Después se dirigió a Tomás—. ¿Usted no le dice nada?

Esta vez el patriarca no pudo más que intervenir, aunque tampoco tenía mucho que aportar.

—Lleve cuidado, Leonora. Ya le hemos dicho que deje de escuchar sus…

—No son «tonterías», padre —lo cortó—. Sabe perfectamente que no suelen equivocarse. Tienen un contacto especial con la naturaleza.

Catalina y Tomás se volvieron hacia ella con condescendencia. Aún le faltaba mucho por aprender de esta vida.

Él tomó la mano de su hija para transmitirle su consejo.

—Deje de escuchar a esas esclavas y limítese a cumplir con su cometido, que hasta ahora lo está haciendo bien.

—Gracias por el consejo.

Pero su madre no quedó satisfecha y quiso puntualizarlo.

—El hombre es malo por naturaleza. Querrán tomar el brazo si usted les da la mano.

—No va a pasar nada.

—Recuerde los palenques, hija.

Leonora guardó silencio, pues no tenía argumentos contra ese relato que había atravesado ambas orillas del Atlántico. Se contaba que en los bohíos de América, algunos esclavos se estaban rebelando contra sus amos para huir a la selva, donde habían fundado esos palenques o asentamientos como cimarrones. No es que Leonora desoyese tales advertencias, pero sabía que era imposible que algo así sucediera en una isla en la que no tenían ni cómo esconderse.

Ella se volvió entonces hacia el retrato que presidía la pared, dejando entrever un aire de nostalgia hacia esa figura masculina. Rodrigo Betancor. Su hermano mayor. El miembro ausente en la estampa que conformaba su familia. Casi podía sentir su olor.

Ese tono almibarado de la uva malvasía.

Pero si Rodrigo no estaba con ellos era por una buena razón. El joven llevaba meses en Europa «cerrando acuerdos». El varón de los Betancor se había marchado a estudiar a la península con los mejores enólogos de la Corona. Después tuvo la oportunidad de

ampliar horizontes en Madrid, mezclándose con literatos, empresarios y con las mentes más brillantes de la Universidad de Alcalá de Henares.

Rodrigo volvió a casa, pero por poco tiempo. Con unos méritos envidiables, optó por representar a su familia en el viejo continente. Así que desde la distancia ejercía como representante de la Casa Betancor. Su misión no solo era vender el vino de su malvasía, sino afianzar la posición de su familia y de toda la isla en los salones de Bruselas y París. Se le presuponía tejiendo alianzas con mercaderes y prestamistas, trasladando una buena imagen de Lanzarote para convertir a esta tierra abandonada a merced de Dios en un puerto de renombre para los europeos.

Tener a alguien como él de enlace en los mercados del continente no solo era un privilegio, sino más bien un milagro. Todos en el cabildo insular sabían que las esperanzas de la isla pasaban por la influencia que el joven Rodrigo Betancor pudiese ejercer en las grandes capitales.

Leonora lo echaba de menos, pero confiaba en que estuviese bien. Que pronto volvería a casa con grandes noticias que traerían el resurgir a la isla.

Tuvo que dar la razón a sus padres. Por más que el párroco profetizara sobre esa lluvia que no terminaba de llegar, Rodrigo representaba la esperanza más tangible para traer la fortuna a Lanzarote.

Aunque hacía tiempo que debía haber vuelto.

Y la villa empezaba a impacientarse.

6

El presagio

La familia Leal apenas disfrutó de su comida. Los cuatro comensales luchaban por desgarrar la carnaza de una cabra que apenas se dejaba masticar. Flotaba entre ellos un ambiente de desazón por lo sucedido en la mareta. Juan comía con el decoro de quien teme estropear la vajilla, mientras que Lucía apenas probó bocado. Cada cual lidiaba con la situación a su modo.

Solo Yaiza y Bernardo aportaban algo de optimismo a la mesa.

—¿Seguro que no hay nada de lo que quiera hablar, padre? —preguntó ella.

—No. Tranquila, hija. Saldremos adelante.

Pero esta vez la joven notó a su padre más devastado que de costumbre. En ese momento Lucía dejó los cubiertos, hastiada, y al mismo tiempo también preocupada por su esposo.

—Por Dios, Juan…, haga el favor de dejar el puesto de una vez. Ya ha hecho suficiente por la isla, y no está el cuerpo para más angustias.

—Estoy bien, cariño.

—No. Deje de mentirse, porque le aseguro que hace mucho que a nosotros no nos embauca. Ya casi no duerme, se pasa el día en el

cabildo… Se va a quedar ciego como siga forzando su cabeza.

Todos guardaron silencio en aquel comedor.

Yaiza suspiró, exorcizando sus preocupaciones. Las estancias del palacete distaban de los lujos de las residencias homólogas de otras islas. Las paredes desprendían una polvareda que por momentos parecía capaz de impregnarse en la comida. La tea estaba roída por la falta de caudal para su mantenimiento. Vivían mejor que la mayoría de la isla, pero la casa no era suya. Solo residían allí gracias a la alcaldía del señor Leal. Aunque lo lógico, como venía sucediendo desde tiempos de la conquista, era que si el hombre finalmente dejaba el puesto, el cabildo le regalase la vivienda.

Yaiza pensó que quizá no fuese mala idea lo que proponía su madre, pero Juan se resistía a abandonarse a la vejez. Dejó los cubiertos y respondió a su esposa con un resoplo.

—Déjeme tranquilo, por favor. Sabré yo lo que quiero.

Fue entonces cuando Yaiza intervino para calmar los ánimos.

—Entiéndalo, madre. La isla depende de él. Nadie confía en otra persona.

—Pues ya va siendo hora de que se hagan a la idea. Que no es el padre de todos.

—No es tan fácil…

—¡Se acabó, Yaiza! —le espetó Lucía—. ¿Por qué no deja de entrometerse y hace el favor de enderezar su vida?

Juan alzó la voz para proteger a la joven.

—Lucía, por favor. No es el momento.

—¿Qué?

La mujer se vio arrinconada al saber que su marido se ponía de parte de Yaiza, así que elevó aún más el tono para continuar

enfrentándose a ella.

—¡Tanto ayudar a esa solterona de Matilde! ¡Tanto meterle esas monsergas a su padre! ¡A ver si se pone a buscar marido de una vez!

Yaiza clavó las uñas en el mantel con tal de canalizar su rabia. Otra vez la misma cantinela. En su lugar optó por levantarse y se marchó escaleras arriba hacia su dormitorio, dejando el plato de carne casi intacto.

Terminaron el almuerzo sin ella y poco después Bernardo también se marchó a su recámara. El matrimonio por fin se quedó a solas.

Tomaron asiento en el diván y permanecieron unos instantes rumiando sus cavilaciones en silencio.

Hasta que Lucía cruzó el abismo entre ambos.

—Yo lo siento, Juan. Sé que le preocupa la deriva de nuestro pueblo, pero también debe pensar en el futuro de Yaiza. ¿Qué va a ser de ella?

—Créame que lo hago.

—Pues no puede seguir así. No ha querido siquiera contemplar uno solo de los prometidos que le hemos puesto sobre la mesa. Se pasa el día llamando la atención con esa curandera. Y mire que no tengo nada en contra de esa Matilde. Pero, mal que me pese, morirá solterona. No quiero que nuestra Yaiza corra la misma suerte.

—Démosle tiempo. No todas van al mismo ritmo.

—No, Juan. Que la niña tiene veintidós años y no da palo al agua. —Suspiró—. Esto nos afecta. A vos, como alcalde. Aunque no se dé cuenta, su reputación sufre por los cuchicheos de la gente. Ay, la Virgen… ¿Qué hemos hecho mal?

—Calma, por Dios. No sea agorera. Si algo hemos enseñado a nuestros hijos es a que aprendan a pensar por sí solos. Así que aún está a tiempo de elegir a quien ella considere idóneo.

—¿Para que pase lo mismo que con Mateo?

Juan la fulminó con la mirada, pero se negó a responder.

Su silencio marcó el fin de la discusión.

Quiso un milagro que los golpes contra la puerta rompieran con el pesimismo. Los platos estaban aún a medio comer, con remansos de coles refocilando entre el caldo.

Yaiza bajó las escaleras y corrió a abrir la cancela exterior. Dio un respingo al contemplar al chico que aguardaba en el patio.

Se trataba de Abrama Blanco, y era uno de tantos esclavos que vivían en la hacienda de la familia Betancor. Un muchacho de rasgos norteafricanos, origen bereber y la piel como la madera quemada. Le encantaba ese chico.

Cada vez que Yaiza lo veía en las calles la invadía el optimismo. Quizá por la vitalidad que este transmitía con su sonrisa.

—Disculpe, señorita Leal. Me mandan los amos —dijo señalando el cofre de madera que portaba sobre los hombros.

—¡Por supuesto! —Lo invitó a pasar con gesto complacido.

La presencia de aquel joven transformó por completo la atmósfera en el palacete. Yaiza no sabía explicarlo, pero ahora veía las cosas con otra perspectiva.

Abrama atravesó el comedor con la actitud de quien conoce cada uno de sus rincones. No era la primera vez que acudía a casa del alcalde, y su visita siempre era motivo de alegría para la familia Leal debido a la nobleza y el temple que transmitía.

—Dichosos los ojos, Abrama. Enhorabuena, hoy le han dejado venir solo. —Juan se puso en pie para recibirlo. O más bien para desenvolver el obsequio que el esclavo traía entre las manos.

El berberisco se sonrojó ante el halago, pues también él era consciente de lo que eso significaba.

La ley prohibía que los esclavos abandonaran la hacienda si no iban acompañados de otro. A menudo incluso los unían con grilletes para evitar fugas. Por seguridad. Pero en Lanzarote nunca pasaba nada, él llevaba media vida al servicio de los Betancor y no se le conocía reproche alguno. Todos en Teguise lo conocían. Así que los dueños del esclavo asumían la responsabilidad.

—Un obsequio de la última cosecha de los señores —dijo haciendo una reverencia—. Quieren que sean ustedes los primeros en probarlas.

El alcalde sonrió a su esposa como si esas botellas fuesen la solución a sus problemas. Pero Lucía apenas fingió una sonrisa.

Abrama apartó los candelabros y dejó el baúl sobre la mesa, después lo abrió haciendo palanca con una navaja oxidada que atravesaba su tahalí. Lo limpió en su vieja camisa, y después en aquel pantalón de lino blanco, ambas prendas sucias y desgajadas que antaño habían pertenecido a otro esclavo de los Betancor.

Sacó una a una las botellas de malvasía de los Betancor y las fue depositando sobre el roble.

—Buen chico —dijo Juan—. ¿Cómo están los suyos?

—Bien, señor. Gracias por preguntar.

El alcalde tomó en sus manos una botella, la clavó frente a sus cejas para ver mejor la etiqueta y el lacrado de cera rojo situado en el dorso. Saboreó su granate color con los ojos, no sin dificultades

por lo poco que veía. Después tomó la navajilla del esclavo para abrirla.

—¿Ahora, Juan? —preguntó Lucía con hastío.

—¡Coño, que somos los primeros! Vamos a probarlo. ¡Y Abrama también!

—No, señor. Yo no, yo…

—Ni se le ocurra rechistar.

Asintió.

Yaiza le dedicó entonces una sonrisa, pero él apenas pudo sostenerle el gesto. Desvió la vista en cuanto sus ojos se cruzaron, como si mirarla fuese un atrevimiento que jamás podría permitirse. A decir verdad el chico parecía temer a su propia sombra.

Juan regresó de la vitrina con copas que rellenó a todos, incluido el pequeño Bernardo. Brindaron antes de probarlo con los ojos puestos en Abrama, para que él transmitiera un mensaje.

—¡Exquisito!

—Pues sí —respondió Lucía—. Puede dar la enhorabuena a sus dueños. Otra cosecha en la que se han coronado.

—Gracias. Se lo diré a los amos.

—Qué dulzor, qué cuerpo, qué… —puntualizó Juan.

—Un poco ácido, ¿no? —lo interrumpió Yaiza.

Abrama se volvió hacia ella con una carcajada instintiva que trató de ocultar al instante, presa de los nervios. Se disculpó con el matrimonio al darse cuenta de que le habían pillado riendo la gracia a la joven.

—Por Dios, Yaiza. —Lucía no sabía ya ni cómo reprenderla.

—Perdón —dijo esta entre risas.

—Discúlpela, Abrama —intervino Juan, dejándose llevar por ese clima distendido—. Las mujeres no tienen el paladar hecho al vino. Ni caso. Es la mejor malvasía de la isla.

—Seguro que a Mateo le encantará probarlo —intervino Yaiza entre risas.

Juan encogió su expresión y el ambiente en el palacete se enrareció al instante.

—Perdone, padre. No pretendía…

El alcalde sepultó su sonrisa y después se dispuso a acompañar a Abrama hasta la puerta. Regresó al interior poco después y Lucía cruzó un guiño con él, consciente de lo que pasaba por la mente de su esposo. Como siempre. Nadie lo conocía mejor que ella.

—No haga caso a Yaiza. Sabe lo que significa este obsequio.

—Sí —respondió con pesar.

Al escucharlo, Yaiza también comprendió la implicación que tenían esas botellas. Quizá las voces del pueblo tuviesen razón. Un regalo equivalía a otro, así funcionaba la cadena de favores. Pero no se atrevió a preguntar por miedo a llevarse un chasco.

En vez de eso buscó a su padre con la mirada para volver a disculparse, pero él se encerró en su gabinete, como hacía cada vez que quería aislarse de todo.

Al otro lado de la puerta se oía su respiración entrecortada.

Su miedo.

7

La enfermedad de la isla

Después del almuerzo, Yaiza se reunió con Matilde en la plaza. No había un alma en la calle, pues el pueblo se resguardaba del sol en sus casas. Un calor de justicia asolaba el basalto en cada uno de los rincones. Pero ellas tenían que hacer una visita de rigor.

El chamizo de los curtidores se encontraba a las afueras, en un secarral de camino al puerto en el que no había más que trillos, algún que otro corral y pequeñas fincas de trigo y cebada diseminadas entre pencas. Vivían en condiciones nefastas e insalubres, por lo que tenían que visitar la casa con un pañuelo de seda cubriéndoles la boca.

A pesar de las circunstancias, Yaiza disfrutaba de lo lindo con su amiga. Era imposible no dejarse contagiar por esos rizos de azabache, esa figura temida y vilipendiada a partes iguales por tantos en el pueblo. Matilde era una mujer de mediana edad que se empoderaba en sus modales y el dominio de su oficio. Llevaba con la faena desde niña, pues su padre era el médico rural y ella siempre lo acompañaba, mientras que su hermano Norberto Palacios decidió tomar el camino de las armas para convertirse en alguacil mayor.

Si algo lamentaba Yaiza era la mala suerte que perseguía a la pobre curandera, pues ni un hombre quería arrejuntarse con ella. «Mejor tener lejos a una víbora de su calaña», le decían. Seguía soltera por ejercer aquel oficio, pero nadie se atrevía a calificarla como «doctora» por ser mujer. Los vecinos la tachaban de bruja, pero también de salvadora cuando auxiliaba la vida a sus familiares.

La hipocresía.

Pero eso no era lo peor.

Su mentora llevaba viviendo en la misma casa desde que nació.

El hogar de los Palacios, ubicado en la calleja del Molino. Con la muerte de sus padres la vivienda pasó a manos de su hermano, quien formó una familia con su esposa, Camila. Ahora vivían allí con los retoños del matrimonio. El problema era que Matilde no tenía sitio al que ir por no tener marido, así que debía resignarse a vivir en un hogar que ya no era el suyo y en el que no era bienvenida.

Su hermano llevaba años tratando de echarla, pero al mismo tiempo le apenaba dejarla en la calle. Matilde vivía de prestado en la casa que antaño había sido de su familia, y por si fuera poco se dejaba la piel como sirvienta y niñera de sus sobrinos a cambio de que Norberto y Camila dejasen que siguiera viviendo allí.

Para Yaiza era una desgracia. Primero porque no veía solución a esas agonías de su amiga. Pero sobre todo porque llevaba tiempo sospechando que en la casa estaban pasando cosas que Matilde no quería contarle.

Cuando las dos mujeres llegaron al chamizo de los curtidores se encontraron con una estructura desfigurada por el tiempo. Techo de maderas carcomidas, un lodazal por suelo y vigas de madera que podían caer sobre ellos de un momento a otro.

Lucas y María descansaban bajo un alpendre roído. Él afilaba los cuchillos, mientras que ella tenía a sus pies una pileta y terminaba de lavar una decena de paños manchados de sangre. Varias lonas de piel curtida colgaban de la entrada para resguardarlos de la arena que asomaba desde el desierto de Berbería.

—Buena tarde.

Yaiza saludó a la pareja, y al instante vino a ella ese olor rancio que ambos desprendían por culpa de la piel hervida y los restos de vísceras. Curtidores y carniceros, Lucas y María se repartían un oficio en el que él se llevaba el mérito y ella el trabajo más duro. Uno frente a la mesa de despiece, la otra removiendo cubas de roble con unos efluvios a los que nadie quería acercarse debido a la pestilencia.

Entraron a la vivienda pidiendo permiso. Josito descansaba sobre un jergón de palma, agazapado en una esquina, cubierto hasta el pecho con una manta desgajada por las décadas. Tenía ocho años, criatura desangelada que a Yaiza le recordaba a su propio hermano. Tal era la indefensión del niño. Visitas como esa la llevaban a darse cuenta de la fugacidad de la vida. El azar había querido que fuese el hijo de los curtidores quien corriese dicha suerte.

Pero nadie estaba a salvo.

Ni el más rico podía escapar a la enfermedad en esa isla.

El ambiente en la recámara estaba cargado. Casi se podía degustar el padecer de la criatura. Tenía los ojos hundidos y le ardía la frente. Así llevaba meses, sumido en una fatiga que le impedía ponerse en pie.

Matilde se arrodilló ante él después de palpar su rostro. Abrió su boca, tanteó su garganta, sus ojos y su lengua. Algo lo consumía,

pero no hallaba rastro alguno que le diese un solo indicio. Junto a la curandera, su aprendiz observaba en silencio.

El matrimonio permanecía en el exterior para no contaminarse aún más por el dolor.

—Está deshidratado —lamentó Yaiza para sí.

—Lo sé, pero con eso no solucionamos nada…

—¿Sigue pensando lo mismo?

Matilde asintió.

—Temo que sea el cuero.

Después señaló a su alrededor. El matrimonio secaba las pieles entre esas paredes húmedas, de las que se desprendían vapores de cal y el hedor de la piel muerta. Ya habían compartido esa impresión con el matrimonio en visitas anteriores. Algo le decía a la curandera que el ambiente no era favorable para la criatura. El problema era que Lucas y María no compartían esa idea. Tampoco tenían dónde meterlo.

Siguiendo las órdenes de su maestra, Yaiza extrajo del maletín un albarelo de cerámica en el que había un jarabe hecho por ella a base de miel y hierbabuena. Tal vez no fuese lo que necesitaba la criatura, pero era mejor eso que no darle nada.

Humedecieron un paño y lo colocaron sobre su frente. Después, Yaiza limpió sus manos y sus pies con una seda bañada en vinagre.

María volvió a acercarse a ellas.

—¿Alguna novedad?

Matilde calló, pero la madre de la criatura supo qué significaba su silencio. No podía soportarlo.

—Sigue pensando lo mismo…

—Mucho me temo que sí.

—¡Pues diga otra cosa! —le espetó María—. Si *mi* Josito hubiese enfermado por vivir con pieles y olores, todos lo estaríamos. Mi marido, mis otros tres hijos y yo.

Matilde aguantó la reprimenda. Confiaba en su propio criterio, pero no podía decir a esos pobres padres que buscaran un ambiente sin aquellas condiciones de insalubridad. El suelo era de tierra, con alguna que otra alfombra para protegerse, pero atroz al fin y al cabo. Apenas tenían un barreño de agua para toda la familia, y esta parecía llevar días empozada.

Las dos mujeres terminaron de tratar al pequeño como mejor pudieron y después se despidieron.

Yaiza volvió a marcharse con la misma sensación agridulce. No le caía nada bien esa pareja, pues ambos detestaban a su padre y solían liderar las protestas contra su cabildo. Pero al mismo tiempo se le encogía el alma cada vez que veía sus rostros de incertidumbre por la enfermedad del niño.

Lloraba un magenta atardecer de regreso a la villa. Las dos amigas avanzaron un tramo en silencio por ese pedregal dejado de la mano de Dios, sin más cobijo que un despliegue de corrales y algún que otro pasto amarillento.

Yaiza tanteaba a su tutora, quien sin embargo esta vez no parecía querer abrirse. Matilde tenía la costumbre de transmitir sabiduría con su sola mirada clavada en las nubes.

—No pinta bien —dejó escapar la curandera.

—¿Cree que ese pequeñajo morirá?

—Me refiero a la isla.

—¿Eh?

—¿Cómo vamos a decirles a estos dos pobres que laven al niño? Que limpien sus ropas, que mojen el suelo, las alfombras… ¿Cómo van a quitar el miasma que se les acumula? Si no tienen ni pa beber. Sin agua, estamos perdidos.

Yaiza nunca había asistido a tal pesimismo por su parte. Pero si Matilde lo decía, eso significaba que la situación era incluso más grave de lo que la joven creía.

—Lloverá, ¿verdad? Ande, Matilde. No me sea agorera.

La veterana le sonrió con una indulgencia que la hizo empequeñecerse al instante, como si volviera a ser una niña.

—¿Usted no decía que un día se la llevarían a Madrid? —preguntó Matilde.

Yaiza tardó un segundo en recordar a qué se refería, pues ya había perdido por completo la fe en que esto sucediese. Hacía años de esa promesa.

—Cosas que se dicen.

—Márchese mientras pueda, antes de que esto se ponga peor.

Cuán premonitorio resultaba su consejo.

Como si Matilde ya supiese de antemano que sus vidas estaban a punto de cambiar para siempre.

8

La sal de la tierra

Juan flotaba sobre las llanuras de Lanzarote. A sus pies las entrañas de la tierra. Un erial poblado por pencas y ganado. Un abrevadero en el que flotaban las heces de las cabras. El hombre descendió desde los cielos para reunirse con su familia. Todos le sonreían con gesto agradecido.

A simple vista era una cálida estampa.

Pero esta pronto se volvió inquietante.

A su espalda se encontraban sus padres, fallecidos décadas atrás. También estaban sus abuelos, así como otros familiares a los que él no veía desde niño. Juan condujo a la comitiva familiar por un camino a ninguna parte que se perdía entre viñedos de malvasía en mitad de la sequía. No llevaba bastón, no tenía dificultad para atisbar la planicie.

Llegó la hora de descansar. Se organizaron en el yermo sin que a nadie le pareciese extraña esa ubicación. Los niños jugaban a la peonza entre pedruscos y arenilla. Los hombres bebían del zurrón y sus esposas plegaban manteles en el suelo. Todos sonreían, imbuidos por el costumbrismo. Pero las bocas de los protagonistas

se conjuraban sin emitir sonido. Se perdían entre el vendaval que azotaba los brezos y pencas de la orografía conejera.

En ese momento la tierra empezó a temblar. Primero meciendo a Juan y a sus acompañantes con suavidad. Las figuras mudas asistían con desconcierto al desenlace. Después con estrépito, pues el suelo no ofrecía piedad alguna. Él no podía oír sus gritos, pero sí sentir la agonía. Era tal la ferocidad de la sacudida que cayeron al suelo sin posibilidad de huir. Los ancianos se desplomaban como brezales azotados por el viento. Por más que gritaban o trataban de correr, aquel altar sin Dios volvía a tumbarlos.

Fuego.

Una explosión brotó desde las entrañas de la isla para abrasarlos, para alimentarse de sus cuerpos carbonizados. Y así, la isla se abrió como un pañuelo, tragándoselos en sus fauces sin que hubiese un Dios capaz de mediar por ellos. Juan fue el último en servir de aliento a la naturaleza. Pudo observar su destino mientras se aferraba al tallo de una vid como a sus recuerdos más recientes.

Y vio morir a todos ante sus ojos.

Despertó con un jadeo.

Su rostro afilado volvió a la vida tras haber sufrido otra pesadilla. Desde hacía meses lo perseguían esos sueños, tan perversos entre sí. Tan vívidos como el jardín de su casa, ese patio de geranios que apenas podía contemplar desde el ventanuco. La ansiedad lo paralizaba por momentos. La sequía, las protestas y las enfermedades de su pueblo.

Y los temblores.

El suelo de la isla llevaba meses sucumbiendo a la naturaleza. Tenía cada vez más claro que algo estaba sucediendo, tanto en las profundidades como sobre esa bóveda celeste que se resistía a darles una sola gota. Poco le importaba a su ojo diestro el colorido paisaje que se abría frente a él. La llanura de Lanzarote en contraste con la arboleda del jardín trasero del palacete. Volvió la vista al otro lado de la cama, mas Lucía no estaba junto a él.

Probablemente ya se habría levantado.

Se asomó a la ventana de su dormitorio, que daba a la plaza. El cantar de los mirlos barnizaba los primeros compases de una mañana de invierno que sin embargo rezumaba un aire primaveral. Más allá del basalto de su parcela se elevaba la parroquia con su campanario de tañidos informes, presa de la mala calidad de los materiales con los que habían fabricado las campanas. Había algo enternecedor en la forma de crujir de aquel metal oxidado.

Pensó en el edicto recién promulgado en la mareta. Su decisión no había traído consecuencias, al menos por el momento. Pero él no aguantaba más. «La presión es real hasta la muerte», recordó aquel mantra que le repetía el hombre que lo puso en el cargo dos décadas atrás. Lucía no dejaba de repetirle que ya iba siendo hora de retirarse. Su edad, su ceguera. Y a decir verdad él ya había perdido la fe por levantar esa isla.

Estaba harto de pelear con Madrid para que no le hicieran ni caso. La metrópoli era una sarta de mentiras. Sus promesas llegaban con olor a papel mojado. Los barcos que surcaban el Atlántico evitaban esa isla como si estuviese maldita, dejando a los conejeros atrapados en el vacío. Sin comercio, sin recursos y sin lluvia nada podían hacer para sobrevivir. Muchos soñaban con emigrar, pero no

tenían ni para subir a una nao. La vida de los conejeros se anclaba en el pasado, y a sus años a él se le acababan las fuerzas para seguir luchando.

A Lanzarote se la llevaban los demonios.

Y sus pesadillas no hacían sino confirmar que la peor de las catástrofes estaba a punto de llegar.

Bajó a su despacho para ponerse a trabajar, pero pronto se vio abrumado por todas las cédulas e indultos que descansaban sobre su mesa y que debía firmar de inmediato. Se entretuvo revisando libros de cuentas mientras llegaban a él los efluvios del fogón con ese tizne que dejaba el potaje.

Así que se dirigió a los fogones para dar con su mujer.

Lucía removía la olla y secaba el sudor de su frente. Los efluvios del guiso impedían a la pobre concentrarse en la humareda. Juan la abrazó por la espalda, aprovechando que sus hijos no rondaban por allí. Adoraba cafunar el rostro entre sus recios cabellos de carbón. Ella se dejó querer, pero sin perder el corsé de los modales. Así era Lucía, incluso cuando dormía o cuando andaba por el dormitorio en paños menores, como si alguien estuviese vigilando a todas horas. Posiblemente se debiera a su crianza en el orfanato.

Juan se desvivía por robarle una sonrisa, pero esta vez le resultó imposible. Lucía estaba más turbada que de costumbre.

—Todo se andará —le susurró mientras la abrazaba por la espalda.

—¿Por qué siempre es tan tibio con ella?

—Otra vez…

—Pues sí, Juan. ¿De verdad no le preocupa…?

—Rodrigo —la cortó.

—¿Qué?

—El hijo de los Betancor. Ya está, ya lo dije. No debe quedarle mucho para volver. Y confío en que seguirá soltero, por la cuenta que le trae con su familia. Yaiza es la prometida perfecta para él.

Por primera vez en días Lucía esbozó una sonrisa. Mas no era alegría lo que bullía en sus mejillas, sino alivio. La tranquilidad de saber que su esposo seguía teniendo todo bajo control, a pesar de las circunstancias.

—¿Lo saben los padres?

—No les diga nada aún, por favor. Déjemelo a mí.

Ella asintió con esperanza. Rodrigo Betancor era el zagal por el que se peleaban todas las mujeres. Seguramente en estos momentos aquel joven estaría codeándose con la más alta aristocracia de Amberes o París. Sin duda era lo mejor que podía pasarle a Yaiza.

Ambos se fundieron en un beso, imbuidos por una pasión adolescente. Al unísono pensaron que era la señal de que pronto las cosas mejorarían.

En ese momento los golpes contra la puerta de la calle interrumpieron su intimidad. Ella corrió a abrir debido a que él no tenía a mano el bastón.

Y regresó con el rostro devastado por el desconcierto.

—Ha venido un bedel de Capitanía.

—¿Qué?

—Que nos preparemos, que acaba de venir alguien desde la península. Alguien que le conoce bien.

Las visitas desde la metrópoli nunca eran una buena noticia.

Y aunque no se atrevieron a decirlo en voz alta, esta vez creían saber de quién se trataba.

9

Cuando ruge la marabunta

Domingo Medina arribó al puerto de Naos en Arrecife sin dar previo aviso a las autoridades. Lo hizo a bordo del San Andrés, uno de los pocos navíos que aún seguían haciendo la ruta con Cádiz en esos días de tinieblas.

Este madrileño de casaca y tabaco en el mostacho rezumaba nobleza por los cuatro costados. Era la clásica imagen de un funcionario de la Corona. Suyos eran los galones y la elegancia que traía consigo el aura de incertidumbre que correspondía a su puesto. Cabello castaño, atractivo y firme, con un porte acostumbrado a adaptarse a los mil costados del globo.

Juan apareció rezagado en la dársena, pero no por voluntad propia. Al llegar se dio cuenta de que había sido el último en recibir el aviso. Supo que querían empezar la función sin él. Y sabía a quién responsabilizar por semejante falta de respeto.

Cuando se acercó al tumulto, vio cómo a su viejo amigo Domingo lo acosaba el señor Leandro Perdomo, intermediario del puerto y supervisor de la aduana local. Toda la mercancía que entraba o salía de allí pasaba por sus manos. Mozo de mediana edad, bigote ceñido, cabello rizado y expresión astuta. Una barriga nada común por esas

tierras debido al gofio y al guarapo que tanto comía. Pero lo que más llamaba la atención eran sus rasgos bereberes. Leandro había nacido como esclavo, y recaló en la isla por un milagro. Juan y Leandro nunca habían congeniado, principalmente debido a que el aduanero llevaba años tratando de arrebatarle sin éxito la alcaldía.

También rondaban el embarcadero otras familias de buen nombre, como los Curbelo, los Palacios o los Betancor. Fue el patriarca de esta última, Tomás, quien pidió que se avisara a Juan.

El alcalde se presentó ante el grupo con resentimiento, pero hizo un esfuerzo por ocultarlo para no dar muestras de discordia ante el resto del pueblo.

—¡Hombre, viejo amigo! —Juan se abrazó a Domingo Medina con efusividad.

—¡Cuánto tiempo!

Juan era el único de los allí presentes que ya gozaba de una buena relación con él, así que hizo las presentaciones. Pronto se dio cuenta de la preocupación general. Nadie quería tener en sus calles a un visitador. Estos emisarios del rey eran enviados a las provincias más lejanas de ultramar solo cuando la situación lo requería. Su figura era temida por corregidores, alguaciles y empresarios de alhóndiga. Su presencia solía traer cambios y reprimendas.

O purgas en el peor de los casos.

—¿Dónde se ha metido estos años?

—Ya ve, Juan. De aquí para allá. África, América…, a ratos en Madrid…

El alcalde no quería ponerse en lo peor, pero supo al instante que algo no fluía. Esa formalidad era impropia en la expresión de Domingo. El hombre parecía abrumado, quizá debido a tan extraño

recibimiento, pues el resto de las familias lo atropellaban a preguntas.

Juan tuvo la impresión de que Medina venía de incógnito, como era habitual en su oficio. Y sin embargo lo habían recibido a su llegada los hacendados más importantes.

—De haber sabido antes de su llegada, lo habría preparado todo para que estuviese cómodo. O al menos no tan agobiado por estas huestes de Lanzarote.

—No se preocupe.

Domingo se limitó a sonreír con timidez.

Juan solo esperaba que el hombre trajese buenas nuevas. Conocía a Domingo Medina desde hacía décadas. De hecho, se había convertido en alcalde gracias a él.

Solo alguien de su talla podía traer soluciones.

Juan tuvo que pedir a Norberto y al resto de los alguaciles que les ayudaran a abrirse paso. Apenas pudieron intercambiar más que unas palabras, pues los rodeaban los buitres tratando de ganarse su bendición. Daba igual la riqueza de los hombres, todos parecían dispuestos a arrodillarse ante este visitador por el simple cargo que ostentaba. Juan levantaba la voz con descaro para apartarlos. ¿De verdad no comprendían que estaban entorpeciendo su labor? Menos mal que Domingo conocía bien Lanzarote y sabía cómo se las gastaban los vecinos.

Y es que tiempo atrás Domingo había desempeñado un cargo para la comandancia, razón por la que pasó allí largas temporadas. Así se conocieron. Su relación pasó por altibajos, pero de eso hacía ya

mucho y Juan prefería no tener que recordarlo. El desenlace del visitador no fue el más agradable, así que el hombre terminó pidiendo el traslado. Era un trotamundos que fue pululando por misiones diplomáticas. La última noticia que Juan tenía de él era que se hallaba en el sultanato de Marruecos. Su dominio del árabe y el bereber lo llevaron a Mequinez como diplomático de la Corona de España.

—Espero que venga con hambre —dijo mientras lo introducía a los señores de buen apellido que aún no lo conocían—. Aquí tiene al señor Gálvez. El señor Arrocha, el señor…

Juan se detuvo al darse de bruces con su propio hijo, Mateo. El traidor, a quien Domingo conocía perfectamente.

—Vaya, muchacho —exclamó el visitador—. La última vez que le vi no era más que un renacuajo. ¿Qué, ayudando a su padre?

—Buenas, señor Medina. No exactamente… Trabajo para los Saavedra.

Domingo lo miró sin comprender, constatando que no conocía a esa familia. Fue entonces cuando Juan irrumpió entre ellos con la cara aún desencajada.

—Unos gaditanos que llegaron hace varios años. Supuestamente se dedican al cultivo del grano. Al menos eso es lo que dicen, porque nunca se dejan ver por ahí.

Pero el visitador seguía con la mirada clavada en Mateo.

—Tiene buen aspecto, jovencito. Intuyo que debe irle de maravilla.

Mateo le sonrió, mezcla de nerviosismo y fachada.

Pero a Juan se le revolvían las entrañas solo con ver a su hijo. Él, que siempre había sido apocado y tímido, ahora se comportaba como un gallito. El pecho henchido. Cabello peinado a un lado, esa

mirada limpia que transmitía una falsa sensación de seguridad. Vestía los linos y las sedas más elegantes, propio de un señorito andaluz. Sin duda ir con esas modas era cosa de los suegros y de su nueva esposa, que llevaban por bandera la elegancia de Cádiz.

—¿Dónde está el señor Saavedra? —preguntó Juan a su hijo.

—No ha podido venir, pero le envía saludos cordiales.

—Pues a ver cuándo se deja caer para que le pongamos cara.

Domingo se volvió hacia ellos, consciente de la tensión que se respiraba entre padre e hijo.

—¿No lo conoce?

Juan negó. Después señaló a su primogénito para que este diera alguna explicación.

Mateo se puso nervioso al instante.

—Verá, señor Medina… Don Alonso Saavedra es un hombre muy reservado.

El visitador asintió sin darle mayor importancia al asunto.

Continuaron su procesión para salir del puerto junto al resto de los alguaciles y empresarios. Pero el visitador aprovechó un momento de libertad entre la marabunta, retuvo a Juan y se acercó a su oído.

—He venido a verle, amigo.

—Espero que sea para bien.

—En privado, si no le importa.

—No me deje con la miel, por Dios.

Domingo estuvo a punto de arrancar, pero otro hombre los asaltó para saludar al visitador. Esta vez se trataba del propio aduanero, que tenía un regalo para él.

—¡Bienvenido a nuestra isla! —Leandro Perdomo era sin duda el más oportunista.

—Gracias, gracias.

—Está todo listo para recibirlo. Teguise aguarda.

El aduanero le hablaba de Lanzarote como si hubiera nacido allí, cosa que Juan no soportaba. Así que intervino entre ellos.

—Gracias por avisarme —le espetó con sarcasmo.

—A mí no me mire, señor. Yo no sabía nada.

—Ya… ¿No dice que tiene ojos en toda la aduana?

—Para quien se lo merezca.

Los dos se escrutaron en actitud retadora.

—Tenga cuidado, Perdomo.

—Y usted. Aplíquese el cuento, Leal. El pueblo está crispado por la mareta. Guarde la espalda, no sea que el visitador venga a traerle un regalito anticipado. —Esbozó una risa que sacó a relucir su dentadura picada.

Juan vio más prudente hacer oídos sordos. Ni en el mejor de sus sueños ese liberto podría quitarle el puesto. Después pasó la mano por encima del hombro de Domingo para que siguiesen la procesión, un gesto con el que quería certificar que la relación entre ambos seguía viva.

Y que él seguía siendo la única opción para gobernar esta isla.

Dejaron atrás el puerto para dirigirse al carruaje. Juan lo invitó a subir con temor a lo que pudiera suceder en Teguise teniendo en cuenta el pasado. Hacía mucho de la última vez que Medina pisó el cabildo, pero hasta las paredes tenían memoria.

El visitador subió a la cabina del carro con incomodidad, pues no se esperaba tal recibimiento.

Viajaron hasta Teguise bajo el sol del mediodía.

Y su rostro se iluminó al llegar a la plaza de la villa y ver a la chica que corría hacia él.

10

Tantos años después

Tantos años después

—¡Domingo!

Yaiza apartó a la gente a su paso y se abalanzó sobre él con ímpetu desaforado.

La comitiva tuvo que detenerse para que se saludaran, y él bajó del carromato de un salto. Nadie comprendía su relación. Pero, sobre todo, lo más desconcertante era la sonrisa del visitador.

—¡Cuánto ha crecido, jovencita!

—¡Es que lleva muchos años sin venir! La última vez yo debía rondar los quince.

—¿Y ahora?

Juan irrumpió entre ellos.

—Veintidós.

Domingo se quedó a cuadros.

—Vaya por Dios.

Yaiza percibió un destello de nostalgia en su rostro. Seguía alterada por el torbellino de emociones que le provocaba volver a verlo. Domingo siempre había sido como un tío para ella. Mientras los demás lo recordaban como al diplomático que tantos años atrás

había representado a la Corona en Lanzarote, para Yaiza era el viejo amigo de su padre que cada año aparecía cargado de libros e historias. Fue él quien sembró en ella la semilla de la curiosidad. La joven nunca olvidaría los volúmenes que este le prestaba a escondidas, o las tardes en que le relataba sus viajes, tantas culturas que había descubierto al otro lado del océano.

Hacía años de su último encuentro, y Yaiza llevaba esperando todo este tiempo una respuesta por su parte. En su última despedida él le prometió que se la llevaría a Madrid para que se formase a su lado.

—¡Qué ilusión! ¿Cómo se encuentra? ¡Le hacía en África!

—Sí, ha pasado tiempo ya de aquello.

—¿Dónde está ahora?

—En Madrid, principalmente. He dado algunos tumbos estos años.

—¿Y doña Beatriz? ¿Cómo se encuentra su esposa?

—Bien, bien. No ha podido venir, pero manda recuerdos para todos.

Juan interrumpió la charla para hacer las presentaciones a las mujeres que iban apareciendo en la plaza de la parroquia.

Todas se habían arreglado para la ocasión. El alcalde primero introdujo a Catalina, viticultora de la isla, señora de Tomás Betancor y toda una institución. El visitador besó su mano con decoro, como también hizo después con Lucía, aunque a esta sí la conocía. Y así continuó el visitador con el resto de las consortes de los grandes apellidos.

Yaiza quería seguir hablando con él, pero el gentío se lo llevaba de un lado para otro. Imaginó que ya tendría ocasión de mantener una charla con él en total confianza e intimidad. Se fijó en su padre,

quien seguía a Domingo como un perrito faldero entre la gente. Supo que algo le preocupaba.

Y es que esta visita era distinta a las demás, pues el emisario portaba por primera vez el uniforme oficial, chupa índigo y ribetes dorados.

No venía para estar con ellos, sino para algún asunto de gobierno.

Y en el peor momento posible.

Entretanto, las mujeres se apartaron a un lado para organizar el banquete. Todas tomaron asiento en las escalinatas de la alhóndiga. Catalina hizo un corro y se puso a coordinar al resto de las cónyuges. Ella correría con la organización. La esposa de otro concejal se alejó a avisar a sus tenderos de confianza para que les vendieran su mejor género para la cena. Eso sí, tenían que actuar con discreción, pues no podían causar más revuelo del que ya se había formado en torno a la plaza.

En un santiamén las mujeres pusieron en marcha aquella cena para dentro de unas horas. La tarea parecía imposible, pero fue tomando forma poco a poco.

Los hechos se precipitaron cuando Yaiza escuchó a su madre decir que la joven no podría asistir.

—¿Por qué no? ¡Pero si todas las hijas van a ir!

Lucía la llevó a un lado para que se calmara, pero esta se zafó y se dirigió a su padre, que no tuvo más remedio que apartarse de Domingo para contenerla.

—¿Por qué, padre? —insistió ella—. Quiero ir. No veo por qué…

—Hija, ahora no.

—¿Por?

—Acabo de hablarlo con su madre y ella cree que es lo mejor. Hablaremos cosas de adultos.

—¿Y yo no lo soy o qué? ¿Me quieren casar con el primer guanajo que pasa, pero no soy adulta?

Yaiza vio que Juan estaba entre la espada y la pared. Una parte de él le decía que sí con la mirada, mas la otra estaba aterrada ante el juicio de Lucía. Claramente la negativa era cosa de su madre.

—Voy a ir esta noche. Les guste o no.

—Ni lo sueñe —zanjó Lucía—. No está preparada.

—¿Y Leonora sí? —Señaló a la cuadrillera, que estaba terminando de cerrar los preparativos entre el corro de mujeres.

—Lo que haga Catalina con su hija…

—Voy a ir.

—No. ¡Sanseacabó!

La situación se tornó intempestiva, pues el resto de las mujeres asistían con estupor a la disputa.

Fue entonces cuando oyeron una voz a su espalda.

—Disculpe que me inmiscuya, Lucía, pero creo que nos vendrá bien. No tengo mucho tiempo. Así podré charlar un rato con ella.

Yaiza se volvió para constatar que no estaba soñando. Se trataba de Domingo. Por primera vez sintió que la trataba como a la adulta que era.

Lucía lo fulminó con la mirada al verse desacreditada. Tuvo que contenerse para no causar una mala impresión ante tan importante visita. Se notaba que ya conocía a ese hombre.

—Está bien, señor Medina —balbuceó.

Dicho esto, la mujer fingió una sonrisa y se perdió calle abajo.

Yaiza palideció al ver el gesto abatido de su madre. Domingo acababa de doblegarla con solo dos frases. Intuyó que Lucía no querría importunar a un emisario con las cosas como estaban, pues Juan se estaba jugando el porvenir como alcalde.

—Qué ilusión que haya venido —dijo ella en cuanto se quedaron a solas.

—Ojalá fuese por mejores motivos.

—Ah, ¿no ha venido a vernos?

—Digamos que… Es igual.

A ella no le gustó nada su respuesta. Menos aún al volver a contemplar el uniforme que él vestía.

Domingo miró a su alrededor con pesar, tratando de explicarle que no podía decirle más debido a las vecinas que los rodeaban. Ella comprendió al instante y cesó en su insistencia.

Se despidieron hasta la noche.

Yaiza supo entonces que él había venido para algo muy importante, no solo para su padre, sino para toda la isla.

A su vez notó una profunda excitación en sus carnes. Por primera vez él ya no la veía como una niña, sino como toda una mujer.

11

A la sombra del favorito

Abrama se llevó la mano a la nariz para sonarse el moquillo que le colgaba. Estaba agotado, pero también destemplado tras pasarse la jornada podando viñas, arrodillado sobre el estiércol con aquel hocino de punta curvada.

El resto de los esclavos dejó los aparejos en cuanto sonó la campana que marcaba el fin de la jornada, pero él prefirió seguir trabajando. Suspiró con optimismo al comprobar que ya brotaban los primeros sarmientos. Estaba empeñado en ganarse el pan de sus patrones.

En ese momento oyó un grito a lo lejos, una voz femenina. Se trataba de Fátima, que corría hacia él desde el horizonte. La niña, siempre desenfrenada. Quince años y esos ojos de olivo que brillaban ante cualquier travesura.

—¿Aún sigue ahí? Deje el tajao de una vez, que no se va a ganar el cielo por más que lo pelee.

—Acabo pronto.

—¿No se enteró o qué? ¡Hay que arreglarse, que tenemos servicio!

Fátima era una joven delgada y de piel de terracota como él, como dictaba el origen berberisco de ambos. Estaba famélica a pesar de lo bien que la alimentaba Leonora. Tenían muchas cosas en común además de su pasado. Por ejemplo, tenían a la mejor cuadrillera que podían haber imaginado, y por suerte los patrones tampoco se parecían en absoluto a los infiernos que se contaban por ahí.

—¿No me oye o qué?

Pero Abrama seguía con la poda.

—Creí que estaba bromeando.

—¡Ojalá! ¡Corra, que manda la señora y no le conviene fallar!

Él obedeció sin comprender lo que ocurría. Sacudió sus rodillas y regresó junto a Fátima hacia el pabellón que ocupaban los esclavos, aposentos en los que dormían junto a una treintena de hombres y mujeres de su misma etnia.

—Mire que se lo tengo dicho. Tanto sachar la tierra pa nada. Fíjese lo poco que le tienen en estima los señores que no le han dado ni el aviso.

—Estarán a otras cosas.

—Eso no le exime de su bobería, eh.

—Déjeme que haga lo que me venga en gana, que yo a usted nunca la molesto.

Ella le sonrió con malicia.

—Si a mí me da igual. Lo digo por vos, que se cree que algún día va a heredar esto.

Apenas tuvieron tiempo de asearse en el cobertizo.

Los esclavos corrían de un lado al otro, en su mayoría desnudos. Unos metidos en la pila mientras terminaban de lavarse y

enjabonarse el cuerpo, frotándose las axilas con esas horribles pastillas de manteca y hierbas aromáticas. El agua estaba sucia y empozada, pues era tal la sequía que no podían cambiarla y tenían que usar la misma día tras día. Varias chicas estaban apoyadas contra el aljibe para humedecerse los pelos, al tiempo que trataban de romper los nudos de sus cabellos con un peine destrozado. La mayoría usaban trenzas o sogas de cáñamo para mantener atrapados los pelos. Arrasaban sus ropajes con restos de ceniza para eliminar los malos olores. Por último rociaban sus pieles con un frasco de vinagre y se frotaban cáscaras de naranja.

Abrama hizo lo que pudo junto a su amiga. Empujaron a diestro y siniestro a sus compañeros para echarse algo de agua, sin importarles que les riñeran por su irrupción. Él no caía muy bien en el pabellón por su actitud servil que siempre hacía quedar mal a los demás. Por querer ganarse el podio de los Betancor. Por suerte, Fátima siempre rebajaba la tensión con sus payasadas.

Y esta ocasión no fue distinta. La niña estalló entre carcajadas mientras se abría paso a empellones para asearse con su amigo. Para ella todo era motivo de risa y la mayoría de las veces acababa contagiándolo a él. Llevaban juntos desde la infancia, aunque ella era casi diez años menor. Pero podía decirse que eran como hermanos. Se sabían responsables de cuidar el uno del otro.

Y no había nada mejor que tener al lado a alguien con quien ser ellos mismos.

Cuando terminaron de prepararse, los esclavos se reunieron en torno a Leonora para escuchar sus órdenes. La cuadrillera e hija de

los Betancor cuidaba de ellos y se encargaba de que hicieran bien su trabajo. Todos la admiraban y respetaban, pues eran conscientes del privilegio que tenían por no recibir duros castigos, como sí ocurría en otras haciendas.

Esta les explicó que llevarían a cabo un servicio inusual y fuera de la finca. Después los dividió en grupos. Unos fueron a por vajillas y mercancía; otros partieron en avanzadilla hacia el lugar en el que se celebraría el banquete.

Abrama y Fátima estaban en el segundo grupo junto a otra decena de berberiscos. Iniciaron la peregrinación al pueblo cuando algo llamó la atención de todos.

Omar se había unido a ellos para llevar a cabo las labores.

Llovieron los codos y los rumores, pero Fátima fue la única de toda la cuadrilla que se atrevió a preguntar.

—Qué sorpresa. ¿Cómo es eso de que viene con nosotros?

Omar negó con la timidez que le precedía. Pero la adolescente insistió.

—¿Se le mordió la lengua o qué?

Él la miró con desdén y se alejó de ella mientras atravesaban aquel secarral al anochecer. Supieron que no abriría la boca, lo cual no hacía sino despertar aún más el enigma sobre su verdadera labor en la finca.

Y es que Omar era un caso particular.

Antaño propiedad de Leandro Perdomo, hacía algunos meses que los Betancor se lo compraron al aduanero de forma repentina. Un «tullido», debido a la cojera de su pierna, lo que le convertía en alguien menos útil para la cuadrilla. Además era el único esclavo que no convivía con ellos, sino que lo hacía en un cubículo alejado del

pabellón, en una especie de cuarto de aperos al que solo este tenía permitido el acceso.

Pero lo más sorprendente era que también era el único que no seguía las órdenes de Leonora, sino que trabajaba directamente al servicio de los señores. Llevaba a cabo otras tareas. A veces lo veían con la carpintería de la casa, o bien aparecía con una tinaja regando las plantas o recogiendo vinagre para llevarse al puerto. Otras desaparecía y se marchaba de la finca todo el día para volver de noche.

Fue tal la insistencia de Fátima que Abrama tuvo que frenarla. Tiró de su amiga para traerla a su vera y que dejara a Omar en la cabecera del pelotón. Si algo había aprendido en estos años al servicio de aquella finca era el valor que tenían para sus Betancor la discreción y la lealtad. No quería que ella tuviese algún problema por preguntar cosas que no debía.

Pero la comprendía mejor que nadie. Abrama pensaba en ese berberisco cada noche en su jergón. No podía dejar de preguntarse qué hacía Omar exactamente. Para qué habían comprado los señores a un tullido. Fátima solo quería saciar su curiosidad, pero él…, lo suyo era algo visceral.

Nada le irritaba más en este mundo que el temor de sentir que ese Omar era el favorito.

12

Entre las muros del desierto

El convite se celebró esa noche en el castillo de Santa Bárbara, ubicado sobre un promontorio a las afueras de Teguise, en la cima del monte Guanapay. Desde sus almenas podían atisbar un infinito de arena y pedregal volcánico, y un funesto paisaje de casas pálidas que se diseminaban a lo largo de la llanura. La luna llena dibujaba sus sombras bajo el campanario y las fincas más próximas.

Para la cena dispusieron de una mazmorra ubicada en la planta baja, una fría estancia abovedada en caliche. Más de treinta invitados ocupaban la mesa. Iluminaban sus rostros los candiles con sebo, luz dura y asfixiante que transformaba sus cuerpos en fantasmas de ojeras tiesas y anaranjadas. Un espacio dominado por restos de cera entre los adoquines y un nauseabundo olor a puerco.

Juan hizo de anfitrión entre las familias y el visitador, que seguía abrumado. Palabras vacías de políticos, empresarios e incluso las mujeres de mayor calado, entre quienes se encontraban Lucía y Catalina. Después, el séquito de esclavos de los Betancor empezó a servir platos recién preparados en los fogones.

La velada pronto se convirtió en un espectáculo demencial. Un despliegue de medios por encima de sus posibilidades en el que

abundaban los halagos, la carne y el pescado, así como varios tipos de queso y verduras al vapor.

El alcalde había acordado celebrar la cena en secreto, de ahí la elección de esa fortaleza alejada de los curiosos. Además de como puesto de vigilancia, el castillo había servido como palomar, presidio y sala de tortura para herejes del Santo Oficio. No era el mejor lugar para una cena, pero necesitaban aislarse. La situación del pueblo era crítica y no les resultaría sencillo justificar un banquete, aunque fuera para agasajar al madrileño.

Y su futuro dependía de cómo Medina recibiera la visita.

Voces cruzadas. Risas entre los Perdomo, los Gálvez, los Palacios e incluso fray Carrasco, a quien habían invitado como representante del clero. Era este clérigo el que más vino bebía, la malvasía de los Betancor.

Y precisamente este matrimonio era el que presidía las bromas. A menudo ambos compartían anécdotas con sus adláteres, pero tanto Tomás como su esposa estaban más pendientes de lo que sucedía en torno a Domingo. El emisario ocupaba un asiento privilegiado en el centro del roble. A uno de sus lados se encontraba Lucía y al otro Catalina, e inmediatamente después sus esposos, Juan y Tomás. Sentar a sus mujeres junto al visitador era un gesto de decoro. Una forma de hacerle ver que confiaban tanto en él que no les importaba que se riese con ellas esa noche.

Sentada al otro lado de la mesa, Yaiza se sentía ajena al banquete. Le aburría la farsa, el papel que todos interpretaban para ganarse a Domingo. No solo la señora Betancor lo agasajaba, sino que toda la

mesa le reía las gracias. La hipocresía, como de costumbre, todos haciendo el ridículo por demostrar lo bien que le iba a cada uno. Pero ella podía percibir el temor de todos. Ni siquiera su padre estaba tranquilo.

Al principio le sorprendió que no hubiese ningún representante de los Saavedra, ni siquiera su propio hermano Mateo, aunque intuyó que se debía al recelo de todos hacia esa familia de molineros por su procedencia gaditana. Pero sin duda lo más descorazonador fue ver la cantidad de platos de comida que iban a sobrar. ¿De verdad era necesario tal despliegue?

Entretanto, Yaiza veía entrar y salir a los esclavos, así como también a varias mujeres, que se ausentaban cada poco para comprobar cómo iba todo tras los fogones. Catalina se levantó varias veces; también Lucía y Macarena, la mujer del concejal Curbelo, quisieron echar una ojeada al servicio, pues temían que se produjese algún incidente con los esclavos y las brasas.

Leonora estaba sentada junto a ella, pero no le daba conversación. Tal vez se debiera al cansancio. O quizá se debiera al abismo que existía entre las dos. Nunca habían congeniado.

Pero ella no podía más con ese silencio.

—¿No está orgullosa de ellos?

—¿Eh?

—De su cuadrilla, me refiero. Menuda coordinación tienen. Parece que lleven preparándose toda la vida para este banquete.

Leonora apenas le sonrió.

—Están acostumbrados al estrés. En cualquier caso, el mérito es de mis padres.

—Creí que usted se encargaba de cuidarlos.

—Hago lo que puedo.

—Entonces no se quite el mérito —dijo Yaiza a modo de halago.

Pero Leonora volvió la vista al plato. Apenas había tocado el cordero y las papas.

—¿Se encuentra bien? —insistió la hija del alcalde.

—Sí, es solo que… A veces me cuesta hablar de ellos.

—¿Y eso?

—No están bien las cosas. Las enfermedades…, los esclavos siempre son los primeros en caer. Qué le voy a contar, si Matilde y usted lo saben mejor que nadie.

—Bueno, bueno. Yo solo soy una aprendiz.

—Imagino que no habrá parado en estos meses.

—Hemos tenido algo de faena, sí. —Sonrió, pues le encantaba asistir a Matilde. Pero al instante se ruborizó al darse cuenta de lo mal que sonaban sus palabras. No quería dar la impresión de que se alegraba de las epidemias que asolaban la isla.

Mientras charlaban, los esclavos servían más vino a la mesa y recogían la porcelana a quienes ya habían terminado de cenar.

—Comprendo su preocupación, aunque por suerte su cuadrilla está sana.

—De momento. —Leonora Betancor tocó la madera con el temor de la superstición—. Por toda la isla veo que caen como liendres. Y basta una manzana enferma para pudrir todo el árbol.

Yaiza guardó silencio, pues no quería darle la razón para no hundirla más. La situación era crítica. Y llegaban rumores de otras islas como Gran Canaria, donde algunos propietarios habían perdido a media cuadrilla en un mes. El hacinamiento y la falta de higiene

causaban estragos. Para las fincas era un problema económico. Pero para la cuadrillera de los Betancor parecía algo más personal.

—Todo irá bien.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he visitado otras haciendas. No es que sea una experta, pero… he visto las condiciones en que viven otros esclavos. Usted les da un trato más… humano.

Leonora sonrió, agradecida y aliviada a partes iguales. Yaiza reparó en que era la conversación más larga que habían tenido. La cuadrillera nunca se había interesado por ella. En realidad, las cosas seguían igual, pues esta no hizo pregunta alguna para conocer mejor a Yaiza. Simplemente se limitó a responder lo que ella le preguntaba.

Pero al menos era un comienzo.

Culminó la noche el momento del brindis. Juan se puso en pie para agradecer la presencia de su viejo amigo, aunque ocultaba su desesperación por saber el motivo de su visita. Entre risas le pidió que dijese unas palabras, pero este rehusó tomar el protagonismo.

—¡Diga algo, señor Medina! —insistió el alguacil Palacios desde su asiento.

—Que no, que no. Se me dan fatal los discursos.

—Venga, hombre, que estamos en confianza. —Esta vez era la voz del aduanero Perdomo la que pedía su beneplácito—. Díganos al menos qué le trae por la isla.

Se hizo el silencio. Era de mal gusto formular tal pregunta, pero el alcohol ya causaba estragos en el protocolo.

—Tranquilo, compadre —irrumpió Juan para cortar la tensión—. Estamos felices de tenerlo entre nosotros, sea cual sea su propósito. Espero que haya pasado una gran velada.

—Gracias a vosotros.

Todos estallaron en aplausos.

Pero Yaiza notó algo extraño. Domingo seguía ruborizado como un enamorado en su primera cita, como si clamara a los cielos porque ese trago terminara de una vez. Cosa extraña para alguien que solía ser tan carismático como él. Al menos así lo recordaba.

En esas, Tomás Betancor también se levantó para tomar las riendas.

—¡Un brindis! —clamó, y después elevó su copa en señal de júbilo —. Agradezco que haya venido en estas fechas, pues a mi esposa y a mí nos complace presentar las nuevas barricas.

—Pues… enhorabuena —balbuceó Domingo—. Le auguro los mejores éxitos.

—Por el señor Medina. En nombre de todos los hacendados de Lanzarote.

Tomás Betancor elevó aún más la copa y todos correspondieron su gesto.

A excepción del propio visitador, quien tomó en su lugar el vaso de agua.

—¿No bebe? —preguntó Lucía.

—Estoy…

Juan Leal salió en su rescate.

—Está enfermo.

—¿Cómo?

Todos esbozaron una mueca de estupor, conscientes de lo que eso podía significar.

—Sí, bueno… No es algo contagioso, no se preocupen. Me sienta mal.

Volvió a hacerse el silencio, esta vez colmado por el desconcierto ante lo que era un insulto hacia esa gran familia.

Yaiza fue la primera estupefacta, pero no la única. Nadie comprendía cómo Domingo se atrevía a rechazar la malvasía de los Betancor. Por mal que le sentara, al hombre no le costaba nada hacer un esfuerzo por probar el manjar que sostenía la economía de la isla. Era lo único de lo que podían enorgullecerse en esos momentos los conejeros. Y por si fuera poco ella se fijó en que el hombre temblaba cada vez más.

Tomás se volvió hacia su esposa con decepción, pero no por ello dio la noche por perdida. Señaló a Medina el vaso de agua y este lo levantó a toda prisa para unirse al brindis. Chocaron sus vidrios al aire para poner el colofón a esa noche de festín y pandereta.

Y desconcierto.

El banquete concluyó de forma escalonada a medida que la borrachera tumbaba sus desvaríos. Reinaba un calor de fingida armonía y tensión por aquel gesto de desprecio.

Juan se despidió de su amigo con la promesa de que hablarían a la mañana siguiente en privado, pues había demasiadas orejas entre ellos. Después, los alguaciles acompañaron al visitador al convento de los franciscanos, donde solían hospedarse los emisarios durante su estancia en la isla.

Yaiza no había tenido aún oportunidad de saber más de su vida. Quería recuperar el tiempo perdido. Ardía de curiosidad por saber si seguía en pie la promesa de marcharse con él a la península, y al mismo tiempo quería saber los motivos de su visita. Imaginó que pronto saldría de dudas.

Pero si algo le quedó claro aquella noche es que Domingo era un hombre muy distinto a como lo recordaba.

Al amanecer la despertaron los gritos.

Un tumulto en la puerta de su casa.

Yaiza se asomó a la ventana con legañas en los ojos, aún bajo la penumbra del cansancio. Varios hombres buscaban a su padre. Vio cómo Juan salía a recibirlos con el batín, los anteojos y el bastón, sus principales aliados para paliar la ceguera. Eran jóvenes alguaciles de un caserío vecino y estaban armando un alboroto por los cuatro costados del palacete.

Se les notaba nerviosos. Decían que habían dejado a Domingo sano y salvo, y que nadie más del pueblo les había visto acompañarlo al convento, tal y como estaba estipulado. A los hombres les temblaba la voz y el discurso atropellaba sus cuerdas vocales.

Esa mañana, la villa de Teguise despertó sepultada bajo una niebla insólita.

Domingo estaba muerto.

13

El precio del silencio

Jadeos. Respiración acelerada. Cuatro pies batiendo el pedregal.

Abrama y Fátima corrían para atravesar lo antes posible las dos leguas de trillo que separaban la finca de los Betancor del puerto de Naos. Estaban exhaustos. Sus chanclas de cuero traqueteaban por el sendero. Era el único sonido que los acompañaba durante esa peregrinación.

Miradas lánguidas y la angustia en sus fauces. No era para menos, pues no había tiempo que perder si querían ayudar al convaleciente.

Se temían lo peor.

Sobre todo Abrama, el más pesimista de los dos.

Precisamente era él quien custodiaba entre sus manos el reloj de bolsillo. No terminaba de hacerse al artilugio, obra digna de los alquimistas con tanto engranaje minúsculo. Pero tenía que usarlo, por más que le aterrase, pues se lo había prestado Leonora para que estuviese pendiente del tiempo que estaban fuera de la hacienda.

Llegaron a la costa atados el uno al otro por grilletes. La mano izquierda de ella, la derecha de él.

El puerto de Lanzarote se asemejaba a una herida en la tierra. Contaba un solo embarcadero para navíos o galeones, el resto del

muelle lo poblaban tablones dispuestos para las barcazas de pesca. Un manto de cayucos entretejía el mar, todos diseminados por la playa y fondeados con una soga a las profundidades. Desde la atalaya, un vigilante supervisaba el acceso de los barcos, aunque el trabajo estaba en horas bajas. Un estuario de redes secándose al sol, cientos de pescados pudriéndose entre la inmundicia, en su mayoría vísceras después de que los faenadores los hubiesen destripado para la venta. Reinaban los sargos y las viejas coloradas, uno de los pescados más codiciados en las islas. El pulpo no era más que un desperdicio que se recogía entre las grutas. Los tentáculos morían en sus cajones a la espera de que los ganaderos se los diesen de comer a los animales.

Un vaivén de esclavos entraba y salía del único edificio. La aduana era el corazón del puerto, una chabola rudimentaria de madera en la que don Leandro Perdomo imponía multas y cobraba diezmos a las mercancías que entraban o salían.

Decían que el puerto era el último confín de la isla, pero lo cierto era que más allá de la dársena se encontraba el lazareto. Un edificio enclavado entre playas desde el inicio de los tiempos. Apenas lo separaba un promontorio de aquel puerto, distancia suficiente para aislarlo. A veces se atisbaba a lo lejos movimiento en el exterior. Pequeñas hormigas. Hombres ataviados con capas largas y blancas de la cabeza a los pies. Pañuelos cubriendo sus bocas, guantes de piel de carnero.

La leprosería de la isla llevaba un tiempo en funcionamiento, imposición de la Corona para aislar cerca del puerto a quienes llegaban contagiados en los barcos. Sin duda, aquella enfermedad era el peor de los males del Señor. Era tal el estigma que incluso los

médicos que allí atendían se habían visto obligados a trasladar sus hogares a aldeas aisladas.

Por suerte, Abrama y Fátima jamás habían tenido que acercarse a ese lugar que se decía maldito.

El malandro sonrió al ver entrar en la aduana a dos siervos que no le pertenecían. Sobre la mesa de Leandro Perdomo descansaba un botellín de licor de palma, así como un extenso documento en el que se desglosaban aranceles de los productos según su procedencia. Cada quien traía lo suyo. Pero de cara a las exportaciones, el vino era el único producto que podía equilibrar la balanza de la isla.

Aunque esta vez Abrama y Fátima no tenían nada que ofrecerle.

—¿Qué pasa? ¿No hay cargamento nuevo o qué? —Leandro asomó la cabeza sobre la mesa para cerciorarse de que la marca de fuego que tenían a la altura de los riñones pertenecía a los Betancor. Eran tantos los esclavos que pasaban a diario por allí que a veces los confundía.

—Traemos una lista —soltó Fátima entregándole el papel—. Llevamos prisa, señor.

—¿Para doña Catalina?

—No exactamente.

Leandro estalló de incredulidad.

—¿Para quién es todo esto?

Esta vez Fátima calló.

Y Abrama seguía sin abrir la boca.

Perdomo lanzó a ambos una mirada cómplice.

—Venga, moros. Díganse algo.

—No podemos —se disculpó él.

—Venga, pardiez. Que nadie se va a enterar.

—Lo siento, señor.

Perdomo suspiró. Después volvió la vista a su zurda, donde descansaba un palo con regatón, su herramienta favorita para escarmentar a los empleados. Pero tanto Abrama como Fátima sabían que este no podía hacerles nada porque ellos no eran de su propiedad.

—No les interesa llevarse mal conmigo.

—Tenemos prisa —zanjó Fátima.

—Eh. Tranquilita, mora. —Se detuvo, malhumorado—. Está bien, síganme.

Leandro abandonó su frailera y les hizo un gesto para que lo acompañasen hasta los almacenes.

El interior de la aduana era un río de cajas, polvo y sacos. Abrama y Fátima se abrieron paso tras el hombre con la coordinación que les precedía por culpa de los grilletes. Sorteaban baúles, rafias e incluso gallinas que correteaban por el porche y las dependencias. Se cruzaron con varios esclavos de Perdomo, todos tullidos. Todos berberiscos. Un hombre manco limpiaba los cristales; solo las viviendas y edificios más pudientes podían permitirse proteger las ventanas con vidrios, en este caso burdos cristales plagados de imperfecciones y que apenas permitían el paso limpio de la luz del exterior. Junto a este, una señora casi septuagenaria bordaba unos banderines.

No acostumbraban a saludarse entre sí los esclavos. Se miraban, mas no hacían otro aspaviento que desviar la mirada los unos de los otros. Unos por miedo a ser castigados, otros por vergüenza de la casta contraria. Y menos aún la cuadra de Perdomo. Los tenía firmes. Se decía que era el esclavista más duro de Lanzarote.

Cualquiera hubiera dicho que nació como esclavo.

Mientras avanzaban por los pasillos, Abrama no pudo sino recordar su curioso pasado. Leandro Perdomo era la definición de hombre hecho a sí mismo. Nacido en una plaza morisca del Levante, criado esclavo entre turcos, llegó a Lanzarote a bordo de una galeota pirata para llevar a cabo un saqueo. Lo capturaron, pero en lugar de rajarle el cuello, acabó trabajando para el antiguo almojarife o recaudador de la Corona, don Lázaro Machín. Perdomo se convirtió en su consuelo, su espía y su sombra. Hasta que tiempo después el viejo le concedió la libertad, y por si fuera poco también le dio una participación en el puerto. Tras la muerte de este, Leandro heredó su lugar. Poco a poco se había ido ganando a la gente.

Pero Abrama sabía que era un pájaro de mal agüero.

Alguien a quien sin duda debían temer.

Llegaron a un barracón enmohecido por la brea y barriles en cuyo interior rezumaba un extraño olor a pólvora. También a sudor, aunque seguramente se debiera a que Perdomo no acostumbraba a asearse. Incluso se decía que las mancebas de Teguise habían llegado a vomitar durante el coito por el olor de su entrepierna.

El aduanero se puso a abrir cajas de las que fue sacando hierbajos y fajos de tela que iba dejando en una cesta de mimbre. Fátima y Abrama sabían cuál era su cometido, pero en absoluto esperaban tener que llevar tanto vegetal para infusión. El berberisco se puso nervioso al mirar el reloj. El tiempo apremiaba.

—Señor Perdomo… —dijo la joven—. ¿Podría darse prisa?

El hombre levantó la vista de las cajas.

—Si supiera para qué quieren todo esto…

—Por favor, señor. Es urgente.

—Ya veo, ya.

Perdomo se acercó a ellos y les entregó una lata que cabía entre sus manos. No tenía nada que ver con lo que habían ido a buscar, pero no por ello Fátima iba a desdeñar el ofrecimiento. Ella la abrió y vio que se trataba de una masa negra, similar a un pedrusco de carbón.

—Pastita de cacao poblano con chile y miel —dijo el aduanero con una sonrisa.

Se les hizo la boca agua con aquel manjar traído de América. Un lujo incluso para los hacendados. Ni en sus mejores sueños tendrían otra oportunidad de probar semejante ambrosía.

Pero Perdomo volvió a arrebatarles la lata.

—Díganme para quién es el asunto y se la regalo encantado. Para el camino de vuelta.

Abrama tragó saliva. Quería probarlo, pero no estaba dispuesto a traicionar a sus patrones. En ese momento vio que Fátima estaba a punto de soltar prenda, así que tiró del grillete con fuerza para evitar que esta cometiese un error garrafal.

—¡Eh! ¿Qué hace?

—Ni se le ocurra —le espetó a su amiga.

Abrama tuvo que tomar las riendas del asunto, por más que temiera a ese hombre.

—No podemos hablar, señor. Y, si no le importa, tenemos que irnos ya.

Perdomo lo fulminó con esa mueca sórdida, sus dientes podridos y barba sudorosa. La corteza de su piel parecía a punto de caerse ante su falta de higiene. Finalmente suspiró, dándose por vencido, y volvió a la cesta de mimbre para terminar de rellenarla.

—Tisana, saúco, eucalipto, resinas de benjuí, menta y rama de canela.

Abrama sacó un saco de monedas del bolsillo de su calzón de lino y se las entregó. Este las aceptó con gesto de desprecio y salieron corriendo de allí.

En el camino de regreso a la villa se agolpaban varios talleres. Situados a ambos lados del trillo, los gremios de más bajo poder preferían levantar allí sus oficios, ya que era mucho más barato pagar esa renta y diezmo al cabildo. En su mayoría eran obradores de carpintería, algún que otro herrador, barberos y zapateros. Más de una veintena de puestos de los que colgaban todo tipo de amuletos en las paredes, iluminados por candiles en su parte más interior. Figuras de santos en la entrada para bendecir al cliente. Tocones de osamentas animales que delimitaban la propiedad de cada artesano, forma de repeler los malos augurios.

La pareja de berberiscos avanzaba a buen ritmo de vuelta a casa cuando Fátima se detuvo en seco frente a un taller.

—¿Qué hace? —le espetó Abrama, clavándose en el suelo—. ¡Hay que volver a casa!

—¡Espere!

Ella tiró de los grilletes.

—No. Ya oyó las instrucciones.

Fátima jaló de él aún con más fuerza.

—Venga, por favor. Solo será un segundo.

Cuando quisieron darse cuenta estaban dentro del oficio de Lucas Delgado y su esposa, María Melián.

El curtidor y carnicero de Teguise dejó escapar un resuello al verlos. Sus manos ensangrentadas, sobre la mesa de despiece de

Lucas aún quedaban sebos y menudillos por sajar, pero los rejos se le resistían después de pasarse el día desollando.

Por su parte, María ordenaba tajadas detrás de él en una suerte de arcón. La despensa de carnes desprendía un olor a vísceras al que por desgracia el matrimonio ya se había acostumbrado. No así sus vecinos y amigos, que cada vez los frecuentaban menos debido a sus paupérrimas condiciones de insalubridad. Nadie quería enfermar, y ellos tenían todas las papeletas.

Lucas tomó la iniciativa al verla.

—Dichosos los ojos, Fátima. Tanto tiempo esperándola.

—Lo sé. Perdónenme.

—¿Qué llevan ahí? —preguntó él, refiriéndose al cesto de mimbre.

—Nada.

Lucas los miró con recelo.

—Me han dicho que los Betancor le están comprando la carne a un guanajo de Haría.

Ella titubeó para escapar de la verdad. En ese momento Abrama la fulminó con los ojos, pues no comprendía qué estaban haciendo. Le recordó con la mirada que tenían que apresurarse, cosa que esta aprovechó en su favor.

—Llevamos prisa. ¿Se sabe algo?

—Aún no, mi niña —intervino María Melián—. ¿Y usted? ¿Tiene novedades?

—No. —Pero Fátima dudó al instante. Se volvió hacia Abrama para disculparse con él de forma preventiva—. Bueno…, ayer vino un emisario de Madrid, un tal Domingo Medina. Por lo visto es tan importante que el alcalde y su grupo organizaron un banquete para recibirlo.

—¡Fátima! —Abrama tiró de ella por haber destapado lo que se suponía que debían mantener con suma discreción.

—Tienen derecho a saberlo.

—¿Por? —Abrama abrió mucho los ojos, nervioso y estupefacto a partes iguales. Se fijó en ellos. Eran jóvenes, apenas uno o dos años mayores que él. Sin embargo la vida parecía haberlos arrasado. Un oficio de sol a sol y cuatro hijos a su cargo tenían culpa de que la pareja pareciese a punto de pedir tierra y un cofre de madera.

—Así que era cierto el cuchicheo —intervino María.

—¿Qué?

—Los herradores nos dijeron que anoche se oyó un alboroto allá arriba, en el fuerte.

—Pues ahí lo tienen.

—Qué hijoputas Leal y compañía —clamó Lucas—. La gente muriéndose y estos a lo suyo. Hasta el mismísimo de sus lujos.

Abrama chistó a su amiga con los grilletes. Estaba cabreado. No entendía por qué Fátima se iba de la lengua.

—Tenemos que irnos.

—¡Espere!

Fátima volvió a retenerlo con el brazo. Después apoyó las manos en la mesa para acercarse más al matrimonio.

—Necesito algo más de tiempo.

—Ah, ¿que no ha traído lo que prometió?

—Por favor, deme solo unos días. —Fátima se deshizo en una mueca plagada de excusas.

—¿De qué están hablando? —preguntó Abrama al darse cuenta de que era el único que no sabía de lo que iba el asunto.

Al otro lado de la pilastra sentía el aroma de las piezas de cerdo en salmuera, además de las que seguían secándose al sol en la única ventana de la cazuela. El suelo era un océano de serrín, todo fuese por evitar que la sangre penetrase entre los adoquines y aquello se transformase en un paraíso para los insectos. En la trastienda podían oír los jadeos de un niño enfermo.

Lucas se asomó al interior para asegurarse de que no le había pasado nada. Después volvió a salir y se fijó en Abrama con desesperanza.

—¿Él es de confianza? —preguntó dirigiéndose a Fátima.

—Sí. Se lo contaré cuando llegue el momento.

Abrama pasó del desconcierto al enfado al ver que hablaban de él como si no estuviese. Se fijó en la mirada de María. Esas mejillas acantonadas en el pasado, cabellos rotos por la suciedad. Lucas, por su parte, tenía un brazo esmirriado por la falta de alimento. Su cintura la atravesaba un tahalí de cuero en mal estado en el que el curtidor guardaba su macheta. El filo apenas se atisbaba entre los claroscuros, pero reparó en el brillo que desprendía. No le daba buena espina ese chico, tampoco su mujer.

—¡Se acabó!

Tiró de Fátima sin siquiera despedirse del matrimonio, harto de aquella encerrona. Mientras se alejaban, pudo intuir en su nuca la actitud amenazante de los curtidores. Ahora comprendía por qué había insistido tanto su amiga en salir de la hacienda con él esa mañana.

Se estaba metiendo en un buen lío.

Miró el reloj y apuró el paso para regresar cuanto antes. Ya habría tiempo de indagar al respecto de esa pareja. De momento tenía algo

mucho más importante de lo que ocuparse.

14

El oasis

Juan se presentó en el convento con el semblante atravesado por la agonía. Al alcalde tan solo lo acompañaban sus dos hombres de confianza. El concejal, Armando Curbelo, y el alguacil mayor de la villa, Norberto Palacios. Ambos eran sus auxiliares en el cabildo. El primero lo asistía en política insular, mientras que el segundo se encargaba del control del orden público, los calabozos y la represión del delito. A petición de este último acordaron que lo mejor sería mantener en secreto la noticia hasta saber qué había sucedido.

El padre superior los recibió en el pórtico de la entrada, ataviado con un hábito de terracota que pedía pasar a mejor vida. Fray Pedro Carrasco no podía ocultar su frustración. Este onubense de rostro pálido y orejas alicaídas superaba ya los cincuenta, era algo mayor que Juan y con mucha menos vitalidad que este. Solía decir de sí mismo que la edad de un hombre no tenía tanto que ver con su tiempo en el mundo de los vivos, sino con el propósito de su fe. Mala paradoja la suya, pues por todos era sabido que Carrasco había perdido ya la pasión con la que inició mucho tiempo atrás la formación como misionero en su Huelva natal.

—Pasad, Dios mediante.

Los cuatro mortales atravesaron el claustro del convento ante la mirada esquiva del resto de los frailes, que seguían desempeñando sus labores diarias como si nada hubiese ocurrido la noche anterior. El cuerpo del visitador se descomponía entre aquellos muros de cal, pero el trabajo de un misionero no podía verse interrumpido salvo causa de fuerza mayor. Y para Carrasco no era tal la situación.

—¿Oyeron algo raro anoche, padre?

—En absoluto. Todo transcurrió como de costumbre.

El líder de los religiosos avanzaba al frente con gesto apocado y discreto. El cuello enterrado en los hombros, y una ligera curvatura en su espalda que hacía justicia a su edad. Como párroco se caracterizaba por ser radical en su discurso. Un hombre catastrofista a más no poder, lo que alimentaba aún más el miedo en el pueblo. Este padre superior siempre había soñado con emprender las misiones evangelizadoras en América. En tantos territorios indígenas que se sabían inexplorados. Pero a su edad, parecía haber perdido ya la fe. De ahí su frustración.

El cuerpo de Domingo Medina yacía sobre el jergón como si de un bebé se tratase. Estaba rígido, cubierto por una manta agujereada por los mordiscos de las ratas que asolaban los tendederos del convento. A Juan lo invadía la desazón cada vez que veía cómo vivían allí encerrados esos pobres religiosos. Una habitación desnuda. Las paredes parecían a punto de ceder. No había siquiera un candil para alumbrarse en la noche. Solo un pequeño arcón permitía guardar los bienes personales, y la cama no era más que un papel de paja. Juan se avergonzó por haber dejado que su amigo durmiese allí esa noche. Sabía que los franciscanos renegaban del lujo, pero creyó que al menos le brindarían un aposento en mejores

condiciones. En cualquier caso así lo dictaba la Corona. Los emisarios solían hospedarse en lugares neutrales para no dejarse influir por los halagos de cualquier otro interesado.

El primer detalle que llamó la atención del alcalde fue una alfombra situada en el suelo, cerca del ventanuco. Parecía fuera de lugar, como si alguien la hubiese movido desde su posición original a los pies de la cama.

Allí estaba el cadáver de su amigo. Tantas historias vividas juntos, algunas de las que Juan no se acordaba por culpa del alcohol, y otras que prefería no recordar por no hacerse más sangre de la que ya se había hecho. Al menos Domingo no mostraba signos de haber sufrido.

Fray Carrasco se lanzó a relatarles los hechos como si el fallecido fuese una escultura.

—Lo encontró un novicio. El muchacho llamó a la puerta al ver que eran más de las diez y el señor Medina seguía sin dar señales de vida.

—¿Eso es todo? —preguntó el alguacil.

—¿Qué más quieren sus huestes?

—Nada, nada.

Carrasco siguió hablando, como si acabara de acordarse de algo.

—Después entraron los más veteranos en rango. Fray Torres, fray Guzmán. En ese orden reza la jerarquía del convento. Vicario y maestro de los pupilos, respectivamente. Con la venia de nuestro patrón, san Francisco de Asís. Entre los tres comprobamos el estado del hombre para estar seguros de que no había signos del demonio en sus carnes.

—¿Y bien?

—Nada. Ahí tienen al pobrecito.

Norberto Palacios se adelantó a Juan para arrodillarse frente al cadáver. El alguacil adoptó un semblante discreto. Se llevó las manos a la barbilla. Apenas le bastó palpar la frente y el cuello de lo que quedaba de Domingo. Después hizo ademán por descamisarlo hasta el pecho antes de lanzar su sentencia.

—Parece un golpe de aire, ¿no creen?

Silencio.

Armando Curbelo tuvo que romper el estupor que reinaba en el cubículo.

—Dios le oiga… Es verdad que no parecía enfermo cuando descendió de la nao.

Juan contuvo el aliento, aún presa del desconcierto. Hacía solo unas horas estaban cenando con él y ahora lo tenían descomponiéndose frente a ellos. Un hombre tan poderoso, reducido a la nada en un abrir y cerrar de ojos.

Así que le regaló a su amigo un último vistazo. Se arrodilló ante él y volvió a levantar la sábana para examinarlo mejor, pero tampoco halló nada extraño. Acarició su frente, tal vez en busca de un milagro que lo resucitase. Su piel estaba helada. El rostro quedaba a un palmo del suyo. Fue entonces cuando llegó a sus fosas un leve olor metálico. Pidió al fraile y a sus compañeros que se acercaran.

—¿No les huele raro?

Estos tantearon el cadáver, pero no detectaron nada más que el atisbo de los primeros efluvios de la descomposición. El concejal posó la mano sobre el hombro de Juan para pedirle que lo dejase, pues no había nada más en lo que indagar. «Qué extraño», pensó él. De repente recibía una visita suya por sorpresa, y en su primera

noche lo encontraba muerto. Tras un instante en silencio frente al cuerpo se dio por vencido. Quizá estaba queriendo ver señales donde no las había.

—¿Qué hacemos? —preguntó el alguacil, quien también seguía arrodillado—. Si no cerramos esto pronto, se nos van a lanzar al cuello desde Madrid.

—Por el revuelo de la península no os preocupéis —intervino fray Carrasco—. Enviaré una misiva al arzobispado de Sevilla para informar de la muerte del hombre. Tengan por seguro que mi pluma suavizará las inquietudes de la Corona. Contaré lo que ha sucedido, pues nada tenemos que ocultar. El visitador ha recibido los auxilios espirituales según los designios del Señor.

Juan se percató en que había un deje de justificación en su tono, pero no le dio mayor importancia. Él también coincidía en que era lo mejor. Pero aún le quedaba esa espina clavada.

—Una cosa, padre. ¿Le habló el señor Medina de los motivos de su visita?

—¿A mí?

—Sí… O a alguien de este convento.

—No lo creo. Llegó, se confesó ante el vicario y marchó a dormir. Lo trajeron los corchetes de su alguacil.

Norberto asintió, pues para él todo encajaba en una historia que necesitaban cerrar cuanto antes y de la forma más limpia por miedo a las represalias o preguntas desde Madrid.

Pero Juan enarcó las cejas ante ese vacío que acababa de abrirse ante ellos.

—¿Dónde está ese vicario?

Fray Salvador Torres regaba las plantas en el patio interior del convento, en su mayoría agaves traídos por sus predecesores desde América. Aquella acción resultaba extraña por varias razones; primero, porque estas plantas apenas necesitaban agua, y segundo, por la sequía que se vivía en el resto de la isla. A su alrededor se extendían los ventanales interiores siguiendo una cuadrícula.

El zagal no debía llegar a la treintena, pero desprendía además una vitalidad que le hacía parecer aún más joven. Vestía una túnica de un ocre tan denso que se confundía con el barro de los jardines. Su vestimenta la marchitaba el transcurso de las estaciones, como si hubiese tenido que soportar el peso de otras vidas antes que las de su actual usuario.

En absoluto se sorprendió al verlos aparecer.

—Ya estabais tardando en venir. —Se puso en pie, sacudiéndose el hábito para saludar a los tres miembros del cabildo. Les extendió la mano mientras pronunciaba sus nombres, como si quisiera paladearlos en la punta de la lengua.

Juan notó de inmediato su acento peninsular. El chico desprendía un carisma insólito, que se fundía además con la jovialidad en su sonrisa y sus cabellos castaños, algo más largos que como acostumbraban en el convento. Su mirada transmitía serenidad, y tenía un atractivo apabullante, todo un desperdicio para las mozas de su tierra.

—¿Nos habíamos visto antes?

—Alguna vez. Llevo pocos meses aquí.

—¿De dónde viene?

—Guijuelo. Una aldea próxima a Salamanca, tierra de salazón y del mejor jamón ibérico.

Juan asintió como si conociera el lugar, pero lo cierto era que nunca antes había oído hablar de él.

—Vaya sorpresa. Un salmantino en el fin del mundo.

—Se equivoca, señor Leal. Este lugar es solo el principio. —Torres señaló en la distancia, como si con sus manos quisiera atravesar las paredes del claustro—. Allá está el fin del mundo. En América.

El alcalde supo al instante que había algo especial en el fraile. Para los franciscanos, este lugar no era más que una suerte de cuartel. Aquí debían formarse en todo cuanto pudieran para, con suerte, dar el salto al Nuevo Mundo algún día. Ese era el objetivo. La vida de las misiones.

—Imagino que queréis saber qué hablé con el señor Medina.

—Si no le importa…

—Lamento decepcionaros. No estoy autorizado a revelar nada.

Los tres asintieron con pesar. Juan continuaba al frente de la conversación.

—Podría hacer una excepción, padre. Sabe la importancia que tiene una visita de este calado.

Fray Torres quiso explicarse.

—La conversación de un fiel con su pastor está solo al alcance de Dios. Pero, si os sirve de algo…, no dijo nada que sea de vuestro interés.

—¿De veras?

—Así es. No hubo palabra alguna en su confesión cristiana que sirva para saber qué había venido a hacer a la isla.

Los políticos asintieron.

En ese momento volvió a aparecer el superior, fray Carrasco, portando el maletín de Domingo Medina, tal y como Juan le había

pedido. Lo abrieron allí mismo, apoyándolo sobre las rodillas de Juan en mitad de los jardines del claustro. Parecía mentira que Lanzarote atravesase tal sequía viendo lo cuidado que se hallaba ese recinto. Un oasis en mitad de las llanuras.

La valija en cuestión era de madera. Estaba ajada por el paso del tiempo y recubría su estructura una piel curtida por el salitre de tantos viajes en barco. Tenía además una prestigiosa cerradura con el sello de la Corona que pudo abrir sin dificultad, a pesar del óxido que esta desprendía.

No había más que ropa en su interior.

Juan la contempló decepcionado, pues le resultaba aún más extraño que su amigo viniese a las islas sin un solo documento, como era costumbre en las prerrogativas que solían portar los emisarios con sus instrucciones. Por desgracia no vieron motivos para permanecer allí por más tiempo, así que el alcalde disolvió el encuentro.

Los tres políticos abandonaron el templo, envueltos bajo sendas gabardinas en una penumbra tan extraña como premonitoria. Se despidieron al llegar a un cruce de callejones.

Juan se marchó a casa dándole vueltas a lo ocurrido. Había algo en esa alfombra y en la charla con fray Torres que seguía sin tener sentido para él.

Y acababa de darse cuenta de qué se trataba.

15

Una isla de hipocresía

Yaiza no pudo pegar ojo esa noche, así que al amanecer salió a la calle para calmar la opresión que la atravesaba. Se alejó de la villa sin más rumbo que el de una luna que se resistía a morir en el horizonte. No podía concebir que Domingo estuviese muerto. Su mentor. Tantos años sin verlo, y cuando por fin el hombre volvía a Lanzarote, el Señor se lo llevaba consigo sin mostrar piedad alguna. ¿Qué propósito podía tener Dios con algo así?

Se abrió la mañana con los primeros claros. Yaiza deambulaba entre unas majadas en las que aún dormía el ganado, senderos de melancolía que bordeaban los establos de las familias más pobres y aquejadas por la enfermedad. No había mayor dolor que asomarse a esos muros. Las cabras y los carneritos enfermaban por decenas cada día. No había una gota de agua a su alrededor. La isla lloraba su desgracia.

Mientras recordaba a Domingo de regreso al pueblo, volvieron a ella las historias que este siempre le contaba. Sus viajes por el mundo al servicio de la Corona. Amberes, Mequinez y Veracruz. Se le pasaban las horas escuchándolo, bien acerca de las embajadas o bien de la diplomacia en las Indias. Ahora seguía al servicio de la

Corona en Madrid como jurista. Algo le decía que el visitador se había transformado de un tiempo a esta parte.

O tal vez era ella la que había cambiado.

Llegó a la sede del cabildo, una casa consistorial de dos plantas situada en el centro de Teguise donde trabajaban su padre y decenas de hombres a su cargo. El edificio ocupaba toda la manzana y desde sus balcones se divisaban los llanos más indómitos. Un basalto recubierto en cal blanca y ventanales de tea de los que aún se desprendía el barniz de su última pintura. Arrieros de todas las pieles surcaban frente a sus dependencias. En el semisótano se encontraba además un calabozo y una sala de procesos donde el alcalde hacía las veces de juez mayor para dictar libertad o presidio en Gran Canaria.

Pero la sede servía además como punto de mensajería. Lanzarote no tenía oficio postal, así que si quería enviar una carta debía pasar por allí. Yaiza acababa de redactar una misiva mostrando sus condolencias a doña Beatriz Alcántara, ahora viuda de Domingo Medina. Ella era una niña la última vez que la vio, pero aún tenía grabado el recuerdo de lo bien que se lo pasaba con esa mujer. No podía imaginar cómo tendría que sentirse la señora ante el fallecimiento de su esposo. Tal vez no se había enterado aún, pues desde allí las noticias tardaban semanas en llegar a la península.

El escribano la leyó, después sacó su pluma y le corrigió dos letras. No había cometido una falta, tan solo dos rabos en sendas letras que no culminaban con pulcritud. La miró receloso, ya que no le agradaba que supiese escribir y fuese tan curiosa. Pero no pudo negarse a enviarla. Tomó el sello de la Corona y lo lacró en esa sustancia viscosa que a Yaiza tanto le desagradaba. Después la

invitó a salir, antes de que el edificio se llenase de peticionarios y deudores.

No era ambiente para una mujer.

Y menos aún para alguien tan osada como ella.

Esa tarde los cuatro miembros de la familia Leal terminaron de rezar el rosario en silencio. Cada uno de ellos portaba en sus manos un collar de cuentas. En la mesa del centro descansaba la figura de la Virgen de Candelaria.

Yaiza vio cómo Juan posaba su mano sobre la de Lucía. También ellos tenían el gesto crispado tras lo ocurrido.

—Padre. ¿Habrá misa por Domingo?

Él negó con pesar.

—Causaría mucho revuelo. Ya lo velarán los suyos en Madrid.

Pero ella no comprendía que su padre quisiera dar a su amigo tal desenlace.

—¿Y qué vino a hacer él aquí?

—Nada, una visita rutinaria.

—Puede contarme la verdad.

Pero Lucía intervino antes de que Juan pudiese responder.

—Hija, son cosas del trabajo de su padre. No pretenda saberlo todo.

Yaiza miró a su hermano Bernardo, sentado junto a ella, para ver si él compartía sus dudas. Juan y Lucía se miraron entre sí con disimulo, pero resultaba evidente que algo no encajaba.

—Pero… ¿por qué todos se comportan como si nada?

—¿Qué?

—¡Los dos! Es que… parece que os dé igual su muerte. ¿Por qué Domingo no bebió el vino?

—¡Basta! —Juan golpeó el bastón contra el suelo.

Yaiza se quedó petrificada. Él tuvo que respirar hondo para canalizar su enfado.

—Déjelo ya. No está el cuerpo como pa ponerse a preguntar.

—¿Por qué?

—Porque no lo sé.

Silencio.

Ella notó la mirada alicaída de su padre antes de que él volviese a retomar la palabra.

—Domingo venía a hablar conmigo en privado, ya está. No sé lo que quería.

Estaba destrozado por la muerte de su amigo, por más que hiciera por ocultar tal sentimiento.

—Lo siento, padre.

Juan suspiró.

—Domingo tenía muchos enemigos.

—¿De veras?

—¿Recuerda la revuelta de 1708? Usted aún no había nacido.

Ella asintió, pues aquel era el gran tabú de la isla. Una protesta popular que se saldó con torturas, encarcelados y el asesinato del antiguo recaudador de impuestos a manos del pueblo. Yaiza conocía la historia porque en ese momento Domingo Medina trabajaba al servicio de la Corona en Lanzarote.

—Creí que el asunto ya estaba enterrado. Han pasado más de veinte años.

Juan se encogió de hombros.

—Y quizá tenga usted razón, hija. Tal vez esté viendo cosas donde no las hay. Pero desde aquello, Domingo solo había vuelto para vernos. Nada relacionado con su cargo.

—¿La mareta?

—No lo sé.

Yaiza se percató de que su padre estaba guardando algo más en su interior.

—Padre, ¿qué está pensando?

—La malvasía de la cena, ya que lo pregunta… Domingo no puede beber.

—¿Por?

—Porque es musulmán.

Silencio.

Yaiza, Lucía y Bernardo se volvieron hacia él con ojos inyectados de estupor. Fue la madre quien rompió el hielo tras la revelación.

—Está hablando sandeces, Juan.

—Dios me libre. Caí en la cuenta al ver cómo este había colocado la alfombra en su alcoba en el convento. Hará ya casi una década que se convirtió, cuando estuvo de diplomático en Mequinez. Poco después de marcharse de aquí.

—Pero…

—Ya, ya sé que es un crimen. Por eso no lo sabe nadie más que yo. Le impactaron mucho sus años como delegado. Tuvo una relación cercana con el sultán Ben Ismail. Me lo confesó la última vez que nos reunimos en Madrid, pero decía que eso no influía en su lealtad a nuestro monarca.

Yaiza se quedó petrificada. «¿Domingo, convertido al Islam? ¿De verdad?». No, no le pegaba en absoluto esa faceta suya, aunque

siempre había sido un hombre muy espiritual. Y solía hablarle con admiración de la cultura del Magreb. ¿Quizá por eso lo notaba distinto?

Subió a su habitación, dispuesta a rondar las paredes del dormitorio. A su padre también le parecía extraña la visita de Domingo, al igual que esa muerte tan repentina. La forma en la que lo trataban todos desde que llegó al puerto, la cena… y su negativa a probar el vino.

Algo no encajaba.

Sentada frente al tocador se dispuso a peinar sus cabellos con la mirada puesta en el ventanal que daba a la calle. Una cruz y un rosario presidían la estancia sobre el cabecero de su jergón. Ambos eran regalos de cumpleaños hechos por el propio visitador cuando ella cumplió los quince.

Por momentos sentía que las paredes se cerraban sobre ella, así que salió en busca de aliento.

Necesitaba desahogarse con Matilde.

Yaiza sudaba a mares cuando entró sin avisar en su casa. La vivienda estaba situada a las afueras de la villa, en un cerrillo al que solo los propios vecinos querían acercarse debido a la elevación del terreno. La puerta estaba abierta, pero no la encontró en casa. En su lugar tropezó con la figura de su hermano, el alguacil mayor Norberto Palacios. El hombre de confianza de su padre, pero por quien ella no sentía simpatía alguna.

Y el sentimiento era recíproco.

—¿Otra vez anda buscándola? —El guardia aún vestía su uniforme —. Mire que le tengo dicho a su padre que no la deje juntarse con la bruja de mi hermana, que la va a llevar por el camino de la amargura.

Yaiza no supo qué responder. Comentarios como ese le hacían sentir lástima por su amiga, pues, al igual que Norberto, muchos en el pueblo la tachaban por ser distinta a lo que se esperaba de ella.

—¿Sabe adónde ha podido ir?

Norberto se estaba quitando el cinto frente a un espejo de cristales desteñidos.

—La llamaron los Betancor de urgencia.

—¿Cómo?

Esta vez él cruzó una mirada de desdén con ella.

—¿Me toma por guajiro? ¿Pa qué le voy a estar mintiendo?

—Perdone, no pretendía…

En ese momento oyó un llanto. Camila, la esposa de Norberto, apareció por el pasillo sujetando en sus brazos a un bebé lloroso. Saludó con simpatía a la mujer, pero esta apenas enarcó las cejas a modo de respuesta. Parecía agotada por tener que agitar al recién nacido, pero sobre todo por acoger a Matilde. La curandera era la vergüenza de los Palacios. La oveja negra a la que acogían porque no tenía dónde meterse.

—Deje de ayudarla —insistió Camila a modo de advertencia—. A ver si le mete de una vez en la cabeza que esto no es vida pa una doña.

Yaiza asintió con educación, dejando claro que había captado el mensaje. Pero se negó a aceptarlo. En su fuero interno solo podía pensar en la hipocresía de esa isla. Los mismos que despreciaban a

su amiga eran quienes suplicaban su ayuda en cuanto tenían a un familiar enfermo.

Entre ellos los Betancor.

Solo Yaiza admiraba a Matilde como a ninguna otra mujer en el pueblo.

Y no estaba dispuesta a dejarla sola.

16

En el horizonte

Abrama tenía las palmas de las manos en carne viva después de pasarse la jornada tirando de la viga. Una parte de él solo pensaba en terminar para dejarse caer en el jergón. Estaba exhausto, pero nunca se quejaba, a diferencia de sus compañeros. Era impropio de quien luchaba por ganarse el favor y ser mejor cada día. Quizá por eso no caía precisamente en gracia al resto. Aparte de Fátima, podía contar con los dedos de una mano a sus amigos.

Pero hoy no tenía su mejor día.

El lagar desprendía una humedad que llegaba a provocarle náuseas con solo inhalar sus efluvios. Maldito el aroma de esa uva tintada de granate. El resonar del bucio o cuerno de llamada anunció el ocaso, y con él ponía fin a otra jornada en la que su cuerpo quedaba tan molido como la malvasía que prensaban.

Se dirigió en solitario hacia el pabellón, de donde escuchaba llantos y algún que otro quejido. Y en ese momento lo último que le apetecía era juntarse con la desgracia.

Llamó su atención doña Catalina.

La mansión principal se encontraba al otro lado de la finca, y su señora llevaba un rato de pie bajo el porche, apoyada contra el

pasamanos de madera recién pulido. La contempló desde la distancia mientras intuía sus pensamientos. La mujer observaba sus dominios con una quietud que a menudo él confundía con la melancolía. Hacía tiempo que temía por ella, pues la notaba triste y preocupada. Así que se dejó imbuir por sus impulsos y se acercó.

—Mi señora —dijo él, haciendo una reverencia.

Catalina apenas lo saludó con la mirada.

Él tuvo que insistir.

—¿Necesita algo?

Ella no se sorprendió por la pregunta, mas tampoco parecía prestarle atención. Abrama se percató de que lo que estaba observando no eran exactamente los viñedos de malvasía, sino algo que sucedía en la parte trasera del cobertizo de los esclavos. Afinó los sentidos para descubrir a un cuerpo de piel blanca entre la pléyade berberisca.

—Qué vergüenza de mujer. —Catalina dejó escapar la frase como un lamento.

Abrama volvió a fijar su atención en la distancia. Se trataba de Matilde Palacios, quien llevaba un buen rato arrodillada frente a un cuerpo masculino. El resto de los esclavos la ayudaban.

—¿No le agrada su labor? —preguntó él.

—No nos queda otra.

—¿Qué cree que le pasó a Samir?

Catalina no tenía respuesta que darle. Estaba tan desconcertada como él. Como todos. Reinaba en la finca un ambiente sepulcral.

—Ojalá lo supiera. Y es una lástima, porque ese joven era de los fieles. No fue sencillo dar con una pieza como él.

Esta vez fue Abrama el que no supo qué responder. La mujer parecía estar pensando en voz alta, pero al mismo tiempo su discurso resultaba amenazante y premonitorio. Se sintió un estúpido por haberse acercado a ella, cuando estaba claro que la señora no precisaba de su compañía. Y sin embargo allí seguía, sus pies descalzos enterrados en el barro, mientras esta observaba obnubilada el ajetreo en el cobertizo desde esa ligera elevación que le confería el alpendre de la mansión.

—Disculpe, mi…, mi señora. ¿Es contagioso lo que le sucedió?

—Si lo fuese, no dejaría que usted se acercase a mí —sonrió.

Fue la primera vez que lo miró a los ojos. Él notó cómo su gesto le alegraba la tarde en un simple chasquido. Catalina lo examinó con esa seguridad tan desbordante antes de puntualizar su broma.

—Matilde ha dicho que no hay de qué preocuparse. Bueno…, más allá de la desgracia.

—Cuánto me alegro, mi señora. Me…

En ese momento los interrumpieron unos pasos que se acercaban desde la espalda de Abrama. Se trataba de Omar.

Al verlo aparecer, a Catalina se le desdibujó el rostro por completo.

—Vuelva con el resto, Abrama.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye. Márchese.

—A la orden, mi señora.

Él se marchó sin rechistar para dejarlos a solas. Pero de camino al pabellón no pudo evitar sentir un arrebato de furia ante tan extraña situación. Justo cuando él por fin estaba a punto de mantener una conversación con ella. ¿Qué demonios tenía con Omar?

17

Entre dos mundos

Yaiza escuchó un grito en cuanto atravesó el portón de acceso a la hacienda de los Betancor. Se asustó, pues no veía más que fincas a su alrededor, así como el cobertizo y la mansión presidiendo el sendero de acceso. Miró en derredor con miedo, hasta que vio que se trataba de un esclavo dando voces, un chico de apenas quince años que llamaba a su cuadrillera para avisarla de que acababa de llegar una visitante inesperada.

Leonora no tardó en aparecer a lo lejos, procedente de aquella maraña de viñedos plantados en una vaguada, justo detrás del lagar, donde también se diseminaban varios graneros. Para Yaiza esa propiedad era un universo en sí mismo. Un lugar en el que cualquiera podía perderse.

La hija de los Betancor la recibió con gesto plomizo, y Yaiza reparó al instante en que Leonora parecía haber estado llorando largo y tendido, por más que ella trató de disimularlo. La joven vestía ropa de faena. Un faldón de tiro largo y cómodo que se mecía con sus andares, y un justillo ceñido en tonos ocres e índigos. Botines de piel, testigos del fango de miles de jornadas. Sus prendas estaban zurcidas y tenían remiendos por doquier, cicatrices del oficio. Pero

esta no parecía avergonzarse, pues era su uniforme de trabajo. Leonora podía ser la mujer más apuesta en los banquetes de Teguise, y al mismo tiempo una empleada en toda regla. La envidiaba por esa y por otras tantas razones.

—Vengo a ver a Matilde —sonrió Yaiza.

—Pues llega tarde.

Atravesaron la finca a toda prisa. La hacienda se hallaba en plena llanura a las afueras de Teguise, en un entorno agreste en el que solo quedaban vestigios de la naturaleza más desangelada. A sus espaldas, Yaiza apenas podía divisar a lo lejos las últimas casas del pueblo, casi más como un espejismo que como una realidad. De no ser porque un sendero de turbera comunicaba la finca con el pueblo, nadie se habría atrevido a acercarse hasta allí. Un oasis en mitad de quebradas, pues los Betancor habían conseguido traer la gloria desde el pueblo construyendo acequias, esos canales artificiales que traían el caudal desde la Gran Mareta hasta sus dominios.

Yaiza seguía a Leonora de camino al pabellón, donde una treintena de hombres, mujeres y niños de etnia bereber convivían en familia. La mayoría descansaban tras la jornada, cubiertos por harapos y ropas viejas de lino blanco.

Fue entonces cuando reconoció a su amiga Matilde. Imposible no dejarse contagiar por esos rizos de azabache, esa figura temida y vilipendiada por tantos en el pueblo. La mujer estaba arrodillada frente a un esclavo y cubría su boca con un pañuelo, pero se lo quitó para saludarla en un acto reflejo.

—¡Yaiza! ¡Venga para acá! —le gritó.

La joven corrió a colocarse junto a ella. Matilde apartó la sábana del cuerpo para que esta viese a lo que había tenido que

enfrentarse. Yaiza estuvo a punto de vomitar al contemplar el rostro verdoso del esclavo. Su figura demacrada, el alma vacía.

En ese momento intervino Leonora, quien se había quedado a cierta distancia.

—Perdonad que no me acerque. Aún no me hago a la idea de que Samir haya…

—No, no, por Dios —dijo Matilde, justificándola.

—Estaré en la mansión principal. Pueden llamarme si me necesitan.

Las dos asintieron y esperaron a que se alejara. Fue entonces cuando Matilde pidió a los esclavos que volvieran al interior del cobertizo y las dejaran a solas en aquel surco en la tierra. Caía la tarde a sus espaldas.

Yaiza se abalanzó a hacer las preguntas de rigor.

—¿Qué diablos ha pasado aquí?

—Shhh.

Matilde se volvió en derredor. Por si acaso. Las compuertas del cobertizo estaban abiertas, pero los esclavos volvían a sus jergones y carretillas. Aun así, la curandera se acercó al oído de Yaiza por precaución.

—Se llamaba Samir. Por lo visto empezó a sentirse mal anoche, después de servir en ese banquete que dieron en el castillo. Usted estuvo allí.

—Sí. Pero… Esa cara es… Le preocupa algo más, ¿verdad?

—Por lo visto no hay nadie más contagiado entre la cuadrilla, cosa extraña teniendo en cuenta que ya ha pasado un día. No veo síntomas de tisis ni de mal de culebra.

—¿Vahído?

—Dicen sus compañeros que el muchacho no había comido nada…

Yaiza ahora comprendía mejor sus dudas. Matilde continuó.

—Mire, llevo aquí metida todo el día. Cuando llegué, el muchacho seguía vivo. Jadeando. Entre desvaríos, como quien dice. Estaba pálido. Fiebre, vómitos y un fuerte dolor en la tripa. Me dijeron sus compañeros que llevaba con delirios desde la madrugada. Al principio creí que sería cosa de la tisis, pero nunca va con esta rapidez. Y este color verdoso… Así que mandé corriendo a dos esclavos al puerto para que compraran hierbas de infusión. Ya sabe…, para el agüita guisada. No surtió efecto alguno.

Yaiza enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Le importa si lo examino?

—Adelante.

Ella se dispuso a hacerlo tal y como había aprendido de su mentora. Levantó la guayabera del fallecido y descubrió en su vientre unas manchas violáceas, similares a hematomas. A simple vista parecían lunares. Para Yaiza sin duda era una desgracia. Por más que fuese un esclavo, comprendía cómo debía sentirse Leonora, más aún después de la conversación que habían tenido durante la cena. Pero vio que Matilde rumiaba algo más, su rostro desdibujado. Y ella necesitaba sacárselo.

—Vamos, ¿qué piensa?

—No lo sé. Es…, nada, da igual.

—Dígame, por Dios.

Matilde volvió a girarse por precaución.

—Ya sabe que los esclavos a veces se comen las sobras —le susurró.

—Ajá.

—Pues… parece que Samir bebió una copa de vino.

—¿Cómo?

—Lo que oye. «La copa, la copa», me repetía una y otra vez entre jadeos. No sé si lo decía por el delirio, pero cuando llegué, era todo cuanto salía por su boca. «La copa, la copa». El color de su piel, y estas manchas…

A Yaiza se le abrieron los ojos al instante.

—¿Cree que se envenenó?

—¡Shhh! Yo no he dicho eso.

—Matilde, aquí está pasando algo raro.

Yaiza procedió a contarle lo sucedido con la copa de vino de Domingo Medina.

Las dos mujeres permanecieron un instante en silencio, con el cuerpo de Samir aún caliente ante sus narices. Matilde respiró hondo para soltarlo.

—Polvo de belladona.

—¿Eh?

—Una hierba alucinógena, incluso venenosa en pequeñas dosis. De ahí los delirios. De ahí este aroma ferroso que desprende.

—¿De veras? —Yaiza no conocía la planta—. ¡Lo sabía! Esto no era normal.

—¿El qué?

—La muerte de Domingo. Había algo en esa copa.

Matilde enarcó las cejas, pues no quería precipitarse en su juicio.

—Calma, por favor. Se lo tengo dicho. La medicina requiere discernimiento.

—Está bien, lo siento.

Silencio.

Yaiza la observaba con inquietud, más pendiente de lo que bullía en la mente de su amiga que del cadáver que tenían justo delante. Aunque no pareciese contagioso su padecer, habían hecho bien en tomar la precaución de traerlo a las zanjas del exterior para conversar con calma. No había nada más peligroso que asistirlo en un espacio cerrado.

La joven se impacientó al ver que su amiga trataba de reposar más de la cuenta el asunto, así que dio un salto y se dirigió al interior del pabellón.

Y Matilde no tuvo tiempo de reaccionar para detenerla.

El cobertizo desprendía un olor nauseabundo, a pesar de que los ventanucos estaban abiertos de par en par. La pestilencia se adhería a los tablones y los camastros. La madera lloraba senderos de moho, barniz tiznado por culpa de las fogatas que a menudo encendían en el interior. Cubrían el suelo varias esterillas de caña vegetal, pero sobre estas había pisadas de barro debido al tránsito de los esclavos. Aquel pabellón estaba ubicado a cierta distancia de la mansión para que la familia no tuviese que oír las voces y ronquidos de sus trabajadores.

—Perdonen que les moleste —dijo Yaiza, proyectando su voz ante la audiencia.

Algunos se volvieron al verla. Todos reflejaban en el rostro el mismo pesar que su cuadrillera. En la entrada había dos mujeres esclavizadas jugando al ajedrez en el suelo; aquel era uno de sus pocos divertimentos en horas de descanso. Un niño lloraba al fondo,

donde también se hallaba dispuesta una preciosa alfombra, tejida con lana de colores negros y granates.

—¿Alguno de ustedes notó algo raro en Samir?

Silencio.

Tuvo que insistir.

—Lo que fuese. Algo además del malestar y los dolores.

Varios negaron. Otros se miraron entre sí, desconcertados ante las preguntas de esa chica a la que muchos simplemente conocían por ser la hija del alcalde.

Yaiza recorrió el espacio como si estuviese buscando un objeto escondido entre la mugre que allí se acumulaba. Esos esclavos parecían personas aseadas, pero el espacio tenía sus limitaciones. Por una parte los esclavos debían dedicar parte de su tiempo útil a mantener en buen estado las dependencias de la propiedad, así que les quedaba poco margen para el descanso. Sacos, pilastras y varias herramientas apoyadas en las paredes. Remiendos a medio hacer en el suelo. Incluso varias botellas de licor y hojas de tabaco ya mascado que los hombres guardaban en paños de lino para volver a llevarse a la boca.

—Por favor, lo que sea.

En ese momento apareció Matilde tras ella, dispuesta a callarla por esa llamada de atención.

—¿Qué hace? —susurró—. Le tengo dicho que así no se hacen las cosas.

—Perdón.

Aun así, continuó preguntando.

—¿Fátima? ¿Malbar? —dijo señalando a varios de los que ya conocía.

Pero estos negaron.

Entonces pasó junto a Abrama, que seguía sentado a la orilla del tocón de madera, terminando de afilar su herramienta para rajar los sarmientos.

Él también negó, su gesto parecía imbuido en la desidia.

—Solo quiero ayudar. ¿Notó algo raro en él la noche del banquete?

—No.

—Lo que sea. ¿Alguno le vio bebiendo vino?

A Abrama le cambió la cara, pero se mantuvo.

—Yo no sé nada —zanjó.

Matilde tiró de su brazo para callarla. Fue al ver la mirada colérica de su maestra cuando tomó conciencia de la osadía que acababa de cometer desobedeciéndola.

—Lo siento, lo siento. —Agachó su rostro a modo de disculpa.

La curandera estaba a punto de reprenderla, pero no quería causar más revuelo entre los esclavos. En su lugar la agarró y salieron de allí. Después llamaron a la mansión para despedirse de Leonora, y por último abandonaron la hacienda.

Estaba a punto de caer la noche.

Las primeras casas de Teguise estaban más cerca a cada paso que daban. También divisaban ya el campanario de la parroquia. Matilde dejó escapar un resuello antes de asaltar a Yaiza. Se le notaba el enfado, y al mismo tiempo una turbación en su semblante que la joven jamás había visto en ella.

—Me ha desobedecido, jovencita.

—Lo siento. Pero fue por…

—Ni una palabra de esto a nadie. Ni a sus padres, por favor. Necesito aclarar mis ideas. Júrelo, y esta vez de verdad.

—Lo juro.

Pero Matilde no pareció quedar satisfecha.

—Y rece porque el Señor no la castigue por haber roto su juramento. Yo soy la que manda aquí de las dos. Como vuelva a desobedecerme, será la última vez que la dejo que se me una. Seguro que a su familia le doy una alegría.

—Lo siento, de verdad. Sabe lo que significaba Domingo para mí.

La noche se cerraba sobre ellas mientras avanzaban. Matilde se dirigió a ella esta vez con actitud diplomática.

—Mire, jovencita. Ese señor tenía muchos enemigos.

—Lo sé. Me lo han dicho mis padres.

—No en vano tuvo que echarse a la mar tras la revuelta.

Pero Yaiza la miró sin comprender.

—Creí que Domingo se había marchado de forma voluntaria.

—Ay, no, mi niña. A Medina lo largaron de mala manera, que la gente le tenía unas ganas… Fíjese que al almojarife lo pasaron por el cuchillo. Quizá él tenía miedo de correr la misma suerte.

Avanzaron un tramo en silencio bajo un viento intempestivo que las envolvió en la polvareda. En ese momento escucharon unos pasos. Estas se volvieron aterradas, pues la luna apenas iluminaba el yermo y estaban solas en mitad de la nada.

Abrama corría hacia ellas a toda prisa. Apenas se detuvo un instante y apoyó las manos sobre sus rodillas para tomar aire.

—Creo que… yo le vi beber de la copa de Domingo.

—¿Cómo? ¿De veras? —preguntó Yaiza.

—Sí. Ha sido Omar. Él mató a Samir.

—¿Omar? ¿Está seguro?

El berberisco dudó, pero se forzó a convencerse de que decía la verdad. Necesitaba que así fuese.

Matilde lo tomó por los brazos para pedirle que se lo confirmara. Abrama asintió sin rechistar una y otra vez.

—¿Vio algo más?

—Creo que… había un frasco entre las vajillas. Pequeño, apenas un dedo de altura.

A la curandera se le abrieron los ojos como platos.

—¿Y sabe dónde está?

—Tendría que buscarlo. Probablemente esté en las alacenas.

—Hágalo, por Dios.

Él asintió, y después se volvió tan rápido como había aparecido para no llamar la atención por su ausencia, dejando claro que había dicho todo cuanto sabía. O cuanto creía saber.

Las dos mujeres se quedaron de piedra, atravesadas por el secarral.

El infierno acababa de desatarse en la isla.

18

La oveja negra

Leonora ya estaba despierta cuando oyó los golpes contra la puerta de su dormitorio. Bullía en su mente la muerte de Samir. Mucho se temía que si la cosa no mejoraba, ese esclavo no sería el último.

Fátima irrumpió en la habitación después del tercer llamado, tal y como rezaban sus órdenes. La esclava sostenía entre sus manos una bandeja con una infusión que depositó frente al tocador como cada mañana.

—Lindo día, mi señorita. —Descorrió con presteza las cortinas de seda para que a la cuadrillera la invadiesen los claros del alba.

Esta apenas levantó un brazo en señal de respuesta, aún abatida por los acontecimientos. A la muerte de Samir tenía que sumar la del visitador real. Dos pérdidas en un día. Tan paradójica era la isla. Podían pasar semanas sin un solo golpe de brisa, y de repente los arrasaba un vendaval.

Leonora se incorporó de su cama. Tras lavarse la cara en la pileta tomó asiento frente al espejo que había en un rincón de la habitación. La jarra de su infusión humeaba sobre el tocador. Por la ventana se filtraba un intenso dorado que barnizaba parte de su

rostro, augurando un buen día. O al menos eso trató de decirse al verse a sí misma ante el espejo.

Fátima se colocó de pie tras ella y comenzó a untar en su nuca y sus cabellos varios ungüentos de manteca de argán y hierbabuena. Después, humedeció el rostro de la joven con un paño sumergido en agua tibia y procedió a recoger su pelo en un moño, aunque a veces se lo trenzaba para que esta se viese mejor ante el cristal. La esclava trataba con esmero cada parcela del cuerpo de su cuadrillera.

Y Leonora agradecía esa liturgia, pues de algún modo la ayudaba a calmarse. Solía cerrar los ojos para entregarse a los cuidados de esas manos de terracota que tan bien se portaban con ella. Pero esa mañana necesitaba hablar. Se vio transformada en alondra debido a los sucesos y optó por darle algo de charla a su esclava adolescente.

—¿Han podido dormir allá abajo?

—Bueno…, lo de Samir… Es que aún no me lo creo, mi señorita. —Se le escapó una lágrima que trató de borrar rápidamente con el puño, pues no debía importunarla con sus sentimientos.

—No se preocupe, le hará bien llorar.

—Gracias. —Fátima continuó peinándola, pero ya no pudo dejarse llevar por el permiso de su señora. Estaba tan habituada a reprimir sus sentimientos que ya no le salían las lágrimas.

Hasta que se dio cuenta de que Leonora también acababa de derrumbarse frente al espejo. Las dos mujeres permanecieron en silencio un instante, mirándose a través del cristal con el quebranto en sus mejillas. Después rompieron al unísono en una carcajada, víctimas de la vergüenza y el rubor por tan incómoda situación.

—También esto pasará —se dijo Leonora frente al espejo.

Después se puso en pie con cuidado para no romper el embrujo del momento.

—Vístame, ya estoy lista.

Fátima se dispuso a seguir las órdenes. Primero le ajustó el corsé, tirando con suavidad de tan recios cordones. La hija de los Betancor contrajo el abdomen y aguantó la respiración para que esta tirase más de ella, así hasta que su figura alcanzó la forma deseada.

Después salió al pasillo, un elegante corredor con alfombras y varios jarrones. Pero se detuvo al llegar a un pequeño aparador que había en la intersección de habitaciones. Algo no encajaba.

—¿Ha visto los reales que dejé aquí la pasada noche?

La esclava la miró sin comprender.

—No la entiendo.

Leonora dudó, pues no era capaz de recordar si tenía razón o si su mente le estaba jugando una mala pasada.

—Me pareció haber dejado un puñado de monedas de plata aquí encima.

—Pues… no sabría decirle. No los he visto al llegar esta mañana.

—Es igual, serán cosas mías.

Lo dejó estar sin darle mayor importancia.

Ya aparecerían.

Al llegar al comedor, Leonora se encontró con el gesto de disciplina que derrochaba la estampa de su madre. Catalina pasaba revista a una decena de esclavos que se arremolinaban en torno a la puerta. La mujer hacía el reparto de tareas como si estuviese dando el sermón. Llevaba un traje largo de paseo, sobrio a la par que

elegante. Una seda índigo que oscurecía su rostro, lo justo para dejar claro a los vecinos que presentaba el luto por la muerte del visitador. Cuello enhiesto, orgulloso de calzar el cuerpo sobre el que descansaba. Cabellos lacios y afrancesados.

—Por fin aparece —le espetó Catalina al verla descender las escaleras.

—Disculpe la demora, madre.

—Venga, que tengo mandados.

Tomaron asiento en el comedor para desayunar. Acostumbraban a hacerlo a solas, pues era el momento que tenían para ponerse al día y organizar las labores. Pan recién horneado, jamón ibérico de Guijuelo, queso de cabra majorera y una pieza de higo pico. Frente a ellas descansaba también una botella de los mejores viñedos de Peñafiel, un obsequio que acababa de llegarles en el último flete. Los Betancor tenían muchas amistades en los márgenes del Duero.

Leonora sirvió un dedo a ambas para acompañar con el desayuno. Madre e hija clavaron los cinco sentidos en el plato. El ruido de sus mandíbulas era lo único que rompía la quietud de la mansión.

—Hoy tiene mejor cara —dijo Catalina sin levantar la vista del plato.

—Gracias, creo que me ha venido bien descansar. ¿Padre no desayuna?

—Aún sigue durmiendo. No creo que se acerque hoy a las viñas.

Leonora asintió. Nada nuevo bajo el sol. Se fijó en que su madre parecía apresurada, y más aún cuando oyeron el ruido de un carruaje que se acercaba.

—¿Lleva prisa?

—Ya le he dicho que tengo que ir a la recova.

—Cierto… —La joven maldijo su desorientación esa mañana—. ¿Hay algo de lo que quiera que me encargue?

—Sonreír.

—¿Cómo?

—La vida sigue, Leonora. Ya lloró bastante por ese esclavo.

—Samir.

—Eso. —Catalina enarcó una sonrisa sutil, antesala a la reprimenda—. Su padre y yo le tenemos dicho que no se apegue. Son su mano de obra.

—No me…

—Las paredes tienen ojos.

La joven se ruborizó ante la sentencia. Supo al instante que su madre la había escuchado llorar la noche anterior, cuando se encerró en su dormitorio.

—Lo siento, no…

—Nada que perdonar, hija. Cabeza alta y a seguir con la cuadrilla. Está haciéndolo bien. Vamos a salir de esta. Rodrigo estará orgulloso.

Leonora la miró con desconcierto, pues no sabía qué quería decir exactamente su madre. Intuyó que se refería a que su hermano ocuparía el rol de ella a su regreso, como era lógico.

En ese momento oyeron unos pasos que se aproximaban. Se trataba de Abrama, esta vez con un andar mustio. El esclavo tosió para anunciar su llegada como si el sonido de sus chanclas no fuera suficiente.

—Mi señora… Ya está listo el carruaje para el puerto.

Catalina se levantó haciendo gala de su porte.

—Ya marcho, tenga buen día.

—Lo mismo digo, madre.

Leonora permaneció sentada a la mesa. Y en cuanto su madre se marchó, ella aprovechó para asomarse a la ventana. Descorrió la cortina, lo justo como para que su madre no la viese desde el exterior. Esta subió a la cabina del carruaje de madera oscura que guardaban en el granero, tirado por dos mulas. Además de Abrama, afuera había otro berberisco con las riendas, esperando a Catalina. Siempre viajaba acompañada por dos hombres. Uno solía encargarse de ensillar, mientras que otro conducía.

El transporte se perdió más allá de los límites de la finca.

La joven reparó en que su madre estaba nerviosa esa mañana. Le había dicho que debía ir a la recova, y sin embargo Abrama había dicho que se dirigían al puerto. No pudo evitar extrañarse ante aquella contradicción.

Poco después Leonora se calzó los botines para salir a las fincas. No había empezado la jornada y sentía que ya la envolvía una bruma de desconcierto. Los viñedos se extendían en dirección opuesta al pueblo. Más de cuarenta personas trabajaban en la finca. Todos a su servicio, pues sus padres solo intervenían ante las crisis. En cualquier otra circunstancia nadie comprendería el desempeño de una mujer como líder de la cuadrilla, pero en este caso el motivo estaba justificado.

Mientras se abría paso entre las fincas trataba de imaginar por dónde andaría Rodrigo en esos momentos. Sabía poco de su cometido en Europa. Apenas unas frases le habían regalado sus padres sobre la misión que ocupaba al orgullo de los Betancor. Poco más que los negocios y acuerdos en las aduanas del norte. Tenía ganas de que volviese, pero al mismo tiempo lamentaba que una

vez que sucediese ella tendría que dejar el puesto y entregarse a un esposo que satisficiera las expectativas de sus padres.

Los esclavos trabajaban en silencio entre las vides, el lagar y los montículos que formaban con los tallos que segaban.

En ese momento un muchacho se acercó a ella, portando el sombrero a la altura del pecho en señal de respeto. Se trataba de Omar, el recién llegado a la cuadrilla. Presentaba una cojera en el pie derecho. Y ella se fijó por primera vez en que le faltaban varios dedos del pie.

—Necesito hablar con sus padres, señorita.

—Mi madre ha salido para todo el día, pero mi padre debe estar en su despac… —Se detuvo antes de terminar, pues no quería que se acercase—. Está descansando, así que mejor espere a que regrese Catalina.

Él hizo una reverencia aún más exagerada que cuanto acostumbraban los esclavos. Después se marchó por donde había venido sin mediar más palabra, arrastrando esa extraña cojera que a punto parecía de tumbarlo entre las zanjas. Por un momento ella tuvo la impresión de que acababa de soñar tan extraño encuentro, pues ni siquiera había tenido tiempo de preguntarle qué quería.

Lo que más le desconcertaba era no saber por qué sus padres habían comprado una pieza como aquella. No servía para el campo, apenas llevaba a cabo recados sencillos o la carpintería, cosas que cualquiera de la cuadrilla podía hacer mejor. Probablemente les habría costado un maravedí, sí, pero los Betancor nunca habían escatimado en gastos. ¿Qué sentido tenía alimentar a alguien como Omar? ¿Para qué querrían a un tullido?

19

Soldado de Dios

Matilde descendía el pedregal que comunicaba el caserío de Nazaret con el núcleo de Teguise. Portaba el maletín de cuero en sus manos y una excusa a sus espaldas. Había mentido a su hermano diciéndole que debía atender con urgencia a un señor que balbuceaba por una grave enfermedad. De lo contrario sabía que no habría podido escaparse, pues Norberto tenía faena en el cabildo y Camila quería salir a la calle. Y alguien debía quedarse al cuidado de los niños del matrimonio.

En realidad se dirigía al convento de San Francisco. Quería ir sola, pero no había más sendero que ese y Yaiza la interceptó a mitad de camino. Como de costumbre. Así había empezado su relación, tiempo atrás. Con la muchacha insistiendo una y otra vez hasta que esta dejó que la acompañara en sus labores como curandera y boticaria.

—Le pedí que se mantuviera al margen. —Continuó avanzando sin mirarla.

—Y yo le dije que no pienso quedarme de brazos cruzados. ¿Piensa hablar con mi padre?

Esta vez Matilde se vio obligada a detenerse.

—¿Cómo con su padre?

—Habrá que decirle lo que nos ha contado Abrama.

—¿Qué? ¡Ni se le ocurra! —Matilde clamó a los vientos. Después atrajo a la joven hacia sí en mitad del trillo para que nadie las oyese —. Escúcheme, señorita. No podemos acusar a ese esclavo… Omar, ¿verdad?

—Sí.

—Eso. No vamos a levantar el polvo por una simple confesión de otra pieza de esa cuadrilla. Por más que diga que hay un frasco. Ni lo ha encontrado, ni sabemos lo que había en su interior. Le recuerdo que de forma indirecta estamos apuntando hacia los Betancor.

Yaiza comprendía a medias.

—¿Entonces?

—Primero hay que asegurarse de que lo que nos ha dicho ese Abrama es cierto. Así que voy al convento para supervisar el cadáver de Domingo Medina. Si es que no se lo han llevado ya.

Matilde continuó avanzando, pero Yaiza se pegó a ella para acompañarla.

—¡Por Dios! —insistió la curandera—. Deje que me encargue yo. No quiero que se manche. Como empiecen a verla metiendo la cara en asuntos de este tipo, le va a pasar como a mí.

—Me da igual.

—No diga tonterías. —Matilde tuvo que buscar entonces una mejor justificación para alejarla del asunto—. Ya me cuesta a mí hacerlo con el juicio de mi hermano a todas horas. No quiera manchar también a su padre. Acabarán rumoreando sobre él como

la vean conmigo en el convento. «La niña del alcalde todo el día metiéndose en asuntos del clero».

—No pienso dejarla sola. Y menos cuando se trata de Domingo.

—¡Al cuerno con él! —Matilde volvió a acercarse a ella para dejar claras sus palabras—. No era tan bueno como usted creía.

—Se refiere a la revuelta…

La curandera dudó.

—Me refiero a todo. Se contaban miles de cosas de él. Intuyo que la mayoría serán mentira, como siempre ocurre en esta isla. Pero ya sabe que entre broma y broma… En fin, usted ya es adulta, así que déjese de idealizar a ese jurista de poca monta.

Pero Yaiza se cerró en banda.

—Le juro que no abriré la boca.

Matilde suspiró, consciente de que no conseguiría nada mejor.

Fray Carrasco ensalzó una mueca de desatino al verlas ante las puertas del convento. En parte porque la visita acababa de interrumpirlo en sus labores, pero también porque se tomó la osadía de ambas como una ofensa. Pero fue tal la insistencia de Matilde que finalmente él les permitió el acceso al vestíbulo, pues no era de recibo reprender a la curandera en la misma puerta del templo. Yaiza permanecía en silencio, apostada junto a ella.

Desde allí apenas alcanzaban a ver más allá del claustro. Un jardín de cipreses, columnas de piedra y varios tapices sacros de otros tiempos recios que decoraban las paredes. El vaivén de hábitos oscuros recorría los pasillos y arcos del claustro. La mayoría eran

novicios, niños de simpleza y fruslería, soldados dispuestos a entregar su vida a la palabra del Altísimo.

—Ya se lo he dicho, doña Palacios. No hay nada que ver aquí. El señor Medina recibió los auxilios espirituales de forma natural. No hay más vuelta de hoja.

—¿Está seguro? Por favor, es simple curiosidad de curandera.

—¿Acaso desconfía del criterio del alcalde? ¿Del concejal? ¿De su propio hermano? Imagino que él estará al corriente de su visita a este templo.

Matilde lo miró avergonzada. No había querido involucrar a Norberto, pues conocía de sobra lo que este le respondería.

—No le diga a mi hermano que he venido, por favor. Las cosas están complicadas en casa. Temo que…, no quiero que me dejen en la calle.

—Pues ya sabe cómo debe comportarse —dijo Carrasco con altanería—. ¿Hay algo más que deba saber, señora?

—No.

Carrasco dio por finalizado el encuentro.

Pero Yaiza observaba a su alrededor, también llamada por la curiosidad. Había algo sobrecogedor en aquel convento. Para los franciscanos este lugar no era un destino, sino un alto en sus vidas. Algo similar a un cuartel militar. La iglesia no estaba en Roma, sino en la periferia, en los lugares más remotos y desangelados. Por ello se formaban en la fe, las ciencias, las técnicas de construcción y el lenguaje pagano. En todo cuanto pudiesen para ser llamados algún día a su misión a América. Era su quimera, la verdadera tierra prometida. Especialmente en esos rincones del virreinato a los que

aún no había llegado el catolicismo. Muchos eran los llamados, pero pocos los elegidos.

Estaban a punto de marcharse cuando asomó el rostro un joven fraile al que nunca antes habían visto.

—¿Todo bien? —preguntó el misterioso chico al escuchar el barullo en el vestíbulo.

—Sí —respondió fray Carrasco—. La señorita Palacios y su aprendiz ya se marchaban.

Pero Yaiza atisbó en su rostro un ápice de esperanza. El muchacho debía rondar su misma edad. Veinticinco años a lo sumo.

—¿Le conozco, padre? —preguntó Yaiza al religioso.

—Fray Salvador Torres, vicario de esta plaza. El segundo de a bordo, vamos. Usted es la hija del alcalde, ¿verdad?

—Yaiza Leal, así es.

Él asintió. Se sonrieron.

—La he visto alguna vez por la calle con sus padres. Y en cuanto a usted… —Miró a la curandera de arriba abajo—. Matilde Palacios ¿cierto? Me han hablado bien de su labor como doctora rural.

Esta sintió un repentino temblor en las piernas. A sus cuarenta y tres años no había tenido frente a ella figura tan cautivadora. Un acento peninsular casi hipnótico. Jamás se habían referido a ella como «doctora».

—Gracias por el halago, padre. Vinimos a preguntar por el fallecido.

—Ah, sí. Una pena —dijo él, fingiéndose atormentado—. Ya es mala pata.

Yaiza notó de inmediato que él estaba tratando de decirles algo más, así que insistió.

—¿Lo conoció?

Matilde la chistó, pero su sutileza no surtió efecto. Yaiza lo tenía ganado con su interés.

—Apenas. Un tipo peculiar, extraño. ¿Verdad, padre?

Lanzó un dardo envenenado a fray Pedro Carrasco. Esto hizo que el propio superior empezara a incomodarse.

—Sí.

—Y parecía algo nervioso anoche —insistió fray Torres.

—¡Padre! —Carrasco miró con estupor a su subordinado, como si quisiera callarlo con su gesto.

Pero Yaiza se aferró a ese comentario.

—Vaya, no tenía idea. ¿Por qué no lo dijo antes?

Fray Carrasco se interpuso entre Yaiza y fray Torres.

—¿Qué pretende que les diga, señoritas? ¿Qué tendrán que ver los nervios con la muerte?

Esta vez fue Matilde la que tomó las riendas.

—¿A qué se refiere? ¿Mal estado corporal o…?

—¿De qué va esto, Matilde? —irrumpió Carrasco—. Si le hubiese pasado algo extraño, Dios nos lo habría hecho saber.

—Tal vez no esté leyendo bien las seña…

—¿Qué insinúa?

—Nada.

Pero el fraile superior adoptó una postura aún más agresiva con ella.

—¿Qué quieren ver que no hayan visto ya su hermano… o su padre, señorita Leal? Les recuerdo que ellos ya revisaron el cuerpo.

Matilde no tenía respuesta, así que Carrasco insistió con la mejor de sus actitudes.

—Con el debido respeto, señoritas. Este solo es lugar para soldados de Dios. ¿Me entienden?

—Sí.

Pero Yaiza insistió.

—Por favor, padre. Déjenos ver el cuerpo.

Esta vez Carrasco llegó a su límite.

—¿De verdad piensa seguir? ¿Quieren que hable con el alguacil Palacios?

—¡No! —La curandera adoptó una postura servil con él para salir del entuerto en que acababa de meterla su aprendiz—. Discúlpenos, padre. Es solo que… Lo siento. Por favor, no hable con mi hermano. Simplemente nos asaltó el temor de que fuese una enfermedad contagiosa.

—Pues no lo creo. Nuestros frailes están más que capacitados en la medicina, aunque ustedes no sean capaces de comprenderlo.

El padre las puso de patitas en la calle con una actitud que dejaba mucho que desear.

Yaiza observó a Matilde. Notó al instante que estaba cabreada con ella en cuanto se vieron a solas.

—Perdón, sé que no debí haber hablado. Pero ese vicario, fray Torres…

Matilde la retuvo con sequedad.

—Se acabó. Déjelo de una vez. Asunto cerrado, ¿estamos?

Ella no pudo más que asentir, pues notaba el miedo de su amiga hacia su hermano Norberto, así como las consecuencias que pudiesen tener sus preguntas.

Se despidieron, pero Yaiza no dejaba de dar vueltas a esa extraña figura que había aparecido ante ellas.

Algo le decía que ese vicario trataba de decirles algo más.

20

Sin noticias de Europa

El carruaje de los Betancor se abría paso por el empedrado. Un traqueteo de ruedas de madera que levantaban un polvo fino y ocre a su paso. El esclavo de nombre Utmán llevaba las riendas, uno de los rostros más veteranos de la plantilla. Barbudo y canoso, cejijunto, andrajoso y con un ligero carraspeo en la garganta cada vez que abría la boca. Por eso hablaba poco. Abrama lo acompañaba en silencio a su diestra. No tenían permitido hablar a menos que los señores diesen su beneplácito.

Su señora en este caso.

Catalina viajaba en el interior de la cabina, y también ella había permanecido callada en todo el trayecto. Solía mostrarse dialogante con sus chóferes, aunque fuese para matar el rato. Por eso a él le sorprendió que ella no hubiese mostrado ápice alguno de tantearlos.

A ambos lados del camino se alineaban casas pálidas y encaladas. Ventanas estrechas, tendederos y señoras apostadas en los umbrales. La carroza atravesaba las sábanas a su paso, con algún que otro rebuzno de los corceles. Utmán sacudía las riendas cada poco esquivando los desniveles, así como los restos de estiércol y los restos de verduras con los que tropezaban por la calle.

Al atravesar el pueblo varios jóvenes se acercaron al carruaje para saludar a Catalina. Ella se asomó a la ventana y un muchacho le dio una bolsa de papas, regalo que primero rechazó, pero luego tuvo que aceptar debido a las insistencias. También se acercó al carro una joven madre con su bebé. En este caso solo quería que ella bendijese al menudo. Catalina agradeció los saludos y regalos con su sonrisa fingida. El pueblo respetaba a los Betancor por el empleo y la riqueza que generaban, pero también por su limosna.

Abrama tuvo que poner los cinco sentidos, pues aunque todos parecían tener buenas intenciones, uno nunca sabía lo que podía encontrarse.

Se volvió hacia su señora en cuanto dejaron atrás las casas de la villa y volvieron a internarse en la llanura.

—¿Todo bien, doña Catalina?

Ella asintió con ligereza, pero él supo que algo no andaba como debía. La conocía perfectamente, pues llevaba toda la vida estudiando y admirando su rostro. Quizá estuviese preocupada por asuntos de la hacienda.

Llegaron a puerto a mediodía. Catalina descendió de la carroza, mientras que sus dos mozos se dispusieron a esperarla en el exterior del edificio desvencijado de aduanas.

Fue entonces cuando Leandro Perdomo se adelantó a sus intenciones y salió a recibirla al ver que ella se acercaba.

—¡Qué velocidad! El flete llegó esta misma mañana. No pensé que fueran a venir tan pronto a recogerlo. Y mucho menos usted misma en persona.

—No se imagina cuánto extraña una madre a su hijo.

—Espero que no esté metido dentro de la caja —bromeó él.

Pero a Catalina no le hizo ninguna gracia. La mujer se levantó las enaguas para evitar ensuciarse el vestido y atravesó la distancia que separaba el carruaje del acceso al edificio. Extendió la mano al aduanero para recibir su beso y reverencia sin corresponder la curiosidad insaciable del hombre.

Ella desapareció en el interior de la aduana, pero volvió a salir poco después. Pidió a sus esclavos que entrasen para ayudarla a trasladar la mercancía al carro.

Eso hicieron. Se trataba de un cajón de madera de casi un cuerpo de altura. Un cofre sellado y clavado por tachuelas que pesaba tanto o más que ella. Su interior resultaba imposible de descifrar.

—¿Su hijo está en Francia? —preguntó el aduanero al ver el entintado negro en francés por fuera de la caja.

—Eso no es de su incumbencia, don Leandro.

—Discúlpeme, Catalina. No pretendía molestar.

Ella le sonrió, pero Abrama se percató de la tensión entre ellos.

—Mucho me temo que algún día lo veremos como alcalde, don Leandro —zanjó ella.

El aduanero le sonrió con satisfacción, consciente de que los Betancor eran la llave para lo que él llevaba tanto tiempo proponiéndose. Ansiaba convertirse en el relevo del cabildo. Acabar de una vez con ese vejestorio de Juan Leal que no tenía ni dónde caerse muerto. Nada más que su bastón, su ceguera y un manto de nostalgia por ese pasado que nunca volvería.

Pero Catalina no parecía compartir su entusiasmo. Volvió a meterse en la carroza y pidió a Utmán que pusiera en marcha a las mulas. Ya había visto suficiente esa dentadura picada que no hacía sino sonreírle con lujuria. Se notaba que en el fondo detestaba a

Leandro. Se limitó a despedirse con esa habitual mueca de seriedad que vestía cuando había algo que le preocupaba.

Era evidente que no las tenía todas consigo, a pesar de la seguridad que transmitía.

Se alejaron del puerto. Apenas habían empezado a ascender la loma a bordo del carruaje cuando ella chistó a Abrama.

—Tsss, su daga.

—¿Eh?

Cuando por fin reaccionó, Abrama se sacó la navaja del cintillo del tobillo y la pasó por el ventanuco situado a su espalda que comunicaba con la cabina.

Catalina intentó romper el cofre con impaciencia mientras la carroza se abría paso entre la tierra. Parecía nerviosa.

—Señora, ¿la ayudo?

—No.

—¿Por qué no espera a llegar a casa?

Ella lo fulminó con la mirada. Para Abrama no había peor sensación que sentirse atravesado por aquellos ojos penetrantes. Él solo quería ayudar. Le preocupaba su angustia, esa que la mujer hacía por camuflar con su enojo.

Catalina forcejeaba con el cofre, pero las tachuelas se resistían y el traqueteo de las ruedas no se lo ponía nada fácil. Abrama se moría de ganas por ayudarla. Por momentos ansiaba que se quitase esa máscara de corrección y le permitiese abrazarla. Golpeaba la caja contra el asiento, sin éxito. Estaba desesperada.

Consiguió abrirla por fin después de romper la daga. Abrama no pudo resistirse a volver la vista para atisbar qué había en su interior. Para su sorpresa, ella no hizo gesto alguno de reprobación ante su

indiscreción. Catalina apartó varios fardos de lana envueltos y metió las manos bajo la tapa hasta sacar lo que de verdad le interesaba.

Una carta.

Un baúl de casi un cuerpo de altura para tomar un simple papel.

Catalina se lanzó a leerla allí mismo con un fervor casi enfermizo. Sus ojos volaban de un lado al otro del pliego, mientras Abrama trataba de descifrar el contenido en su mirada. Ella levantó la vista tras un instante.

—¿Qué mira?

—Perdón, mi señora. Yo…

—Es de Rodrigo —lo cortó—. Necesitaba abrir ya el porte, que no me fío de ese Leandro. Capaz que llegamos a la hacienda y descubro que ya lo abrió antes él.

Abrama notó que lo decía con cierta angustia, como si quisiera justificarse ante el esclavo. Aquel gesto chocó a Abrama por completo. Utmán trataba de pegar oído, pero por desgracia este tenía que tener los sentidos puestos en las riendas.

Catalina continuó leyendo la carta, pero el rostro se le fue desdibujando a medida que descendía las letras del papel. No parecían buenas noticias.

—¿Se encuentra bien?

—¿Eh? Sí, gracias —respondió sin levantar la vista.

Era evidente que mentía.

El carruaje volvió a casa bordeando el pueblo, pues esta vez Catalina no estaba de humor para sonreír a los vecinos. A cada giro el vehículo se ladeaba debido a la irregularidad del suelo. Se les cruzaron varias gallinas, que obligaron a Utmán a maniobrar en mitad de la intemperie.

Cuando por fin se adentraron en la hacienda, Abrama ayudó a su compañero a guardar la carroza en uno de los graneros. Pero no podía dejar de fijarse en Catalina. Su señora se dedicó a deambular entre las vides con la carta en uno de los bolsillos, como si temiera entrar a casa. Meditaba con la mirada puesta en el cielo.

Así que decidió acercarse a ella.

—Mi señora…

—Dígame.

—Si hay algo en lo que pueda servirle…

Ella le sonrió. Después acarició su mejilla con cierta ternura, como si fuese su hijo. Jamás lo había tratado de ese modo. Jamás lo había tocado. Lo invadió un océano de euforia.

—No puede ayudarme, pero gracias.

—De verdad, mi señora. Lo que…

—Basta, estoy bien. Vuélvase con los demás al lugar que le corresponde. —Le señaló el cobertizo de los esclavos con desprecio.

Abrama sintió cómo un puñal lo atravesaba. Le temblaban las piernas ante aquel desprecio. Una de cal y otra de arena. Por más que quisiera ganársela, sabía que ella lo veía como a un animal.

Un salvaje.

Pero él no podía más que apiadarse de su señora. Se compadecía del sufrimiento de Catalina, y de algún modo lo sentía como el suyo propio.

No soportaba verla sufrir, cosa que últimamente ocurría bastante a menudo.

Algo le decía que esa carta auguraba una tormenta.

21

Desobediencia

Yaiza pasó la tarde esperando a su padre para hablar con él cuanto antes. Aunque sabía que su osadía disgustaría a Matilde, necesitaban a alguien que pudiese ayudarlas. Aguardó su llegada mientras leía, sentada como de costumbre en un banco de la plaza de la parroquia, en el exterior del palacete familiar. A su madre le molestaba que la viesen leyendo en público, a la vista de los vecinos y sus cuchicheos. Pero ella no hacía caso.

Leía sin parar las vidas de los santos, folletines que de un tiempo a esta parte llegaban desde Cádiz a cuentagotas. San Agustín de Hipona, san Jorge de Capadocia. Le encantaba embarcarse una y otra vez en las hagiografías de tantos personajes de leyenda. Y su favorita era santa Teresa de Jesús. No tenía parangón esta señora de Ávila que había pasado en sus penas la mística más atroz y cautivadora. Yaiza nunca rezaba a Dios ni a la Virgen, sino a *su Teresita*. No sabía explicarlo, pero de algún modo sentía que entre las dos había un vínculo.

Tenía los libros gastados de tanto leerlos.

Juan apareció por casa a media tarde. En una mano el bastón, en la otra mascando su merienda favorita, un tajo de caña de azúcar

del tamaño de su palma.

Ella lo abordó frente a la puerta, pues él llegaba tan cansado que nunca se detenía siquiera a saludar. Esta vez Juan mordía con rabia y desengaño el pedazo de caña. Un sabueso a medio andar, tratando de sortear los adoquines con el bastón. Menos mal que se conocía de memoria cada paso que daba para llegar a casa.

—Padre, necesito hablar con vos.

Juan dio un brinco al oír que lo llamaban. Menos mal que era Yaiza, porque no tenía ganas de oír a un solo vecino más.

—Mañana. Necesito tumbarme.

—Es urgente.

—¿Otro temblor? —bromeó este sin detener el paso.

—Es sobre Domingo.

Su padre enarcó una ceja y tomó asiento junto a ella bajo el alpendre.

Yaiza procedió a contarle todo lo que había descubierto con Matilde. Los balbuceos del esclavo de los Betancor acerca de esa copa justo antes de morir; los síntomas que la curandera aseguraba haber detectado en el cuerpo del muchacho. Una extraña coincidencia teniendo en cuenta que Domingo no había bebido el vino, y había fallecido esa misma noche. La confesión de Abrama sobre ese esclavo, Omar, a quien culpaba de la muerte de Samir, y el frasco que este aseguraba haber hallado en la zona del servicio. Por último le relató su infructuosa visita al convento.

A medida que lo hacía se dio cuenta de que sonaba un tanto conspiranoica en su discurso, pero su padre no pareció desdeñarla. Él siempre la escuchaba, incluso en un relato tan rocambolesco.

—¿Le ha contado esto a alguien más?

—No.

El rostro de Juan se ensombreció.

—Bien. Ni se le ocurra soltar una palabra a nadie. Tampoco a su madre.

A Yaiza le sorprendió esa advertencia, así que él se vio obligado a matizarla.

—Un secreto no es nada si lo comparten más de dos bocas. Ya somos tres, si contamos a la señorita Palacios. Solo espero que los frailes no estén elucubrando —suspiró—. Y que la boticaria no le haya contado nada a su hermano. Como Norberto se entere la llevamos clara.

—¿Por qué?

—Imposible guardar un secreto con ese alguacil.

Juan se sacudió el lino de los muslos, apoyó el cuerpo en el bastón y se encaminó de nuevo hacia la calle.

—¿Adónde va?

—Quédese aquí.

Pero ella insistió, pues tenía una intuición de lo que pretendía.

—Se está haciendo de noche, padre. Creo que va a necesitar mi compañía.

22

Nuestro equilibrio

Las puertas de la hacienda Betancor estaban cerradas cuando Juan apareció por allí agarrando el brazo de su hija. Menos mal que Yaiza insistió en acompañarlo, pues en esa finca no había más luz que la de los candiles que brillaban en la mansión y en el cobertizo de los esclavos.

Llamaron a uno de los peones dando golpes contra la verja, y este les abrió la compuerta y corrió a avisar a la mansión. Catalina salió al porche al tiempo que Juan y Yaiza llegaban a la escalinata que conducía a la vivienda.

—¿Qué pasa? ¿Qué les trae por aquí a estas horas?

La primera impresión de Yaiza fue que a Catalina le sucedía algo.

Estaba pálida. Su camisón color índigo contrastaba aún más con una figura somnolienta, y al mismo tiempo roída en su conmoción.

—¿Podemos pasar? —preguntó Juan mientras subía las escaleras.

La mujer estuvo a punto de negarles el acceso, pues la noche caía con firmeza. Pero finalmente se echó a un lado, consciente de que se trataba del alcalde.

Tomaron asiento en el salón, situado en el ala derecha de la mansión. Un sofá de piel traído desde Francia tan cómodo que Yaiza

sentía por momentos que podía quedarse dormida mientras charlaban con ella. La estancia era más elegante que como la recordaba. Tapices. Una colección de candelabros, de vajillas de porcelana y una librería a la altura de los más adinerados. Desprendía la estancia un aroma almibarado, quizá debido a las cáscaras de naranja que presidían la mesa del centro.

—No me había dicho nada sobre la muerte de uno de sus esclavos.

—¿Perdone?

Juan se disculpó, pues no quería dar la impresión de que venía en actitud hostil.

—Me dijo mi Yaiza que estuvo con Matilde tratando de asistirlo. No he sabido nada hasta ahora.

—¿Y por qué debería avisarle?

Él tanteó su respuesta, pues a decir verdad la muerte de un esclavo era el pan de cada día. Debía buscar la forma de tantear a la señora sin dar la impresión de que quería indagar en su vivienda.

—¿Puedo hablar con su esposo? —preguntó, tratando de desviar la atención.

—No se encuentra en casa.

—¿Tardará mucho en llegar?

—No lo sé, señor Leal. ¿Qué es lo que quiere?

Juan se volvió hacia Yaiza en actitud complaciente, como si ella aún fuese una niña.

—Hija, ¿le importaría esperar en el jardín? He de hablar un asunto en privado con la señora.

Las dos mujeres se volvieron hacia él con desconcierto. Yaiza no comprendía por qué su padre la apartaba justo en ese momento, y

Catalina no entendía por qué la había traído con él.

En cualquier caso, Yaiza obedeció y salió a la calle, ya que no quería enfrentarse a su padre en esas circunstancias.

El alcalde y la terrateniente se quedaron a solas en el gran salón de la hacienda.

—Discúlpeme por haberla traído. Ya sabe, la vista…

—Ah, claro. ¿Cómo no caí? —Catalina asintió con obviedad al fijarse en su bastón. Se disculpó con él y maldijo para sí por no haberse dado cuenta antes.

—Verá usted, señora Betancor. Ha llegado a mí el rumor de que su esclavo… ¿Samir, se llamaba?

—Sí.

—Pues… que otro esclavo de su cuadrilla podría estar detrás de su muerte.

—¿Qué insinúa?

—Un tal Omar.

—¿Qué? ¿Quién le ha dicho eso?

Juan se detuvo. Le había pedido a Yaiza que saliese para no involucrarla, tratando de hacer creer a Catalina que la joven no sabía nada. Pero si seguía hablando acabaría delatándolas a ella y a Matilde.

—Nada. No lo sé. Simplemente son rumores que me han llegado.

—Por favor, señor Leal. ¿Podría ser más específico?

—Un papel anónimo. Alguien lo depositó en mi mesa.

—¿Puedo verlo?

—Lo quemé después de leerlo.

Catalina lo miró con recelo. Su expresión dejaba claro que el asunto no pintaba bien. Juan pensó que quizá había cometido un

error impulsivo al haberse acercado hasta la hacienda de tan poderosa familia.

—Hable claro, señor.

—Está bien. Temo que la muerte del señor Medina y la de su esclavo estén… relacionadas.

—¿En qué se basa?

—Ambos estuvieron en el banquete.

Catalina soltó una carcajada. Después se volvió, incrédula, al percatarse de que él no bromeaba.

—Señor, ¿nos está acusando de algo?

—En absoluto. Solo…, es igual.

—Dígame.

Dudó antes de hablar.

—Domingo vino para transmitirme un mensaje. Debía ser algo importante. Y su muerte la misma noche de su llegada…

Catalina empezaba a comprender su preocupación, pero no estaba dispuesta a permitir que Juan desviara el foco hacia la hacienda.

—Se equivoca.

—Probablemente, pero… ¿Cree que sería posible hablar con su esclavo? Solo por salir de dudas.

Ella negó.

—Le garantizo que nadie en esta finca ha tenido nada que ver. Pongo la mano en la hoguera por cada pieza de esta finca.

Juan enarcó las cejas ante la seguridad con la que hablaba.

—Eso son palabras mayores.

—¿Esto se lo han dicho su hija y la señorita Palacios, la curandera?

—¿Qué? ¡No, por Dios! —mintió, tratando de dejarlas al margen.

Catalina permaneció dubitativa, y al mismo tiempo seguía atravesada por la preocupación.

—Mire, señor Leal. No sé si está siendo sincero conmigo. No sé si de verdad recibió un anónimo, o hay algo más que no me está contando. Creí que éramos compañeros. La relación entre su cabildo y nuestra finca siempre ha sido… correcta. ¿O me equivoco?

—Así es.

—Lo digo porque siempre lo hemos apoyado. Por muchas voces que hayan surgido en su contra, especialmente debido a su edad y a esta ceguera que cada vez lo tiene más derrumbado. Pero nosotros no hemos dejado de confiar en vos.

Él tuvo que dar la razón a la señora Betancor con el rubor en sus mejillas. En dos décadas al frente de la alcaldía jamás había tenido un problema con ellos. Le debía a esa familia parte del sostén económico de Lanzarote gracias a su vino. Sin duda había cometido un error viniendo a preguntar.

—Le ruego me disculpe, doña Catalina. De verdad, no…, no lo pensé. Leí el anónimo y me asusté. Creí que tal vez ese moro, Omar… Que quizá él estaría detrás del asunto.

—Pues olvídelo de una vez.

La mujer se acercó aún más a él, que seguía clavado en el sillón frente a ella.

—Una cosa le digo…, y también hablo en nombre de mi esposo. Ni se le ocurra andar preguntando a mis esclavos al respecto. Pensé que había confianza entre nosotros.

—Y la hay. No en vano he traicionado mis… —Pero se detuvo antes de terminar. Le avergonzaba el solo hecho de tener que verbalizarlo.

—La mareta —puntualizó Catalina. Ella no tenía reparo en reconocer lo que estaban haciendo a espaldas del pueblo—. Mi marido y yo no nos enorgullecemos. Pero tampoco debe avergonzarse. Es difícil hacérselo ver a la gente. Sabe tan bien como nosotros que sin el pulmón de nuestras cosechas y nuestro vino, hace mucho que la isla ya habría clamado ante los infiernos.

Juan asintió, consciente de que ella tenía razón, por más que le pesara. Ya lo habían hablado hace tiempo. El agua de la mareta seguía discurriendo con normalidad hacia aquella finca a través de sus acequias, pues esa empresa no podía quedarse sin regadío. Sería el principio del fin para todos.

Se puso en pie y tomó su bastón, dispuesto a marcharse con el rabo entre las piernas.

Pero Catalina lo retuvo una última vez.

—¿Recuerda lo que hablamos tiempo atrás sobre Rodrigo y su hija?

—Sí.

—Pues ya está. Quizá podamos sellarlo cuando mi hijo vuelva a casa. Ya sabe que mi Tomás está encantado con la idea.

—De acuerdo.

—Por eso no le conviene alterar el equilibrio que tenemos. Las purgas están a la orden del día en este Imperio, y no me gustaría ver caer a su familia.

Juan se sintió amenazado ante esa sentencia de Catalina, pero ella se limitó a sonreír mientras lo acompañaba a la puerta.

—Si algo le ha sucedido al señor Medina, le aseguro que nosotros no hemos tenido nada que ver.

Salieron al exterior, donde esperaba Yaiza sentada en las escaleras del alpendre. Padre e hija se marcharon por el sendero de tierra. Ella lo contemplaba obnubilada.

—Parece que Catalina le haya robado el alma.

—Está todo bien.

Juan fingió una sonrisa. Él solo esperaba que las amenazas de la señora no fuesen en serio.

23

El espíritu de la cordura

Catalina estalló un plato de su vajilla favorita contra el suelo.

Después apoyó las manos en la encimera, situada junto a los fogones y las luceras de la bodega de casa. Volvió la vista hacia el pasillo al escuchar un ruido de pasos. Aún quedaban dos esclavas en la mansión, Fátima y Gara, que terminaban de pulir los suelos de la vivienda.

La mujer se encerró en la alacena y rompió otro plato. Contuvo el aliento. Trataba de respirar hondo, pero no hallaba más consuelo que destrozar la porcelana para calmar sus ánimos. El choque del ajuar era su único alivio ante la rabia que bullía en sus carnes. Se sentía desolada. Dios los había abandonado. Sus días ya eran un desenfreno por sacar adelante los viñedos, por salir del atolladero en el que se encontraban por culpa de aquella maldita enfermedad.

Y a todo esto debía sumar ahora ese nuevo tormento.

Salió de la estancia en cuanto oyó que su marido volvía a casa. De camino al recibidor pidió a las esclavas que limpiasen el destrozo que había causado. Los fragmentos de porcelana se diseminaban por toda la estancia y no sería ella quien lo recogiese.

Tomás trastabilló contra la cómoda del vestíbulo. Tuvo que contener el ánimo para evitar caerse al suelo. La camisa de lino ligeramente abierta, lágrimas de malvasía poblaban el pecho y las mangas remangadas hasta los codos.

Catalina lo fulminó con la mirada con una mezcla de asco y desprecio. Apenas lo vio acceder a la mansión, lo condujo al dormitorio para ponerlo al día de las novedades. La carta que acababan de recibir desde Francia confirmaba el peor de sus miedos y ponía patas arriba todas sus esperanzas.

Y la visita de Juan Leal no hacía sino empeorar las cosas.

Él se tomó su tiempo para asimilarlo. Enjuagó su cara en una pileta y después se descamisó para tomar asiento en la cama. Mientras lo esperaba, Catalina se ajustó el corsé y salió al balcón, donde permaneció atrapada un buen rato, viendo cómo los esclavos se aseaban en las piletas situadas por fuera del cobertizo.

Se fijó en un muchacho que parecía Abrama, aunque no podía estar segura por los claroscuros, y que estaba lavando sus ropas en la acequia. El agua discurría por la acequia reflejando el único brillo en otra noche que se cerraba sobre sus carnes. Al menos seguían teniendo regadío para los viñedos, a pesar de la sequía.

Ojalá aquel fuese su único problema.

Catalina se había prohibido a sí misma volver a llorar. Ni siquiera tenía tiempo, pues tal era el atropello que los dominaba que no concebía siquiera concederse esa tregua con su dolor.

Cuando menos lo esperaba, Tomás salió a dar con ella. Se había quitado el traje de noche. Ahora solo llevaba un calzón y dos ojeras tan profundas como una cueva. La besó en el cuello mientras se dejaba imbuir por tan grácil mañana. Ella se dejó abrazar, consciente

de que a él ya solo le quedaba espíritu para eso. Pero no había ya rastro del hombre con el que se casó en París, décadas atrás.

—¿No piensa decir nada de la carta?

—Todo se andará.

—¿Cómo? Tomás, creen que saldrá en menos de un mes. ¿Qué hacemos?

—¿Quién es el líder?

Ella negó, pues no tenía respuesta.

Tomás se hundió entre suspiros. Era una muy mala forma de acabar el día, pero no quería ponerse en lo peor. Aún brillaba en sus ojos la euforia del alcohol.

—Aún tenemos tiempo —dijo él—. ¿Cree que Leal puede estar detrás?

—No lo sé. Puede ser. No me ha gustado nada su visita.

—¿Y Perdomo?

—Lo dudo. Creo que él me lo habría dicho.

—Él es quien tiene más contactos.

—Sí, pero no los mejores. Y sigue estando demasiado ansioso por hacerse con el cabildo.

Tomás le dio la razón. Después quiso besarla, pero ella lo apartó con delicadeza por su aliento. Desprendía un fuerte hedor a ginebra y a moscatel. Ni siquiera tomaba ya el vino de casa, sino esos asquerosos mejunjes que los taberneros de Teguise producían en sus sótanos.

Él vio dañada su hombría, pero antes de que pudiese reaccionar tuvo que llevarse la mano a la frente por culpa del ardor en su estómago. Tiró del camisón de su esposa con intención de besarla

con fuerza. Pero Catalina se zafó. Apenas fue capaz de rozar sus labios con los de él.

Ella se apartó con suavidad para que él no notara que le repelía cada suspiro de su piel. Se odiaba a sí misma por sentirlo, pero qué más podía hacer al respecto. Llevaba mucho pidiéndole que dejara el brebaje, aunque fuese por un tiempo. Ella también estaba destrozada por el dolor de su secreto, y sin embargo lo afrontaba sin tener que abrazarse cada noche a una botella para olvidar.

Tomás adoptó entonces una actitud hostil. La atravesó con la mirada como si fuese de su propiedad.

—Tanta preocupación con esa carta y con la visita del alcalde… Y se le ha olvidado mencionarme lo más importante.

—¿El qué?

—Vengo de estar con el doctor Plantard en la taberna. Me ha dicho que usted le adelantó una suma por sus servicios.

Catalina asintió.

—Hace semanas, sí.

—¿Ni siquiera pensaba consultármelo?

—¿Cuándo, Tomás? Pero si se pasa el día por ahí, o tirado en la cama. Alguien tiene que tomar las riendas de la finca. ¿O acaso no recuerda lo que me pidió? Dijo que no tenía el cuerpo para nada ahora mismo. ¡Pues yo también estoy destrozada! ¡A mí también me mata cada día que pasa!

Él se contuvo para no cruzarle la cara allí mismo. Pero Catalina se percató al instante de que él iba a sacar su lado más violento, así que dio un paso atrás para prevenirse.

Temía que él cometiera una locura en ese balcón.

—Mi familia no cruzó el océano para esto —exclamó él, llevándose la discusión a su terreno.

—Pero, Tomás… ¿Se está escuchando? ¿Acaso ha pensado en lo que significa? ¿En lo grande que se nos queda esto? El señor Leal ha venido a acusar a nuestro Omar de la muerte del visitador. ¿No ve que pueden señalarnos?

Catalina trataba de hacerle entrar en razón sin éxito, pues él permanecía clavado en la negación. Como si fuese un niño.

—No lo harán.

—¿Cómo está tan seguro?

Él dudó.

—¿Y se sabe qué diablos le pasó a ese visitador?

—¿Y yo qué sé? ¡Tomás, le estoy hablando de algo serio!

—Lo mismo digo, Catalina. Le paga al doctor Plantard sin mi permiso y pretende que la ayude.

Ella dejó escapar una lágrima, desesperada.

—Esto es cosa de todos.

—¡Pues encárguese de todo!

En ese momento los interrumpió un golpe contra la puerta. Era Leonora, que seguía somnolienta. Acababa de despertarse al oír un grito.

—¿Qué está pasando aquí?

Ellos callaron al verla entrar.

—Nada, hija —respondió Tomás, como si hubiese recuperado la cordura en un chasquido.

—¿Seguro?

—Sí. —La sonrisa de Catalina terminó por apaciguarla.

Leonora cerró la puerta tras de sí y volvió a dormirse. El matrimonio quedó entonces en silencio a la espera de un tiempo prudencial. Tomás volvió entonces a ser el de antes.

—Quizá debamos contárselo.

—No, por favor. Me juró que no la meteríamos en esto.

Tomás consintió su petición. Después terminó de asearse y se acostó en la cama sin decir más.

Ella hizo lo propio. Poco después lo vio revolverse en la cama en posición fetal. No era más que un niño al contemplarlo con los ojos de la intimidad. Frágil, por más que su hombría dijese todo lo contrario.

Catalina estaba destrozada por el suplicio que compartían. Y ahora no solo tenía que enfrentarse al peor de los desafíos, sino que además sabía que su futuro dependía de lo bien que saliese.

Y también la vida de su hijo.

24

El precio de la verdad

Yaiza irrumpió en el despacho de su padre. Era una estancia de techos bajos, con una ventana de madera que se abría hacia el exterior, atravesada por una luz tamizada a través de las cortinas. El tintero, un butacón de cuero y un cenicero en el que el alcalde descansaba su puro andaluz. Siempre trabajaba junto a un crucifijo que hacía las veces de abrecartas.

La joven necesitaba hacerle entrar en razón, pero él se cerró en banda ante su petición.

—No hay más que podamos hacer, Yaiza. No pienso acusar a los Betancor solo porque lo diga un maldito esclavo.

—Pero, padre…

—¡Basta, Yaiza! En el convento no vieron nada extraño. Ni los frailes, ni Palacios, ni Curbelo… Ni yo.

Juan tomó conciencia de su propia reflexión. Siguiendo su criterio, lo más lógico era que Domingo Medina hubiese muerto por causas naturales.

Pero Yaiza se negaba a aceptar esa realidad, y dejó claro su inconformismo deambulando por el gabinete de su padre de un lado

a otro. Necesitaba hacerle entrar en razón de que era un error sucumbir a los designios de la isla.

—Eso no es lo que usted me enseñó.

—Al cuerno con mis delirios, Yaiza.

—No, padre. Esos frailes están ocultando algo, estoy convencida.

Juan la seguía con la mirada, mientras la joven recorría la estancia con desconcierto.

—¿Qué le hace pensar tal cosa?

—Intuición, supongo. Este cúmulo de casualidades. —Yaiza corrió a sentarse frente a él a la mesa del despacho—. Sabe perfectamente que Domingo había venido para algo importante.

—Solo Dios lo sabe.

En ese momento Lucía apareció sin llamar a la puerta. Entre sus manos portaba una bandeja con una infusión humeante que depositó sobre la mesa de Juan. A Yaiza le dio la impresión de que su madre solo quería inmiscuirse por puro cotilleo.

—Juan, no le haga caso.

—¿Qué? —saltó la joven contra su madre.

—Bastante tenemos ya con la sequía como para hurgar en las heridas de Lanzarote.

Yaiza se mostró aún más desconcertada ante el comentario. Lucía estaba insinuando que la muerte del visitador probablemente tuviese algo que ver con el pasado.

—Madre, ¿qué tiene contra Domingo?

—Nada.

Supo que mentía. Lucía permanecía impasible y la bandeja se tambaleaba entre sus manos. Estaba nerviosa, inquieta. Yaiza intuyó

que temía por los derroteros de su marido si seguía adentrándose en busca de esa verdad.

—Merezco saberlo.

Lucía tragó saliva. Después se volvió hacia su esposo en busca de aprobación. Meditó la respuesta antes de soltársela a su hija.

—Domingo hizo daño a muchos en esta isla.

—Eso ya me lo han dicho, pero son palabras vacías —le espetó ella.

—Ordenó arrestos y torturas. Incluso mandó condenar a algunos insurrectos.

Yaiza recelaba de las palabras de su madre. Pero se dio cuenta de que Juan no ponía un pero en el relato.

—¿Por qué ahora? Han pasado más de veinte años.

—Primero, porque Domingo solo había vuelto de visita —dijo Lucía —. Para vernos a nosotros, a los amigos que aún le quedaban en esta isla, a usted. Y también supongo que… la isla no pasaba por estas calamidades desde hacía mucho. La sequía, el edicto de su padre sobre la mareta… La gente se teme lo peor.

Yaiza avanzó hacia su madre, como si de esta forma pudiese asimilar mejor lo que esta trataba de decirle.

—Entonces, usted también cree que no murió de forma natural.

—No he dicho eso.

—Sí, por supuesto que lo está diciendo. Me está dando la razón.

Juan tuvo que intervenir al ver que Lucía se ruborizaba.

—¡Se acabó! —dijo golpeando la mesa—. No quiero hablar más de ese hombre.

Yaiza pegó un salto, asustada. Al instante notó algo extraño en el semblante de su padre. Como si quisiera enterrarlo en sus

recuerdos.

—¿Por qué?

—Saber la verdad no va a cambiar nada.

Yaiza estaba a punto de romperse ante la conclusión. Sus palabras resultaban incomprensibles.

—Creí que usted no era de esos, padre. Le tomaba por buen alcalde, y no un simple oportunista velando por salvar su pellejo. Le debe el cargo, usted mismo lo ha dicho —le espetó.

Acto seguido, Yaiza se marchó dando un portazo y se encerró en su habitación.

Juan y Lucía se quedaron en silencio, atrapados por el miedo ante la humareda del puro que descansaba sobre el cenicero.

25

Llamado a filas

Abrama fue el último en abandonar el lagar. A pesar de su cansancio, prefirió quedarse a recoger el desorden. Retiró el andador de la polea y colocó una piedra de basalto para evitar que el husillo se girase durante la noche. Pero el mecanismo estaba tan viejo que ya apenas resistía, y la pulpilla amenazaba con desprenderse. La viga crujía, pero decidió dejar esa tarea para la mañana siguiente.

Sus compañeros ya se habían ido, y él tampoco tenía fuerzas para más.

Fue entonces cuando una figura femenina emergió desde la penumbra.

Se trataba de Catalina.

—Pe… perdón por el ruido —dijo él al verla aparecer, pues no quería llamar la atención.

Ella lo contemplaba en silencio, dejando escapar cierta ternura.

Permaneció apoyada en el quicio de la estructura mientras lo veía reparar el artefacto. Pero él fue incapaz de trabajar con normalidad, ya que lo invadieron los nervios por el juicio de tan imponente dama.

Abrama notó que la mujer tenía signos de haber llorado. Intuyó que venía de la casa tras haber discutido con Tomás. El matrimonio

no pasaba por su mejor momento.

—¿Se encuentra mejor, mi señora? Me refiero a la carta…

—Hay un soplón en la cuadrilla.

—¿Cómo? —Abrama se detuvo. Dejó de manipular el cintillo del lagar y sacudió sus manos para prestarle toda la atención.

—Me han llegado rumores, y no me gustaría descubrir que los ha pregonado alguien del pabellón.

—¿Podría saber a qué se refiere?

Catalina no respondió. En su lugar lo examinó con detenimiento.

Abrama reparó en su semblante. Hacía tiempo que la notaba desbordada, atravesada por algo que sucedía en la mansión.

—Va a ser mis ojos entre la cuadrilla. Olvídese de mi hija, aún es frágil. Si detecta algo, sea lo que sea, hable conmigo.

Él asintió, tratando de demostrar que podía satisfacer sus expectativas. No había mayor deseo para él.

—Buenas noches.

Catalina se marchó de vuelta a la mansión, antes siquiera de que Abrama pudiera responder. La mujer sostenía la falda con sus manos para evitar manchársela de tierra. Él detectó en su andar un halo de melancolía.

Después se detuvo a meditar la pregunta. ¿Quizá se refería a su confesión sobre Omar? Tal vez las dos curanderas se habían ido de la lengua. No, imposible que lo hubiesen delatado. En cualquier caso lo negaría todo.

Había hecho lo correcto. Ese Omar era culpable. Lo sabía.

Tendría que indagar más al respecto.

Catalina, Tomás y Leonora llevaban un rato descansando en el porche. Disfrutaban a merced de la medianoche sin más propósito que el de dejarse llevar por el silbido de los grillos, el olor a humedad tras el regadío y el aroma de las barricas tumbadas junto al lagar. Un candelabro iluminaba sus expresiones y los rodeaba de mosquitos. Entre ellos quedaba una butaca, desierta para el hijo ausente que esperaban pronto volviese a su lado.

Frente a ellos se extendían las hileras de malvasía, una llanura de plantas trepadoras enredadas en sus tutores hasta donde alcanzaba la penumbra. Manojos de rubíes, frondosos puñados de uvas que colgaban de los sarmientos y desprendían un ligero brillo mortecino bajo las velas.

Leonora tenía los ojos cerrados mientras oía a su padre tocando las cuerdas del timple o camellito, un instrumento de caja redonda que desprendía una suave armonía que los envolvía en la quietud de la luna.

Como si todo lo malo quedase más allá de la propiedad.

Pero Catalina clamaba en silencio su desgracia. Cargaba a solas con el peso del secreto familiar, una condena a la que los sometían desde Francia. Esa misión imposible. Y mientras, Tomás se hundía en el alcohol. Ella no estaba segura de que hubiera un chivato entre los esclavos. Era la única explicación que encontraba al hecho de que Juan hubiese aparecido por allí mencionando a Omar.

Y el de ese esclavo era, precisamente, el único nombre del que no podían permitirse la menor sospecha.

—Tsss.

Ella volvió en sí.

Su esposo la chistaba con decepción al ver que ella no atendía a su música.

—¿Otra vez rumiando, Catalina? —Tomás apoyó el timple al pie de la mecedora y dio otro trago al licor—. No se haga la loca. Está pensando en ese anónimo.

Leonora miró a sus padres, desconcertada.

—¿Me pueden decir de una vez qué está pasando?

—Nada, hija —respondió su madre quitándole importancia. Después volvió a dirigirse a su esposo—. Tomas, tengamos una noche tranquila.

—Como si fuera tan fácil. Hay que dar ejemplo.

La joven volvió a irrumpir entre ambos.

—Ya basta. ¡Estoy harta de verles discutir por cosas de la hacienda de las que me mantienen al margen! Yo también soy parte de la familia.

Tomás se puso en pie de un salto. Su figura enhiesta trazaba una sombra alargada sobre el rostro de su esposa.

—Ya la ha oído —le espetó a Catalina—. ¿Sabe qué, Leonora? Tráigalos.

—¿A quiénes?

Él señaló el cobertizo.

—A todos.

Leonora apareció seguida por los esclavos. Una treintena de rostros agotados, en su mayoría aún adormilados tras haber sido arrancados del descanso.

Solo faltaba Omar entre el grupo.

Al verlos, Tomás los examinó mientras removía el vaso de licor. Su figura permanecía impasible bajo el claroscuro de las velas. Se puso

a deambular, pero estuvo a punto de caerse. Tuvo que apoyar las manos en la mesa para evitar desplomarse. Su mirada caída, párpados lacrimosos y hasta cierto punto enmohecidos por el dolor.

—Alguno ha estado diciendo cosas de nuestro esclavo más reciente. —Señaló en la distancia, en dirección al pequeño granero que ocupaba el más nuevo del grupo—. ¿Acaso no os damos hogar y dos raciones al día? Y la libertad de cada noche… Ya les gustaría a los moros de otras fincas vivir como vosotros.

—Padre. Ya basta, por favor —dijo Leonora mientras observaba su andar vacilante. No entendía su enfado, pues él nunca había dado importancia a la cuadrilla mientras todos rindiesen.

Pero Tomás insistió. Se acercó a Gara, a Sancocho, a Fátima, a Abrama. Su rostro peinaba cada una de las miradas de terror. Hizo un gesto a este último para que diese un paso al frente.

—¿Algo que decir?

Abrama negó entre temblores. Parecía a punto de orinarse encima.

—Padre, esto no es lo que acordamos cuando adopté el papel de cuadrillera. Deje que lo haga a mi manera.

Tomás suspiró, presa de la decepción.

—Temo que hayamos errado al dejarles campar a sus anchas.

En ese momento sacó un zurriago que le colgaba del cinto —látigo de cuero desvencijado— que solo servía como herramienta de disuasión, obligatoria entre los terratenientes.

Los esclavos se quedaron pálidos al ver que lo sacaba. Todos mostraron sus piernas temblorosas y un leve temblor en la sien. La mayoría apenas podía alzar la vista.

Tomás dejó a un lado a Abrama y se adentró en el grupo. Paseó con el zurriago entre ellos. Más allá de su crueldad había en él un gesto de súplica. De desesperación.

—Por favor. Es la última vez que os lo digo. Si alguno ha estado soltando memeces sobre Omar, más vale que hable ahora. Lo digo por vuestro bien.

Los esclavos se revolvieron en el sitio, todos inconscientes de lo que sucedía.

A excepción de Abrama. El muchacho temblaba, pero al mismo tiempo albergaba la fe de que esas dos curanderas no habían dicho su nombre. La actitud de don Tomás le llevó a pensar que ese Omar era incluso más importante de lo que creía hasta entonces.

Entretanto, Tomás avanzó entre las berberiscas y se detuvo ante Fátima. Ella dio un paso atrás, tal vez por el hedor a ginebra que desprendía por su boca.

—A veces pagan justos por pecadores.

—¿Qué? ¡No, por favor! —Fátima se arrodilló en señal de súplica.

Abrama tragó saliva al ver que su amiga iba a sufrir ese castigo por su culpa. Tenía que hacer algo.

—¡Señor! —gritó finalmente.

Tomás se volvió hacia él con una mueca de satisfacción.

—Diga, muchacho.

Abrama sabía que tenía el deber de confesar. De reconocer su error.

Pero fue incapaz de hacerlo.

—No le haga nada, por favor.

Tomás enarcó las cejas, sorprendido. En su lugar le entregó el zurriago a él.

—Está bien, hágalo usted.

—¿Qué?

—Padre, ¡por Dios! —volvió a irrumpir Leonora.

Pero este la apartó con delicadeza. La cuadrillera observaba con impotencia.

—Hágalo —le ordenó a Abrama.

—No, no puedo.

Tomás le clavó una mirada con aire enfebrecido. El alcohol bullía por cada uno de sus poros.

—Vaya por Dios, creí que era fiel a esta casa. Le veo trabajando a todas horas. Este es su momento de ganarse la lealtad.

Abrama carraspeó antes de hablar.

—Le aseguro que ninguno de nosotros…

—Hágalo.

El esclavo tragó saliva. Después sostuvo el zurriago entre sus manos. Meditó con la soga entre los dedos. El aparejo estaba impoluto, síntoma de que nunca lo habían utilizado.

—¡Padre! —exclamó Leonora, desesperada.

Después se volvió hacia su madre.

Pero Catalina permanecía impasible. Algo en ella le decía que debían tomar esa decisión. Que lo hacían por el bien de la finca.

Tomás pasó la mano por la espalda de Abrama con una sonrisa, insistiendo en que había llegado su momento.

Él no pudo negarse.

Un latigazo rompió el cielo.

Un grito. Y otro.

Las palomas volaron de espanto.

Al tercer golpe de Abrama, la figura de Fátima se desparramó sobre la tierra.

Fue entonces cuando Tomás le quitó el zurriago a Abrama para poner fin al martirio.

—Volved al cobertizo. ¡Todos! —sentenció.

Los esclavos salieron de allí escopetados. Entre varias mujeres se llevaron a Fátima por los brazos. La niña aún jadeaba de dolor.

Tomás dejó caer el látigo, abatido, como si la euforia del alcohol hubiese tumbado de un plumazo sus intenciones. Apenas se dirigió a su mujer y a su hija antes de perderse en el interior de la mansión.

Leonora seguía petrificada ante tan vergonzoso espectáculo. Su padre parecía querer canalizar con ellos su frustración. Y ni siquiera lo había conseguido.

—Madre, dígame qué está pasando.

Catalina seguía clavada en la mecedora con gesto impasible.

—Nada, hija. Ese maldito alcohol lo está matando.

26

Polvo en el viento

Yaiza dejó que la rabia se adueñase de ella. No era tristeza lo que sentía, sino decepción. Como si le hubieran arrancado la fe. El mundo se le antojaba un desierto poblado por la cobardía, un lugar en el que nadie oía sus gritos. Su padre, en quien siempre había confiado, se mostraba ante ella como un hombre servil, únicamente preocupado por perpetuarse como alcalde. Y su madre ocultaba algo. Lo sabía. Por más que lo meditaba no lograba comprender por qué no querían saber la verdad. Si algo tenía claro era que el dolor por la muerte de Domingo era su brújula.

Cada paso la convencía más de que algo no encajaba.

Un yermo atravesaba la tierra más allá de Teguise. Paisaje inhóspito de pencas y cerrillos rajado por golpes de aire. Atravesaba su nuca un hilo de sudor mientras andaba. La villa quedaba a lo lejos, a su espalda. La torre de la parroquia presidía el silencio. Se fijó en que el único ruido provenía de unas barracas situadas en el margen del camino, encumbrando el final de una finca cuarteada por la falta de agua, y en cuyo interior se hallaba una de las pocas tahonas de la isla.

El cortijo de los Saavedra.

Se trataba de un edificio de paredes gruesas, piedra basáltica y el brillo de la cal. Un secarral en la inmundicia cuyo único asomo eran las tahonas, una especie de molinos de interior empleados para la labor del grano, solo que en esta ocasión la compuerta estaba ligeramente entreabierta, lo que le permitió atisbar desde fuera algo de actividad. Dos burros giraban en torno a una rueda de piedra porosa que trituraba el trigo hasta dejarlo tan fino como la arena. Los vecinos los llamaban molinos de sangre debido a los animales —y esclavos— que perecían de tanto girar sobre sí mismos.

La cancela de la propiedad estaba cerrada, así que Yaiza tuvo que dar varias voces para que alguien acudiese en su ayuda. Finalmente vio un rostro femenino asomado a la ventana de la casa. Intuyó que debía tratarse de Martina Saavedra, su cuñada, con quien apenas había hablado un par de veces. La joven volvió a correr la cortina y a meterse en el interior. «Qué actitud tan extraña», pensó. Yaiza se alegraba por su hermano Mateo, pues lo notaba más feliz que nunca. Pero sin duda cada miembro de aquella familia gaditana resultaba más esquivo que el anterior.

Poco después salió Mateo a recibirla.

—¡Hermana! ¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí?

«Buena pregunta», se dijo, pues a decir verdad aquella finca parecía recluida en el último confín de la isla. Como si los Saavedra no quisieran que nadie la encontrase.

—¿Podemos hablar, Mateo?

—Claro, pero… mejor demos un paseo —dijo él.

En vez de invitarla a pasar a la finca de sus suegros, el joven cerró la cancela oxidada tras de sí y juntos salieron a caminar por los alrededores.

—¿Cómo le va por este caserío?

—Bien, ya sabe. Desde que me casé, mi vida es otra. La mejor decisión que podría haber tomado.

Yaiza le sonrió, pero su rostro decía algo distinto. Como si le estuviese ocultando algo.

—¿Qué está haciendo para ellos? ¿Trabaja con el grano?

—Sí, un poco de todo. Despacho y libros de cuentas, principalmente.

Mientras hablaban llegaba a ellos un ruido sordo. Yaiza elevó la mirada hacia el aire y al instante la sorprendieron unas aspas de madera, haciendo círculos que vibraban al son del viento. Al parecer, los Saavedra estaban convencidos de poder replicar el sistema de movimiento horizontal de los animales, pero en vertical, ayudándose de la brisa. Decían que en los campos de Castilla se utilizaba con éxito y ellos confiaban en aprovechar el ingenio para obtener ventaja en sus negocios.

—¿Les da dinero esta tahona?

Mateo asintió sin dudarlo. Ella se fijó en que él tenía las manos destrozadas, enrojecidas y hasta cierto punto carcomidas por el trabajo manual.

—¿Y eso? —dijo mientras sostenía sus dedos—. ¿Sigue con los relojes o qué?

Él se zafó de inmediato.

—Sí, nada. Mucho trabajo en la finca, también. Ya le dije que hago un poco de todo.

Yaiza fingió no darle importancia. Tomó asiento sobre un murete, guarecida a la sombra entre los bancales, desde donde tenía una perspectiva privilegiada de aquella finca.

—Siempre le gustó el trabajo manual, eh —dijo entre bromas.

Cómo olvidar la infancia de su hermano. Al muchacho le encantaba arreglar relojes de bolsillo, joyas y todo tipo de figuras. Pero no mostraba interés alguno por el ejercicio de la política insular, tal y como quería su padre.

—¿Quería algo, Yaiza?

Ella le relató entonces lo sucedido con Domingo Medina. Cómo se encontraba tras su muerte, y la rabia que le producía que nadie quisiera indagar más al respecto.

Mateo la escuchó con detenimiento. Después tomó asiento junto a ella en el murete.

—Olvídelo. Yo sé que usted le quería mucho, pero ese hombre…, se dicen todo tipo de cosas de su pasado en la isla.

—¿Por su relación con el recaudador?

—Y con las mujeres. Y con la gente a la que metía presa.

—¿Mujeres?

—Yo que sé, un mujeriego, supongo. Eso se dice. Déjelo estar, siga con su vida.

—Vaya, es la primera vez que padre y usted están de acuerdo.

Ambos rieron.

Después Mateo le dedicó una mirada seca, tratando de conferir mayor importancia a lo que estaba a punto de decirle.

—Es importante que esté ahí para ayudar a padre, Yaiza. Corren tiempos difíciles, y sabemos que padre ya no es el hombre que era.

—No le sigo.

—El mundo está lleno de cantamañanas. Gentes de todas las calañas que querrán venderle todas las virtudes de su oficio. Que no se deje engañar.

—¿Qué? —Yaiza seguía sin comprender tan extrañas advertencias. Su hermano siempre había sido un tanto críptico y ermitaño, pero en esta ocasión no veía el motivo de su secretismo.

—No puedo decirle más. Pero hágame caso. Pronto cambiarán las cosas. Y Juan la necesitará más que nunca.

—¿Y a usted no?

Él negó.

—Sabe que padre no me tiene en alta estima.

—No lo entiendo, Martina es una chica… normal, y de buena cuna, como él siempre quiso. ¿De verdad le duele que se haya casado con una gaditana?

Mateo dudó antes de responder.

—No, ellos no tienen nada que ver. A padre no le molesta la esposa que yo haya elegido, sino que le duele mi traición.

—¿De veras?

—Me lo dijo la última vez que hablamos con una botella de vino delante, ya sabe que es la única forma de quitarle los vendajes. Me dijo que se había esforzado toda la vida en educarme para que algún día yo heredase su puesto en la alcaldía. Y que sin embargo yo había preferido dedicarme a los artilugios, a los relojes. A vivir con esta familia. ¿Sabe qué? Me alegro. Los Saavedra me han acogido como a uno más.

—Cualquiera lo diría —respondió ella.

—¿Por qué?

—No sé, aún no le pongo cara al señor Saavedra. Apenas se dejan ver por Teguise.

Mateo soltó una carcajada, como si estuviese esperando aquella reacción por parte de su hermana.

—Créame que eso no es cosa de ellos. No sabe cómo se ponen los conejeros ante una familia que viene de fuera. El miedo al extranjero.

—¿Y los Betancor? ¿Acaso no les pasa a ellos lo mismo?

Él la miró con gesto reflexivo.

—Imagino que en su pasado así fue. Pero los Betancor llegaron hace varias generaciones. Sí, han mantenido esa relación con su Francia natal, Béthencourt, pero la gente acaba acostumbrándose.

—Bueno, entonces terminarán aceptando a los Saavedra en esta isla.

—Eso espero —sonrió él.

Silencio.

Frente a ellos quedaban las tahonas, cuyo interior Yaiza era incapaz de atisbar. Ella no podía dejar de mirar las manos de su hermano. Entre las uñas parecía tener un brillo extraño, restos de algún polvillo metálico.

Mateo volvió a romper el clamor de la brisa.

—Hágame caso, por favor. Ayude a padre a mantener los pies en la tierra.

27

El consejo

Juan levantó el acta de la tenida tras una larga mañana debatiendo cómo afrontar la sequía. No hallaron otra solución que obligar a los ganaderos a dejar morir de sed a sus cabezas de ganado más envejecidas. Una solución a corto plazo.

Y mientras tanto ellos seguían clamando a los cielos.

Por más que el padre Carrasco hubiese asegurado que llovería, sus promesas parecían ahogarse en el viento. Cada vez eran más las familias que emigraban a otras partes del archipiélago. En secreto, por supuesto, pues el cabildo había prohibido abandonar Lanzarote sin la autorización del único alcalde y máximo dirigente.

A pesar de ello la isla se vaciaba a pasos agigantados. Uno de cada diez conejeros había emigrado a Gran Canaria y Tenerife a bordo de cayucos. Dejaban atrás sus casas y sus pertenencias, que pasaban a formar parte del ayuntamiento o de la iglesia debido a su desobediencia. La comandancia no podía perseguir a cada familia, así que la expropiación fue la mejor forma que hallaron para disuadir a quienes se atrevían a planificar su huida. Era una forma cruel, pero eficaz, de disuadir a quienes pensaban marcharse. Si lo hacían, no habría vuelta atrás.

Todos abandonaban el salón de tenidas cuando Juan llamó a sus hombres de confianza. El líder de los concejales, Armando Curbelo, y el alguacil mayor, Norberto Palacios. Les pidió que se quedaran para hablar con ellos en privado, y juntos volvieron a tomar asiento a la mesa de plenos.

El salón había quedado desierto, pero aún rezumaba el olor a tabaco, sudor y licor que abastecía cada pleno.

—Se trata del señor Medina —arrancó a decir. La piedra que protegía aquel espacio agravaba aún más su voz—. ¿Y si nos hemos equivocado?

—No le sigo —dijo el alguacil.

—¿Y si le ocurrió… algo más?

Los dos asistentes se miraron entre sí. Fue Curbelo quien lanzó el consejo.

—Yo no removería más el asunto.

—Pero… seguimos sin saber a qué vino a la isla.

—¿Y qué? —continuó Norberto—. ¿Y si este es el milagro que estábamos esperando?

—¿Cómo?

—Quizá venía para pedir su cabeza, Juan.

Él no lo había pensado de ese modo, pero no podía desdeñar las cartas que había enviado a Madrid, quejándose por la sequía o por el abandono que sufrían. Quizá tuviera sentido lo que le decían.

Juan se debatía entre sus dos escenarios. Por una parte, sentía que su esposa tenía razón. De nada servía seguir indagando en algo que no iba a ninguna parte. Pero por otro lado…

Llevaba desde el día anterior pensando en su discusión con Yaiza. Se estaba traicionando como político. Había tenido sus más y sus

menos con Domingo, sí, pero el pasado no volvería. Y de no ser por su confianza, él jamás habría llegado a ser alcalde.

—¿Qué opinión le merece su hermana? —preguntó Juan a bocajarro.

Norberto lo miró, sorprendido. Era lo último que esperaba escuchar.

—¿Matilde? ¿Qué carajo quiere que le diga? No hay día en que no pida a Dios para que le dé un hombre que se la lleve de casa. —Soltó un bufido—. Me está costando el matrimonio.

—Me refería más a… sus nociones de medicina.

—¿Qué tiene con ella, Juan?

Norberto lo miró con recelo.

—Curiosidad. Es igual, olvidadlo. —Volvió a levantarse para poner fin a la charla.

Pero algo le impedía pasar página.

Juan atravesó el empedrado con su bastón como mascota. Al pasar frente al convento franciscano le sorprendió ver unos ojos asomados a la tronera de la pared, como si alguien estuviese vigilándolo. El desconcierto apenas duró un parpadeo, pues la persona que estaba tras la oquedad se desvaneció y temió haber tenido una visión.

Aquello lo llevó a detenerse a pensar en su anterior visita. La alfombra, ese maletín sin documentos, el extraño olor ferroso al que no conseguía poner nombre. Y las palabras de fray Torres, ese vicario con el que nunca antes había hablado.

Así que llamó a la puerta, precisamente preguntando por el guijuelense. Pero el niño que lo recibió le dijo que Torres no se

encontraba en esos momentos. El vicario era imprevisible y se pasaba el día entre aldeas.

Juan torció el gesto. El pequeño novicio estaba a punto de cerrar cuando el alcalde interpuso su bastón en el umbral.

—Oiga, niño… ¿Usted vio algo raro esa noche?

Él negó. Pero Juan pudo ver en sus facciones cómo el muchacho palidecía de horror al escuchar su pregunta.

Supo que algo acontecía tras los muros del convento.

Y estaba dispuesto a averiguarlo.

28

Cimarrones

Abrama pasó la noche escuchando el chasquido de las ramas, pues sus compañeros habían dejado prendida una pequeña fogata en la entrada. Las brasas canturreaban al son de las cigarras.

No pudo pegar ojo pensando en Fátima. El jergón a su lado estaba vacío. Las sábanas roídas se mecían al son de la brisa, una herida abierta que removía su culpa. Al menos la cuadrillera se la había llevado al sótano de la mansión para cuidar de ella.

Así que a la mañana siguiente pidió permiso a Leonora para que le permitiese visitar a su amiga.

Descendió en solitario los escalones con cuidado para no despertarla. Se adentró en un espacio añejo sin más iluminación que la de una vela, en contraposición con el día soleado que hacía en el piso superior.

A través de los tablones del techo se filtraban algunas estelas, pero nada que ayudara a alumbrarse entre los trastos y la polvareda que allí se acumulaba.

Distinguió a Fátima recostada en un viejo camastro infantil. Intuyó que debía tratarse del jergón en el que solían dormir Leonora y Rodrigo cuando eran unos renacuajos. La joven levantó las cejas al

oírlo. Estaba dibujando en un papel con un carboncillo, una idea que había tenido la cuadrillera para que estuviese entretenida mientras se recuperaba.

Abrama no sabía cómo empezar la conversación.

—Tiene buena cara —dijo, avergonzado.

—¿Qué tiene con los señores? —le espetó ella.

—¿Cómo? Nada.

—Miente. No sabe mentir, Abrama. Le conozco. ¿Por qué miente? ¿Está de su parte o qué?

Él tragó saliva, nervioso.

—¡Claro que no!

Fátima lo miró con desprecio, aunque en realidad dirigía su rabia hacia los Betancor.

—Canallas. ¡Canallas!

—Shhh.

—Me da igual que me oigan.

—¡Fátima! —Abrama volvió la vista hacia la escalera para asegurarse de que nadie les estaba oyendo.

—Que me maten si se atreven. Estoy harta. ¿Usted les ha contado algo a los señores?

—¿Qué? ¿De qué?

—Sabe de lo que hablo. Lucas y María. Los curtidores.

A él se le ensombreció el rostro al oír sus nombres.

—No, pero ya le tengo dicho que deje lo que sea que esté haciendo con ellos.

Fátima le regaló una mueca, mezcla de burla e impotencia.

—En el fondo está con ellos. Traidor. Siempre lamiéndoles el culo. Abra los ojos, Abrama. Nunca será el favorito.

—No lo pretendo.

Ella volvió a reírse de él y apoyó el carboncillo en el jergón para atravesarlo con una simple frase.

—Voy a escaparme.

—¿Qué?

—Lo que oye. Y quiero que venga conmigo. Aunque no se lo merece.

—Pero ¿qué dice, Fátima? Me niego a…

—¿A qué? Estoy harta, Abrama. Seremos cimarrones. Me han dicho que es posible. Solo tenemos que ayudar a esa pareja y ellos nos lo devolverán.

—No voy a permitir que haga una locura.

—Pues dígaselo a la señora, entonces —le espetó—. Porque será la única forma de impedírmelo.

Por si fuera poco, Fátima se dio la vuelta en el jergón, se levantó el camisón y le mostró su espalda desnuda. La piel de la berberisca era un mapa de sangre, un sinfín de grietas de carne inflamada que la rajaban en todas direcciones.

—Esto me lo ha hecho usted, Abrama. No sé qué más necesita para convencerse de que son unos desalmados.

—Es la primera vez que…

—¡Deje de justificarlos, por Dios!

—Shhh.

Fátima tuvo que contenerse para no lanzarse al cuello de su amigo. Se sentía desamparada ante su negación.

—Abrama…, de verdad que no lo aguanto más. Esta ha sido la gota. Véngase conmigo. Y si no, al menos ayúdeme.

—No.

—Por favor, es lo último que le pediré en esta vida. —Por primera vez Fátima adoptó un gesto de súplica.

Abrama se vio contra la espada y la pared. Sin duda, la sangre en la espalda de su amiga acababa de derrumbarlo. Jamás pensó que el zurriago pudiese hacer tanto daño.

—Ayúdeme… —insistió ella.

Él negó con una lágrima a punto de brotar de su rostro. No podía ayudarla, y tampoco dejar que se marchara.

Pero se lo debía. Por su culpa, Fátima estaba convaleciente. Y encima había sido él quien la golpeó con el zurriago.

Tenía que tomar una decisión.

Pasó el día trabajando bajo el sol. Pero su mente estaba en otro lugar, rumiando la petición que le había hecho su amiga. Finalmente se decidió, y para ello tuvo que engañarse a sí mismo.

Abrama trataba de convencerse de que no hacía nada malo. Que solo ayudaba a *su* Fátima. Al fin y al cabo ella estaba convaleciente por su culpa, así que en cierto modo se lo debía.

Caía el atardecer cuando se alejó del lagar. Tras poner fin a la limpieza del artefacto, esperó a que sus compañeros se hubiesen marchado a descansar al cobertizo. Después se internó en las hileras de malvasía para dirigirse a los muros de la hacienda, tal y como le había pedido su amiga.

La cara sur de la propiedad era la menos transitada por los jornaleros debido a la sequía. Pasaba por allí una acequia cuyo caudal estaba cerrado hasta que volviese a caer una gota de lluvia. Abrama caminó sobre el canalillo siguiendo las instrucciones de Fátima, y se detuvo frente a unas tuneras situadas en uno de los

márgenes. Se agachó en ese punto e introdujo la mano entre las paredes del canal.

La piedra estaba carcomida por la erosión de un agua que hacía meses que no discurría, así que apartó con cuidado un bloque. Detrás de este había una oquedad, probablemente hecha por la propia Fátima. Solo a ella se le podía ocurrir esconder algo allí. Oculta entre la tierra se hallaba una bolsa de tela del color de los olivos, atada en la parte superior con un lazo dorado.

Se quedó pálido al comprobar el contenido.

Debía de haber un centenar de reales de plata. Al instante se dejó invadir por el temor de saber que estaba siendo cómplice de algo grave. Su primer impulso fue dejar la bolsa y regresar como si no hubiese pasado nada. Intuyó que Fátima debía llevar tiempo robando a los Betancor a sus espaldas. «Una moneda al día», pensó. Gota a gota había ido esquilmando a sus dueños. Al fin y al cabo ella tenía acceso a la mansión para limpiar y cocinar.

Su amiga se estaba jugando la vida. Y él acababa de convertirse en su cómplice.

A menos que hiciera algo al respecto.

29

Cara a cara

Leandro Perdomo saboreó la copa de vino. Su dentadura destrozada, una sonrisa tan pícara como contagiosa y gesto de agradecimiento por la invitación.

—Delicioso —dijo, refiriéndose al cristal que sostenía entre los dedos.

Frente a él se encontraban Tomás y Catalina Betancor. Los tres sentados en el comedor que la familia disponía en su terraza trasera. Un espacio amplio que se abría hacia los viñedos, hacia el lagar y al terreno baldío que conformaba el paisaje insular.

—Me alegro de que le guste el vino —sonrió Tomás—. Ponemos todo nuestro empeño en que así sea. La mejor malvasía del archipiélago.

—De eso no me cabe duda.

Hacía una noche excelente. Dos esclavas sirvieron los platos, entre los que destacaba un excelente cordero asado con verduras. Llegaba a las fosas de los tres comensales un aroma a salitre, a pesar de que se hallaban a cierta distancia del mar.

Leandro masticaba con delicadeza. Catalina se percató también de su cuidado al usar el tridente, aunque su pasado como esclavo

seguía asomando en sus gestos. Imposible ocultar su procedencia. Mientras compartían carne, quesos y vino, los tres charlaron sobre la muerte del visitador, Domingo Medina. Ninguno decía saber nada, pero todos intuían que su llegada y su desenlace podían tener consecuencias para el alcalde.

—¿Saben? Creí que ese era el motivo de su llamada —exclamó el aduanero—. Pensé que querrían saber si yo tenía noticias de su fallecimiento. Ya saben, por mi posición en la aduana.

—¿Cómo se le ocurre pensar así de nosotros, Leandro? —dijo Tomás.

—Bueno… Hacía mucho que no me invitaban a cenar.

El aduanero estaba nervioso. Apenas había rastro de la actitud altanera que este exhibía cuando coincidía a solas con Catalina. No tenía respeto por la señora. Pero Tomás era otro cantar. El señor Betancor era el hombre más reputado de Lanzarote.

—¿Acaso tiene que haber una razón para invitarlo?

—No, está claro que no.

—Sí la hay —irrumpió Catalina.

Los dos hombres se volvieron hacia ella, quien soltó una mueca de desconcierto hacia su esposo. Estaba harta de tanto preámbulo, así que fue directa al grano.

—Necesitamos información, señor Perdomo.

—Vaya.

—Algún flete extraño. Un barco, algo. Lo que sea.

Él se quedó a cuadros. De todos los escenarios, ese era el último que contemplaba. ¿Desde cuándo a los Betancor les interesaba la mercancía?

—¿Va a decir algo o no? —insistió ella de malos modos.

—¿Eh? Sí, estaba pensando. No sé… Bueno, no se trata de un barco, pero sí de un extraño pedido de víveres. Creo que son víveres. Varios fletes, suficientes para abastecer a un regimiento.

—¿Comida?

—No lo sé. No se me permite abrir los baúles. En los albaranes se indica que hay frutas deshidratadas, legumbres de la península y tubérculos… de esos no perecederos. Mandioca, boniato, papa… Pero también sogas, martillos, herramientas de todo tipo.

—Vaya —exclamó ella con una sonrisa—. Creo que es lo que estamos buscando.

—Pues ya somos tres. Los pedidos llegan a la aduana, pero nadie ha pasado aún a recogerlos. Por edicto real de las consignatarias debo mantenerlos a buen recaudo durante mes y medio.

—¿Y hace mucho que llegaron?

—Diez, quince días… Siguen llegando a cuentagotas en baúles, arcones y sacos de todos los pesos.

Catalina se volvió hacia su esposo.

—Coincide.

Pero este ya no estaba prestando atención. En su lugar sonrió y se llevó un trozo de pan a la boca. Iluminaba su rostro el candelabro que presidía la mesa, formando una sombra sobre sus ojos.

—¿Me está oyendo, Tomás?

—¿Eh? Claro. Claro que sí, amor.

Catalina no podía contener la decepción. Para su esposo todo parecía una broma. Pero se estaban jugando no solo el futuro de la hacienda, sino posiblemente también el destino de Rodrigo.

Ella volvió a por Leandro.

—¿Tiene algo más?

—Milton Leathner…, o Ledner. Algo así.

—¿Qué?

—Es el nombre al que van dirigidos los fletes.

—¿Hay alguien con ese nombre en la isla? Jamás lo había oído.

—Ni yo —respondió el aduanero.

Tomás también entrecerró los ojos, mezcla de desconocimiento y el cansancio que ya pesaba sobre él. Siempre la misma historia. Bebía hasta derrumbarse sobre la mesa.

—¿Qué están buscando exactamente?

Catalina se dio cuenta de que su marido no iba a ser capaz de mantener el tipo, así que se vio obligada a seguir hablando.

—Por el momento su silencio, señor Perdomo.

—Tienen mi palabra. —Pero no pareció del todo convencido con el cierre—. Con todo mi respeto, señores. ¿Yo qué obtengo a cambio?

—¿Le parecen pocos los privilegios que ostenta? —le espetó Catalina.

—Bueno, yo…

—De esclavo a esclavista, Leandro. ¿Le parece poco?

Él se ofendió al ver el desdén con que lo trataba la mujer. Como si estuviesen por encima de él solo por su color de piel y ascendencia francesa.

Pero Tomás irrumpió al ver la tensión.

—Alcalde.

Silencio.

—¿Qué?

—Que sí, por Dios —sonrió, sin importarle la opinión de su mujer —. Hágame caso, Perdomo. A Juan Leal no le queda mucho en este mundo, y usted estará al frente del próximo cabildo. Nadie se

conoce a la gente de la isla como usted. Y ya le tenemos de nuestro lado…

El aduanero agradeció la promesa con una euforia que no le cabía en el alma.

Catalina se contuvo, pero entendió de inmediato que su esposo lo había hecho para dejarla en ridículo. Tal vez por venganza, por haber pagado al doctor Plantard sin consultarle. Tomás la estaba desafiando, y sabía bien que ella no soportaba al aduanero, que ese Perdomo nunca le había mostrado respeto.

Pusieron fin a la cena al caer la medianoche.

Sobre la mesa quedaron las sobras de aquella elegante vajilla portuguesa.

En el dormitorio, Tomás terminó de asearse y se dejó caer en la cama sin despedirse de su esposa. Ella se quitó el ungüento del rostro, se desajustó el corsé y culminó con el camisón para tumbarse a su lado.

Pero esa noche no podía. Por momentos lo odiaba. No quedaba nada de ese hombre apuesto y de galante parisino. Ni un ápice de hombría. Tampoco la sombra de su amor.

Bullía en sus entrañas la rabia. No podía quedarse callada ante él.

—¿Por qué ha dicho eso? No se le ocurrirá ir a por Leal. Que lo tenemos de nuestro lado. —Se detuvo a la espera de respuesta, pero tuvo que insistir ante su silencio—. ¿Me está escuchando, Tomás? Lo peor que podía pasarnos es que llegue un incompetente como Perdomo al cabildo.

Él apenas se volvió hacia ella con los ojos aún cerrados. Susurró, pues a pesar de su estado temía despertar a Leonora.

—Puedo ver su menosprecio, Catalina.

—¿Qué dice?

—Me mira como si supiese que no estoy a la altura… Hago lo que puedo, Catalina. Siento no estar preparado para esto. Nadie nos preparó para lo de Rodrigo.

—No lo mencione aquí.

Pero a él le dio igual. Miró a su esposa a los ojos. Por ambos cruzó el mismo pensamiento. Parecía mentira que algo tan bello como dar a luz una vida pudiera convertirse en tal condena.

Tomás dejó escapar una lágrima frente a ella. Estaba roto por dentro y por fuera. A diferencia de ella, él no hacía esfuerzos por ocultarlo. Catalina se mantenía todo el tiempo ocupada en la hacienda para no pensar. Pero él se había entregado al peor desenlace. No veía motivos para seguir adelante.

Otra noche en el infierno.

30

Guarapo

Leonora batía el campo con una fusta de cortas dimensiones. El artilugio le hacía parecer una figura ecuestre, su mirada gacha dibujando figuras sobre la tierra entre vegas y viñedos. Una jinete huérfana tras haber perdido a su corcel en la batalla.

En cierto modo así se sentía.

Nunca había usado el arma para castigar, sino para que al levantarla en mitad de las fincas, los esclavos supiesen que ella los estaba llamando. Aunque a decir verdad, empezaba a recelar incluso de portarla entre sus manos. El castigo de su padre había transformado a la cuadrilla. No había más que ver el pavor en sus rostros.

Frente a ella, todos trabajaban por grupos. Unas mujeres cavaban surcos de albero, mientras otras revisaban el estado de las parras para comprobar que no tuviesen el parásito de la filoxera.

Leonora las veía trabajar, mas no podía dejar de pensar en la muerte de Samir. Sus dudas sobre Omar. Pero, sobre todo, en la crueldad de su padre, que había obligado a Abrama a descarnar a Fátima con el zurriago.

El padecer de Tomás no era algo nuevo, pero su actitud acababa de cruzar la frontera. El hombre se deshacía en alcohol desde hacía meses, quizá un año. Cuando ella quiso darse cuenta, él ya había sustituido incluso el vino familiar por esa ginebra británica sin augurio, o por el ron de Gran Canaria. Guarapo de mal desfallecer, suerte de trapiches de azúcar, destilado para tumbar al más hombre de entre los hombres. Tanto a su madre como a ella les llevó tiempo sospechar. ¿Quién iba a pensar mal de un caballero con sus galones, su porte y su aristocracia francesa? Ella no sabía cómo o cuándo empezó a perderlo, pero cada día Tomás era menos padre y más un fantasma. No comprendía ese arrebato suyo por tener mano dura.

Al mismo tiempo Leonora maldijo su ingenuidad. Pensó que tal vez debía haberles hecho caso. No tener tanto apego por su cuadrilla. Pero se veía incapaz. Ella solo quería enseñar a los berberiscos, educarlos. Hacer que se sintieran cómodos para que rindiesen mejor. Los Betancor siempre se habían caracterizado por su diplomacia y saber hacer.

Por eso nunca pensó que algún día sus padres querrían recurrir a la violencia.

Fue entonces cuando vio a su madre salir de la mansión. La llamó con un gesto, pero esta fingió no haberla visto y se adentró en las cocheras.

Leonora intuyó que se dirigía al centro de la villa al ver que dos esclavos la acompañaban, y no quería dejar el asunto en el aire. Así que dejó a un anciano al cargo, un morisco de casi sesenta años de nombre Mohammed, pero al que todos llamaban Sancocho porque había pertenecido a diferentes familias, que lo regalaban unas a

otras conforme lo veían envejecer, y con ello sus habilidades físicas se veían reducidas.

El hombre aceptó el relevo de la cuadrillera y ella se alejó. Alcanzó a doña Catalina antes de que esta pudiera subir al carruaje.

—Me está evitando.

—Llevo prisa, hija.

Pero la joven se plantó ante ella sin miedo a su reacción.

—Antes o después tendrá que explicármelo. ¿Por qué Omar? ¿Qué tiene él que ver en todo esto?

Catalina reaccionó con hastío.

—Sabe perfectamente que su padre y yo tenemos otras necesidades en esta finca que ese Omar se encarga de cubrir. Carpintería, compras, recados por la isla… Nada que deba preocuparle. No quiero que estén hablando mal de nadie.

Leonora no comprendía. Pero Catalina volvió a subir al carruaje.

—Madre, si hay algo…

—Haga el favor de no estar diciendo nada por ahí.

—¿De qué?

Catalina se mostró tajante, pero al instante le regaló una sonrisa.

—De lo que sea, hija. A nadie le tienen por qué interesar nuestros asuntos.

Dicho esto, su madre golpeó el carro y los esclavos la condujeron hacia los baldíos. Leonora la vio alejarse entre los surcos que formaban las ruedas en el trillo.

Algo no encajaba.

Y no podía permitir que arrastrase a su cuadrilla.

Las dudas la llevaron al despacho de su padre, situado en una dependencia de la planta baja, en el ala sur de la mansión. Se

detuvo frente a la mesa de trabajo que antaño solía ocupar este, aunque de un tiempo a esta parte él solo entraba allí en busca de algún puro, o quizá una botella de licor.

Se arrodilló frente al armario de roble en el que guardaban los asientos y papeles de los esclavos. En un baúl de cuero sus padres custodiaban las escrituras de compra de cada uno de los miembros de la cuadrilla. Primero, para estar seguros de sus enfermedades, sus características físicas y su edad en el momento de la compra, así como la persona o institución que se los había vendido. Pero sobre todo solían conservar los documentos por si tenían que venderlos.

Entre el fajo encontró el asiento relacionado con Omar. El chico no tenía apellido. No se le conocía más historia que haber pasado por las manos del señor Perdomo. El aduanero se lo había arrendado a los Betancor durante un año por la modesta cantidad de diez reales de plata. Un precio irrisorio, pero normal teniendo en cuenta que era tullido.

Aquello le hizo sospechar aún más. Sus padres jamás alquilaban esclavos. Era una práctica poco habitual, tan solo se daba durante las vendimias o en situaciones en las que urgía contar con mano de obra para un periodo concreto. Pero los Betancor no parecían tener un motivo para hacerlo.

Decidió ausentarse el resto de la mañana. Salió a pie de la hacienda y atravesó varias leguas hasta llegar al caserío de Nazaret, donde Matilde Palacios vivía con su cuñada y su hermano.

La curandera le abrió la puerta, desconcertada ante su visita. Aquello también llamó la atención de Camila, quien sostenía al bebé en brazos. La mujer de Norberto se asomó al pasillo al oír la voz de la hija de los Betancor.

—¿Podemos hablar a solas? —pidió la joven a Matilde.

Esta asintió. La invitó a pasar al patio exterior de chamizos, junto a un establo en el que dormían varios mesteños de Doñana pertenecientes a una familia de buen vivir. Leonora y la curandera tomaron asiento a la sombra de una palmera reseca por los desmanes del calor y el viento. Pero no tenían intimidad, ya que Camila se asomaba cada poco al ventanuco para saciar su curiosidad. Por suerte, Matilde se percató y pidió a Leonora que bajase el tono. Un gesto sutil, pero suficiente como para que la cuadrillera captara el mensaje.

La cuadrillera procedió a contarle sus preocupaciones. La llegada de Omar a su finca, la muerte de Samir. Matilde supo al instante que esa visita no estaba precisamente avalada por los padres de la joven. Necesitaba hablar con alguien de confianza que conociera a los esclavos mejor que ella. Y halló un acierto en Matilde.

—Entonces ¿conoce a Omar? —insistió Leonora.

La curandera tomó su mano para transmitirle su cercanía.

—Alguna vez traté a los esclavos del señor Perdomo. El aduanero hizo mucho dinero adquiriendo a tulliditos que nadie quería a marineros y mercaderes procedentes de todos los rincones del océano. A veces me llamaba a mí para que los asistiese y me asegurase de que estaban bien para funcionar. Decía que podía sacar algo de beneficio si los curaba y lograba ponerlos aseaditos para la venta. Pues ese Omar era uno de ellos.

—¿Para qué querría la gente a esos tullidos?

Matilde se encogió de hombros.

—Omar no estaba solo. El esclavizado tenía mujer e hijo, también de su misma condición. De esto hace ya unos años. También a estos

los vendió el propio aduanero. Intuyo que los habrá enviado a Gran Canaria. Perdomo solía dividirlos para chantajearlos. Si se salían de la norma, podía amenazar con hacer daño a sus familias.

Leonora creyó comprender. Por eso Omar no hablaba una palabra y se comportaba de esa forma tan sumisa y obediente. Quizá trataba de proteger a su propia mujer y su hijo, esos que decía Matilde que también estaban esclavizados.

—¿Usted cree que Omar haya podido tener algo que ver en la muerte de *mi* Samir?

—Eso no puedo saberlo, señorita. Ojalá fuese adivina. Pero, si le sirve mi consejo, déjelo estar. Yo no sé para qué querrían sus padres arrendar a un esclavizado con las dificultades de ese morito. Pero, por lo que he podido ver estos meses, sus padres no pasan por su mejor momento. Creo que ahora más que nunca la necesitan ahí, ayudándolos como bien está haciendo.

Leonora aceptó el consejo, pero al mismo tiempo era incapaz de quitarse el presentimiento de que algo estaba sucediendo entre los muros de su finca.

Donde menos lo esperaba.

Se estaban despidiendo cuando vieron aparecer a un hombre ataviado con un bastón.

Se trataba del alcalde. Leonora lo saludó mientras se levantaba del banco para marcharse, pero Juan apenas se detuvo a hablar con ella. Andaba apresurado, como si tuviera la pota en las brasas del fogón.

El hombre se plantó ante Matilde y le pidió hablar en privado sin la presencia de la cuadrillera. No le cupo duda a Leonora de que algo nublaba su gesto, pero fue incapaz de descifrarlo.

31

Una puerta hacia la osadía

Juan regresó al pueblo acompañado por Matilde, a quien logró convencer y después sacar del caserío regalándole una excusa a la cuñada de esta. Le dijo que un muchacho enfermo reclamaba su ayuda urgente. Por suerte, Norberto seguía en la taberna y Camila no sabía aún que él había estado preguntando por la curandera en el cabildo.

Juntos avanzaron por las callejuelas aledañas al convento con actitud un tanto peculiar. Torpe, si cabe. Se conocían, pero jamás habían compartido espacio a solas. Para él, ella era la curandera y hermana del alguacil. Una mujer con mentalidad de hombre y muchos complejos que tenía que paliar jugando a querer ser algo que no le correspondía. Para Matilde, él era simplemente su alcalde, una figura marcada por las críticas de Norberto.

Los separaban diez años y una infinidad de prejuicios. No era de recibo encontrarse en la calle a un hombre y una mujer sin estar casados.

A menos que fuesen esclavos.

El alcalde llamó a la puerta de San Francisco envuelto en la osadía. Confiaba en que todo saldría ahora a pedir de boca y podrían

aclarar el asunto. Matilde permanecía un paso por detrás de él.

Les abrió el novicio que estaba encargado del portalón en ese turno. Un chico distinto, pero igual de receloso de su presencia, y más aún al ver a esa mujer. El joven se cubrió el rostro con la capucha del hábito para evitar mancillarse con los ojos de la mujer. No podía concebir tal pecado en el templo de Dios.

Esta vez Juan supo que no podía andarse con tonterías.

—Por orden del cabildo exijo hablar inmediatamente con el padre superior.

—Eh, eh… ¡a la orden!

El chico corrió a avisar dentro.

Poco después apareció fray Carrasco con un misal dorado entre las manos y gesto de estupor.

—Leal. ¿Alguna urgencia? —dijo este, apresurado, ya que lo habían interrumpido en plena tarea.

—Tenemos que entrar.

El misionero los arrastró hacia el vestíbulo del convento como bestia furibunda. Tanto Juan como la curandera se percataron de que este miraba hacia la calle con nerviosismo antes de cerrar tras de sí, tal vez porque trataba de evitar que el asunto trascendiese aquellos muros.

Antes de que pudieran saludarse, el mismo novicio que les había abierto cruzó el portón y salió a la calle. Como si fuese a avisar a alguien. El alcalde no le dio mayor relevancia, pues solo tenía ojos para fray Carrasco.

Y este se adelantó.

—A ver, ¿qué quiere ahora esta mujer? ¿Qué monserga le ha vendido, Leal?

Matilde se sonrojó ante la reprimenda. Quiso responder, pero Juan la retuvo con solemnidad.

—Verá, padre. Me quedaría más tranquilo si la señorita Palacios pudiese explorar el cadáver del visitador. Ya sabe, antes de que sea repatriado a la península por parte de las autoridades del corregidor de Gran Canaria.

Fray Carrasco se dirigió a ella con desprecio.

—Así que hoy viene con el alcalde en lugar de con la hija. ¿A usted no le basta con que no le haya dicho nada a su hermano Norberto? ¿De verdad tiene que volver a pasearse?

Matilde se contuvo, aunque no le faltaban ganas de plantarle cara.

El franciscano se sintió atacado, así que trató de desprenderse del tema volviendo a por el alcalde.

—¿Qué le ha contado esta bruja desquiciada para convencerlo?

—Nada, padre.

—¿Entonces? ¿Acaso no vio usted el cuerpo ya? Si mal no recuerdo estuvo con su concejal y con el hermano de esta señora, su alguacil.

—Lo sé. Pero temo que ninguno de nosotros está capacitado para ello.

—Le aseguro que, si el cadáver fuese contagioso, ya nos habríamos dado por enterados aquí.

Silencio.

Juan supo que el asunto era más difícil de lo esperado. Necesitaba un resquicio de luz entre tanto recelo.

—Aun así, insisto en que nos permita entrar a comprobarlo.

Carrasco fulminó a Matilde con la mirada, y después hizo lo propio con el alcalde. Era evidente que no tenía un pelo de tonto.

—Ya veo por dónde va. ¿Sabe qué le digo, Leal? Que se equivoca.

—¿Perdone?

—Primero, por dejarse embaucar por una señora de… estas características. Algo que no le hace ningún bien a su mandato. Y segundo, porque los frailes tenemos nociones más que probadas de…

—Padre —lo cortó Juan—. De verdad que no es nuestra intención importunarlo. Deje que explore una vez el cuerpo y ya está. Si aquí no ha pasado nada, asunto zanjado.

Carrasco se acercó aún más, como si estuviesen a punto de sellar un acuerdo entre caballeros.

—Lo siento, Leal, pero comprenderá que me niegue a dejar que una mujer cruce el umbral de este vestíbulo. Y menos aún una pecadora como ella. Lo lleva en la sangre.

Juan maldijo su ingenuidad, pues creyó que sería más sencillo convencerlo.

—Se lo pido como un favor.

—No somos amigos, Leal. Y le recuerdo que yo jamás me he inmiscuido en su deriva política. El pueblo le quiere, pero sus compañeros de cabildo dudan de su virtud. Aun así, jamás he dicho una palabra porque no me corresponde.

—¿Qué insinúa?

—Que deje de meterse en asuntos que no le competen. Es mi responsabilidad guiar al rebaño de Dios que habita esta isla en virtud de los fueros eclesiásticos que me avalan. Esta es mi casa.

Matilde y Juan se miraron con desengaño. La batalla estaba perdida. El fraile tenía la ley de su parte. Después de la discusión, poco podrían averiguar sobre la muerte de Domingo. Y menos aún

sobre la de Samir. Por suerte el fraile no parecía saber nada del esclavo.

Pero entonces Juan frunció el ceño. Algo se despertó en su interior. Dudó. Indagar podía costarle su relación con el clero. Pero estaba harto. La isla se pudría en el silencio. Y su instinto no dejaba lugar a dudas.

Domingo traía un mensaje. Y alguien se había encargado de silenciarlo.

Antes de que Carrasco pudiese reaccionar, Juan lo apartó de un empujón y atravesó el vestíbulo con su bastón en la mano izquierda, llevando la avanzadilla.

—¡Venga conmigo! —El alcalde tiró de Matilde con gesto brusco.

—¿Qué hace, Leal? —irrumpió el fraile.

Tarde.

Ambos se abrieron paso por el claustro. Juan avanzaba con paso firme, guiado por la memoria. Había recorrido ese mismo claustro la noche del hallazgo. Al verlos pasar, los frailes se cubrieron con las capuchas. Nadie se atrevía a detenerlos.

Ellos solo oían a sus espaldas los gritos y amenazas de fray Carrasco. El alcalde tanteaba todas las paredes con una mano, mientras que con la otra se afianzaba al bastón. Apenas veía las maderas a su paso, pero tenía claro su destino.

Una. Dos. Tres. Cuatro puertas. Tanteaba el pasillo con la escasa luz que alcanzaba a percibir con su ojo sano. Así hasta llegar a la recámara en la que había dormido el visitador.

Pero no había rastro del cuerpo.

—¿Dónde está? —preguntó a un joven fraile que apenas debía llegar a los quince.

—No lo sé, señor.

—Haré que lo lleven preso.

Carrasco corría por el pasillo hasta que logró llegar hasta ellos, esta vez presa de una cólera nunca antes vista en él.

—¡Leal, por la potestad que me otorga la Santa Sede os ordeno que abandonéis este convento de inmediato!

—Exijo ver el cuerpo.

—¡No!

Juan continuó avanzando con su bastón como si el fraile no fuese impedimento alguno. Pero esta vez sí que no tenía adónde ir, pues Carrasco se interponía en la dirección a la calle. Estaba falto de ideas, ya que no conocía otra salida de ese laberinto de piedra.

En ese momento el padre superior golpeó a Juan. Tenía la mirada enrojecida.

Matilde trató de interponerse para que el asunto no pasara a mayores, pero un novicio tiró de ella por el brazo. Sin éxito para el joven, pues entre el pavor del chico a tocar a una dama y el ímpetu de la curandera, esta pudo zafarse sin problemas.

La mujer corrió a detener a Carrasco, pero se detuvo en seco al oír un grito a su espalda.

—¡Basta!

Una voz tan familiar como aterradora. El estruendo hizo retumbar la mampostería del convento.

Se trataba del alguacil y hermano de Matilde, Norberto Palacios.

Ahora sí tenían un problema.

32

La purga

No les quedó más opción que el diálogo.

A un lado estaba Juan, apoyado contra uno de los muros del claustro, atrapado entre frailes. Junto a él, Matilde seguía petrificada ante la llegada de su hermano, a quien había corrido a avisar uno de los novicios.

Norberto protagonizaba el más vil de los desencuentros, acompañado por el primer concejal de Teguise, Armando Curbelo, así como por otros miembros del concejo insular y por los propios frailes del convento. El alguacil tenía la mirada desencajada por dicha afrenta. Escrutaba a su hermana con el candil de su desprecio y la deshonra.

Juan trató de calmar los ánimos.

—Esto es cosa mía, solo mía. Ella no tiene nada que…

—¡No me hable, Leal! ¿Qué está pasando aquí?

Se hizo el silencio bajo las vigas de tea. El retablo con el Cristo que presidía el claustro era el único atisbo de cordura entre los presentes.

—Solo quería asegurarme de que no habíamos cometido un error al explorar el cadáver del señor Medina. Necesitaba confirmar que

no había una enfermedad contagiosa tras su muerte.

Armando, Norberto y compañía seguían estupefactos. El alguacil apenas había tenido tiempo de calzarse la chamarra parda que rezaba su oficio. Se sintió humillado ante esa mujer que el diablo le había dado por hermana.

Fray Carrasco tuvo que tomar el pulso de la situación. Se deslizó hacia Matilde con malicia, señal de victoria.

—Esto es cosa suya, mujer. Aunque el «señorita» le queda grande a una doña de su edad. —Fray Carrasco no dejó que ella respondiese. En su lugar se dirigió a los presentes—. Que quede claro que esta mujer vino el otro día para examinar el cuerpo del fallecido. Y con su aprendiz, que casualmente es la hija del alcalde. No quisieron alegar motivos, pero veo que quedan claras sus intenciones.

—¿Eso es cierto? —preguntó Norberto.

La delató su silencio.

Juan volvió a mediar para que la situación no escalase.

—Insisto. Fui yo quien se lo pidió.

—¿De veras? —preguntó Carrasco con recelo—. ¿Se está dejando llevar el alcalde por las tonterías de dos mujeres? Y cada cual más demente que la anterior, que Yaiza no se queda atrás.

Juan se abalanzó sobre el fraile, colérico, pero tuvo tan mala suerte que tropezó con su bastón y no logró culminar el empujón.

Norberto y Armando tuvieron que detenerlo.

—¡Retírelo! —gritó el alcalde. Su pechera enhiesta y los brazos enjaulados por sus compañeros de oficio—. ¡Que sea la última vez que habla así de ella!

Carrasco fingió una disculpa, después volvió a acercarse a él para dejar clara su posición.

—Escúcheme, señor Leal. Nunca he tenido nada en su contra. Al contrario. Creo que ha hecho una gran labor, máxime teniendo en cuenta las circunstancias que atraviesa Lanzarote. Pero ha llegado el momento de hacerse a un lado. Este cabildo le queda grande.

—Ni lo sueñe.

El fraile hizo oídos sordos.

—Y una cosa más le digo. Contenga a Yaiza de esta víbora —dijo, refiriéndose a Matilde—. Su hija aún es joven. Está a tiempo de casarse y ser una mujer como Dios manda. No quiera verla convertida en una ramera como esta *señorita* de aquí.

La curandera sintió cómo un escalofrío la atravesaba. Jamás la habían humillado de esa forma. La trataban como a escoria. Solo quería desaparecer. Arañar el dolor en su soledad.

—Gracias por el consejo —respondió Juan con ironía.

—En cuanto a Medina…, se lo han llevado. Ya debe de estar camino a la península para que su familia pueda enterrarlo.

—¿Qué? ¿Cómo se le ocurre? ¡Esto debió haber pasado por mi despacho!

—Exacto. Usted, el señor Palacios y el señor Curbelo, aquí presentes, firmaron su defunción.

—Pero…, pero… ¡Esto no lo exime a usted de avisarme antes de hacer nada!

—No vi razón para volver a importunarlo en el cabildo. Dimos con Leandro Perdomo y organizó el flete sin problema en cuanto llegó el primer barco de Cádiz.

Juan crujía de rabia. Otra vez, solo que ya no le quedaban argumentos y su concejo lo observaba ahora como si de un demente se tratase. Necesitaba algo a lo que agarrarse. ¿Cómo era posible que solo Matilde, Yaiza y él viesen lo extraño que era todo cuanto rodeaba a esa muerte?

—¡El puerto corresponde al cabildo!

—Pero el señor Medina falleció en mi edificio. ¡Y ahora fuera todos de mi propiedad, en nombre del Señor! —zanjó el párroco.

—Esto no va a quedar así. —Juan lo acusó con el dedo.

En ese momento vio a fray Torres. El vicario observaba en silencio la escena desde un lado, pero al cruzar la mirada con él, este apartó el rostro, dejando claro que no quería saber nada del asunto entre tanta marabunta. Sin duda sabía cuándo permanecer en un segundo plano.

Llegados a este punto, los civiles y eclesiásticos tuvieron que interponerse entre ellos para que el asunto no pasara a mayores. Solo así obedecieron los políticos, que se llevaron a Leal y a Matilde con ellos. Después de tantos años al frente del cabildo, la cordura de Juan quedaba en entredicho por sus propios compañeros.

No se habló de otro asunto en el pueblo ese día.

Por primera vez sonaban rumores de purga.

La peor de las condenas para una familia.

33

Víctima de la intuición

Esa noche Abrama no podía quitarse de la cabeza lo que había descubierto sobre Fátima. Él, que siempre había defendido su lealtad a los Betancor, ahora tenía en sus manos un secreto que ardía más a cada segundo. Tenía que decírselo a su señora. Le aterraba las consecuencias que podría tener si se enteraban los patrones.

Su amiga se estaba adentrando en un terreno peligroso, y lo estaba arrastrando a él con ella.

Todos estaban terminando su racionamiento nocturno cuando él regresó al cobertizo, después de hacer sus necesidades en las zanjas situadas en los límites de la finca. Abrama devoró su cuenco de comida como si no fuese a comer en semanas. Una pella de gofio amasado con leche, almendras y queso de cabra. Por fin una porción generosa, muestra de que el cabrero había pasado por allí esa mañana.

Después de la cena los esclavos solían disgregarse en grupos. Unos para jugar a las piedras, mientras que otros se dedicaban a charlar, o a coser lo que tenían pendiente en el caso de las mujeres. Él quería pasar un rato con su amiga, pero esta seguía convaleciente en el sótano de la mansión. Así que se tumbó al raso en la huerta

para observar las estrellas, mascando un bolo de tabaco entre sus dientes. Solo así conseguía relajarse. Y como no tenía más que esas pobres hojas, al terminar tenía que volver a meterlo en su pañoleta de lino, con la esperanza de que aún quedara savia entre sus venas para la noche siguiente. Mascaba sus babas una y otra vez, meditando la preocupación por su amiga.

A punto estaba de quedarse dormido a la intemperie cuando lo sorprendió un ruido lejano.

Se incorporó y volvió la vista a su espalda. Reinaba el silencio. La mayoría de los candiles de sus compañeros ya estaban apagados. Debía ser casi medianoche.

Volvió a escuchar el mismo sonido.

Unos pasos característicos en la distancia.

Se trataba de Omar.

El esclavo daba tumbos con su cojera mientras se acercaba a la mansión. Solo que no lo hacía por la puerta principal, sino por la trasera que daba a las cuadras. Desde su posición, Abrama pudo atisbar la figura del muchacho. Sintió curiosidad y rabia, pero sobre todo se dejó invadir por la alerta ante esa visita a horas intempestivas. No tenía prueba alguna, pero seguía pensando que Omar había tenido algo que ver en la muerte de Samir. Era la única explicación que hallaba al hecho de que ese desconocido estuviese con ellos en la noche del fatídico banquete.

Abrama se alejó del pabellón entre las vides hasta alcanzar la casa principal. Desde la sombra vio a Catalina abrir la puerta. La mujer vestía su batín de seda. No pudo oír lo que hablaban, pero a juzgar por el gesto de ambos le dejó claro que había tensión en ellos. Tuvo la impresión de que Omar estaba chantajeando a Catalina.

Algo no iba bien.

Por una parte, Abrama se moría de curiosidad por pegarse a la ventana para intentar escuchar aquella conversación. Pero al mismo tiempo sabía que solo conseguiría empeorar las cosas. Así que en su lugar decidió cometer la osadía que llevaba días aplazando por miedo a que lo pillasen.

Se acercó a las bodegas, donde habían dejado buena parte de las botellas y elementos sobrantes de la cena. A esas horas de la noche nadie seguía sus pasos, por lo que pudo acceder a la cavidad sin problema.

Abrama prendió un cirio y rebuscó entre los baúles para revisar el vino que habían utilizado en el banquete. Le costaba identificar las botellas, pero recordó que las del brindis pertenecían a la última de las cosechas. Rebuscó entre ellas y halló un pequeño frasco de cristal, apenas perceptible a simple vista. Probablemente lo habrían guardado sus compañeros sin darse cuenta. Un líquido algo viscoso y transparente, similar a la savia de algunas plantas que crecían en la finca. Un taponcito de papel que a duras penas protegía la abertura. Lo retiró y olió el contenido. Un hedor ferroso asaltó sus fosas.

El frasco tembló entre sus manos al tiempo que un sudor frío le recorría la nuca. Si había un veneno, sin duda era ese. Alguien había intentado envenenar al visitador. Y Samir había bebido de esa copa por error.

Aquello lo llevó a convencerse de que tenía razón en su acusación.

34

Por la gracia de Dios

Juan tuvo que hacer frente esa noche a las consecuencias de su disputa con el clero.

Empezando por su esposa. La de Lucía fue la primera mueca de estupor al saber que su marido había perdido los papeles. Todo el pueblo estaba al corriente, pues los hechos se extendieron como una plaga.

Los tres miembros del palacete de los Leal lo esperaban a la mesa del comedor con gesto plomizo. Yaiza maldijo lo sucedido, consciente de que ese asalto al convento era una declaración de guerra. Al igual que él, ella también estaba segura de que alguien había querido acabar con la vida de Domingo. Pero si querían descubrir la verdad, aquello no hacía sino complicarlo.

Después de una conversación vacía frente a esa cena de la que apenas probaron bocado, Lucía pidió a Yaiza y a Bernardo que se marchasen al dormitorio.

El matrimonio se quedó entonces a solas. Al principio el alcalde se enredó en excusas para no confesar sus razones, pero finalmente no le quedó más remedio que capitular y contárselo todo.

Lucía no daba crédito a las acciones de su esposo.

—Por Dios y la Virgen. ¿Cómo se le ocurre desafiar a la iglesia? Ha puesto en peligro su carrera política, la reputación de esta familia… Y todo por dejarse llevar por las estupideces de nuestra Yaiza y de esa curandera. ¡Válgame condena!

—No es así, amor. La señora Palacios exploró el cadáver del esclavo…

—¡Basta, Juan!

Lucía lo detuvo con un hartazgo que no cabía en ella. No quería escucharlo. Estaba nerviosa, y al mismo tiempo avergonzada. Aterrada ante lo que se venía. Sabía lo que se encontraría a la mañana siguiente en los tendales de la plaza.

—Le prometo que me disculparé con los franciscanos.

—Es que… más le vale. Ha puesto en peligro años de reputación por…, por… —No podía seguir.

—Lo siento.

Pero Lucía volvió a la carga. Necesitaba buscar respuestas a un acto tan inconsciente.

—Desconfiar del padre Carrasco… De verdad, Juan. ¿Ha perdido el norte?

—No he dicho que desconfíe de él.

Ella se limitó a fulminarlo con su decepción por respuesta.

Así, la discusión se eternizó entre silencios y palabras vacías. Juan sintió una punzada al saber que Lucía no sería capaz de comprenderlo, dijera lo que le dijese. Pensó que tal vez ella tuviese razón, al igual que Perdomo y sus fieles, quienes desde hacía mucho ansiaban arrebatarle el puesto en el cabildo.

Quizá estaba perdiendo la cabeza.

—Pobre Norberto —se lamentó Lucía, aferrada al mantón de seda con gesto atormentado—. No quiero pensar la vergüenza que el pobre alguacil debe estar pasando por culpa de las tonterías de su hermana. Siempre lo mismo con esa mujer.

—Todo se andará, Lucía.

—No, Juan. Esto tiene consecuencias. ¿Y Yaiza? ¿Cómo se le ocurre escuchar…?

—Ella no tiene nada que ver. Esto es cosa mía.

—¿Por qué siempre se pone de su parte?

—Eso no es cierto.

Lucía bufó. Una mueca de sorna por no llorar.

—Si Yaiza está así de perdida es por culpa suya. Porque usted le permite hacer lo que le venga en gana.

—Amor, no es…

—No ha hecho sino malcriarla, permitiéndole hacer todo cuanto quiere sin tener jamás en cuenta mi opinión.

—¿Qué?

—Lo que oye, Juan. Estoy harta de que siempre me desacredite ante ella, cuando yo soy la única sangre capaz de enderezarla. Y parece que también la única a la que le importa su futuro.

—Yo también lucho por ella en el cabildo. Por vos, por todos.

Ella lo miró como si estuviera reprendiendo a un niño por una travesura.

—Pues si quiere ser su padre, compórtese como tal.

Silencio.

La sentencia de su esposa cayó sobre él como un jarro de agua fría. Después Lucía lo dejó estar, pero no por ello enterró esa guerra entre ambos. Juan notó que Lucía lo miraba con extrañeza. Nunca la

había visto reaccionar de ese modo. Por primera vez tuvo el presentimiento de que aquel era un punto de inflexión entre ellos. Que algo acababa de quebrarse entre los dos.

La conversación murió entre bostezos, cuando no vieron mejor solución que irse a dormir con la esperanza de un nuevo día. Lucía no quiso hablar más con él esa noche. No podía expresar más gesto que la tristeza que abanderaba. El aislamiento de una madre que se sentía al margen de su propia familia.

Poco después Juan rompió a llorar ante la cruz del dormitorio. Y comenzó a rondarle la idea de que debía tomar una decisión.

Esa noche volvieron a asaltarlo las pesadillas. Crecieron en él los temores, casi premonitorios, de que se acercaba el fin del mundo.

35

El cuerpo de Cristo

Yaiza deambulaba por las calles de Teguise con una sensación extraña, desangelada. Le faltaba una parte de su vida. Quería pedir consejo a Matilde, pero no se atrevía a visitarla después de lo que había ocurrido en el convento. Se decía que el alguacil Palacios la tenía encerrada en casa y que a la mujer le llevaría un buen tiempo volver a pisar la calle. Al menos hasta que aprendiese.

Sin duda las consecuencias estaban siendo más duras de lo que jamás pensó. A lo de Matilde tenía que sumar la persecución hacia su padre. No se hablaba de otro tema. Juan no solo se jugaba su futuro como alcalde, sino también la purga. Esto significaba que podían perder el dinero que tenían, así como la casa en la que llevaban viviendo desde que ella nació.

Yaiza veía la preocupación de su madre cada mañana en el salón del palacete. Sabía que tenía que dejar a un lado la investigación, pues no le convenía complicar más las cosas. Pero una parte de ella le impedía darse por vencida. Sentía que se lo debía a Domingo.

Tenía que hacer justicia.

Se presentó en la hacienda de los Betancor a primera hora de la tarde. El portalón estaba abierto, como de costumbre, así que no

dudó en atravesarlo y acercarse a la caseta de hojas de palmera, bajo la que Leonora solía resguardarse del sol mientras supervisaba la faena en las viñas. Yaiza sabía que estaba desobedeciendo las órdenes de su padre para que dejara de indagar en el asunto, pero ella necesitaba respuestas.

Una esclava le abrió con recelo la puerta de la mansión. Ante Yaiza se desplegó entonces un elegante salón de techos altos que de un plumazo la inundó de envidia. La sala de visitas de los Betancor daba muestra de su nivel cultural, probablemente debido a su herencia francesa. Una gran biblioteca en la cara sur de la estancia, con varios tapices de motivos florales que decoraban las paredes opuestas. Un ventanal con vistas a los viñedos.

Yaiza tan solo había estado allí en contadas ocasiones, la mayoría de las veces para asistir a algún banquete, así que era la primera vez que podía dejarse imbuir por el aroma que desprendía aquel espacio. Se respiraba ese placer por los libros y el discernimiento de la razón.

Un fajo de correspondencia se acumulaba sobre los mapas. Se dio cuenta de que los Betancor recibían cartas de todas partes de la Corona. Había entre ellas una carta que llamó su atención, pues el remitente estaba en otro idioma. Intuyó que debía ser francés, ya que venía de París y contenía un sello lacrado que ella nunca antes había visto.

—¿Ocurre algo?

Yaiza dio un brinco y dejó el sobre en la mesa.

—Perdón —dijo, nerviosa, llevándose la mano a la nuca.

Frente a ella estaba Leonora, víctima del agotamiento. Quizá también del duelo, o al menos esa era la impresión que le daba. Su

primer impulso fue abrazarla para consolar su melancolía, pero se contuvo justo a tiempo para no espantarla. Cada vez que la veía se preguntaba por qué nunca habían encajado.

—Usted dirá.

Yaiza dudó.

—Sé que no somos amigas, pero hay algo que me gustaría hablar con vos. Tiene que jurarme que no se lo dirá a nadie, sobre todo a sus padres.

—Usted lo ha dicho. No somos amigas. No veo por qué tendría que jurar lealtad a lo que sea que esté tramando.

—¿Tramando?

—Se pasa el día pergeñando asuntos con la curandera. Cuando no va con ella a buscar hierbas se está colando en el ateneo para llevarse algún libro… o para discutir con el cura.

—O para curar a sus esclavos.

En ese momento Leonora se dio cuenta de lo brusca que había sonado. Se disculpó con ella, presa del mazazo ante tan incisiva respuesta.

—Perdón. No tengo el día.

—No se preocupe.

Tomaron asiento en el diván junto a la ventana. Yaiza decidió ir al grano.

—Quería hablarle de Samir.

Leonora reaccionó con estupor.

—Todo el mundo habla de lo ocurrido al visitador. Pero ¿qué pasa con su esclavo?

—No entiendo por dónde va.

—¿Recuerda el incidente de Domingo con el vino durante el banquete? Pues…, por lo visto, en los fogones del castillo, parece que Samir bebió de esa copa. Se lo dijo a Matilde entre balbuceos cuando esta acudió a su llamada de auxilio. En la exploración del cadáver, ambas tuvimos la impresión de que podía haber sido víctima de un envenenamiento.

Leonora se quedó petrificada.

Yaiza tuvo que insistir.

—¿Usted sabría algo más?

—Siento no poder ayudarla.

—Pero…

—Gracias por su visita, Yaiza —zanjó Leonora, presa de un extraño nerviosismo.

Después se puso en pie, invitándola a marcharse. Pero volvió a detenerse para darle un último consejo.

—Una cosa. Aunque no seamos amigas, espero que acepte mi consejo.

—Claro.

—Deje de meterse en camisa de once varas. Estoy al tanto de lo sucedido a Matilde y a su padre. No quiero que se agrave aún más la situación para ustedes.

Yaiza sintió un escalofrío, pues las palabras de la cuadrillera parecían sonar premonitorias y al mismo tiempo amenazantes.

—Gracias por el consejo —respondió Yaiza con sinceridad.

—No hay de qué.

—Por favor…

Leonora la cortó, calmándola con su gesto.

—Tranquila, no saldrá una palabra de mi boca. Esta conversación no ha tenido lugar.

Yaiza desandó los pasos por el sendero de la finca entre miles de elucubraciones a las que no conseguía dar forma. En ese momento algo la llevó a detenerse entre los viñedos que se abrían a ambos márgenes de la parcela. El agua de las acequias llegaba con fluidez a las fincas de los Betancor, muestra de la buena relación que tenían con el cabildo. Aquello le hizo recordar una vez más lo que su padre tanto le había repetido. Los Betancor eran la única familia que, aun consumiendo mucha más agua que el resto, eran capaces de traer la riqueza con ella. Para el resto de la villa, buena parte del maná se perdía en abrevar a los hijos o al ganado, y muchas cabezas ni siquiera sobrevivían por culpa de las enfermedades. No quería hacer caso a lo que veía, pero ¿y si su padre estaba colaborando en secreto con ellos?

En ese momento vio que un esclavo la llamaba desde la distancia con el brazo. Se acercó aún más a los bancales y vio que se trataba de Abrama, que venía corriendo del cobertizo, como si lo hubiera alertado su visita.

Sin mediar palabra con ella, el joven depositó en sus manos con sutileza un diminuto frasco de cristal. Volvió la vista a su alrededor para asegurarse de que nadie les veía hacer la transacción.

—Lo encontré —susurró él, y acto seguido se alejó de ella—. El frasco que vi durante el banquete.

Yaiza no necesitó más para saber lo que ocurría.

Mientras se alejaba de la finca, la joven lo olió para cerciorarse. En efecto, todo parecía apuntar a que se trataba del veneno.

Y lo más sorprendente era que aquel frasco le resultaba un tanto familiar.

Poco después tomó asiento en el último banco de la iglesia con el albarelo entre las manos. Lo miraba una y otra vez tratando de descifrarlo. Algo le decía que ese vidrio contenía el veneno con el que alguien había tratado de matar a Domingo Medina, y que de forma indirecta había causado la muerte de ese esclavo de los Betancor que a nadie importaba. Lo único que lamentaba Yaiza era no poder compartir su hallazgo con Matilde.

El altar de la parroquia aguardaba frente a ella. No le quedaba más piedra que remover que hacer esa visita. Se detuvo a rezar, pero también a reflexionar sobre los pasos que podía dar. Confiaba en que la jornada le sonreiría, tal y como le habían dicho a las puertas del convento.

En efecto, ese día le tocaba el servicio al hombre al que ella quería ver.

Lo vio presentarse en mitad del altar. Una sarta de hojarascas poblaba los bajos del traje oscuro del párroco, lo que reforzaba la austeridad de su orden franciscana. Fray Salvador Torres era mucho más que un joven atractivo. Y solo le sacaba unos años. Lástima que el guijuelense hubiese firmado con Dios su sentencia de vida, pues de no ser así ella no habría opuesto resistencia a que su madre lo propusiera como esposo. Algo le decía que, además de su carisma, ese hombre era tan noble como aparentaba su figura.

El párroco ofició en latín el arranque de la misa, como exigían los cánones. Pero pronto cambió de registro al castellano, tras comprobar que la gente se estaba durmiendo. Durante la homilía,

Torres pasó por cada uno de los bancos para entregar el cuerpo de Cristo en las bocas de tantos pobres pecadores.

Fue entonces cuando Yaiza vio la oportunidad perfecta. Por fin tendría unos segundos en privado con él.

—Soy Yaiza, Yaiza Leal —susurró al depositar el pan ácimo sobre su lengua.

La reconoció al instante a pesar de su capucha.

—Vengo por…

—La hija del alcalde. Lo sé. Han tardado mucho en regresar.

—¿Cómo?

Fray Torres miró a su alrededor, pues todos los ojos de la parroquia estaban puestos en él como líder del templo. No tenía tiempo, así que dejó escapar entre murmullos una última petición en su oído, justo antes de continuar su avance entre los bancos.

—Mañana al atardecer, en el camposanto de Teguise. Traiga a su padre.

—Pero…

—Solo hablaré si está él. Es una cuestión de vida o muerte. Su familia corre peligro.

36

El beso de la traición

Juan aguardaba a sus hombres sentado en el diván de su gabinete de cabildo. Esta vez Norberto y Armando le habían pedido hablar en privado, él intuyó que con el fin de cerrar acuerdos de cara al futuro y para hacer las paces con el clero.

Se equivocaba.

Palacios y Curbelo cerraron la puerta para tener más intimidad con su alcalde. Alguacil y concejal reflejaban en su gesto la incomodidad, cosa que a Juan no le gustó en absoluto. Los pies de ambos atravesaron los tablones hasta ocupar asiento junto al ventanal. Frente a ellos quedaban los estantes repletos de legajos y cédulas de años previos.

—¿Por qué han tardado tanto en venir? —preguntó Juan de malos modos—. Parece que me estén evitando.

Armando se deshizo entre excusas con su mirada, pero Norberto prefirió ir al grano y para ello dejó sobre la mesa un papel privado.

—Creemos que es mejor que dé un paso a un lado.

—¿Qué?

Juan tuvo que pegarse el pliego a los ojos para leer el papel que le traían. Aquello no tenía validez en absoluto. No era más que una

recogida de firmas entre los compadres del cabildo para sacarlo de allí por las buenas.

—¿Esto?

—Hágame caso, amigo —continuó Palacios—. Su mujer lleva tiempo diciéndoselo. Y la cosa se le ha complicado con lo del padre Carrasco.

—Traidores —masculló el alcalde, aferrándose a su bastón.

—No vaya por ahí, Juan. Debería estar aún más cabreado con usted de lo que estoy. Le recuerdo que ha usado a la bruja de mi hermana para sus intereses privados.

—Eso no es…

—Sí, Juan. Le tengo más que dicho que mi Matilde está mal de la cabeza. Todo el día está con sus tonterías de jugar a ser curandera. Y usted no solo hace caso a sus bravatas, sino que para colmo ha tratado de meterla en el convento.

—Le pido disculpas por haber acudido a ella.

Pero no parecía suficiente, llegados a este punto.

—No se da… —Norberto ardía de impotencia—. ¿Acaso no se da cuenta de su estupidez?

—Domingo Medina vino a traernos un mensaje.

—¿Y qué? —le espetó Norberto—. Ha desacreditado mi opinión, la del señor Curbelo, la de una veintena de frailes… y también la suya propia. Todos exploramos el cadáver de Medina sin hallar nada extraño. Ha cavado su propia tumba, Juan.

—¡Fuera de aquí! —les espetó él, esta vez incapaz de contenerse ante las acusaciones.

Pero Norberto y Armando permanecieron impasibles. Tenían algo más que decirle.

—Buena parte del cabildo lo quiere fuera, y el clero también nos ha pedido su salida.

—¿Qué me quiere decir?

Los dos hombres se miraron entre sí para decidir quién de los dos debía contárselo. Finalmente fue Norberto el que volvió a tomar la palabra.

—Estamos viniendo por las buenas, Juan. Podríamos ir al corregidor de Gran Canaria para que lo saque de aquí de malas maneras. Créame que hay suficientes argumentos como para que lo purguen desde la Corona.

—¿Qué? Pero… ¿esto es…? ¿Esto es una broma? ¡Me cagüen…!

—Son dos décadas al frente de esta isla. Ha hecho un gran trabajo… Creemos que tiene derecho a irse por la puerta grande, con su condecoración.

Pero él no medía ya su reacción.

—¡Quieren meter a ese moro de Perdomo al frente! ¡Traidores! ¡Meter a un esclavo de alcalde! Esto es… ¡vergüenza debería darles a ambos!

—Calma, Juan. Esto no tiene nada que ver con las intenciones del aduanero. Precisamente de eso queremos hablarle. Sabemos que Leandro Perdomo quiere el puesto, pero le corresponde a usted tomar la decisión. Tómese estos días para buscar a alguien que lo sustituya. Sabemos que escogerá al mejor para esta isla. ¿De acuerdo? Hagámoslo así. Usted se retira, nombra a un reemplazo y santas pascuas. Aquí no ha pasado nada. No hablaremos con el corregidor, nos olvidaremos de la purga, que tan mal podría hacerle a su familia. Hágalo bien, por una vez.

Juan asistía con desconcierto a la traición. Su espalda rígida contra el diván. Con ellos dos había compartido años de trabajo, miles de botellas de vino y noches en vela. Y ahora lo trataban como a un enfermo al que había que apartar antes de que contagiase al resto de la isla.

—Váyanse de aquí.

Estos tardaron un instante en reaccionar, pero finalmente lo dejaron a solas para que pudiera asimilar lo que acababan de decirle.

Después, Juan se puso en pie sin decir nada, atravesó la estancia y se apoyó junto a la ventana del gabinete. Afuera veía el clamor en la plaza. Su cabildo. Media vida al servicio de la isla para acabar humillado por sus hombres de confianza.

En ese momento irrumpió Yaiza en el gabinete, presa del nerviosismo.

—¡Padre! Le he buscado por todo el cabildo.

—¿Qué ocurre?

—Tiene que venir conmigo.

37

Un propósito por el que luchar

Juan y Yaiza se abrieron paso más allá del pedregal que se perdía entre tuneras y matorrales. Al sur de Teguise, donde no brotaba un ápice de fe, se encontraba el camposanto, un terreno amurallado sin más ornamento que las cruces de madera clavadas en el suelo y un centenar de montículos que provocaban desniveles. Las lápidas se agrupaban bajo las cruces como si de un mapa se tratase.

No había un alma entre aquellas carcomas. Nada más que el sonido del viento.

La joven se dejó imbuir por los escalofríos en cuanto se adentró en la propiedad. Reinaba en aquel cementerio un desorden que resultaba desconcertante. El paisaje se deformaba debido a las tumbas, cavadas formando pequeñas lomas, lo que confería al lugar la apariencia de un océano embravecido por el oleaje. Olía a ceniza y a angustia.

Encontraron un hábito encapuchado arrodillado frente a una de las tumbas. El vicario se puso en pie y miró en derredor antes de acercarse a ellos, como si temiera los rumores. Adoptó una postura aún más calmada al ver que ellos tres eran los únicos vivos en esa grieta sin alma.

—No sabe cuánto se lo agradezco a su hija, Leal. Menos mal que ha logrado convencerlo.

Juan se dejó llevar por el silencio del camposanto. Había algo mágico en la sonrisa de fray Torres, en su carisma y en esas facciones pálidas como la nieve.

—Aquí yace el almojarife.

Juan miró la lápida. Se dio cuenta de que pertenecía al antiguo almojarife, Lázaro Machín, víctima de la fatídica revuelta de 1708 de la que muchos en la isla aún se acordaban.

—¿Lo conoció, padre? —preguntó el alcalde.

—No, pero sé que usted sí. Me consta que llegó a la alcaldía tras su muerte.

Juan escrutó al fraile con recelo.

—¿Qué insinúa?

—Nada —sonrió—. Qué paradojas tiene el destino. La muerte de un hombre lo llevó a usted a la cima de la isla.

—Yo no iba buscando el cabildo.

—Lo sé, por eso mismo estamos aquí. El liderazgo solo corresponde a quien no lo persigue. Como ya sucedió a nuestro Señor Jesucristo.

Yaiza empezaba a inquietarse ante la postura críptica que había adoptado el fraile. Y al ver que su padre se sentía incómodo ante esos extraños acertijos.

—Usted dirá, padre.

—Domingo Medina no murió por causas naturales. Alguien de mi convento acabó con su vida.

Tanto Juan como Yaiza esbozaron una mueca de estupor.

Ella tomó la palabra.

—¿Está seguro, padre?

—Uno nunca puede asegurar nada, pero esta vez pongo la mano en el fuego. Querían silenciarlo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Juan.

—El visitador traía un mensaje para vos, señor Leal.

El alcalde ya lo sabía, pues aún recordaba las escasas palabras que había llegado a compartir en privado con Domingo durante su breve estancia.

El fraile sonrió al padre y a la hija con una pureza que parecía hacerlo inmune al pecado.

—Como ya le dije, señor Leal, Domingo Medina acudió a mí esa misma noche, después de la cena en el castillo. Yo mismo hablé con él antes de que el pecado se lo llevase. Tal vez el hombre temía su destino fatal.

—Así que está convencido de que no murió de forma natural.

Yaiza mostró a ambos el frasco y les relató la confesión de Abrama sobre él. Fray Torres apenas se sorprendió al respecto.

—Lo dicho, alguien quiso envenenarlo durante el banquete celebrado en el castillo. Y en vista de su fracaso, optó por actuar en el convento.

—¿Qué insinúa, padre? Porque ambos sabemos que fray Carrasco, su superior, estuvo en la cena.

Fray Torres se mostró impasible, como si quisiera callar parte de lo que sabía. En su lugar desvió la atención hacia el alcalde.

—¿No le resultó extraño que Domingo Medina hubiese acudido a mí a confesarse esa noche a pesar de que no nos conocíamos de nada?

Juan detectó que había cierta superioridad en su tono. Yaiza también se percató de su actitud, así como de un halo de manipulación. El joven párroco se gustaba sabiéndose con la información. O lo que era lo mismo. El poder.

El fraile continuó hablando.

—Creí haberle dejado claro que podía hablar conmigo después de nuestra primera charla, señor Leal, cuando apareció con sus compatriotas políticos a preguntarme. Usted es el único que estaba al tanto de las inclinaciones religiosas del señor Medina. ¿Me equivoco?

—El Islam…

Juan cayó en la cuenta de que fray Torres también lo sabía.

—La conversación que tuvimos nunca fue una confesión. Me habían informado de que el hombre se había convertido a la fe de los paganos.

—Pero entonces ¿por qué no vino usted a hablar conmigo?

—No podía arriesgarme. Fray Carrasco está pendiente de todo. Antes de dar un paso en falso, tenía que asegurarme de que podía confiar en vos. ¿Cómo iba a saber yo si usted estaba implicado en el complot?

—Créame que no lo estoy.

—Ahora lo sé —respondió Torres con una ligera carcajada—. Me convenció tras su espectáculo en el convento. Solo a un verdadero loco se le ocurriría llevar a cabo semejante ordalía contra uno de los clérigos más reputados del archipiélago canario. Ha puesto en riesgo dos décadas de alcaldía por irrumpir junto a una mujer. Definitivamente usted es de fiar. De lo contrario no estaría hablando con vos.

—No me enorgullezco —respondió Juan, presa del rubor.

—En cualquier caso, Leal, los tres estabais en lo cierto. Me refiero a usted, a su hija y a esa noble curandera, Matilde Palacios. Os felicito.

Pero Yaiza obvió la enhorabuena, pues estaba ansiosa por saber lo que estaba pasando.

—¿Qué quería Domingo? ¿Qué le dijo?

—Calma. Tengo la cédula en mi poder.

—¿Qué?

—Tenéis que abandonar esta isla. Para siempre.

Silencio.

Juan tragó saliva.

—¿Qué está pasando aquí, padre?

—¿Sabéis guardar un secreto?

—Sí —respondieron al unísono.

—Os necesito a ambos para esta misión. Ha llegado el fin del mundo. Y usted, señor Leal, tendrá que liderarnos.

38

El mañana

Padre e hija regresaron al pueblo del mismo modo que habían venido, a pie y tratando de evitar los caminos transitados. Seguían abrumados por lo que acababa de contarles fray Torres, quien optó por tomar un sendero diferente para no verse involucrado en su complicidad con ellos. La noticia suponía un antes y un después en sus vidas, motivo por el que ni Juan ni Yaiza podían hacerse aún a la idea.

Esa noche el alcalde apenas pudo conciliar el sueño. Tumbado en la cama junto a la espalda de su esposa, buscaba la forma de contener las ganas de contárselo. La misión que les había propuesto el vicario, pero también ese frasco tan familiar que había llegado a manos de Yaiza, con lo que parecía un veneno utilizado para acabar con la vida del visitador. Quizá fuese la belladona de la que hablaba la propia Matilde. Pero Juan tuvo que contenerse.

No podía hablar del tema con nadie, al menos por el momento, hasta que supiese más sobre su cometido. Lucía tendría que esperar.

Cuánto lamentaba que la mujer a la que amaba estuviese tan decepcionada con él.

En vista del insomnio Juan se arrodilló en el reclinatorio, bajo la cruz que descansaba a un lado de la alcoba. Suplicó a Dios por su clemencia, por ese milagro que acababa de llegar a sus oídos. Una misión solo al alcance de los héroes. Si las palabras de fray Torres resultaban ciertas, aquello quería decir que el Señor estaba de su parte. Que pronto llegaría el cambio que tanto tiempo llevaba suplicando. No era capaz de explicarlo, pero por vez primera tuvo la certeza de que Dios le hablaba a través de esa vieja talla de madera que se desgajaba en las paredes de su dormitorio.

Lo que el vicario les había dicho a Yaiza y a él era la noticia que tanto necesitaban.

Lloraba el rocío de la madrugada cuando por fin logró cerrar los ojos abrazando a su esposa. Las palmeras de la plaza se mecían con suavidad, a través del ventanal enrejado. Por primera vez sentía que recobraba la ilusión, el sentido de propósito.

Fue entonces cuando sintió un temblor en la estancia. Un tintineo de cristales, de la porcelana y de los muebles del dormitorio. Cayó el ajuar de paños bordados desde la cómoda.

Se acercaba el fin del mundo.

Pero esta vez no estaba soñando.

39

Mentira y misericordia

El tiempo se detuvo.

Aquel temblor no se parecía en absoluto a cualquier otro que hubieran sufrido previamente. Por vez primera el ganado se escapó de sus establos. Algunas casas temblaron tanto que las vigas del techo se desprendieron y muchas familias vieron destrozados sus enseres. Cayeron los muebles, y los candiles provocaron algún que otro conato de incendio. Se desprendieron incluso los lienzos de varias parroquias y ermitas.

Teguise tuvo que lamentar dos víctimas mortales como consecuencia del estruendo. Un niño sobre el que cayó un armario, así como un anciano que rodó por las escalinatas de su vivienda y se abrió la crisma. Lamentos y llantos entre los conejeros, que se sentían huérfanos de Dios, que no sabían ya a quién suplicar clemencia.

La incertidumbre crecía conforme los rumores se sucedían entre los pueblos y la villa. Los cortijos tuvieron que enviar esclavos y empleados a ayudar a los afectados. Yaiza asistió a las familias que así lo requerían, pero esta vez se vio despojada de Matilde. La curandera seguía sin salir de casa porque su hermano la había

encerrado hasta nuevo aviso. Un castigo por su osadía en el convento.

Y así, la isla tardó unos días en recuperar la normalidad.

Pero, como siempre, lo que parecía el apocalipsis pronto se convirtió en un recuerdo, nada más que un simple tema de conversación.

Los daños materiales pasaron a un segundo plano, al igual que el funeral por los dos fallecidos. El miedo seguía latente y la gente temía por su vida. Bastaba con salir a la plaza para dejarse imbuir por ese caldo de cultivo. Pero al mismo tiempo los teguiseños y vecinos de otras aldeas cercanas empezaban a acostumbrarse a tener que vivir bajo ese estado de delirio e incertidumbre.

Juan fue el primer afectado por un pavor que lo paralizó en casa.

Volvieron a asaltarlo las pesadillas. El alcalde imaginaba unos temblores tan fuertes que rompían en dos la tierra. Notaba cómo se abría el suelo bajo su cama y lo devoraba en el fuego, sin que Lucía pudiera hacer nada para tirar de su brazo y evitar que cayera al infierno.

Al despertar, sin embargo, el mundo tomó otro cariz al comprobar que todo seguía en su sitio.

Y eso no era lo más importante.

Recuperó la fe en el oficio al ver que su vivienda se llenaba de vecinos. Todos acudían a él en busca de ayuda. Pedían agua para su caudal, asistencia para levantar un murete que se había caído, alguien que los ayudara a buscar a alguna cabeza de ganado que se había perdido. Nadie parecía recordarle su afrenta con el clero. Aquello llevó a Juan a pensar que Dios había provocado el temblor para ayudarlo.

Para recordar al pueblo su importancia como alcalde.

La misión, cómo olvidarla. Por fin tenía un propósito con ese vicario.

Solo tenía que esperar instrucciones.

Regresó a su despacho al cabo de dos días. «No hay mal que por bien no venga», pensó en un alarde de optimismo. Pues gracias al temblor la gente parecía haberse olvidado por momentos de su enfrentamiento con los frailes.

Juan recibió numerosas visitas durante aquellos días. El temblor preocupaba a su gente, pero el agua seguía siendo el principal problema. Todos acudían a él para suplicar algo más de caudal en su acequia, aunque solo fuese una tinaja con la que evitar que se les muriese el ganado. Muchas familias ni siquiera pedían ya para sus hijos, sino para sus animales. Quizá porque sabían que estas criaturas eran las que les seguirían permitiendo comer en el largo plazo. Y eran tan numerosas las familias que no había manera de dar a todos los hijos.

Pero hubo entre todas las visitas una que llamó particularmente su atención. Un hombre de su quinta, de altura indeterminada, que ocultaba su rostro bajo un sombrero de ala ancha. Llevaba un baúl de madera bajo el brazo, una especie de flete portuario, solo que sin indicaciones en el exterior. Como si la caja nunca hubiese viajado en barco. Por la vestimenta del hombre era imposible juzgar si se trataba de alguien pudiente, o por el contrario de un artesano gremial de los que deslomaban sus sentidos entre las chabolas del puerto. No dijo su nombre y tampoco se mostró afectado por la sacudida de tierra.

Esto fue lo primero que llamó la atención de Juan. El caballero parecía levitar sobre la isla como si el asunto no fuese con él.

—Imagino su preocupación, señor Leal —dijo el desconocido mientras tomaba asiento frente al bufete del alcalde.

—Disculpe, ¿nos conocemos?

—Aún no, pero quería hacerle una visita.

Juan escrutaba su rostro desde su lado de la mesa, pero le resultó imposible hacerse un mapa de cómo era el visitante, o de si lo había visto antes por Teguise. No solo se debía a su falta de vista, sino a que este enterraba las facciones bajo el sombrero y una densa barba de carbón. Su acento no era de las islas, pero tampoco peninsular. ¿Quizá del norte de Europa?

—Usted dirá qué le trae por aquí, caballero. ¿Es vecino de la isla?

—Algo así.

—¿Su nombre?

El desconocido fingió no haber oído la pregunta. En su lugar depositó el baúl sobre la mesa del alcalde. El contacto de la madera hizo un fuerte ruido, lo que llevó a Juan a pensar que el contenido debía pesar lo suyo.

—¿Y esto?

—Quiero ayudar.

—¿Cómo?

El hombre no respondió. En su lugar volvió a ponerse en pie y extendió la mano a Juan, quien le devolvió el gesto. Y fue en ese único instante cuando sus miradas se cruzaron. Apenas los separaba el grosor de aquella mesa de roble.

—Una pregunta, señor Leal, ahora que nos invaden los temblores…

—Dígame.

—Si llegase el fin del mundo a esta isla, ¿a quién escogería para evitarlo?

—¿Perdón?

El caballero se marchó del despacho dejando tras de sí una estela acaramelada, un intenso aroma a membrillo imposible de olvidar. Juan volvió a tomar asiento, desconcertado ante tan extraña visita. Un señor al que no recordaba haber visto u oído antes en Teguise. De acento extraño, como si el castellano no fuese su idioma natal, pero al mismo tiempo llevase hablándolo toda la vida. Modales de otro tiempo, esa parsimonia en su andar y un ligero carraspeo en su tono.

—Haga el favor de guardar esto, señor alcalde. Lo necesitará pronto.

¿Quién era ese hombre y por qué no lo había visto antes? Y lo que era más importante, ¿para qué demonios había venido a verlo?

Las visitas esperaban por fuera del despacho, pero Juan no fue capaz de resistir su curiosidad. Así que antes de dar paso al siguiente que esperaba, abrió el cofre haciendo palanca con su abrecartas de plata. De su interior extrajo cuatro bolsas de cuero del tamaño de un cántaro de leche, todas ellas cerradas con un lazo. Abrió una de ellas y quedó deslumbrado por el brillo en su interior, pues cada una de las sacas estaba repleta de reales de plata que parecían acuñados ese mismo día.

Su primer impulso fue correr tras el hombre al sospechar que las monedas podían ser falsas. Pero dudó al compararlas con la que llevaba en el bolsillo de su jubón. Ambas eran idénticas en grosor y escudo. Solo el desgaste delataba la suya. Las nuevas estaban

intactas. Incluso el canto del metal, prueba casi infalible, era perfecto.

Tal y como le había indicado a Juan el corregidor de Gran Canaria, esas muescas en el bordillo de la moneda eran lo más complicado de replicar. Pero algo lo llevó a detenerse. Nadie más había estado al tanto de esa visita. Y de algún modo intuyó que aquella advertencia resultaba premonitoria.

Así que decidió conservar las sacas.

Esa misma tarde las puso a buen recaudo en su casa.

Lo que no pensó es que sería su primer paso hacia el abismo.

40

Los olvidados

Durante aquellos días no solo crecieron las visitas al despacho de Juan. También las parroquias se desbordaron ante la marea de feligreses. Vecinos de toda la isla peregrinaban a los templos. Algunos lo hacían de rodillas, otros arrastrando a sus hijos o al ganado. Llantos ante el confesionario. Súplicas al altar de san Francisco.

Y de esto se valieron los religiosos para exprimir todo el jugo al pueblo.

Fray Torres tuvo una iniciativa en secreto que comunicó a su fraile superior. El guijuelense leyó el temblor como una oportunidad. Según él, había llegado el momento de enaltecer el principio básico de los misioneros. La iglesia de los márgenes, de los olvidados. Una fe alejada de Roma y de la cruz en el centro del altar. Y así convenció al padre Carrasco de que avivara el miedo con sus sermones. Al padre le costó, pero con el paso de los días ganó confianza al hablar del demonio, del castigo divino, de una tierra que temblaba por culpa de sus pecados.

Por primera vez, los conejeros creyeron que no era cuestión de si el suelo volvería a temblar, sino de cuándo lo haría. Nadie se libraba

del pecado. Cada quién sabría lo que había hecho en el fuero de su intimidad, pues nadie podía mentir a Dios.

Aparte de ensalzar a su superior para que diese un mensaje apocalíptico, fray Torres organizó a los novicios con una misión. Les pidió que salieran a traer al pueblo a la iglesia. Su objetivo era convencerlos de que el fin del mundo estaba a punto de llegar a Lanzarote y pronto habría que llevar a cabo un éxodo.

Los envió por la isla y estos obedecieron, aún sin saber el propósito final de aquella campaña. Recorrieron haciendas, caseríos, burdeles y callejuelas en busca de pobres almas a las que convertir, o bien para ayudarlos a expiar los pecados. Del mismo modo que habían hecho sus mentores en las tierras lejanas de Taos, Zacatecas o Santa Fe.

El éxito estaba siendo rotundo.

Lo que nadie sabía, ni siquiera el padre superior, era que fray Torres buscaba en secreto algo más. Mientras Carrasco se llevaba el mérito por la acogida de tal público en las misas, fray Torres estaba configurando en secreto una lista con los feligreses más abnegados. Observaba sus movimientos y les preguntaba al respecto en la parroquia. Después los anotaba para lo que estaba preparando.

El misionero buscaba almas necesitadas de huida.

Solo Dios sabía para qué.

Transcurrió una semana en la que el miedo a otro temblor fue el único tema de conversación en la isla. Durante esos días las homilías y confesiones se sucedieron a todas horas. Decenas de fieles cada vez que un fraile levantaba el ventanuco de madera de ébano.

También las misas, y el domingo era el día señalado. La familia Leal y el resto de los apellidos de privilegio ocupaban las primeras filas. Mientras tanto, el pueblo se comprimía en los bancos hasta derramar sus piernas por los pasillos. Los más rezagados tuvieron que conformarse con verla desde la puerta y pasillos, e incluso limitándose a oírla desde el exterior.

Fue tras varias celebraciones cuando Carrasco por fin se dejó llevar por la autoridad que ostentaba, y culminó con unas bravatas que su vicario no esperaba en absoluto.

—¡La isla sucumbe a la peor de sus maldiciones! ¡Y no es la tierra la que actúa con el pecado, sino las personas que la pisan cada día! ¡El alcalde de nuestra isla, don Juan Leal, es el origen de todos los males!

Para Juan, que en esos momentos volvía a sentir que su oficio tenía sentido debido a lo que estaba sirviendo su apoyo a los vecinos, la celebración se tornó en ultraje en cuanto asistió a tales sermones.

Todas las miradas se volvieron de inmediato hacia él, quien no pudo más que empequeñecerse ante la acusación del padre superior. Su primer impulso lo llevó a abalanzarse sobre su cuello, pero supo que así solo empeoraría las cosas. Torres lo miraba con disimulo, pidiéndole que aguantase el chaparrón, pues ellos tenían ahora algo mucho más importante de lo que encargarse.

Quiso un milagro que actuara con madurez. Juan entendió que el párroco acababa de declararle la guerra, pero que eso no significaba nada. Por fin tenía un propósito junto a ese fray Torres, y no iba a dejar que nada lo rompiese.

Crecían las dudas en torno a la figura del alcalde. Pero él estaba convencido de que no había nadie más capacitado que él para la misión que acontecía.

Solo esperaba que el vicario anunciase cuanto antes el próximo paso a seguir.

El ambiente en torno a la parroquia se volvía cada vez más tenso. Los rumores sobre el temblor, la muerte del visitador y los choques entre Juan y fray Carrasco alimentaban la inquietud. Desbordado, el padre superior intentaba mantener el control, pero fue fray Torres quien tomó la iniciativa. Esta vez su objetivo era proponer una homilía exclusiva para los marginados. Esclavos, prostitutas, vagabundos, enfermos y desviados. Nadie entendía sus intenciones, pero fray Carrasco lo permitió en vista de que estaban ganando cada vez más poder en la isla.

Tras la misa, los apellidos de saya y jubón se disponían a abandonar los muros de caliche. Fray Torres subió entonces al altar para dar paso a lo que muchos llamaron el «desfile del esperpento». Las miradas se alzaron entre la sorpresa y el miedo. Los conejeros que salían de la misa, los Leal, Palacios, Perdomo, Gálvez o Betancor entre ellos, se llevaron las manos a la cabeza presa del estupor ante la pléyade ciudadana más empobrecida o aislada de la sociedad.

Solo Juan intuía las segundas intenciones del vicario. Sabía que este buscaba algo más, una forma de tantear a sus fieles. Conocer mejor cada rostro de la isla, pues los necesitaban más que nunca.

Pero antes de empezar se produjo la primera disputa, ya que algunos propietarios se opusieron a que sus esclavos compartiesen espacio con los leprosos o tísicos que poblaban los primeros bancos.

El propio Leandro Perdomo fue el primero en saltar.

—Me niego a permitir que mis tullidos enfermen por esta imprudencia, padre Carrasco. Detenga esto, que son mi mano de obra.

Desde el altar, fray Torres intervino para hacer un llamamiento a la calma.

—Haya paz, señor aduanero.

Pero Perdomo se negó y chistó a su rebaño para que abandonase la iglesia junto a él.

—¡De eso nada! Está empeñado en traer la iglesia a todos, pero así no se hacen las cosas. Algo habrán hecho esos enfermos para que nadie quiera juntarse con ellos.

Torres tuvo que insistir, y para ello descendió las escaleras del altar.

—Le garantizo que no pasará nada. Me aseguraré de que los leprosos y sus esclavos guarden la distancia de rigor con el resto. Merecen tanto la fe como nosotros.

—Pero ¿usted se da cuenta del peligro que supone? Esta gente no debería estar aquí. Me niego a verlos en el mismo aire que respiro.

El grupo de enfermos asistía a la discusión con una mezcla de vergüenza y dolor, pues hablaban de ellos como si no estuviesen presentes. En su mayoría eran hombres, aunque había varias mujeres diseminadas entre el grupo. Llevaban el rostro cubierto con paños de lino deshilachados, que solo dejaban al descubierto los ojos y la boca. Tenían las manos vendadas, pero aun así se les notaban los muñones, las llagas y ese hedor avinagrado que transmitían.

En ese momento irrumpió el concejal, Armando Curbelo.

—Creo que el aduanero lleva razón, padre. Esto atenta contra lo que tratamos de evitar.

Juan no quería intervenir, pues en el fondo quería que el foco se desviara de él hacia otro lado. Entre la gente también estaba Yaiza, que asistía con estupor al enfrentamiento mientras sostenía al pequeño Bernardo de la mano.

Leandro Perdomo se dio finalmente por vencido, no sin antes lanzar una última plegaria.

—Estos leprosos merecen la muerte, padre. Antes de que sigan contagiando y matando al resto de la isla. Malditos, eso es lo que son.

El eco de sus palabras atravesó las paredes. Un mazazo, tanto por su crudeza como porque, por desgracia, muchos las consideraban ciertas.

Y en ese momento, para sorpresa de todos, rompió a llorar Catalina Betancor, quien sostenía el brazo de su marido y hasta entonces no había abierto la boca.

Se hizo el silencio.

Tal reacción era extraña debido al porte y la compostura de la mujer, pues para muchos era la más ruda de Teguise. Ella se dio cuenta de tal impulso al instante, y se aferró aún más al hombro de su marido para disimular, como si la hubiera asaltado un ataque de tos.

Pero no pudo engañar a nadie. La delató su gesto, su semblante destronado.

—Perdón, per… —Se secó las lágrimas entre balbuceos.

Lucía le extendió un pañuelo de seda para asistirla, gesto que ella agradeció como si acabaran de salvarle la vida.

—Es por los esclavos —continuó, señalando esta vez al grupo en el que se hallaba su cuadrilla, entre quienes se encontraban Abrama, Fátima, Gara y Sancocho—. Yo también temo que les pase algo a mis pobres… Pero al mismo tiempo… —A la mujer se le atropellaban las palabras—. Creo que esta gente enferma merece incluso un mejor trato por nuestra parte. Seamos cristianos, por Dios. Dejemos que también ellos puedan escuchar la palabra del Señor.

Las palabras de Catalina sanaron cualquier intento de réplica o insurrección verbal.

—La señora Betancor lleva razón —dijo Lucía, la única que salió en su defensa—. Esta gente tiene el mismo derecho que nosotros a participar en la misa.

—¡Pues que lo hagan en privado! ¡Nos van a enfermar a todos! —Perdomo señalaba a leprosos, tísicos y a las cortesanas con un desprecio que no le cabía en el alma.

Pero no pudo más que llevarse a su cuadrilla de esclavos, en su mayoría tullidos, pues el resto se dejó convencer por las intenciones de fray Torres, que consideraba que había que acercar a todos la palabra de Dios.

El párroco agradeció a las mujeres su ayuda, y después pidió a los vecinos que abandonasen la parroquia para dar comienzo a la eucaristía.

Yaiza obedeció, al igual que el resto, pero no pudo evitar quedarse desconcertada por la reacción de Catalina. Le sorprendió su crudeza, pero también el desgarro y sinceridad en sus palabras. Como si la mujer estuviese tratando de callar algo más.

Lo único que estaba claro era que el miedo se había instaurado en todos.

Y con ello la desconfianza.

Pero Yaiza sabía que debían confiar en ese fray Torres. El vicario era quien manejaba los hilos.

Y la misión estaba a punto de tomar forma.

41

Entre mimbres

El amanecer sorprendió a Abrama con un destello en el horizonte. Se levantó al oír el primer canto en los corrales. Calzó sus vestiduras marchitas de lino y se arrodilló frente a la cruz de madera situada junto a las letrinas. Contraste absoluto el del pecado, mezcla de aromas a incienso y heces de la cuadrilla. Moscas. Las orugas atravesaban la turbera y unos puntos voladores surgían desde los huecos de las zanjas.

Se detuvo a rezar en silencio. Su fe no era un secreto, pero sí algo que a él siempre le había calmado en su intimidad. Leonora concedía a sus esclavos libertad a la hora de profesar sus creencias, y ese abanico de colores y santitos se llevaba la palma en cualquier rincón de la isla. La mayoría de estos berberiscos profesaban las creencias del Atlas, quimera de la que habían sido arrebatados a una edad pequeña. La *sunna* del Islam. Otros fundían sus brazos en un cúmulo de Dioses de su pasado nómada bereber, aunque sus hábitos fuesen contrarios. Del nomadismo entre los montes Ahgar o las mesetas del Rif a dejarse la piel en una finca sin tiempo para vivir. Algunos añoraban volver a casa. Otros, como Abrama, ni siquiera recordaban otro mundo que no fuera el de ser propiedad de alguien.

Él luchaba por crecer en esa tierra como hombre dócil. Quería ganarse el respeto de sus señores, pero sobre todo de Catalina. La admiraba. Y más ahora que acababa de verla llorando en la iglesia, defendiéndolos en la misa de los insultos del señor Perdomo.

Abrama creía en el Dios católico por su señora. Por pura imitación. Si todos los que ostentaban el poder en esa isla se encomendaban a la cruz de madera, algo de razón tendrían que tener.

Fátima lo sorprendió musitando con los ojos cerrados ante el altarcito. La joven se encontraba ya más recuperada del castigo que había recibido y se acercó a él. Posó las manos sobre sus hombros como si quisiera transmitirle su calor. Era su forma de recordarle que tenían que ponerse a faenar.

—Vamos, Abrama.

—Déjeme —le espetó él, apartando el brazo de sí.

—Soy yo la que debería estar enfadada. Aún tengo la espalda en carne viva.

—¿De verdad le parece normal lo de las monedas?

Fátima abrió los ojos como platos.

—¿Se las ha llevado a los curtidores?

—Eso es lo único que le importa.

—Pues sí —saltó ella, cabreada—. ¡Le pedí que me ayudara!

Abrama se volvió para asegurarse de que nadie los estaba oyendo. Después se levantó de aquella suerte de altar improvisado y se plantó ante ella para reprenderla.

—No pienso dejar que siga adelante. Ladrona.

—¡Al cuerno, Abrama! No pienso regalar un segundo más a esta familia. ¿Dónde dejó mis reales?

—No son suyos, Fátima.

—Guanajo.

Él no respondió. En su lugar la tomó por la pechera, dispuesto a amenazarla.

—Escúcheme bien. Ahora mismo va a devolver lo robado.

—¿Y si no?

Él se contuvo, así que ella continuó retándolo.

—Vamos, dígame qué piensa hacer. ¿Va a venderme a doña Catalina? Bobalicón, deje de beber los vientos por la señora. Jamás conseguirá acercarse a ella.

—¿Qué?

—Venga, Abrama. Que tengo la quincena, pero no soy boba. No hay más que ver cómo se desvive por la señora. Lleva con esa cantinela desde que tengo uso de razón.

—Está diciendo memeces.

—Claro que sí. Usted siga engañándose.

Ella lo miró con burla, pero al instante se llevó la mano a la espalda por culpa del dolor. Suspiró, pues no aguantaba más esa conversación que no iba a ninguna parte.

En su lugar decidió marcharse a faenar. Se unió al resto de las mujeres siguiendo las instrucciones de la cuadrillera. Unas recogían los sarmientos, otras secaban al sol la comida o limpiaban la parcela.

Abrama hizo lo propio y se unió a los hombres, quienes tenían la orden de cortar dos yemas por brazo de cada vid. No se quitó a su amiga de la cabeza en toda la jornada. Se debatía entre esos dos mundos. Tenía que decírselo a su señora antes de que Fátima cometiese una locura.

Lo que no sabía era que ella había tomado una decisión.

42

Un ideal perenne

Esa noche, Norberto y Armando aparecieron en el domicilio de Juan cuando él estaba a punto de dormirse. La decisión estaba tomada. Se plantaron ante su figura anciana con pesar. Le dijeron que no le iban a dar más tiempo para decidirse. Que tendría que dimitir de una vez por todas y elegir a su sucesor.

Juan se hundió ante la amenaza. Después de aquello pasó la velada encerrado en su gabinete. Quería dedicar a esas estanterías su último atisbo como alcalde. Se encerró en una vigilia enfermiza, recordando el pasado y al mismo tiempo preparando la transición para su sucesor. Redactó su dimisión, preparó los prolegómenos para su discurso y redactó una hoja de ruta para no dejar huérfanos los proyectos que aún quedaban por atender.

En el sueño de su desvelo no podía dejar de pensar en su gran proyecto político.

Su utopía.

Había pasado años desarrollando aquella idea en la intimidad de su escritorio, dispuesto a acabar con los males endémicos que asolaban Lanzarote. Había enviado decenas de misivas a Madrid y a Gran Canaria, pero apenas le daban más respuesta que el vacío. En

sus cartas se quejaba de la corrupción de las élites, así como del abandono por parte del rey y la necesidad de ayuda. En vista de la crisis había preparado un proyecto basado en la modernización de la isla. Soñaba con eliminar la mano de obra esclava para dinamizar la economía. También quería que los grandes terratenientes ofrecieran a modo de cooperativa sus campos baldíos para ayudar a los pequeños. Por otro lado estaba el puerto de Naos en Arrecife. La llave para su prosperidad. Solo si conseguían abrirlo a lo grande, al comercio internacional con franceses, ingleses, portugueses y holandeses, podrían llevarse las migajas que hoy en día se repartían gaditanos, onubenses y en especial los sevillanos. Por no hablar de los egoístas de Tenerife, Gran Canaria y La Palma. Se quedaban todos los contratos y privilegios. Juan montaba en cólera cada vez que recordaba el desprecio de las islas vecinas para con ellos. La riqueza de los poderosos dependía de los cimientos que él trataba de romper.

Quizá aquello era lo que tenía que hacer. En su encuentro con fray Torres, el vicario le había dicho que el fin del mundo estaba cerca, que Domingo Medina había venido para proponerle un viaje en nombre de la Corona. Tendría que preparar a un grupo para marcharse muy lejos, pero aún no podía darle más detalles. Lo haría llegado el momento.

A Juan le dolía tener que dejar la alcaldía de esa forma, traicionado por sus dos hombres. Y todo ello sin haber realizado lo que se proponía. Pero no le quedaban fuerzas para pelear.

Tal vez había querido volar demasiado alto.

Al caer la mañana estaba derrotado.

Seguía sin recibir el ansiado mensaje de fray Torres y el tiempo se le acababa. Si dejaba la alcaldía, no podría llevar a cabo ningún viaje como diplomático, pues estaría renunciando a su puesto. Algo le decía que ese vicario le había mentido cuando le pidió que aguantase un poco más de tiempo.

Cuando los empleados empezaron a llegar al trabajo, él citó a los concejales y miembros de cabildo en la sala de las tenidas y después salió a dar un paseo. Necesitaba relajarse.

De inmediato empezaron a llover los rumores sobre la sucesión. Se hablaba de los Betancor, de los Mederos y los Gálvez, pero ninguna de estas familias tenía lo que Juan consideraba necesario para ejercer el liderazgo. Intuyeron de quién se trataba al verlo aparecer en el edificio, pues Juan envió a un ujier para que lo avisara.

Se trataba del señor Perdomo.

Por mal que le cayese, Leandro era el candidato ideal por sus contactos, sus ganas de ostentar el puesto y porque era la opción más acorde al resto del cabildo. Solo por eso quizá mereciese la pena intentarlo. Leandro admiraba la política y estaba bien relacionado. Comerciante, arrendatario de una flota de falúas y pateras, dueño de la lonja.

Volvió poco después al cabildo. Subía las escaleras del edificio cuando tropezó con su hija, que lo esperaba en la balconada de la galería superior.

Yaiza tenía los ojos como platos. Parecía alterada.

—Padre, tiene que venir conmigo. Ha venido a verme fray Torres. Ha llegado el momento.

Él suspiró, al tiempo que esbozaba una sonrisa eufórica. ¿De verdad estaba a punto de saber lo que este vicario le estaba reservando?

En ese momento el concejal Curbelo se asomó a la puerta del salón para ver qué ocurría.

—¿Todo bien, Juan? Llevamos un rato esperando.

—¿Eh? Sí, ya entro.

El concejal se retiró, y entonces Yaiza volvió a asaltarlo.

—No puede dimitir ahora, padre. Primero ha de ver a fray Torres.

Juan meditó una última vez la mejor forma de actuar. Necesitaba ganar algo de tiempo. Así que cruzó la puerta del salón de tenidas y se dirigió a sus compatriotas.

—Buenos días a todos. Gracias por venir. Anuncié a algunos de ustedes que estaba meditando mi marcha.

Levantó la vista de los azulejos y se detuvo en Leandro Perdomo.

—Pero… les tengo que pedir un aplazamiento, compañeros. Tengo un problema familiar urgente.

—¿Qué? —clamó el eco de los murmullos.

—Lo que oyen. Solo les pediré unos días.

Dicho esto, Juan se marchó sin dar opción a réplica, aferrado al brazo de su hija.

Acababa de dejar tirado a su cabildo. Solo esperaba que estos hombres, que durante tantos años lo habían acompañado, tuviesen consideración con su súplica y no decidiesen una estupidez en su ausencia. Confiaba en Yaiza y en las promesas de fray Torres.

Su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Empezaba la cuenta atrás.

PARTE II

43

Camino a la perdición

12 de marzo de 1730

Juan preparó su valija a toda prisa para el viaje. Antes de marcharse, tan solo pudo contarle a Lucía que tenía que ausentarse de urgencia para una reunión y que estaría fuera varios días. Su esposa intuyó que se dirigía a Gran Canaria para presentar su renuncia definitiva ante el corregidor de las islas orientales. Solo Yaiza sabía la verdad. Ella tendría que cubrirlo, y al mismo tiempo llevar a cabo su parte en aquel cometido.

Aunque apenas lo conocía, Juan accedió a reunirse con fray Torres a las afueras de Teguise.

Los dos acordaron mantener su viaje con discreción. El rubor de la madrugada aún llovía sobre una plaga de brezales azotados por el viento. Dormía un manto de polvo sobre los marcos de las ventanas. No se respiraba un alma entre las calles. Un pueblo fantasma en el que cualquier presencia de vida a esas horas habría resultado sospechosa.

Yaiza acompañó a su padre hasta el punto de encuentro, pues de lo contrario no habría podido llegar por la falta de luz. La joven se

marchó en cuanto vieron al fraile junto al antiguo aljibe de Las Caleras, tal y como rezaba su pacto. Se habían citado en secreto, pero hasta ese momento Juan creyó que podría tratarse de una trampa. Pensó que tal vez los franciscanos querrían burlarse de él por su pelea en el convento.

El religioso esperaba a Juan con dos burros atados a un alpendre abandonado, al igual que las cuevas escogidas para iniciar su viaje. Fray Torres no había querido darle más información hasta asegurarse de que aparecía. Por fin le explicó que tenían que hacer un breve viaje, pero no podrían utilizar el puerto de Naos debido a que Leandro Perdomo controlaba el lugar.

Montaron a lomos de sendos burros para atravesar la isla de uno a otro costado hasta la aldea de La Santa, situada en la cara occidental de la isla. Llegaron casi a mediodía y con las pieles desgajadas por el sol. No había más de media docena de chabolas diseminadas al borde de un risco frente al mar. Varios pescadores recogían sus aparejos, agazapados en los botes. Una mujer que portaba un cántaro de leche saludó a ambos con desconcierto. No todos los días aparecían forasteros por allí, mucho menos con las pintas de ellos dos. Un señor en traje de lino y otro en hábito huraño de terracota.

Frente al embarcadero los esperaba un conocido del fraile, quien, mediante el desembolso de un saco de monedas cuya cantidad el alcalde no pudo descifrar, los introdujo en alta mar. Se produjo un instante de dudas entre ambos, ya que el susodicho al principio receló de la autenticidad del dinero. Canarias tenía ese grave problema por la falsificación de reales, y Lanzarote se llevaba la palma. Una misión perdida para Juan, otra más en su haber más

reciente. El alcalde estuvo a punto de confrontar al vicario por las monedas, pero recordó la visita de ese misterioso empresario al que nunca antes había visto. Quizá tuviese algo que ver con el propósito que tenían.

Por primera vez prefirió mirar hacia otro lado antes que enfrentarse a la verdad.

Finalmente lograron convencer al muchacho y pudieron embarcar. Una zozobra entre las olas, y ese vaivén ante un escenario de profundidades como el ébano. Juan y Torres se mecían a bordo de los travesaños de madera entre náuseas y dolores de vientre. Transcurrieron así dos días de viaje con una breve escala en el muelle de Gran Tarajal, en la vecina isla de Fuerteventura, donde apenas se detuvieron para comer y pasar la noche antes de seguir. La falúa se mecía a pesar de la quietud del destino. Diez varas de eslora y un casco apenas capaz de soportar los desbarajustes de alta mar. No estaba pensada la embarcación para largas travesías, sino para la pesca de jornada. Sin una cubierta bajo la que resguardarse, eran dos hombres de incógnito vivaqueando con el salitre y la brisa vespertina, envueltos en sudor y atrapados por un hedor a brea carbonizada.

Y lo peor para Juan vino cuando descubrió que no se dirigían a Gran Canaria, como él esperaba, sino a la isla de Tenerife.

44

Deuda de sangre

13 de marzo de 1730

Las noticias sobre lo acontecido en el cabildo se extendieron tan rápido como la sequía. A la mañana siguiente la ausencia de Juan Leal era el tema recurrente en las tabernas y en el mercado, sobre todo teniendo en cuenta que el hombre estaba a punto de presentar su dimisión. Gentes de todos los gremios y patrimonios cuchicheaban sobre los motivos de tan extraña desaparición.

Por suerte, Yaiza y Lucía estuvieron atentas para quitarle hierro al asunto. Ellas decían saber lo que ocurría, pero solo dijeron que el alcalde estaba resolviendo un asunto familiar y que pronto volvería para cerrar lo que había dejado a medias.

A pesar de todo crecía la incertidumbre, y especialmente el rumor sobre la sucesión de Leandro Perdomo en el cabildo. Los políticos desmentían el asunto, pero todos quedaban en entredicho ante la gente del pueblo, ya que varios vecinos habían visto al aduanero acudir a la tenida en el salón del concejo insular.

Por su parte, Norberto Palacios y Armando Curbelo se mostraron consternados por tan repentina ausencia. Pero al igual que la propia

familia Leal, ellos también trataron de hacer como si nada para no avivar las llamas. Ambos sabían lo duro que tendría que resultar para Juan dejar el cargo por la puerta de atrás. Por una parte lo detestaban, recelaban de él debido al guirigay al que había condenado a toda la alcaldía. Pero al mismo tiempo sentían que debían apiadarse de él, ya que no eran pocos los recuerdos que compartían. Si el hombre les había pedido unos días y les había jurado que volvería para dimitir, no veían razón para avisar al corregidor y que este lo condenase al peor de los castigos. Juan merecía una salida más digna.

Podían esperar.

Pero Catalina empezaba a inquietarse. Hacía semanas que los Betancor habían recibido la carta desde Francia, y sin embargo seguían sin tener nada con lo que pagar su deuda. No era dinero lo que buscaban sus acreedores, sino su colaboración. O mejor dicho su coacción. Hasta ese momento había conseguido mantener la calma, pero la repentina desaparición de Juan disparó todas las sospechas de la mujer, pues no veía mejor candidato para aquella propuesta de la Corona.

Así que esa noche puso en común el asunto con su esposo, Tomás.

Pero él no parecía en absoluto preocupado.

La pareja descansaba en el porche de la mansión. Ella con el mantón entre las piernas, mientras él jugaba con el tapón de cera de una botella transparente. «La única verdad en este mundo es la ginebra», rezaban los botellines alargados que llegaban a la aduana de Lanzarote procedentes de Menorca, como el que sostenía Tomás con una sonrisa de oreja a oreja. Esta bebida espirituosa hecha a

base de bayas de enebro acababa de aparecer en la Corona y su fama iba en aumento. Empezaba a extenderse por los territorios, introducida por los británicos a través de esta isla balear que estaba bajo su dominio. No solo era el sabor lo que agradaba a paladares de todos los estratos, sino su capacidad para desinhibir al prójimo debido a su alta graduación.

—¿No piensa decir nada al respecto?

—¿Qué voy a decir, Catalina? Parece que lo tiene todo bajo control.

—Al contrario. Le estoy pidiendo ayuda.

Pero él no opinaba lo mismo.

—Hace tiempo que no me necesita.

Ella volvió a clavar la vista en esa maldita botella de ginebra. Ni siquiera el vino que producían resultaba suficiente para su garganta. Catalina temía por su esposo, pues no eran pocos los miedos que llegaban sobre ese alcohol de nueva categoría. Decían que a una zapatera de Teguise, la Juana, se le había muerto el bebé porque se le cayó por las escaleras. Que la señorita se tambaleaba a todas horas, que su aliento rezumaba ese olor a perfume y bayas de enebro. La pobre zurcidora de pies vivía en la inmundicia desde que su marido la abandonó y se marchó en una goleta para buscarse la vida. La dejó con siete hijos, remendando vueltos a los vestidos para ganar un maravedí con el que no podía ni alimentar a los pequeños.

—Por Dios, Tomás. ¿Y si el alcalde ya está preparándolo en secreto?

—En ese caso, ya sabe qué hacer. Como ve, yo no sirvo más que para beber.

A Catalina la invadió un escalofrío al escuchar semejante ironía por parte de su esposo. Odiaba su victimismo. Su depresión.

Tuvo que tomar aire para contener el dolor que oprimía su pecho. Sentía náuseas, una extraña desazón en sus entrañas. No dejaba de sorprenderle lo poco que parecía importarle a él una cuestión tan importante para sus vidas. Notaba la rabia en su semblante, como si su marido la culpase por la situación que atravesaban. En el fondo así era, lo sabía.

Rajaba el ambiente de la madrugada con su respiración acelerada. Estaban en la ruina, pero por una buena razón. Porque confiaban en el maldito Hamelín Plantard, supuesta eminencia donde las hubiese. Y sin embargo el hombre seguía sin dar muestras de solucionar el asunto.

—¿Le ha dicho algo el doctor? —preguntó ella.

—Debería saberlo. Es vos quien le ha pagado sin mi permiso —dijo Tomás con resentimiento.

—Pero es usted el único con quien habla de verdad sobre lo que sucede.

Él la escrutó antes de responder:

—Me ha dicho que estas cosas llevan su tiempo.

—Ya, pues bien que nos insisten a nosotros. Podría decirle algo nuevo de una…

—¡Basta! —Tomás rompió el botellín de ginebra contra la mesa del alpendre.

Catalina se encogió de inmediato, aterrada ante el hombre con el que se había casado. La nostalgia la llevó a recordar su pasado en Francia. Él siempre tan risueño, ambicioso y noble. Antaño un caballero como pocos. Pero ya no quedaba un atisbo de luz en él.

Sus vidas se habían convertido en un funeral.

Catalina quería que la tierra se la tragase, pero no podía siquiera permitirse tal lujo. Alguien tenía que obedecer a los designios de Francia. Y por desgracia, Tomás había perdido por completo la fe en la existencia.

Solo ella conservaba aún esa llama en lo más profundo de su corazón.

Tenía que actuar de una vez por todas.

45

El elegido

14 de marzo de 1730

Lorenzo Fernández de Villavicencio los esperaba a la entrada del castillo de San Cristóbal, en la ciudad de Santa Cruz. Una fortaleza de cuatro torreones en forma de diamante y terraza para los cañones. El lugar lo poblaban los obreros, la mayoría empastando las piedras de los muros que se habían deslizado por culpa de las últimas lluvias que habían asolado Tenerife. «Unos tanto y otros tan poco», pensó Juan. Si al menos pudiera llevarse una de aquellas aguas a Lanzarote, otro gallo cantaría.

El militar se mostró simpático con ellos, ceñido en su uniforme diplomático y una mueca un tanto andrajosa que en absoluto correspondía al porte que se esperaba para el comandante general de Canarias. El máximo cargo del archipiélago vestía su casaca de terciopelo índigo con unos bordados de oro que entretejían un aura de carisma bajo los reflejos del mar que se abría frente a él. Botines de cuero a media asta relucían entre el pedregal. Menino de noble apellido que se había formado en la corte antes de que lo enviaran a las islas. Se jactaba de decir que su objetivo era «organizar a esos

pobres diablos que lastraban la nostalgia de los guanches, atrapados entre volcanes y con ese complejo de inferioridad ante la metrópoli».

Recorrieron los pasillos mientras él les relataba esto último entre bromas. De inmediato quedó de manifiesto que la relación entre Juan y Villavicencio no gozaba de buena salud. Para el alcalde de Teguise, ese anfitrión era un mequetrefe rebosante de corrupción por los cuatro costados. Se decían todo tipo de rumores sobre el comandante general, y ninguno era benévolo con su figura. Se le vinculaba con la esclavitud, con un negocio muy fructífero en Santo Domingo y en Potosí. Algo lejos tenía sus tentáculos, pero así eran los mejores comerciantes. Solo un hombre que pensaba a lo grande podía llegar hasta el cielo. Precisamente aquel castillo estaba siendo reparado con unos diezmos procedentes de actividades presuntamente ilícitas, en su mayoría relacionadas con la piratería en el mar Caribe.

Y eso no era lo peor que de él se decía.

Juan prefería no pensarlo, pues en cierto modo se sentía cómplice de sus desmanes por el hecho de estar allí con él.

Accedieron al bufete de Villavicencio y tomaron asiento en un sillón de piel situado a los pies de la ventana. Fray Torres estaba más cómodo que Juan, pues ya conocía a ese militar al que las buenas lenguas tildaban de pernicioso.

—Gracias por venir, señor Leal. Y le ruego disculpe a nuestro fray Salvador Torres por la demora en organizar este encuentro. Debemos ser cuidadosos. El temblor que habéis sufrido recientemente no ha ayudado en absoluto.

—No se preocupe.

—Me ha asegurado este vicario que podemos confiar en vos. ¿Es eso cierto?

—Depende de para qué.

—La Corona le ha escogido para dirigir una expedición.

El alcalde enmudeció. Acto seguido, Lorenzo Villavicencio depositó sobre la mesa un documento de carácter oficial y cuyo peso cayó sobre el roble con aplomo.

—Lo que tiene frente a usted es una Real Cédula. En ella se solicita su ayuda y conocimiento para colonizar un nuevo asentamiento en América.

—¿Cómo? ¿Yo?

El comandante asintió y se dispuso a leer.

—Se encarga a don Juan Leal Goraz, natural de la villa de Teguise, la misión de embarcarse en un viaje sin retorno como reconocimiento por su incansable labor, su empeño y una reputación que ha sabido labrarse a lo largo de las décadas. Una labor que sabemos solo al alcance de las mentes y cuerpos más brillantes de la Corona, aquellos tocados por la gracia de Dios. Asimismo se le hace entrega de un acta de instrucción detallada sobre los pasos a seguir.

Juan quería intervenir, pero el comandante lo detuvo. Dejó el texto y regresó a la conversación.

—Se le ha escogido entre cientos de políticos de la Corona, señor. Puede usted sentirse orgulloso. La patria está en sus manos.

—Pero… no entiendo.

—Lo que oye, Leal. Tiene que seleccionar a un grupo de veinte familias para liderarlos en un viaje sin retorno al Nuevo Mundo. No tenemos tiempo que perder.

—Así que era cierto —balbuceó el alcalde.

Acto seguido lo invadió un repentino temblor en las piernas.

Se arrepintió al instante de toda la bilis que había soltado contra el monarca, Felipe V, el primero de los Borbones. Ya fuera en los plenos insulares, en tertulias o con su propia familia, Juan se despachaba siempre que podía contra toda esa clase política de Madrid que nada hacía por ellos. Ahora sabía que había estado equivocado todo el tiempo. Mientras él despotricaba, ellos lo tenían muy presente desde la distancia como a un gran político.

En ese momento irrumpió fray Torres en la conversación.

—Por supuesto que es cierto, Leal. Su hija también está al corriente. Le he encargado otro asunto mientras nosotros estamos aquí reunidos.

—¿Cómo?

—No hay tiempo que perder.

Juan asintió. Pero al mismo tiempo había algo que no le encajaba.

—¿Qué tiene que ver esto con la muerte del señor Medina? ¿Por qué alguien querría impedir que diera ese mensaje?

—Porque hay muchos que no comprenden la necesidad de esta expedición. Y otros a quienes no interesa por sus negocios.

—¿Podría ser más concreto?

El comandante negó.

—Eso es todo cuanto puedo decirle por el momento.

El ambiente se tornó severo. Solo la presencia del fraile apaciguaba el recelo que se instaló entre los dos políticos. Villavicencio hizo entonces un esfuerzo por recuperar la diplomacia.

—Esto viene de arriba, señor Leal. Como puede ver, firman este acta nuestro monarca y el virrey de Nueva España. Necesitan

expandir el territorio allá donde no llega aún la civilización. Y usted necesita una solución para su isla.

Torres volvió a intervenir para dirigirse al comandante general.

—Con su permiso, me gustaría darle mi punto de vista —dijo, y se giró para dirigirse a Juan—. Creemos que hay gente en Lanzarote a la que no interesa que lleve usted a cabo este viaje. Tal vez porque se trata de una empresa costosa que no gusta a muchos sectores del gobierno. Si fracasa, quizá el rey podría correr peligro. O también podría deberse al interés de otras potencias… como Portugal, Francia u Holanda. O quizá… alguien está intentando apartarlo a usted del liderazgo.

Juan intervino.

—¿Ha podido ver el cadáver alguien de esta comandancia?

—Lo siento, eso está en manos del corregidor de Gran Canaria. Y no podemos meternos en el asunto. Si queremos mantener esto en secreto, tenemos que fingir que todo sigue igual. Así que huelga decir que no debe decir ni una palabra a su superior directo. Y que es mejor no inmiscuirnos en el asunto.

Juan maldijo la situación. Cada frase le resultaba aún más desconcertante. El misterio sobrevolaba su tierra y él era el último en enterarse.

—¿Qué quieren de mí exactamente?

—El tiempo apremia, señor Leal —continuó Villavicencio entre estertores y un carraspeo en su tono—. El barco debe zarpar en menos de dos semanas. Tiene que reunir cuanto antes a las familias necesarias para el viaje.

—¿Qué? Pero…

El comandante lo detuvo y continuó con su perorata.

—Lo que oye. Y no olvide que no debe enterarse nadie más que los elegidos. Debemos evitar que cualquier indeseable pueda sabotear la expedición.

—Difícil. Los rumores son una plaga en Lanzarote.

—Fray Torres le ayudará. Él es nuestro hombre entre el clero.

Juan no comprendió, así que el franciscano decidió explicárselo.

—Como hemos dicho, el señor Medina tenía que poner en nuestro conocimiento esta misión. Le hacía falta un miembro de confianza del plano político y uno del religioso.

—Pero usted no es el padre superior…

Como respuesta, Fray Torres lo congració con una mirada de complicidad. Y Villavicencio decidió matizar.

—La confianza del padre Carrasco está en duda. —El comandante hizo una pausa—. Señor Leal, esta es la clase de misión para la que muchos se preparan durante toda la vida. Todo lo que ha hecho y aprendido en esta vida ha sido para llegar a este momento, aunque aún no lo sepa. Le aseguro que Dios está con vos.

Juan tomó conciencia de la dimensión de lo que estaba sucediendo. Una expedición al otro lado del mundo. Y lo peor era que debía organizarla en secreto… No se veía capaz. Pero no podía dejar de pensar en Domingo. Su muerte había sido planificada por alguien poderoso para evitar el viaje. Pero ¿quién querría impedirlo?

—Una cosa, señor Villavicencio. Yo no he dicho que acepte este encargo.

—Lo hará —sentenció Lorenzo con una sonrisa.

Por primera vez volvió a adoptar su tono habitual de voz.

—¿Perdone?

—Porque solo en ese lugar al que os dirigís podrá usted llevar a cabo su gran proyecto político.

«Su proyecto político», se repitió con orgullo.

—Jamás pensé que alguien hubiese leído mi manifiesto.

—¿Cómo cree si no que han pensado en usted los de Madrid? La Corona tiene muy en cuenta sus propuestas y su pundonor. Hay oportunidades que pasan una vez en la vida. No lo olvide.

Juan asintió por fin, presa de una emoción inusitada. Su futuro estaba en manos del comandante general y de ese fraile. Tenía que confiar en ellos.

Su vida por fin cobraba sentido.

46

La ausencia

En cuanto su hija se marchó a las fincas, Catalina dedicó unas horas a repasar las cifras en la tinta, sentada en el butacón del gabinete de su esposo. Libros de cuentas a medio armar con desgloses de todo tipo. Miles de botellas, arrobas de malvasía en barriletes para la exportación con sus cantares de ventas. Las tinajas para tabernas de todas las islas Canarias llovían entre el hierro negro de la pluma que amasaba esa fortuna inexistente. Volvió a invadirla el pesar. La última cosecha había sido peor que de costumbre, también la anterior. Y sin embargo su vino se degustaba mejor que nunca.

Vivían de las rentas. De una reputación que seguía más viva que nunca. Pero estas se acabarían tarde o temprano si no ponían solución. Nadie se preguntaba por la calidad de su malvasía. Mientras llevase la etiqueta de los Betancor, la gente seguía bebiéndolo con desenfreno, degustando al tiempo que deshidrataban sus fosas.

Pero ella no podía más que avergonzarse. Ahora odiaba el vino que producían, mientras que al resto de su entorno cada vez parecía gustarle más. Quizá se debiera al trauma que vivía en las carnes de

su marido, destruido por el alcohol, pues no hallaba otra respuesta posible para tal contraste en el paladar.

Bendita la reputación que se habían ganado, pues solo así seguían en el tablero.

Y tenían un pequeño margen de tiempo para salir adelante.

Fingió estar ocupada en el despacho para demorar el siguiente paso, pero se dio cuenta de que se estaba engañando a sí misma y no ganaba nada postergándolo. Así que llamó a dos esclavos para que la llevasen en carruaje al cabildo, dispuesta a reunirse con los hombres de Juan.

Norberto la recibió en el vestíbulo con semblante preocupado, por más que él quisiera fingir. Tras una serie de prolegómenos ella planteó por fin lo que tantas dudas le generaba.

—Quiero saber qué está pasando con el señor Leal.

—Volverá.

—No ha respondido a mi pregunta.

En ese momento apareció Armando Curbelo, acompañado por otros dos concejales cuyos rostros aquejaban el mismo estupor. Y lo más sorprendente era que tras ellos se hallaba el aduanero, Leandro Perdomo. Este fue el único en regalar una sonrisa a la señora Betancor.

—¿Qué hace este aquí? —preguntó ella, pero al instante cayó en la cuenta de los rumores—. Veo que era cierto lo que se decía. ¿De verdad ibais a hacer dimitir a Juan Leal?

Silencio en el pasillo del cabildo.

Los hombres se volvieron los unos a los otros, ya que ninguno se atrevía a ser el que diese la noticia. Aun así, sabían de sobra que

Catalina era mucho más inteligente que cualquier vecino y no caería en cualquier respuesta esquiva.

—El enfrentamiento de Juan con el clero…

—Vaya, vaya —dijo Catalina enarcando las cejas—. Más de veinte años al servicio de la isla ¿y así termina todo?

Volvió a contagiarles el silencio.

Leandro Perdomo hizo ademán de hablar, pero el concejal lo retuvo, ya que no poseía cargo en la sede. Prefería evitar cualquier desliz antes de tiempo.

—Verá, señora Betancor… —Norberto mascullaba su respuesta—. Aún no sabemos nada de Juan Leal. Nos ha pedido unos días para arreglar un asunto.

—Así que de verdad lo queréis fuera del cabildo.

Su comentario resultó aún más punzante en quienes pedían la cabeza de Juan debido a su afrenta con el clero. Catalina maldijo para sí, pues el sustituto que proponían, ese aduanero, no era en absoluto alguien de confianza. Por más que Tomás se lo hubiese prometido estando borracho. Por muy bien que cayese a tantos en la isla y por muchos contactos que tuviese. La terrateniente sabía que su llegada al cabildo sería el principio del fin.

Sin embargo, al mismo tiempo eso le daba una gran baza para negociar.

Y no podía desaprovecharla.

Los hombres dieron por terminada la conversación y Catalina salió del edificio de cabildo. La calle desprendía un intenso barniz a estiércol, así como a las fogatas en las que las mujeres braseaban el

pescado. Ella hizo ademán de marcharse, pero en su lugar decidió seguir los pasos de Perdomo por las callejuelas. Era extraño ver a solas a una mujer de su talla, pero nadie se atrevía a contrariarla.

A Catalina la invadió un intenso olor a almagre en cuanto se alejó del meollo.

El aduanero se detuvo en la esquina de una vivienda, donde colgaban las osamentas de un tendal.

—No sabía que le interesaran los huesos de cordero —dijo ella, sorprendiéndolo por la espalda.

Leandro se volvió, dejando escapar un gemido ante la sorpresa.

—Señora, no la esperaba…

—Yo tampoco contaba con su intromisión en el cabildo. Creí que a Leal todavía le quedaban unos años bajo los alisios.

—Los tiempos cambian, y el hombre ya está renqueante. Es lo mejor para la isla.

Catalina fingió compartir su punto de vista, pero la sola idea de que aquel aduanero se convirtiese en alcalde le provocaba una punzada en el estómago. No lo veía capacitado para el cargo. No porque le faltase ambición, sino porque carecía de miras para algo tan difícil. Un hombre sin linaje, sin más historia que su pasado como esclavo. Con Juan, los Betancor tenían un escenario que les permitía mantenerse a flote a pesar de su decadencia, sobre todo gracias al agua que fluía desde la mareta hacia ellos. Pero algo le decía que si Leandro llegaba al poder, los chantajes no se harían esperar.

Así que optó por tantearlo, pues en el fondo lo necesitaba para llevar a cabo su sabotaje.

—Puedo ayudarle, señor Perdomo.

—¿Cómo dice?

—Sabe tan bien como yo que la opinión de mi familia es vital para lo que se propone.

Leandro sonrió con su habitual malicia, que dejaba entrever el rejo que ocultaba entre sus dientes pelados.

—¿De verdad cree que la necesito? Su marido ya está de mi parte. Los concejales y alguaciles, también.

Catalina supo distinguir la madera de la que estaba hecho ese liberto.

—Por Dios, Leandro. Le sorprendería la influencia que puedo tener en mi esposo. No le conviene tratarme de ese modo. Probablemente Juan se haya ausentado en busca de otro candidato.

Él no pudo más que darle la razón. Por más que quisiera disimularlo, no pudo evitar que ese pensamiento lo atravesara. Era evidente que precisamente por eso le preocupaba la ausencia de Juan Leal. Leandro Perdomo temía que hubiese otro candidato del que nadie tenía noticias aún.

—Usted dirá.

—¿Recuerda que le pregunté por un flete? Milton Leathner, me dijo usted.

—Así rezan sus iniciales en los baúles.

—Quiero saberlo todo sobre él.

Leandro reaccionó del mismo modo que había hecho la vez anterior, en la finca de los Betancor. Como si no supiese nada más del hombre misterioso.

—Creí que preguntaría sobre Leal. No ha salido de la isla. Al menos no por el puerto de Arrecife.

Ella meditó la respuesta. Quizá eso cambiaba las cosas.

—¿Por qué me lo cuenta? —preguntó ella—. ¿Le preocupa?

—Usted también parece preocupada.

Catalina no hizo esfuerzos por ocultarlo.

—Dígame lo que sepa sobre esos fletes y le prometo que el cabildo será suyo. De lo contrario, haré lo que sea para evitar que se convierta en el sucesor. Es más, seguro que Juan Leal está pensando en otro. Jamás dejaría a un liberto entre bastidores de la isla. Piénselo bien. Que no haya salido de la isla no significa que no pueda estar en algún lugar preparándolo.

Con sus palabras, Catalina lanzaba un órdago al aduanero. En realidad ella dudaba que el alcalde buscase a otro sustituto distinto de Perdomo, por más que le pesara. Su intuición le decía que si este se había ausentado era para preparar el encargo que a ella le habían ordenado detener. Quizá hubiese escapado a través de algún pequeño embarcadero. O tal vez alguien más de la isla estuviese al corriente. Sin duda, ese Leathner encajaba con lo que ella estaba buscando.

Finalmente el aduanero escupió en los azulejos del callejón, y limpió su boca antes de compartir con ella todo lo que sabía.

47

Otra vida

El tiempo apremiaba.

Yaiza hacía todo cuanto podía para proteger el cometido de su padre, pero con el paso de los días crecían las preguntas en torno a su ausencia. Juan necesitaba que su hija contuviera las preguntas, tarea en la que también había insistido el propio fray Torres. Ella no sabía adónde habían ido, pero intuyó que a Gran Canaria para hablar con el corregidor.

No le quedaba más remedio que confiar.

Por si fuera poco, el joven misionero había encomendado a Yaiza una tarea. Quedaban menos de doce jornadas para que sus vidas cambiaran para siempre. Por eso la necesitaban más que nunca en Lanzarote. Torres le había entregado una lista de su puño y letra en la que aparecían varios nombres y apellidos de los alrededores.

Y para llevar a cabo ese plan necesitaba a su amiga.

Pero apenas tenía noticias de Matilde Palacios desde su desencuentro con el clero. Lo poco que sabía era que su hermano, Norberto, la tenía encerrada en casa. Rondaba sus preocupaciones en casa, pues no sabía cómo llevar a cabo la misión que aquel fraile le había encomendado.

A mediodía, Yaiza irrumpió en la fogata del patio del palacete familiar y vio a Lucía recostada bajo un manto de nerviosismo. Su madre y su hermano estaban sentados frente al carbón. Un olor a leña, a manteca de puerco y a puchero de espinacas y papas. Lucía clamaba a los cielos temiéndose lo peor. La mujer le preguntó varias veces a su hija si ella sabía algo más con respecto a ese viaje a Gran Canaria, ya que padre e hija tenían una relación estrecha y pensó que tal vez ella supiera algo más. Por momentos Yaiza se vio tentada de contarle lo que sabía, pero había prometido guardar silencio.

—Padre está bien. Confíe —dijo, tratando de calmarla.

Lucía asintió, pero seguía removiendo el puchero con la mirada perdida en la leña. No lograba enderezar su confianza. Su pesar era el de una mujer desesperada, estaba vacía de coraje para seguir adelante. Como si su tiempo ya se hubiese acabado.

—Sí, sí. Lo sé. No me haga caso. Es que… ¿Cree que Dios me ha castigado?

—¿Por qué lo dice?

Yaiza estudió su semblante. Su madre tenía la mirada tiznada, una mecha de sudor llovía por su frente debido al calor de las brasas. El olor de la piedra impregnaba cada rincón de la estancia. En la pared colgaban los cucharones de madera, paños ajados y algunas piezas de carne en salazón.

—Madre, dígame qué le preocupa.

—Es igual, olvídelo.

La joven miró entonces a su hermano pequeño en busca de respuesta. Pero Bernardo se encogió de hombros, dejándole claro que tampoco él sabía qué más hacer para sacarla de su embrujo.

—¿Por qué no damos un paseo? —dijo Yaiza.

Fue la primera vez en mucho tiempo que madre e hija se dejaron ver por las calles en ausencia del varón. Bernardo las acompañaba, pero a sus siete años no había punto de comparación en la estela que dejaban ante el resto. En el mejor y en el peor sentido. Cuando Juan estaba al frente de la comitiva, ellas se veían rezagadas a un segundo plano, ya que el alcalde copaba los halagos y las miradas recelosas. Pero ahora estaban solas las dos mujeres, y por si fuera poco hacían frente al peor episodio de reputación del señor Leal. Se rumoreaba su dimisión después de sus desmanes con el clero. Por otro lado se decía que tal vez había huido, dejándolas a solas.

Norberto Palacios también parecía haberse sumado a la contienda de las habladurías y rumores sobre el alcalde. Yaiza detestaba al alguacil. Le lanzó una mirada de desprecio al verlo entre los puestos. No solo porque lo culpaba de haber orquestado la marcha de su padre, sino porque seguía sin dejar que su hermana Matilde saliese a la calle. Ella quería ver a su amiga, pero sabía que solo complicaría las cosas si lo hacía cabrear.

Tenía que buscar la forma de hacerlo sin despertar sospechas.

En ese momento el pequeño Bernardo soltó un balbuceo mientras sostenía la mano de ambas.

—Madre… Padre y usted… ¿ya no se quieren?

—Claro que sí, hijo.

Pero su expresión no resultaba convincente. Yaiza notaba cada vez más extraña a su madre, como si la atormentara algo más allá de su preocupación.

Su intuición le decía que las entrañas de Lucía callaban algo más.

Continuaron paseando por el pueblo sin detenerse a saludar más que a los compromisos de rigor. La respuesta a la pregunta de

Bernardo quedó en el aire, pero Yaiza insistió.

—Madre, sé que le pasa algo. ¿Es por Domingo?

Ella la miró con desgana.

—No quiero hablar más de él.

—Ni siquiera lo hemos mencionado.

—Está por todas partes, hija. Mire cómo está su padre desde su llegada.

Lucía aparcó la conversación para acercarse a una esquina del callejón, donde descansaba una mujer desdentada que apenas se tenía en pie. Su cuerpo tísico y sus andrajos suplicaban un mísero ñame con sal que llevarse a la boca.

Aquello llamó la atención de Yaiza. Su madre solía mostrarse distante en público cuando iba con Juan, cuidando su porte como esposa del alcalde. Pero ahora que él no estaba, parecía soltarse más con esos pobres desangelados. Por primera vez sintió admiración hacia ella. Siempre pensó que los dos se repartían los roles. Él gobernaba, mientras que ella cumplía con su labor, depositando los maravedíes en todas esas manos atravesadas por las llagas. Ahora comprendía que había algo más en Lucía en lo que no había reparado hasta entonces.

—¿De qué los conoce, madre?

Esta vez fue Yaiza la que no pudo contener la curiosidad.

—De la villa, supongo. Toda una vida entre estas casas dan para mucho.

—Sí, pero… nunca la había visto detenerse a hablar tanto con ellos.

—Tengo días y días, supongo.

A la joven no le convenció la respuesta, pero su madre se cerró el pecho con el mantón de Manila, como era costumbre en ella.

En ese momento los ojos de ambas tropezaron con los de Omar.

El esclavo paseaba en solitario por los puestos de Teguise. Joven escuálido y silencioso, con un pañuelo enroscado en el cuello, cubriendo su boca cuando pasaba entre el gentío como si temiera contagiarse. El berberisco arrastraba los pies con su cojera, abrazando el adoquinado con las uñas macilentas. No llevaba grilletes, tampoco prisa. Murmuraba para sí en voz apenas audible.

—¡Buenas! —Le sonrió Lucía.

Yaiza se quedó de piedra al ver que ella acababa de saludarlo al pasar junto a él. Apenas fue un cruce de miradas, pero suficiente para saber que el esclavo y su madre se conocían.

—¡Madre! ¿De qué lo…?

—De la villa, como a todos. Qué preguntas hace… Parece que no haya venido nunca con nosotros a pasear.

—Pero…

La joven se detuvo antes de poner el santo en el cielo, pues tal vez estaba viendo cosas donde no las había.

A decir verdad, hasta que Abrama no le habló de Omar ella jamás se había fijado en ese berberisco tan esquelético y apocado.

—¿Por qué ese chico no va con otro siervo, como los demás? ¿Por qué no lleva grilletes?

Lucía la miró con indiferencia.

—Qué sé yo. No somos nadie para estar cuestionando lo que cada quien hace con su rebaño.

Yaiza no quedó convencida, pero su madre siguió avanzando entre callejuelas mientras observaba los puestos. Tuvieron que apartarse

de un balcón, del que colgaba una manta teñida de color granate por el bálsamo de la cochinilla, cuya estela goteaba sobre la piedra como si fuese sangre. A solo unos pasos, una niña sin dientes ofrecía rosarios de osamenta de cabra, agitando los cordeles a gritos desde su zaguán. Lucía también se detuvo a saludarla, e incluso fingió interés en las piezas antes de seguir y volver a dirigirse a su hija.

—Ahí tengo que dar la enhorabuena a su amiga.

Yaiza la miró con estupor, incapaz de creer que tales palabras y actitud brotasen de las fauces de su madre.

—¿Se refiere a Matilde?

—Así es. De no ser por ella, esos *tulliditos* jamás habrían podido salir adelante. Bueno, de eso y de la astucia del señor Perdomo para comprarlos y venderlos.

La joven sabía que su amiga solía revisar a los enfermos en el puerto. Pero no pensó que Matilde hubiese tenido tanto peso en curarlo.

—¿De verdad el aduanero hizo negocio con eso?

—Uy, sí. Las niñas del orfanato acudíamos mucho con los curas y monjitas para ayudar a los tullidos. Íbamos a darles comida, a curarles las llagas y úlceras… Allí estaba siempre Matilde, cuando no era una renacuaja más pequeña que vos.

—¿Y Perdomo no se quejaba?

—Al contrario. Estaba encantado de que arreglásemos el producto que después él podía vender.

Sus dos hijos se volvieron hacia ella, presa del desconcierto. Lucía continuó hablando en su viaje a la nostalgia.

—Ese Omar…, sé que lo trajeron de África con un hijo y una mujer. No supe nada más de los otros. Imagino que los habrán vendido en Gran Canaria.

—¿Lo separaron de su hijo y su esposa?

—Como tantos otros esclavos. Peor lo pasaron aquellos a los que les mataban a sus familiares en la cara y los tiraban al mar.

—Ya… Usted siempre dice que un padre está dispuesto a todo por su hijo.

Lucía le sonrió con ternura.

—Pues imagínese lo mal que lo tuvo que pasar ese *tullidito* cuando lo mejor a lo que podía aspirar era a no hacer nada malo para que no lo matasen. O a su criatura.

«Quizá por eso no habla nunca», pensó Yaiza. La joven se quedó a cuadros ante las anécdotas de su madre. Lamentó no haber sentido nunca antes curiosidad por conocer mejor su pasado. Quién sabía la cantidad de historias que custodiaba en su interior. Esa conversación la llevó a recordar que Lucía venía de un mundo muy diferente al de Juan. Su madre se crio en un convento. Procedía de un estrato social diferente al de su padre. Y todo cambió para ella cuando se casaron.

Pero las alabanzas de su madre hacia Matilde también la llevaron a volver a pensar en ella. Echaba de menos a la curandera, y volvía a abrirse ante ella esa grieta sobre el pasado de Omar. Pero sobre todo, acerca de la misión que le había encomendado fray Torres.

Tenía que rescatarla.

—Madre, he de pedirle algo.

—Claro, hija.

—Necesito que me cubra.

48

En la sombra

15 de marzo de 1730

Abrama se quitó el sombrero de rafia al cruzar la puerta del despacho de doña Catalina. Gesto discreto, cabizbajo, temeroso de que Catalina lo hubiese citado para castigarlo por su complicidad con Fátima.

—Buenos días, mi señora. ¿Qué le…?

—En cuanto le vi esta madrugada a través de la ventana, supe que era el adecuado —lo interrumpió—. Usted siempre es el primero en arrodillarse ante las viñas. Daga en mano y guantes enfundados para despejar los sarmientos.

—¿Cómo dice?

Catalina se detuvo a observarlo.

—Intuyo los sentimientos que despierta Omar en vuestro grupo.

—No entiendo.

—No haga por ocultarlo, Abrama. Me consta que su llegada no fue bien acogida entre la cuadrilla. No os gusta que el tullido viva al margen del resto.

Él tragó saliva, avergonzado. Ella continuó.

—No se preocupe, no tiene por qué avergonzarse. ¿Puedo confiar en usted?

—Por supuesto.

—Debe llevar a cabo una tarea más allá del pueblo.

—¿De veras?

Ella asintió.

—Espero que esté a la altura.

—Doña Catalina, le garantizo que estoy preparado. Haré lo que sea necesario por vos para…

—Shhh —lo cortó—. Cálmese. Esto que voy a pedirle tiene que quedar entre nosotros. No quiero que lo comparta con nadie, tampoco con mi esposo o con Leonora. Así que, si mi hija le pregunta…, ni una palabra.

—Como ordene.

Abrama reaccionó con desconcierto, pues hasta ese momento creía que la cuadrillera estaba al tanto de cuanto sucedía en la hacienda. A la vista estaba que no. Pensó que probablemente tampoco supiese lo que hacía Omar.

—Más le vale cumplir su palabra —sentenció Catalina, fulminándolo con la mirada.

El berberisco la congració con súplica y gesto agradecido. Se lo prometió con cada poro de su piel, consciente de lo que significaba esa oportunidad.

Y se le desdibujó el rostro en cuanto Catalina procedió a contarle su nuevo cometido.

49

La aventura

La vivienda de la familia Palacios se encontraba a las afueras de la villa, en una de las lomas que abandonaba toda civilización. Una casa de techos bajos, piedra blanca encalada y de una sola planta, transmitiendo la misma austeridad que el resto de las viviendas que se hallaban a su alrededor. Junto a la vivienda había una acequia por la que casi no discurría el agua debido al edicto. El caudal era mínimo, apenas un hilillo transparente que fluía hasta llegar a la pila comunal, desde la que las familias podían tomar el agua en sus tinajas.

Vivían con modestia el alguacil Palacios, su esposa Camila y sus tres hijos; y con ellos la curandera, Matilde. La pobre mujer no conocía más jornal que el que le donaban los familiares de los pacientes a los que curaba, y era precisamente su habilidad para la sanación la que la condenaba a vivir en la soltería.

Yaiza apareció por allí a solas. Desde la cuadra llegaban a ella los gritos de Norberto. Era habitual oírlo despotricar contra su mujer, pero sobre todo contra su hermana, en quien el alguacil descargaba su frustración. Llamó a la puerta varias veces hasta que le abrió el

propio Norberto, quien entornó los ojos al verla. El hombre tenía una vena rajando su frente y estaba a punto de perder los estribos.

—Vaya por Dios.

—Buenos días, señor Palacios.

Pero este la cortó antes de que ella pudiese seguir.

—Mi hermana no va a salir de casa, si es lo que pretende. Bastante ridículo ha hecho ya ante este pueblo.

—Por favor se lo pido. Mi madre está enferma, necesito que Matilde la vea.

—¿Y su padre? —preguntó él con actitud inquisitiva.

—Ausente. Resolviendo un asunto familiar.

Él no se creyó una palabra, pero supo que no podría sacar nada más en claro de ella.

Fue en ese momento cuando Camila se asomó al pasillo de la vivienda y escuchó las súplicas de Yaiza. Con un simple gesto, Norberto comprendió que debía ser algo más flexible con la joven.

En el fondo, la expresión del alguacil era de derrota y recelo.

—Prométame que su padre no está haciendo ninguna tontería.

—Se lo garantizo, señor alguacil. Es un hombre de palabra.

Yaiza se mantuvo firme en su expresión, de manera que el alguacil no pudo más que doblegarse a su petición y confiar en lo que decía.

—En fin —balbuceó él, presa de la desidia—. Parece mentira que teniendo yo tres renacuajos deba tratar a mi hermana como si fuese una niña más.

Dicho esto, dio un grito para llamarla.

Poco después apareció Matilde, con el maletín entre las manos. Su rostro añoraba tiempos mejores. La mujer era un despojo de lágrimas. Yaiza se fijó además en que tenía un hematoma que

abarcaba desde su mejilla izquierda a la parte inferior del ojo. No se atrevió a preguntar a qué se debía, pero sabía que Norberto había tenido mucho que ver en el asunto. Tuvo que contenerse para no saltarle al cuello al alguacil por tal forma de desprecio hacia su amiga.

—Más vale que vuelva pronto —les espetó el hombre.

Pero ellas no respondieron. Salieron apresuradas calle abajo en dirección a la villa.

Las dos mujeres echaron a andar con disimulo, y pronto quedó de manifiesto que no se dirigían al palacete de los Leal para atender a Lucía.

—¿En qué lío me está metiendo? —preguntó la curandera, poniendo el grito en el cielo.

Yaiza procedió a contarle a Matilde lo que fray Torres le había contado sobre la misión que las ocupaba.

Domingo Medina había venido a la isla para trasladar a Juan Leal un mensaje secreto. El fin del mundo se acercaba, y el alcalde había sido elegido entre cientos de políticos de la Corona para preparar una expedición a América. Sería un viaje sin retorno, planificado en secreto porque algunos sectores de la población querían evitarlo. Probablemente quien acabó con la vida del emisario real era alguien que quería impedir la travesía. Y lo más importante. Tenían solo unos días para reunir a un grupo de familias de confianza. Gente que estuviese dispuesta a dejar Lanzarote para siempre y embarcarse en esa aventura hacia América.

Matilde tardó un rato en asimilar lo que Yaiza acababa de contarle. De camino al pueblo, sus pies avanzaban de forma casi simétrica. Las dos mujeres estuvieron un rato en silencio.

—No puedo seguirles, mi niña. Mi vida está aquí.

—¿Qué? Pero ¿qué dice, Matilde? —Yaiza tuvo que contenerse para no elevar la voz y que ello llamase la atención de oídos indeseados—. Su hermano y su cuñada la tienen encerrada cuidando de unos niños que no son suyos. ¿Qué diablos la ata aquí?

Matilde no halló respuesta, pero al mismo tiempo se le notaba el miedo a dejar atrás todo mundo conocido. Ambas seguían abriéndose paso entre el pedregal, pero la curandera parecía atormentada por la noticia.

—Por favor, piénselo. La necesitamos. Fray Torres la ha incluido entre las voluntarias. Allá será de gran ayuda para todos. Podrá ejercer la medicina, podrá cumplir un propósito verdadero.

La mujer suspiró. La idea sonaba muy bien, pero la realidad nunca se parecía a los sueños.

—No puedo.

Esta vez Yaiza la miró cabreada.

—¡Por Dios, Matilde! ¡Mírese! ¡Su hermano la tiene…! No voy a permitir que viva encerrada como si fuese usted una esclava de su hermano y de *esa* Camila, atrapada en su propia casa. Venga, no lo piense más, que tiene que ayudarme.

Matilde seguía aturdida, su mirada clavada en las casas de Teguise que se abrían ante ellas. Una parte de su interior le gritaba que no lo hiciera. Pero al mismo tiempo, había algo en la propuesta que la sacudía. Una locura, sí. Pero quizá mereciera la pena.

—Hay algo que aún no comprendo. ¿Quién querría evitar este viaje?

—No lo sé.

—¿Y por qué esta prisa?

Yaiza tampoco tenía mucho que decirle.

—Al parecer, es la fecha en la que llegará el navío en el que viajaremos. Nos quedan menos de dos semanas, así que tenemos que darnos prisa.

Matilde sonrió, tratando de ocultar su nerviosismo. Era la mayor aventura en la que se había visto inmersa, pero la invadió un sentimiento adolescente al que no podía negarse. Y Yaiza compartía su parecer. Sabían lo que se estaban jugando, pues si alguien descubría sus intenciones, ambas correrían las peores consecuencias.

Pero veían la recompensa tan cerca que casi podían tocarla.

Las dos mujeres se detuvieron a pensar por un instante en lo que suponía aceptar la misión. Todo cuanto conocían quedaría atrás. A Matilde la invadió el vértigo, una punzada en el estómago que no sabía si era miedo o deseo. Porque, por demencial que pareciera, una parte de ella anhelaba esa fuga. Tal vez allí, al otro lado del océano, aún quedara un lugar donde reinventarse.

Yaiza la abrazó, transmitiéndole todo su apoyo en esta aventura que estaban a punto de iniciar. Si todo salía bien, en menos de dos semanas estarían poniendo rumbo a América. La Tierra Prometida.

Para no volver jamás.

50

En el corazón del puerto

Abrama llegó al puerto de Naos con el corazón encogido. Nunca había estado a solas tan lejos de la finca, pues siempre lo hacía junto a otro esclavo, atado por grilletes. Pero esta vez lo invadieron los escalofríos. Por momentos avanzaba sin rumbo, solo por el placer de caminar. El salitre se filtraba entre sus fosas, transmitiéndole una agradable sensación de libertad. La brisa junto al mar lloraba un suave canto que mecía los cayucos de pesca.

Se mezcló entre el gentío, pues gracias a que era esclavo nadie repararía en él debido a que los embarcaderos estaban repletos de hombres de su categoría. Con su camisa de faena y unos calzones sujetos con un cordel, cruzó la dársena para recorrer los almacenes de la aduana. Decenas de hombres charlaban a voces. Algunos hablaban en francés, otros en portugués o en ese idioma bereber que él apenas recordaba debido a que lo despojaron de su tierra cuando era pequeño. Cargadores, mulas y un fuerte olor a brea y a pólvora. Se detuvo a escrutar el horizonte. No había más que mercancía allá donde mirase. Cajas apiladas, en su mayoría desordenadas. Buscaba a la persona idónea para tantear sus

influjos, siempre tratando de ocultarse de las miradas del aduanero, que se hallaba al otro lado del embarcadero.

Encontró a alguien de utilidad tras deambular largo rato por el puerto. El niño no debía contar más de doce años. Berberisco como él, tenía los pies descalzos, sus manos ágiles y nerviosas. Abrama lo tanteó con una sonrisa antes de enseñarle el pliego que llevaba consigo.

—Busco el flete de Milton Leathner —le dijo—. Me mandan mis señores a recoger el pedido.

El esclavo, que hacía las veces de porteador y mozo de almacén en aquella zona del puerto, tuvo que pedirle que repitiera el nombre antes de marcharse al interior en busca del pedido. Volvió a salir poco después con expresión contrariada.

—Lo lamento, pero no puedo entregárselo.

—¿Por qué?

Se dio cuenta de que el niño no quería decirle. Abrama supo que tenía un pequeño margen para convencerlo, así que le regaló una mirada cómplice y le entregó un real entre las manos. Catalina le había dejado algunas monedas por si acaso las necesitaba.

—Son cargas de privilegio.

—¿Qué?

—Solo pueden ser retiradas con licencia expresa del cabildo o por el propio remitente.

Supo que Catalina se preocuparía aún más al escucharlo.

—Al menos podrá decirme qué contienen.

—Lo siento.

Abrama examinó al muchacho. Apenas unos pasos lo separaban del objetivo. Tenía que darle algo a su señora. La mujer estaba

preocupada por algo relacionado con una expedición. Poco más sabía él aparte de que esos fletes eran importantes.

—Dígame algo más, por favor. Mis señores me matarán si vuelvo de vacío. Entiéndalo, por Dios.

El niño volvió a negarse, pero se apiadó de él al ver su rostro macilento. Una expresión consternada por parte de Abrama en la que le suplicaba su ayuda.

—Mire, yo no sé qué hay dentro. Pero algunos de los fletes vienen de la finca de las tahonas.

—¿De veras?

—Sí. Yo mismo tuve que cargar hasta aquí uno de los pedidos.

—Lo dice como si tuviese el almacén hasta los topes.

El muchacho sonrió.

—¿No se lo han dicho sus señores?

—¿El qué?

—Usted solo no va a poder cargar ese flete. El almacén está lleno, como bien ha apuntado. Parece mentira que alguien pueda querer tantas cosas para su casa.

El chico señaló la trastienda del almacén, donde apenas podían atisbarse cajas y cajas de madera, apiladas las unas sobre las otras. Las iniciales «ML» estaban escritas con tinta negra en cada uno de los portes. Abrama intuyó que se debía al propio Milton Leathner. Sonrió con orgullo, pues sabía que era exactamente lo que buscaba su señora. Un señor del que nadie había oído hablar llevaba meses dejando allí pedidos a la espera de que apareciese alguien con la licencia para recogerlos.

Tenía que visitar esa finca.

51

Los candidatos

Yaiza y Matilde dedicaron el día a recorrer las casas y chamizos de la isla. Por una parte contaban con la lista que les había entregado fray Torres. En su mayoría se trataba de familias que vivían en la pobreza más absoluta y no veían más futuro que el de emigrar. Pero además de su criterio, el vicario también quería que fuese la propia curandera quien escogiese al resto. Así se lo había hecho saber a Yaiza. Las dos mujeres conocían de sobra a buena parte de la isla debido a su trato cercano con los enfermos, así que podían localizar mejor que nadie a familias de confianza.

Esto era imprescindible, ya que debían ser capaces de mantener la noticia en secreto. Necesitaban a gente dócil y habilidosa, con los oficios indispensables para el viaje y posterior asentamiento, una vez que hubiesen llegado a América. Era imprescindible contar con labradores y agricultores, entre otros oficios. Es decir, hombres y mujeres acostumbrados a labores en la tierra que debían germinar en su nuevo hogar. También tenían que llevar con ellos a un herrero, un carpintero y alguien con nociones de albañilería, así como un pequeño núcleo de confianza para Juan Leal que pudiese llevar a cabo las labores de gobierno en el nuevo cabildo que fundarían.

A las afueras de Teguise vivía una familia con cinco hijos, todos ellos menores de edad. Galván era su apellido. El hombre se dedicaba al negocio de la cochinilla, pero la plaga arrasó con las pencas y ya no tenían qué comer.

Yaiza y Matilde se presentaron en la vivienda, un jacal en el que a duras penas cabían los siete miembros que allí vivían. La hija del alcalde hizo entonces acopio de todo lo que había aprendido de su padre y tomó la iniciativa en la conversación. Explicó al matrimonio la importancia de la misión, pero sobre todo la necesidad de mantenerla en secreto hasta el día de zarpar. Les dijo que debían aparentar total normalidad en sus vidas y tener preparada una valija para cuando llegase el momento. Él era un experto agricultor; ella bordaba como nadie.

Además de esto, lo más importante era que sabían guardar un secreto.

Al principio los Galván dudaron si creerlas, pero confiaban plenamente en Matilde, ya que había tratado a sus hijos en varias ocasiones. Precisamente por eso se hacía tan importante la presencia de la curandera, pues era la mujer de confianza para muchas de aquellas familias desamparadas. Los Galván aceptaron sin dudarlo, pues no tenían nada que perder. En el peor de los casos seguirían con sus vidas. Pero si las palabras de esas dos mujeres resultaban ciertas, sus vidas podían cambiar para siempre.

Era una decisión difícil, sí. Dejar atrás el lugar al que pertenecían, con todo lo que implicaba. Sus casas, el ganado, al resto de los familiares… Pero al mismo tiempo lo necesitaban debido a la sequía. La primera familia había aceptado.

Y así, durante el resto de la jornada, Yaiza y Matilde se dedicaron a replicar las visitas para reunir en secreto al resto de los candidatos.

52

Molinos de sangre

El lugar parecía estar abandonado.

Abrama llegó a las inmediaciones de la finca tras una larga travesía a pie. Varias horas avanzando a través de las llanuras más descarnadas de Lanzarote donde no halló más que viejos pastos, restos de bancales de los que ya no brotaba nada y alguna que otra posta para los aperos.

Desde el exterior todo parecía en calma. Los muretes que delimitaban la propiedad apenas llegaban al medio cuerpo de altura, lo que le llevó a pensar que a quienes allí viviesen no debía preocuparles mucho la seguridad. La vivienda era de un blanco brillante con cornisas amarillas. Una casona de balcones de tea y ventanales cerrados de par en par en cuyo interior no se atisbaba rastro alguno de vida humana. Llamaba la atención su arquitectura, pues a pesar del color no se parecía al resto de las casonas de terratenientes que se diseminaban por la isla.

A Abrama le incomodó verse a solas en un lugar tan remoto, sin un alma que rompiese el silencio. No se oía un solo graznido. Tampoco vio a nadie trabajando en las huertas del grano. Deambuló por los alrededores, peinando los muretes del exterior en busca de

algo que llamara su atención. No podía introducirse en la finca. Aunque no viese a nadie desde allí, intuyó que debía haber gente en la casona, o en alguno de los edificios que se desperdigaban por la propiedad.

Eso fue sin duda lo que llamó su atención. Las tahonas, molinos harineros para el grano que se diseminaban a lo largo y ancho de la parcela. Muchos en la isla se burlaban de estos cubículos de piedra y troncos, tan habituales en Fuerteventura.

Desde la distancia, Abrama coincidió en lo que ya había oído acerca de ellos. Eran construcciones asfixiantes, sin ventanas, por lo que apenas se filtraba la luz del sol. En su interior dormía una rueda de molino tirada por un burro o por varios esclavos. Pero incluso los propietarios más desangelados de Lanzarote decían que con ello solo se conseguía matar al ganado o a la cuadrilla, pues resultaba muy desgastante mover esa piedra basáltica en un espacio tan reducido, sin luz y sin apenas aire.

Pero tampoco llegaba a sus oídos un solo ruido desde el interior de los molinos, así que intuyó que debían estar en desuso. En circunstancias normales jamás se le habría pasado por la cabeza romper las normas, pero después de un rato inspeccionando la propiedad desde el exterior, vio una caja similar a la que tenían en el puerto. Un baúl de madera, que apenas debía llegar a la altura de su cintura, apoyada contra la pared con las iniciales «ML».

Era la señal. Su señora necesitaba respuestas y él quería dárselas. Por primera vez se sentía útil y valorado. Catalina había depositado en él toda su confianza. Se lo debía.

Así que saltó el murete de la finca.

Atravesó agachado el centenar de pasos que lo separaban de la tahona más cercana. Se sentía ridículo, pues no había lugar en el que guarecerse, y si alguien lo estaba viendo desde una de las ventanas de la casona, llamaría aún más la atención avanzando de esa forma. Por suerte no había un alma en los alrededores.

La compuerta de madera chirrió al abrirse. El interior de la tahona estaba en silencio. La oscuridad presidía el espacio, y el suelo era una amalgama de tierra y restos de harina. Las obleas crujían ante sus pasos como si se tratara de pan. Había sacos de semillas desperdigados, apilados de mala manera. En el centro del cubículo se hallaba el vetusto artefacto de tablones roídos, con una gran rueda dentada de piedra en posición horizontal. Es decir, paralela al suelo. Una almijara o palo la hacía girar sobre su eje gracias al empuje de una cabeza de ganado o de los esclavos. Abrama tragó saliva solo con recordar las desventuras que se contaban de aquellos artilugios o molinos de sangre.

En ese momento algo llamó su atención. Debajo de la rueda dentada descansaba un recipiente de madera. Era el depósito en el que supuestamente debía caer el polvo de harina después de moler el grano. Se arrodilló e introdujo la cabeza bajo la rueda para acariciar aquel polvillo con las yemas. Era tan suave y fino como la arena, pero a diferencia del gofio tostado que tan acostumbrado estaba a comer, este tenía un color brillante, como si hubieran barnizado el grano antes de molerlo.

Estaba a punto de llevarse el dedo a la boca para probarlo cuando notó un estallido en su espalda. Su cuerpo cayó al suelo tras un golpe seco que lo dejó sin aire. Cuando quiso darse cuenta, tenía a

un esclavo ante él. Un berberisco cuyas facciones no le resultaron en absoluto familiares.

Abrama y el muchacho se miraron en silencio unos instantes, como si estuvieran tanteándose. Él seguía petrificado en el suelo, aterrado, pero a su vez tratando de asimilar el lío en el que acababa de meterse. Mientras tanto el anfitrión lo escrutaba con desconcierto. También este parecía temer de su figura, cosa que a Abrama le sorprendió, pues en absoluto se consideraba alguien violento.

—Ho… hola —dijo, haciendo ademán de levantarse.

Pero su antagonista lo empujó con el pie para evitar que saliese del rincón en el que se hallaba, atrapado bajo la rueda de piedra.

Supo entonces que aquel chico iba a dar la voz de alarma.

Apenas duró un instante, acto reflejo en el que Abrama perdió por completo la noción de lo que hacía. El esclavo de la finca salió corriendo en dirección al exterior, pero él se puso en pie hecho una furia y se agarró a la camisa del joven con todas sus fuerzas hasta tirarlo al suelo. El chico lanzó un grito, pero Abrama lo contuvo tapándole la boca con una mano. Forcejearon, los dos entre los restos de harina y tierra, rodando entre los tablones y sacos. Vio una roca apoyada sobre una rafia, la tomó sin pensar y golpeó al joven en la cabeza, con la sola idea de quitárselo de encima.

Después huyó despavorido de la propiedad, con la enorme suerte de que no había nadie más en los alrededores.

Abrama corrió todo cuanto pudo, y no cesó en las zancadas hasta que el cortijo se convirtió en una mancha en el horizonte. Fue entonces cuando apoyó las manos en sus rodillas y respiró hondo para dimensionar lo sucedido. Cuando quiso darse cuenta tenía

restos de sangre en su vieja camisola de lino blanco, gotas que, como si de una explosión se tratase, habían salpicado toda su pechera.

Notó un temblor en las entrañas, un parpadeo imposible de detener.

Después se orinó encima, presa del pavor más absoluto.

Lo había matado.

53

En los confines de la isla

La jornada se les hizo eterna. Ir casa por casa resultó ser una tarea agotadora, tanto para Yaiza como para Matilde. Más aún teniendo en cuenta que debían dedicar un rato a cada familia para hacer ver a cada miembro su rol en la expedición, así como la importancia de guardar el secreto.

Siguiendo las instrucciones de fray Torres, ambas tuvieron que mentir, o al menos dramatizar el mensaje. Todo con el fin de convencer a algunos de que Lanzarote solo iría a peor y que emigrar era la única de las soluciones para salvar a sus hijos. Por suerte ya tenían buena reputación entre aquellos a quienes visitaban. La mayoría aceptó, sin importar que tuviesen que dejar todo en poco más de una semana. Tan mal estaban las cosas que no podían sino mirar hacia ese futuro que de repente se les abría.

Algunas viviendas se encontraban dispersas entre barrancos y vaguadas. Cada encuentro exigía no solo paciencia, sino también una enorme carga de persuasión y sensibilidad. Tenían que medir las palabras y ganárselas sin más garantía que la reputación que se habían labrado. Les aseguraron que tendrían tierras en América y el

título de hidalgos, pero tal promesa significaba muy poco en un lugar del que no sabían nada en absoluto.

Por suerte, lograron reclutar a cinco familias en esa jornada. No era mucho, pero sí un avance teniendo en cuenta que el tiempo se les echaba encima.

Y dejaron para el final del día la visita más alejada.

Tuvieron que pedir a un arriero que las llevase hasta la lejana parroquia de San Juan Evangelista, situada en el caserío del Buen Lugar. Era una de las extensiones más áridas e inhóspitas de la isla, poblada por sillas de grano, hornos de cal y corrales de pajero. Un lugar en el que bullían las papas, ñames y todo tipo de matojos. Las aves que sobrevolaban el paisaje anunciaban los confines de la tierra. Pardelas, guinchos y guirres, tabaibas y una llanura infinita que daba al mar, donde las calas eran famosas por la presencia de zifios en la misma orilla. Unos días allí atrapado bastaban para oír la propia sangre fluir por las venas del antebrazo, o sentir el parpadeo de los propios ojos. Se contaban por decenas los hombres que se lanzaban al mar desde lo alto de los precipicios para poner fin a sus vidas.

Decían que por culpa del aislamiento.

Quién sabe si aquella aldea pagaba el castigo de alguna maldición.

En cuanto llegaron, Matilde miró a su amiga con gesto atormentado.

—¿Cómo diantres hemos acabado aquí? ¿Con la de familias que hay pasándolo mal en Teguise y tenemos que venirnos al fin del mundo?

—Lo siento, es una petición de fray Torres. Dice que este chico es vital para la expedición.

Caía el atardecer cuando entraron en ese minúsculo templo de Dios. Paredes de piedra y cal blanca, como buena parte de Lanzarote. Enclavada entre terruños, adosada a un granero y con una carreta desgajada a los pies de un camposanto en el que apenas debía haber una decena de huesos. Tan poca historia rezaba el caserío.

Cruzaron hacia el interior y desveló sus sentidos el olor a madera. Frescos de estilo colonial para cubrir las paredes blancas del templo, pilares de tea y una talla de no más de un brazo de largo con un Cristo crucificado.

Fray Guzmán oficiaba el acto. Novicio residente en el convento de Teguise, el apocado muchacho de veinticinco años contrastaba con el carisma de fray Torres. Las dos mujeres ocuparon una de las últimas filas para escuchar mejor la misa, aunque pronto se dieron cuenta de que en realidad se trataba de un enlace matrimonial. Dos adolescentes arrodillados ante el altar. Él mascaba tabaco; ella vestía un traje prestado. Un par de mujeres —seguramente sus madres— eran las únicas testigos. Yaiza comprendió el motivo de la ceremonia al ver que la muchacha presentaba una curvatura en el vientre. Al menos el chico no había huido, como tantos otros. Todos se las daban de valientes hasta que las circunstancias del mundo adulto exigían su presencia.

—Quizá también ellos sean buenos candidatos —susurró Yaiza a su amiga.

Matilde sonrió.

Ella también pensaba lo mismo.

La celebración concluyó y los cuatro asistentes abandonaron el templo, no sin antes lanzarles una mirada de extrañeza, que Yaiza y

Matilde correspondieron con una sonrisa.

Fray Guzmán comenzó a recoger los bártulos tras quedarse a solas, momento que las dos mujeres aprovecharon para acercarse a él.

—Buenas, padre.

—Sea, señoritas. Si buscan la confesión, ya he terminado por hoy y marcho a Teguise. Mañana será otro día.

Yaiza tomó la iniciativa.

—Padre, tenemos que hablar con vos.

—Usted es la hija del señor Leal, ¿verdad? Y la curandera, cómo olvidaros. ¿Qué queréis?

Ambas dudaron antes de hablar. Matilde adoptó una expresión recatada, pues prefería que fuese la joven quien continuase hablando.

Eso hizo Yaiza.

—Sé lo del pequeño Gaspar. Su hijo.

Esta vez él palideció. Dejó la copa de vino sagrado sobre la mesa. Las miró con expresión certera y aterrada ante ese golpe de realidad.

—¿Cómo lo sabéis?

Ella se encogió de hombros. Odiaba tener que recurrir al chantaje, pero el vicario Torres le había advertido de que sería la única forma de convencerlo.

—Eso da igual, padre. Lo importante es que debe abandonar la isla para siempre. Yo solo soy la mensajera. Tiene que venir a América con nosotros, y me han asegurado que su hijo también viajará.

Guzmán contuvo el aliento. Parecía a punto de vomitar.

Los tres tomaron asiento entonces en un banco de la primera fila.

Fray Guzmán les confesó que había sido padre de una criatura mientras ejercía el sacerdocio en el pueblo más septentrional de Lanzarote. Se enamoró de aquella mujer, pero tuvo que decidir entre la vocación y el purgatorio por su pecado. Escogió lo primero. La madre falleció y el niño se crio en un orfanato, donde seguía viviendo.

Yaiza y Matilde se compadecieron de su suerte, y procedieron a transmitirle mejor los detalles de la expedición. Todo ello sin nombrar al vicario, tal y como este le había pedido.

—Prepare su pequeña valija y siga haciendo vida normal en el convento. Llegado el día recibirá la llamada, y entonces tendría que correr al puerto para zarpar.

—Esto se lo ha contado fray Torres, ¿verdad?

—No —mintió.

—¿Quién?

—No puedo decirle.

Guzmán se detuvo a observar el altar de la parroquia, consciente de que sería la última vez que lo haría. No se había creído una sola palabra.

—Si no me equivoco, fray Torres es el único que sabe lo de mi criatura, pues nunca se lo conté a fray Carrasco por miedo a su terquedad. Ya sabe, es un hombre de otra época.

A pesar de todo, las mujeres se mantuvieron en sus trece, tratando de guardar al vicario bajo llave para no delatarlo. Guzmán volvió la vista hacia las paredes del templo.

—Siempre pensé que algún día el pasado volvería. Al menos podré reencontrarme con el pequeño.

—Me alegro —dijo Yaiza con una sonrisa.

Tres desconocidos, sentados en el banco de la primera fila, sin ser conscientes de que muy pronto se convertirían en inseparables compañeros en la mayor aventura de sus vidas. América. La Tierra Prometida.

—Hay algo que no comprendo —dijo Guzmán—. ¿Por qué fray Torres les hace venir a ustedes en lugar de hacerlo él en persona? ¿Por qué quiere preservar su anonimato?

—No hemos dicho que Torres está detrás de esto.

—Les repito que es el único que lo sabe. Tiene que ser él. Él es el cabeza de esta expedición.

Yaiza dio su brazo a torcer.

—Quizá teman que haya alguna manzana podrida en el convento.

Aquello hizo pensar al fraile. Se contuvo un instante antes de continuar hablando. Después miró a Matilde con extrañeza.

—Usted estuvo tratando de ver el cuerpo del visitador.

—Vaya, ¿lo recuerda?

—Cómo olvidarlo.

—¿Qué ocurre, padre? —intervino Yaiza.

—El señor Medina acudió a confesarse la noche de su muerte con fray Torres… Yo… vi algo esa noche, pero…

—¿Pero?

—Fray Carrasco me pidió que callase.

Yaiza se quedó de piedra. El cerco sobre la muerte de Domingo se estrechaba cuando ella menos lo esperaba. Quizá por eso fray Torres les había pedido que vinieran a hablar con él.

—¿Qué vio exactamente?

—Bueno, en realidad…, tan solo la oí.

—¿La oyó? —preguntó Yaiza.

Él asintió.

—Esa noche vino una mujer al convento.

54

Entre paños y humedales

16 de marzo de 1730

Las barricas desprendían un olor que Leonora no era capaz de comprender. Se acercó a la cubeta en la que dos esclavos removían el fondo con un palo, presidido por dos regatones en sendos bordes para facilitar la mezcla en las esquinas. Quizá fuesen ilusiones suyas, pero los efluvios del mosto le hicieron presagiar que esa cosecha no estaba a la altura de las anteriores. Aunque a sus padres no parecía preocuparles tanto como a ella. En realidad sentía que ya no les importaba nada relacionado con la hacienda.

En ese momento vio que Abrama se unía al grupo. El joven había estado fuera toda la mañana, así como parte del día anterior. Leonora permaneció observándolo unos instantes con la mirada perdida, envuelta en la bruma que se elevaba sobre aquel líquido granate. Primero era Omar, y ahora también Abrama quien dejaba de servir a sus órdenes para realizar las tareas que le encomendaba su madre.

La cuadrillera ardió de rabia al sentirse ninguneada una vez más, apartada de cuanto acontecía entre esos muros. Por más que se

dejara la piel sentía que sus padres no la trataban como merecía. Hacía meses que los notaba nerviosos y actuando de forma extraña. La situación empeoraba ahora que incluso Tomás se veía con la potestad de castigar a los esclavos como mero escarmiento. Maldito alcohol, y su madre se pasaba el día de reunión en reunión, bien fuera en el ateneo con las mujeres o en el casino de Sociedad de Teguise.

Lo de apartar a Abrama del grupo colmó su paciencia. Así que Leonora optó por ir directamente a por su esclavo. Lo llamó dando voces en mitad de la campa y el joven corrió hacia ella.

—¿Quería algo, mi señorita?

—¿Eh? Sí. —Leonora hizo una pausa para dirigirse al otro esclavo con el que acababa de ponerse a trabajar—. Abu, ¿nos puede dejar?

El esclavo obedeció y Leonora se quedó a solas con Abrama.

—¿Qué le ha pedido mi madre?

—¿Eh? No…, no…, nada.

—No mienta, por favor.

Abrama tragó saliva. Para disimular su nerviosismo continuó removiendo el fondo de la barrica, arrastrando el regatón del palo por los bordes.

—Lamento no poder decirle, mi señorita.

—Me debe su lealtad, Abrama.

Sintió que lo estaba poniendo contra la espada y la pared. Lo supo en cuanto vio su reacción. Pero la situación lo exigía. Y en ese momento se dio cuenta de que él tenía mala cara.

—¿Qué le pasa?

Él se ocultó bajo un manto de silencio, así que Leonora insistió.

—¿Tiene esto algo que ver con Omar?

Él enarcó las cejas, sorprendido. Parecía que le hubiesen arrebatado el alma.

—No. No.

—Así que no piensa hablar.

Él estaba a punto de romperse. Una lágrima brotó de sus mejillas.

—¿Qué le sucede?

—Nada, señorita Leonora. De verdad. Es solo que… no tengo el día.

—Puede confiar en mí.

Pero él negó con rotundidad y se marchó a toda prisa al cobertizo, tratando de ocultar su llanto. Leonora se quedó a solas, junto a la cubeta y con la palabra en la boca. Vio cómo Abrama se perdía en el interior del mamotreto de tablones; parecía asaltado por la culpa.

Tenía claro que algo estaba sucediendo, pero solo podía pensar en su hartazgo. Estaba cabreada, pero más consigo misma que con el propio esclavo cuya lealtad acababa de perder en pos de los designios de sus padres. Se sentía harta. Llevaba años trabajando sin descanso, organizando el trabajo de los esclavos y asegurándose de que no les faltara de nada. Aun así sus padres la trataban como a una niña. Una puñalada en sus entrañas, pues sabía que estos ocultaban algo.

Por más que se lo habían prohibido, supo que tendría que hablar con Omar.

Pero el esclavo también se cerró en banda.

La reacción del tullido fue incluso peor que la de Abrama. En este caso el joven se limitó a negar con insistencia. A diferencia del primero, este chico parecía un maizal estirado hacia el cielo, rostro derrumbado, pero al mismo tiempo firme en sus convicciones.

Escuálido, clavículas cerradas sobre sí mismas y dos sombras bajo las cuencas de los ojos. La cojera que lo convertía en un alma de cántaro. El pobre Omar se desvió del camino en las fincas para evitar su insistencia. La evitaba sin pudor. Este sí tenía claro que sus superiores eran los señores Betancor.

Leonora pensó que quizá se estaba volviendo loca. Tal vez le estaba buscando cinco patas al gato. Sabía que Omar se encargaba de las faenas de la propiedad, como arreglar las vallas, los muretes o el tejado. Pero ya eran varios los indicios que le escamaban.

Lo vio alejarse hacia el otro lado de la finca, probablemente para terminar de reparar los tablones de uno de los graneros, pues era la última tarea que le había visto llevar a cabo. Intuyó que estaría un rato alejado de allí, así que aprovechó la ocasión para acercarse a su cobertizo privado.

Consciente de que estaba a plena luz del día, Leonora se escurrió entre viñedos, fingiendo que estaba supervisando la plantación. Después hizo resonar el bucio para dar una pausa a los esclavos. En el momento en que estos se ocultaron a la sombra, ella se alejó en dirección al cubículo de madera en el que dormía Omar.

La puerta estaba entreabierta. Se trataba de un espacio pequeño, similar a las sentinas de un barco. Además del jergón había espacio para los trastos. Ruedas de carruaje desvencijadas, planchas de madera que en algún momento habían tenido el propósito de alimentar la chimenea de la mansión. Había un olor mohoso, pero por encima de todo se respiraba un extraño barniz a limpio. El camastro en el suelo, y un orinal de hojalata en el que se

diseminaban varios escupitajos. No vio nada más que llamara su atención.

Hasta que volvió a olfatear la estancia. Ese extraño aroma la llevó de inmediato a las sirvientas de su abuela, a las hierbas que estas solían utilizar tiempo atrás para lavar la ropa en las piletas. Pero de aquello hacía ya mucho tiempo, cuando ella era una niña. Sus abuelos llegaron décadas atrás a la isla, pero no terminaron de acostumbrarse y volvieron a Francia. Fue Tomás Betancor quien mantuvo la hacienda al alcanzar la mayoría de edad. En el fondo, buena parte de lo que eran se lo debía al trabajo de su padre.

Por los rincones de la bodega se desperdigaban los restos de trebinas y otras plantas aromáticas, así como un cuenco con vinagre y un extraño polvo blanquecino.

Leonora levantó entonces la vista y contempló un tendedero.

Y eso fue precisamente lo que llamó su atención.

La soga estaba roída, descosida por los costados por los que se ataba a las paredes interiores del tablón. Colgaban de ella numerosos paños blancos, todos ellos recién lavados y tendidos. También había una sábana similar a un batín, hecha de un material que parecía lino. «Qué extraño», pensó, pues nunca había tenido la impresión de que fuese un esclavo excesivamente pulcro.

Pero lo más extraño era que los paños y sábanas seguían húmedos, principalmente porque estaban secándose en el interior del cubículo, entre penumbras. Si tanto calor hacía en la isla, ¿por qué no tendía en el exterior?

Regresó a las fincas dubitativa. Por un lado sentía que estaba empezando a obsesionarse con estupideces sin sentido. Quizá Leonora solo buscaba formas de evadirse, de hallar respuestas

donde no las había. Estaba destrozada, y tal vez necesitaba un ancla.

Pero al mismo tiempo su mente la taladraba una y otra vez. ¿Por qué demonios tenía Omar esas sábanas y tantos paños, tan blancos e impolutos?

¿Para qué los querría?

55

Declaración de guerra

A Yaiza se le atravesaban los pensamientos. Tumbada en su cama, apenas había sido capaz de dormir durante la noche y hacía un rato que veía los rayos filtrándose a través de la ventana. ¿Quién era esa mujer a la que decía haber oído fray Guzmán? En cualquier caso, las palabras de ese joven le hacían pensar que el padre superior del convento, fray Carrasco, trataba de cubrir la muerte del visitador.

Quizá en él estaba la respuesta.

Y ella necesitaba encontrarla. En cuanto su padre volviese hablaría con él para confrontar a ese Carrasco. O quizá podría adelantarse ella. Tantearlo. Enfrentarlo a la verdad.

Pero en ese momento la sobresaltaron unos gritos procedentes del piso inferior.

Parecía su madre.

Yaiza se puso en pie de un salto y se vistió con el camisón de lino que usaba en casa. Apenas le dio tiempo a ponerse las sandalias antes de correr escaleras abajo, pues los gritos de Lucía crecían llamándola por su nombre.

Se le vino el mundo encima al ver a Norberto Palacios en la puerta de casa.

Era casi mediodía.

—Buenas…

Lucía tomó la palabra para escrutar a su hija.

—El señor Palacios pregunta por su hermana. Dice que no volvió a casa anoche.

A Yaiza no le sorprendió la visita del alguacil. En el fondo esperaba que ocurriese tarde o temprano en vista de los acontecimientos.

—Bueno… Madre, imagino que ya le habrá contado usted lo que sucedió. Que Matilde vino ayer a verla porque usted se encontraba mal. Eso es todo. Después no supe nada más de ella. No sé adónde habrá podido ir.

Lucía se quedó atónita al ver que su hija estaba mintiendo a las altas esferas, y que además trataba de embaucarla a ella para que le siguiese el juego. Yaiza solo le había pedido que la cubriese si venía alguien preguntando por Matilde, pero jamás pensó que lo haría el alguacil Palacios, y menos con ese gesto amenazante.

Su hija se estaba metiendo un lío, pero no pudo más que salir en su defensa. Sobre todo porque temía que aquello tuviese algo que ver con la situación de su esposo. No podían permitir su purga.

—Así es, señor Palacios —mintió Lucía—. Ayer me encontraba indispuesta, pero el remedio que me dio su hermana me vino muy bien.

Pero Norberto respondió con una mezcla de sorna y cabreo.

—¿Usted pretende que me lo crea? Pero qué… Varias personas me han dicho que han visto a esas dos mujeres por las calles del pueblo. De un lado al otro, visitando casas. ¿Dónde está mi hermana?

Silencio.

Yaiza y Lucía supieron al unísono que la situación era grave. Si Norberto ya recelaba de Juan, esta mentira no hacía sino encolerizarlo aún más. Y sabían que el alguacil era capaz de cualquier cosa con tal de remover la verdad.

—No sé de qué me habla —respondió Yaiza con actitud altanera—. Le aseguro que no he vuelto a saber nada más de Matilde desde que estuvo aquí ayer.

El alguacil las desdeñó con toda su frustración. Sabía que le estaban mintiendo, y le devoraba por dentro la impotencia de no poder hacer nada. Así que hinchó el pecho con rabia y se obligó a sonreír, dispuesto a soltar la última palabra.

—Ustedes lo han querido. Olvídense de este palacete y de todo su patrimonio. En cuanto *ese* Juan regrese, me encargaré personalmente de que sucumba al castigo que le corresponde. Ahora mismo iré a dar aviso al corregidor de Gran Canaria.

Dicho esto se marchó dando un portazo, sembrando el pavor entre la madre y la hija.

Lucía rompió a llorar en cuanto Norberto se marchó.

Después le dio un cachetón a Yaiza, presa de la rabia y de la impotencia por sus mentiras.

—¿Qué ha hecho? ¡Dios mío! ¡Por su culpa, por…!

No era capaz de seguir. Yaiza se defendió como pudo de la violencia de su madre, pero tuvo que esperar un tiempo a que se calmara. Entretanto, Bernardo se había asomado al hueco de la escalera y contemplaba la escena con temor. Aún era pequeño, pero consciente de que se cernía sobre ellos la peor de las desgracias.

—Madre, lo siento. De verdad.

—¡Por Dios, Yaiza! Siempre igual con vos… ¿No se da cuenta? Está jugando con la vida de su padre, de todos…

Yaiza agachó el rostro, avergonzada. Por una parte quería contarle el propósito de la misión, pero al mismo tiempo le había prometido a su padre y a fray Torres que guardaría el secreto.

—El señor Palacios está torturando a Matilde, la tiene sometida para que cuide de sus hijos. No le deja ser feliz. La tiene encerrada, pero ella quiere vivir su vida. Está con un hombre con el que quiere casarse, y Norberto no le deja porque la quiere cuidando de su casa.

—¿Qué? ¿Me está hablando…?

Lucía la miró con estupor mientras se secaba las lágrimas. Yaiza insistió en su mentira, pues solo necesitaba ganar tiempo. Pronto nada importaría. El fin justificaba cualquier intento de evitar que las cosas se torcieran.

—Lo que oye, madre. Solo le pido que me cubra unos días. Pronto todo se arreglará. En cuanto Matilde se case con ese hombre.

—¿Quién es el prometido?

—No puedo decirle.

Lucía la miró con decepción. Yaiza pudo comprobar que los ojos de su madre se arrepentían por haberla criado de esa forma. Llevaba tiempo tratando de enderezarla. De casarla con un hombre de provecho y que dejase de recorrer las aldeas con esa solterona que se las daba de curandera. «Mano dura, eso le faltaba», como solía decir la mujer. Pero por más que se lo repetía a *su* Juan, este no hacía sino malcriarla.

Lucía se encaminó escaleras arriba, presa de la desidia. Yaiza compartía su clamor, pero a la vez tenía que cumplir con su

cometido. La invadió la culpa, ya que también acababa de mentirle a ella.

El día anterior, después de hablar con Guzmán, las dos mujeres habían vuelto a Teguise cuando ya era de noche. Solo que Matilde no regresó a casa de su hermano. En su lugar decidió pedir asilo en casa de una pareja con la que tenía buena relación. Don Lucas y doña María, los curtidores. Aunque Yaiza no sentía simpatía por ellos, agradecía que acogiesen a su amiga en casa el tiempo que iba a tardar en resolverse la expedición.

Yaiza no estaba dispuesta a dejar que Matilde se encerrara con ese energúmeno que tenían por alguacil, pues sabía que no le permitiría marcharse a América con ellos.

Tuvo que recomponerse para seguir adelante.

Aún quedaban hogares a los que convencer y el tiempo se les echaba encima.

56

Los mitos del Atlas

Abrama rompió a llorar en la parte trasera del cobertizo. El mediodía atravesaba su frente desde el cénit, causándole fuertes sudores. Sentado contra la pared, enterró la cabeza entre las rodillas y se entregó a la culpa. La muerte del esclavo lo sacudía una y otra vez en cada pensamiento. Un dolor que nunca antes había sentido. Había arrebatado a su antojo una vida en apenas un abrir y cerrar de ojos. Todo había tenido lugar tan rápido que aún le costaba tomar conciencia de lo sucedido. Sentía que aquello formaba parte de la vida de otro. No se reconocía en sus propias carnes. Él, que siempre se había caracterizado por su nobleza y disciplina, se veía ahora atrapado en una vorágine de la que no sabía cómo salir.

Pensaba en su acusación a Omar, y en cómo gracias a su lealtad se estaba ganando por fin el beneficio de su señora Catalina. Pero para ello había tenido que arrebatar una vida humana. El precio de sus deseos, ya que al mismo tiempo que lo asaltaba la culpa, por primera vez tenía la sensación de que podía ganarse un lugar privilegiado entre la cuadrilla. Fátima también volvía a su cabeza. O más bien la deriva que estaba tomando la joven en su intento por rebelarse contra los patrones. Y él estaba siendo cómplice. Lo sabía.

Si no confesaba el robo de su amiga, significaba que estaba traicionando al matrimonio que le daba de comer.

Fue entonces cuando una figura femenina apareció ante sus rodillas. Abrama creyó al instante que se trataba de Leonora. Pero se equivocaba. Fátima se agachó para colocarse a su altura, y le apartó con delicadeza las manos que cubrían su rostro. Se conocían desde hacía tanto que casi podían leerse los pensamientos. En este caso ella atravesaba un dolor casi homólogo. Sufría al verlo encogido entre paños, como si fuese un cachorro indefenso, y sobre todo abrumado por un mundo que no hacía sino zarandearlo cada vez con más fuerza.

—Cuénteme, Abrama. Por favor. Dígame de una vez qué está ocurriendo. Quiero ayudarle.

Él se hizo el remolón, pues no quería dar importancia a su padecer. Pero lo cierto era que no podía más con los acontecimientos.

—¿La manda Leonora o qué?

—No. Le he visto salir corriendo desde el otro lado de la finca.

—Pues déjelo, Fátima. No hay nada que pueda hacer.

—Tiene que ver con Catalina, ¿verdad?

Reaccionó fingiéndose desconcertado, pero no logró engañar su escrutinio.

—No mienta, Abrama. Le he visto hablar con la señora. Dígame qué le está obligando a hacer.

—Nada.

—Por favor, dígame.

Ella trató de abrazarlo, pero él se zafó de malos modos.

—¿No tenía tan claro que quería marcharse de aquí? Pues venga, haga lo que se proponía con esos dos curtidores. Váyase.

Abrama volvió a esconderse después de su comentario. Se dio cuenta de que parecía una víctima, pero en realidad él solo quería estar a su aire, desaparecer del mundo. Estaba harto de ella, de sentir esa constante sensación de asfixia ante todo lo que hacía. Deseaba con todas sus fuerzas no haber acusado nunca a Omar. No haber intentado acercarse a su señora Catalina. Solo quería trabajar en la finca sin más preocupación que el calor.

—Voy a hacerlo. Y me han permitido que venga conmigo.

Él tuvo que levantar el rostro para clavar en ella su mirada. La juzgó con superioridad y desdén, a la par que dejando entrever el asco que sentía al escucharla. Aunque al instante se dio cuenta de que ya no era nadie para juzgarla.

—Ya le advertí…

—Me da igual, Abrama. Cualquiera de esta cuadrilla habría dado lo que fuese por escaparse conmigo a África. Y solo se lo estoy ofreciendo a vos. Mi amigo, la única persona en la que puedo confiar. O está conmigo, o está contra mí.

Él se negó a responder.

Ella supo al instante que acababa de elegir un bando.

—Gracias, supongo —dijo ella, presa de la ironía y la decepción—. Creí que cambiaría de opinión. Le conozco desde siempre. Sé que está sufriendo, Abrama. Esa señora no es trigo limpio, al igual que el señor Tomás. Los castigos irán en aumento, créame. Por algo se empieza. Lo que yo sufrí solo es el inicio. De usted depende vivir el resto de sus días bajo este calvario.

—¿Cuándo piensa marcharse?

A ella se le iluminaron los ojos al ver que él por fin se interesaba en saber algo más.

—Para decírselo, primero debe jurarme por su Dios que vendrá conmigo.

—Por mi Dios… —balbuceó.

De inmediato a Abrama lo asaltaron los demonios. Por un momento había olvidado que el sol no era el único juicio que pesaba sobre su cabeza. Los ojos del Señor se clavaban en todas sus acciones. Y tal vez el pecado esperaba. Tenía que confesarse. Había matado a un hombre. Estaba siendo cómplice de las acciones de su amiga. Sentía el pecho atravesado por golpes como el martillo del lagar.

—Lo juro —respondió él finalmente.

—En dos noches —dijo ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Por primera vez en mucho tiempo él volvió a ver en ella la ilusión más ingenua. Confiaba en que todo saldría bien, que por fin serían cimarrones en su tierra natal. Volverían a sus orígenes, al lugar del que procedían. Ella soñaba con los mitos del Atlas a pesar de que no recordaba siquiera haber pisado aquellas piedras. Ansiaba tocar la nieve y volver a entonar las melodías de su etnia bereber.

Él no las tenía todas consigo. No sabía qué hacer.

En el fondo tenía la impresión de que Dios estaba esperando el momento oportuno para castigarlo por sus pecados. Caería sobre él todo el peso de la justicia divina.

57

Intrusos

Yaiza irrumpió en el domicilio de los curtidores, situado a apenas una legua del lugar en el que tenían su tendal de despiece. La vivienda de paredes ennegrecidas no contaba más que con una sola habitación y un techo enramado, cubierto además por vigas de madera que a duras penas mantenían en pie la estructura. El interior desprendía un intenso olor a humedad y ceniza.

Allí encontró a Matilde, a solas con los niños. Tres de ellos correteaban por la estancia, pues el cuarto, Josito, seguía enfermo en una de las camas y sin remedio que lo curase. Matilde lo atendía, pero la cosa no pintaba bien. La piel cada día más torcida, el niño atrabancado en las sábanas, doliéndose por todos los costados y con ojos que parecían de ceniza.

Supuestamente el matrimonio se hallaba trabajando en el taller de despiece. La curandera explicó a su amiga que había pasado mala noche en el jergón del suelo. Al amanecer, las gallinas picotearon cerca de ella los desperdicios del pescado que lanzaban los hombres de las falúas al erial. Oía el rebuznar de las cuatro pezuñas del establo. La invadía el olor del pan y en sueños se imaginaba con uno

entero para ella. Ese aroma del trigo, de la humareda al romper el ácimo de la oblea.

—Siento que haya pasado mal sueño —lamentó Yaiza.

—Al menos tengo donde dormir —sonrió la curandera, a quien aún le costaba creer la locura que había cometido al escaparse de casa.

—¿La tratan bien?

—La verdad es que sí, mi niña. Venga, tenemos que ponernos manos a la obra.

Pero Yaiza la retuvo.

—Espere… Quiero ir al convento.

—¿Qué? Ni se le ocurra, no pienso dejar que hable con ese cura. Me niego.

—Por favor, Matilde. Fray Carrasco ha mentido desde el principio. Sabe quién mató a Domingo, si es que no fue él…

—¿Y qué? —La mujer corrió hacia ella y tomó sus brazos con firmeza, tratando de hacerla entrar en razón—. Déjese de boberías. Su padre ya se la ha jugado enfrentándose al clero. Quizá la gente no quiera saber la verdad sobre la muerte de Domingo.

—¿Por qué?

En ese momento irrumpió María Melián en la vivienda.

—Por su historial. Nadie quería a ese visitador.

—¿Por lo ocurrido en aquella revuelta?

Pero María negó.

—Ojalá fuese solo eso. No. Ese malnacido se las gastaba como quería con las mujeres. Las tenía a todas aterrorizadas.

—¿Qué?

Yaiza se quedó de piedra. Jamás se le habría pasado por la cabeza que Domingo hubiese podido tener algún desencuentro con una

mujer. Miró a Matilde en busca de una respuesta. Algo, lo que fuese con tal de saciar su angustia.

Pero Matilde negó con la serenidad que la precedía.

—No son más que rumores. Hace décadas de eso, usted ni siquiera tenía edad —le espetó a María.

—Pero es algo que siempre se ha dicho.

Matilde le quitó importancia.

—Sandeces. Lo único cierto aquí es que su muerte no va a resolver nada. —Esta vez miró a Yaiza, que seguía compungida ante lo que acababa de oír.

—Supongo…

—Hágame caso y centrémonos en lo importante —insistió Matilde —. Aún hay muchas casas que visitar.

Yaiza la miró con descaro, pues acababa de revelar el secreto ante esa mujer. Pero su amiga tenía algo más que decirle.

—He conseguido a otra familia más.

—¿Cómo?

Matilde señaló a María Melián, quien se volvió hacia Yaiza con una sonrisa. La joven se quedó paralizada al comprender lo que significaba. No podía creer que su amiga hubiese invitado a esa maldita pareja de curtidores a formar parte de la expedición después de todo lo que habían instigado a su padre. Altaneros, entrometidos y con quejas para todo. A Juan no le haría ninguna gracia. Y lo peor era que no podían negarles un hueco, pues en ese caso soltarían la verdad.

Sin embargo, esta vez María se acercó a ella dispuesta a revelar su mejor diplomacia.

—Gracias por contar con nosotros. Nos ha dicho Matilde que fue idea suya.

Yaiza se volvió hacia su amiga, completamente estupefacta. No sabía ni cómo reaccionar.

—Eh… Bueno, de nada.

—Tranquila. Mi Lucas y yo sabemos guardar un secreto. Ya le estábamos agradecidos por todo lo que ha hecho con nuestro hijo, pero esto…, no sé ni qué decir.

Yaiza no podía con su hipocresía.

—Entonces ¿por qué ese empeño en ir a por mi padre?

—Él nunca ha sido el problema, sino la institución a la que defiende.

—Vaya.

María se mostró aún más cercana que nunca para hacerse entender.

—Mientras el pueblo se muere de hambre, el alcalde y su séquito miran pa otro lado.

—¡Mentira!

Pero Matilde se interpuso entre ellas antes de que Yaiza perdiera los papeles.

—Ya está bien.

—Quítese —le espetó a su amiga—. ¿Cómo se atreve a decírselo a esta gentuza?

—Se acabó, mi niña. Lucas, María y sus niños se nos van a unir a la expedición, le guste o no. Me dijo que contara con gente de confianza, y ellos lo son. Han prometido comportarse. Así que pongo la mano en el fuego por ellos.

Yaiza no pudo más que sucumbir ante esa derrota.

Las dos mujeres dedicaron el resto del día a terminar de reclutar a las familias necesarias para el viaje. Una jornada agotadora, pero en la que lograron reunir a un grupo más que suficiente. Algunas familias habían sido recomendadas por fray Torres, otras por Juan, y una por Matilde. Esa maldita pareja de curtidores y sus hijos, uno de ellos enfermo.

Yaiza no cabía en sí de la rabia, a pesar de que todo parecía estar saliendo a pedir de boca. Pero se obligó a quedarse con lo bueno y regresó a casa con optimismo.

Su padre volvería pronto y llevarían a cabo ese viaje sin contratiempos.

Pero los problemas estaban al llegar.

Lucas y María permanecieron un rato en silencio rumiando cómo actuar. Matilde y Yaiza se habían marchado a avisar al resto de las familias para el viaje, por lo que estarían fuera el resto del día.

La pareja de curtidores se dio cuenta de que tenían un problema. Acababan de recibir los reales que Fátima llevaba tiempo robando en secreto, gota a gota, a los Betancor. Ese dinero serviría para financiar una revuelta esperada por numerosos vecinos, y en la que la esclava actuaría como mártir ante todos. La niña sería el único rostro visible en lo que intuían un episodio de terror nunca antes visto en Lanzarote.

Pero aquello cambiaba las cosas, pues acababan de recibir la invitación a formar parte de aquella expedición hacia América. No podían conspirar contra el alcalde y su cabildo. Mucho menos en un

acto de vandalismo que podría cobrarse incluso las vidas de alguno de ellos.

Tenían que evitarlo.

Aunque sabían que al hacerlo podían poner en peligro sus nombres.

Lucas se encerró en su socarronería, atareado con esa maldita cabra que había ocupado la mesa de despiece toda la mañana.

María regresó a la cuba, consciente de la importancia que tenía ese viaje para su futuro. Bien valía las seis vidas de su familia. Ella removía con aire pensativo mientras se imaginaba corriendo por esos prados infinitos junto a sus hijos. Por primera vez en mucho tiempo se atrevió a soñar despierta.

—¿Qué hacemos, María? —preguntó él sin levantar la cabeza del animal.

Ella no quería pensarlo, pero supo que tenía que ser asertiva ante el clamor de su marido, pues él se debatía entre confesar y callar.

—Tenemos que salir de aquí, Lucas. No podemos perder la oportunidad.

—¿Entonces?

—Silencio. No podemos decir nada. Fátima ya tiene el material para actuar. ¿Cómo vamos a ir ahora a la hacienda de los Betancor? La suerte ya está echada. Si la niña finalmente lo hace, que caiga en su conciencia.

—Lo hará, María. No le quepa duda.

Se miraron en silencio. Ellos lo habían planeado, pero la invitación a ese viaje suponía un antes y un después.

Tendrían que dejarla sola.

58

La decadencia de una familia

Esa noche, Leonora terminaba de poner a su madre al corriente de los asuntos de la finca mientras esta permanecía impasible en el diván. A decir verdad, Catalina ni siquiera estaba escuchándola. La joven se sintió aún más subestimada, si cabe. Sus jornadas eran un desenfreno por sacar adelante los viñedos, y por más que se esforzaba sus padres la trataban como si el oficio no importase.

—¿Me está oyendo?

—¿Eh?

—Madre.

Catalina se incorporó.

—Perdone, hija. No tengo el día.

Leonora volvió a tantearla para ver si esta le decía algo más, pero no parecía el caso. No aguantó más, así que optó por contarle lo que tanto la turbaba.

—Omar.

—¿Qué pasa con él?

—Primero nos llega este tullido a casa sobre el que solo ustedes dos tienen control, y ahora me arrebatáis a Abrama. ¿Qué está pasando?

Catalina la miró con inquietud, como si hubiera estado esperando que llegara ese momento desde hacía días. No se inmutó al escuchar la pregunta.

—Son asuntos al margen de la finca.

—¿De qué?

—Su padre y yo preferimos mantenerla al margen.

—Tengo derecho a saber.

Catalina se detuvo a reflexionar sobre su hija. El cambio que había sufrido desde que empezó a ayudar a la familia. Y eso que ni Tomás ni ella confiaban en Leonora, como era lógico. Su cara de porcelana y su condición de mujer no auguraban otra cosa que un marido. Pero en poco tiempo había pasado de ser una pretendiente para hombres de buena dote a convertirse en una brillante cuadrillera, mejor de lo que sus padres hubiesen esperado. Necesitaban su ayuda casi tanto como la lluvia.

—Créame, es mejor que no lo sepa.

—¿Por qué? ¿Tiene que ver con padre?

Su madre la miró con desconcierto.

—El alcohol —insistió Leonora—. La bebida lo está matando, madre. Y por más que usted dice ver la realidad, no hace sin embargo nada por salvarlo.

Catalina reaccionó con la condescendencia de una madre que ya ha recorrido el camino por el que su hija apenas empezaba a avanzar.

—No tiene usted idea, hija. Si supiese cuántas noches he pasado en vela tratando de acabar con su maldición…

—Vaya, no pensé que…

—Las cosas no son tan sencillas —la cortó su madre sin perder un ápice de calma—. Su padre no pasa por un buen momento. Y yo tampoco. Quizá debamos entender que esa bebida es la única solución. Le agradecemos su ayuda en la finca.

—Sigue sin responderme, madre. —Leonora se detuvo antes de seguir—. He desobedecido las normas.

—¿Cómo?

—He accedido al cobertizo de ese Omar. Esos paños limpios, esas sábanas. ¿Qué pasa con él?

Su madre la miró, desconcertada. Ni siquiera la reprendió por su osadía.

—Limpia la casa. Eso es todo.

—Mentira.

—¿Cómo se…?

—Perdón, madre. Pero… Dígame la verdad, por favor. ¿Qué pasa con Omar? Y ahora con Abrama… ¿Tiene esto algo que ver con mi hermano Rodrigo? ¿Por qué seguimos sin tener noticias suyas?

—¡Ya basta! —saltó, pero se contuvo al instante.

Leonora notó que era la primera vez que se ponía a la defensiva, e insistió en sus demandas.

—Dígame la verdad. Hace semanas que debió haber vuelto.

—Regresará pronto, hija. Se lo aseguro.

Catalina suspiró, consciente de que su hija era más adulta de lo que creía. Y procedió a contarle el motivo de sus preocupaciones.

Los Betancor pasaban una mala racha. Rozaban la quiebra desde hacía tiempo y apenas les quedaba liquidez. Vivían gracias a las rentas y a pagarés que iban cobrando de antiguos clientes. Pero sus arcas se vaciaban poco a poco. Si aún se mantenían a flote era

gracias a su reputación. Bendita mitología que de ellos se contaba. Pero sabían que no podrían sostenerse por mucho más sin el apoyo incondicional de la monarquía francesa, el único gran cliente de esta familia viticultora ante la crisis y sequía que afrontaba Lanzarote.

Y la misiva que su esposo y ella habían recibido desde Francia sentenciaba su futuro.

A cambio de seguir financiándolos, el rey Luis XV les había hecho una petición. O más bien una exigencia. El reino de Francia tenía el control de un territorio al norte de América, la Luisiana. Un humedal atravesado por lluvias y huracanes que abarcaba desde los pantanales del sur hasta la frontera con el río Mississippi. Pero al otro lado de dicha frontera se hallaban los confines del virreinato de la Nueva España. Una tierra que suplicaba lo contrario que sus vecinos en la colonia. Un vacío naranja y azul, presidido por enormes mesetas y pueblos nómadas indígenas. Tonkawa, payaya, kiowa o apache. Los exploradores de ambas potencias que se habían atrevido a cruzar esta tierra infértil se referían a ella como «La Pradera Infinita» o «Las Tinieblas del Desierto». Nadie quería recalar en este yermo. Pero solo había una cosa peor que el vacío del territorio, y era ver cómo otros se adueñaban de él.

Y eso era precisamente lo que Catalina y Tomás tenían que evitar.

Los franceses sabían que la Corona de España planeaba en secreto una misión colonizadora en esta última frontera, todo con el fin de evitar que Francia pudiera adueñarse de ese territorio que nadie quería. Pero era tal el riesgo que no podían enviar a peninsulares, y tampoco querían hacerlo con indígenas de Veracruz o Coahuila por miedo a que se rebelasen. Hallaron en el «isleño» la

casta perfecta que necesitaban, pues eran leales a la Corona, pero casi no quedaban en ellos vestigios del pasado indígena.

Así que si querían seguir a flote, Catalina y Tomás tenían que sabotear esa expedición española a toda costa. Solo así tendría tiempo el reino de Francia de enviar refuerzos y hacerse con ese yermo al otro lado del Mississippi.

En el fondo, aquel matrimonio de viticultores no podía escapar a sus orígenes, a sus raíces. Por más que hubiesen tratado de ocultarlo, castellanizando su apellido. Por más que Catalina hubiese hecho lo posible por alejar a sus hijos de París. Se debían a Versalles, a la mano que alimentaba sus fincas y les había proporcionado esa reputación.

Eran los «Béthencourt».

Y tenían que actuar contra el alcalde antes de que pudiera poner en marcha la expedición.

Leonora se derrumbó al escuchar las palabras de su madre. Por primera vez sintió que algo en su vida había cambiado para siempre. Ahora comprendía el dolor que sentían y la preocupación que los rondaba a todas horas.

Pero había algunos aspectos que no acertaba a vislumbrar.

—Una cosa, madre. ¿Cómo es…? ¿En qué momento hemos perdido todo lo que teníamos?

Catalina reaccionó con su temple habitual. Simplemente ladeó la cabeza y esbozó una mueca de desconcierto, como si no supiera qué los había llevado a tal situación.

—¿Y Rodrigo? ¿No se supone que él está cerrando acuerdos en Europa?

—Así es.

—¿Y bien?

Su madre esbozó el mismo gesto de desconocimiento, y al mismo tiempo de resignación.

—Esperamos que pronto…

Pero no fue capaz de terminar.

Aquello terminó de hundir a Leonora. Su hermano, en quien todos habían depositado su confianza, seguía sin traer buenas noticias. En realidad, ni siquiera traía noticias de ningún tipo, pues nada sabían de él. La joven recorrió con la vista el salón. Notó el polvo acumulado entre los cojines, los tapices que colgaban de las paredes. Por primera vez sentía que el esplendor de los Betancor era un ropaje deshilachado. Rodrigo no estaba y tampoco sabían cuándo volvería. Y acababa de descubrir que el mito sobre su familia se desvanecía poco a poco.

Se marchó a su habitación con más preguntas que respuestas. La noche se cerró hasta el punto de que no se atisbaba un viñedo a través de la ventana. Por primera vez a Leonora la invadió el temor de que todo cuanto tenían no era más que una ilusión.

59

Bajo el altar

Abrama encontró a su señora en el interior de la ermita. Habían acordado reunirse ahí al caer la medianoche, pues él debía traerle la información que hubiese recabado. Él cruzó el portoncito justo cuando los esclavos acababan de terminar su jornada de faena en las viñas, por lo que no iban a estar pendientes de si alguien se acercaba al templete que los Betancor tenían en su propiedad. La capilla había sido construida décadas atrás por los abuelos de Tomás, pero apenas se le daba uso. Diminuta construcción de piedra volcánica bañada en cal y poblada por los matojos. El umbral de caoba con los clavos roídos por el óxido era solo una muestra de lo que importaba a esa familia la rutina de la fe.

El muchacho se dejó caer en el banco con los hombros mustios. También sus brazos derrumbados de desesperación, como si no pudiese sostener más el peso de la vida.

—Lo siento, mi señora.

—¿Qué ocurre? Más vale que traiga lo que necesitamos.

Él suspiró. La ermita se cerraba sobre sus paredes con solo dos bancos de madera que llenaban el cubículo. Presidía la capilla un altar con velas ya deshechas que nadie encendía desde hacía años,

así como una estatuilla de madera de san Luis de los franceses, con la madera arrasada por la humedad. Apenas se distinguían siquiera los ojos ya de esa figura. Pidió con fervor a esa talla por que las cosas se solucionaran.

—Hay algo que debe saber.

—Eso me gusta más.

Pero Catalina se dio cuenta al instante de que las noticias no parecían optimistas.

Fue entonces cuando Abrama rompió a llorar. Ahogó un quejido para sí. Después procedió a relatarle todo cuanto había vivido, pero su voz se estrechaba entre balbuceos. Le habló de los extraños fletes del puerto con las iniciales «ML» y esa licencia para retirarlos, así como su visita al lugar del que supuestamente procedían buena parte de las cargas. Después le habló de la tahona, de ese polvillo brillante que quedaba en las cubetas del molino.

Y por último le soltó esa verdad irreparable.

Había matado a un hombre. A otro esclavo berberisco, piel de su piel.

Catalina se quedó inmóvil, atravesada por el peor de los silencios. Su reacción instintiva la llevó a apretar la falda con las manos, con tal fuerza que blanqueó sus nudillos y notó el descalabro bullir en sus antebrazos. Le llevó unos segundos volver a tomar aire.

—No se preocupe —sentenció ella.

—¿Cómo?

—Ha hecho lo que debía.

—Pero…

—Ya está. Imagine qué habría pasado si ese chico hubiera dado la voz de alarma. ¿Cómo íbamos a justificar mi esposo y yo su

presencia en el cortijo de los Saavedra?

—¿Cómo?

Ella sonrió, presa de alegría al ver por primera vez la luz después de mucho tiempo.

—Así es, Abrama. Un lugar que parece abandonado con tahonas… Solo puede ser ese. Gracias por su ayuda. Por fin sabemos la verdad sobre esa familia de graneros.

—Vaya.

—No sabe cuánto nos sirve su hallazgo.

—Pues… de nada, supongo. Mi señora, si no le importa… —Dejó escapar un carraspeo antes de seguir—: Le ruego me deje seguir trabajando aquí, en la finca. No querría meterme en más problemas. Tengo miedo.

Se hizo el silencio entre ambos. La noche se filtraba a través del ventanuco. No se oía más que el crujido ocasional del viento. Catalina posó sus manos sobre las de él, un gesto que transmitía todo el calor de una madre, pero al mismo tiempo había en ella un deseo irrefrenable. Él se puso nervioso al sentirla, su piel caliente. Su cautela, su ternura. Ese gesto prohibido.

Tragó saliva, y ella hizo lo propio ante lo que sabía era una osadía contra cualquiera que estuviese observando. Catalina se abalanzó sobre sus labios, primero con ternura, después con ferocidad. Él no pudo más que entregarse a un deseo que llevaba sintiendo en sus carnes desde el día en que ingresó en esa hacienda.

Ella se contuvo, arrepentida por un instante de lo que acababa de hacer. Se alejó para tomar distancia y ser consciente de su error. Pero Abrama no atendía a razones y volvió a besarla. Esta vez ella

no quiso pensar. Lo atrajo hacia sí con todas sus fuerzas, como solo se abraza a un desconocido tras una situación de desesperación.

Abrama acompañó el gesto. Sus entrañas bullían a gran velocidad por los nervios. Su barriga, tan fina como un pliego, parecía víctima del peor de los oleajes. Se comieron con una pasión prohibida a la que esperaban no tener que rendir cuentas. Afuera solo se oía el murmullo de la brisa, el sonido de los grillos en el inicio de la noche. Tierna estampa de misericordia entre el altar y el banco de la ermita. Aún se respiraba el aroma del viejo incienso, la corrosión del metal.

De esa forma sellaron su pacto. Sabían a lo que se enfrentaban, pero por una vez ninguno de los dos quería pensar en las consecuencias.

60

La promesa

17 de marzo de 1730

El viento golpeaba sus rostros con fervor a medida que la embarcación se aproximaba a la dársena pesquera. Juan y fray Torres charlaban entre náuseas y golpes de calor, con el alcalde tumbado boca arriba sobre la cubierta, y el misionero sentado en la proa con sus manos acariciando el agua para refrescarse. A menudo los colmaban las tormentas de arena del desierto de Berbería.

Durante el viaje de regreso, Juan empezó a percibir algo especial en ese fraile. Mientras Torres le trasladaba los detalles sobre el siguiente paso, él seguía obnubilado ante su carisma, pero sobre todo ante lo organizada que tenía esa expedición en su cabeza. Se dirigían hacia uno de los rincones más inhóspitos del mapa, a un lugar llamado bahía del Espíritu Santo al que los primeros exploradores de la Corona habían calificado como «lo más cercano al Paraíso». Por ahora no vivían más que algunos indígenas en ese lugar, nómadas en su mayoría, a quienes fray Torres y Juan Leal tendrían que evangelizar e impulsar el estado de derecho. El alcalde

se dejó llevar por la ilusión y planteó con detalles el proyecto político que pensaba poner en práctica en la Tierra Prometida.

Un sueño que hacía tiempo que rondaba en sus despachos.

Una utopía que solo allí podía hacerse realidad.

Poco le importó a Juan que sus palabras sonaran grandilocuentes. Ahora sabía que el mismísimo rey de España había depositado en sus hombros el peso de la patria más poderosa del planeta. Aún no daba crédito, pero acababa de recibir el mayor cometido al que podía aspirar un mortal.

Su nombre quedaría grabado en la historia.

Pero debían ser cautos.

Fray Torres tuvo que recordar a Juan lo más importante de la misión. Que alguien más estaba al tanto del viaje y trataba de sabotearlo. Probablemente por eso habían matado al señor Medina. Así que si querían tener éxito debían organizarlo todo con absoluta discreción.

Tomaron caminos distintos al llegar a la costa, en ese embarcadero situado en la cara occidental de la isla al que habían llegado para evitar las miradas del personal del señor Perdomo.

Pero antes de despedirse, fray Torres lanzó una última advertencia.

—Recuerde la discreción.

—Descuide, padre. Tomaré las precauciones que sean necesarias.

—Y haga esa visita cuanto antes. El señor Leathner debe llevar días esperándole.

Juan cruzó el umbral de Teguise con ese nombre en su cabeza.

Milton Leathner. Un misterioso empresario del que nunca antes había oído hablar, y quien, según el comandante Villavicencio, vivía recluido en un chamizo de la isla y era su hombre de confianza. El próximo paso era acudir a él.

A su regreso, las callejuelas entonaban la misma melodía. Puestos de pescado al sol bajo la danza de las moscas. Niños jugando a la piola. Un alfarero con su tinaja, atrapado entre el mandril y los pedazos de terracota. Coberturas de lino tendidas en mitad de las calles. Tuvo que apartar las sábanas para abrirse paso. Todos lo miraban con desconcierto y recelo, lo que le llevó a pensar que los rumores no se habían disipado.

Pero por primera vez le daba igual lo que pensara la gente. Aunque Lanzarote sucumbía a la miseria, bullía en él la euforia de llevarse un pedazo de la isla al otro lado del mundo.

Al llegar a casa, sin embargo, lo invadió la realidad. Una decena de monjas se agolpaban contra la puerta. Gritos en el interior.

—¿Qué pasa aquí? —gritó, apartando a las monjas.

Irrumpió como una exhalación en casa y se encontró un percal de mil demonios. Lucía en mitad del comedor, desesperada a consecuencia de haber vuelto a discutir con Yaiza. La joven estaba arrinconada en una esquina del comedor. Junto a ella estaba Bernardo, claramente de parte de su hermana aunque no tenía voz ni voto. Las clarisas murmuraban entre ellas, agolpándose con esa pose de decoro que tan insoportable resultaba al alcalde.

Pero había un hombre en mitad del desconcierto.

Mateo Leal.

El primogénito de la familia. Su rostro afilado, esa pose que a Juan le resultó un espejo de su propia juventud. Lo vio más crecido que

nunca. Nada peor para engrandecer la virilidad de un hombre que darle un matrimonio de poder, tan agraciada como el guarapo, de acento andaluz y apellido castellano. Maldita la hora en la que esa Martina Saavedra se fijó en su primogénito.

—Padre…

—Dígame que esto no es cosa suya.

—Por favor, escúcheme. Madre no puede más. Todo el pueblo está al corriente de la última de Yaiza.

—¿Qué?

Juan se temió lo peor.

—Ha venido el alguacil Palacios. Que Yaiza ha ayudado a Matilde a escaparse y no quiere decir dónde está.

Juan enarcó una ceja, desconcertado. Después se acercó a su hija para tantearla. La joven estaba hecha una furia. Agazapada contra la pared, pero sin una lágrima de arrepentimiento.

—¿Es eso cierto, hija?

—¡No! ¡Ya he dicho que no sé dónde está!

Mateo se interpuso entre ellos para acallar la voz de su hermana.

—Miente. Norberto asegura que unos vecinos dicen haberlas visto juntas en el cortijo del Buen Lugar. El alguacil debe de estar por ahí buscándola hecho una furia.

Juan dejó el maletín en el suelo. Tuvo que tomar aire para meditar cómo contener a las monjas que se habían instalado en el palacete. Finalmente se acercó a la madre superiora con calma, apoyándose en su bastón.

—Disculpe la actitud de mi hija, hermana Clotilde.

—No se preocupe —respondió la mujer—. En casa de Dios siempre hay lugar para el perdón.

Sor Clotilde pertenecía a las clarisas de Gran Canaria, solo que ahora regía el nuevo hogar que tenían al norte de Lanzarote. Un convento que ella misma había iniciado para acoger en su seno a las malas pulgas de la isla y darles una nueva oportunidad. Acabar en ese convento era un estigma de cara al exterior, pero también la mejor forma de redimirse ante la villa. Siempre era mejor reconocer la vergüenza si esta iba acompañada por la represión. Así el resto los vería con lástima en lugar de con reticencia. Sáficas, meretrices, mujeres encintas fuera del matrimonio. Todas las pecadoras eran bienvenidas en esta casa de beneficencia.

—Si no le importa, me gustaría dar una última oportunidad en sociedad a mi hija antes de que se la lleven —suplicó Juan a sor Clotilde—. Sé que anda algo perdida, pero también sé que se arrepiente. Irá a la parroquia cada día como es menester para lavar sus pecados.

—Lo siento, señor Leal. Como su mujer y su hijo han dicho, la acusación es grave. Tendremos que informar a los afectados por estos rumores.

Juan se aferró al bastón para evitar soltar un improperio ante las religiosas. Se volvió con rabia hacia su mujer y su hijo, tratando al mismo tiempo de aparentar normalidad en el asunto. Quería dejar claro a las clarisas que tenía la situación bajo control. Su mente bullía a toda velocidad, hasta que se le ocurrió una idea.

—He encontrado a un hombre que será un gran marido para Yaiza. Ya está cerrado. Por eso he tenido que ausentarme varios días. Si le pido esto es porque necesito discreción al respecto. Es un caballero muy importante.

Los Leal se volvieron hacia él con estupor, pero sor Clotilde y sus monjas se mostraron menos sorprendidas por la noticia. Quizá porque no parecían terminar de creérselo.

—¿Y quién es el afortunado?

—Si no le importa, hermana Clotilde, preferiría no tener que mencionar aún su apellido. Aunque le aseguro que es de buena cuna.

Pero la monja necesitaba algo más para dejarse convencer. Su peso en la isla era mayúsculo. La fe era el arma más poderosa para movilizar a las masas.

—Como comprenderá, señor Leal… Incluso su posición está en entredicho. ¿Comprende? No es de recibo hacernos venir para este desaguisado, y los derroteros de su hija auguran calamidades. Aprendiz de curandera con otra malnacida del Señor… Esta vez ha ido demasiado lejos.

Juan supo al instante que el futuro de la expedición dependía de que esa acusación no saliese de ahí.

—Está bien, hermana.

Se acercó al oído de sor Clotilde y le dio un nombre.

Solo a ella.

La audiencia enmudeció tratando de descifrar la reacción de la clarisa.

Sor Clotilde asintió, satisfecha. El nombre parecía tener peso suficiente como para justificar que se marcharan de vacío de Teguise.

Acto seguido la mujer levantó el campamento, pero antes clavó una última advertencia en Juan y en su hija.

—Más vale que sea pronto ese enlace. Le doy una semana para hacerlo público.

—Necesito algo más de tiempo, por favor. Estamos a la espera de la situación del afortunado, como puede imaginar. Pero saldrá adelante, se lo garantizo.

—Dios le guarde.

La amenaza de sor Clotilde quedó flotando en el aire.

Las clarisas se marcharon en procesión ante la mirada de los vecinos. Una docena de hábitos en el palacete de los Leal no era algo que pasaba a menudo, más aún cuando poco antes habían aparecido por allí el alguacil y el señor Betancor para traer a Yaiza. Últimamente todo lo que rodeaba al alcalde y a su familia estaba lleno de incoherencias.

Juan respiró aliviado, pues había conseguido resolver el asunto de forma providencial. Acababa de ganar tiempo, suficiente para que las monjas guardaran silencio y él pudiese organizar ese viaje.

Pronto le darían igual esas malnacidas.

Pero ahora tenía que encargarse de su familia.

61

Un traidor en nuestra sangre

Los Leal volvieron a tomar las armas en cuanto las monjas se marcharon. Juan fulminó a Mateo con la más atroz de sus expresiones. Cara a cara, el padre presionaba con su dedo la impecable camisa de lino que vestía el joven. Una vena atravesaba su sien. Se notaba a leguas que ese traje de dos piezas, propio de un señorito andaluz, era cosa de su nueva familia, los Saavedra.

—¿Cómo diantres se le ocurrió vender a su hermana de esa forma?

—Yo solo intenté hacer lo mejor para esta familia en su ausencia.

—Usted es imbécil —le espetó, con un desprecio que no le cabía en el alma.

—Mire como está madre —insistió Mateo—. Esto nos supera. Yaiza está descontrolada. Y usted siempre le permite todo.

Juan no tenía palabras. Quería descargar toda la furia contra su hijo, pero en el fondo sabía que la culpa era de Lucía. Por más que estaba tratando de evitarla, tuvo que dirigirse a ella. Su esposa tenía las manos apoyadas contra la mesa. Su rostro deslucido por el desencanto, por el deshonor y por la vergüenza causada una vez más por Yaiza.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Juan, no puedo más. Hemos aguantado que no quiera buscar marido y que se pase el día con esa curandera. Ni oficio ni beneficio. Pero ayudar a escapar a esa pordiosera… Norberto ha venido amenazándonos. Que iría a por usted, a por todos nosotros si no le dábamos el paradero de Matilde.

El alcalde contuvo el aliento, consciente ahora de los motivos de su esposa. Pero al mismo tiempo sabía que Yaiza había obrado de forma correcta. Fray Torres quería a Matilde en esa expedición. Y sin duda él también compartía tal pensamiento. En el fondo agradecía que Yaiza fuese capaz de guardar el secreto a buen recaudo.

Su hija se dejó caer en el diván y se llevó las manos al cabello en busca de calma. Juan se apiadó de ella, pues era la única que había sido capaz de ver lo que nadie más había visto tras la muerte de Domingo. De no ser por su insistencia él no habría llegado a fray Torres a tiempo. A esa expedición.

Pero Mateo volvió a las andadas.

—Padre. ¿Con quién va a casar a mi hermana?

—Eso no es asunto suyo.

—Padre…

—Basta. Esta ya no es su casa.

—Por fav…

—¡Basta! Váyase a recibir órdenes del señor Saavedra, que por lo visto se le da de maravilla. No vuelva a meterse en la vida de Yaiza.

Pero, lejos de amedrentarse, Mateo retó a su padre en un encierro en el que terminó de desmitificar su figura. Cara a cara, a punto estaban de golpearse. Habían cambiado las tornas en el tablero.

—¿Qué hace? —balbuceó Juan al verse ante una figura más corpulenta que él.

—¿Qué tiene en contra de ellos? ¿Qué le han hecho los Saavedra?

—Nada, hijo. El problema es usted.

—¿Qué?

—Su madre y yo hemos dedicado toda la vida a criarlo. A darle la mejor educación para que algún día pudiese continuar con mi estela. Sin usted, perderemos para siempre los privilegios de la alcaldía.

—¿Acaso es culpa mía? Yo no elegí ser alcalde. No quiero su cabildo, padre.

Juan volvió a atravesarlo con una mirada de rabia, incapaz de concebir que su hijo quisiera seguir en su vida un camino distinto al que él le había marcado.

—Se arrepentirá.

—Quizá ocurra, padre. Pero soy feliz con Martina. Quiero vivir mi vida con ella. —Dicho esto, Mateo lo miró con un deje de lástima. Su bastón, su ceguera.

Y Juan supo lo que su hijo quería decirle con esa mirada. Que su tiempo había concluido.

Mateo cambió de tema.

—¿Adónde ha ido estos días, padre?

—Váyase de esta casa.

—Por favor, dígame.

—Deje de fingir ese interés por nosotros ahora. Ya eligió su camino al casarse.

Dicho esto, Juan apretó los labios con fuerza, dispuesto a soltar la última palabra.

No comprendía por qué de repente su hijo aparecía por casa después de tanto tiempo ausente con su nueva familia. Por qué fingía implicarse en el hogar y a qué venía ese interés por saber dónde había estado él estos días. Lo único cierto era que por primera vez la postura de su hijo resultaba devastadora ante él.

Juan, Lucía, Mateo, Yaiza y Bernardo. La familia Leal al completo, juntos por primera vez en meses. Y, sin embargo, nunca habían estado tan divididos.

—En ese caso…, madre y Bernardo se vendrán conmigo —sentenció el muchacho.

—¿Qué? —Juan se dirigió a Lucía, pero esta ni siquiera prestaba atención.

La mujer estaba ahora sentada en una banqueta del salón con la respiración entrecortada, presa del hastío.

—¿Eso es cierto, Lucía? ¿Piensa marcharse con él?

Ella levantó el mentón haciendo un gran esfuerzo para no derrumbarse.

—¿Eh? No —balbuceó, hundida en la sumisión. Y se dirigió a su hijo con resignación—. Déjelo, Mateo. Está todo bien.

Pero el joven se negó a aceptar ese destino.

—No, madre. No pienso dejar que padre haga y deshaga a su antojo. Le espera la purga, y no quiero que esto afecte al resto de la familia. Yaiza debe cumplir su castigo con las monjas.

—¡Váyase de aquí!

Juan alzó el brazo en señal de hostilidad. Estaba a punto de derrumbarse de la impotencia. Sintió una punzada de decepción ante la idea de que a su mujer se le hubiese pasado por la cabeza

dejarlo atrás. Y encima para marcharse con su hijo a la hacienda de los Saavedra. ¿De veras? ¿Qué diablos estaba pasando en su casa?

Mateo seguía clavado en el sitio, así que Juan tuvo que insistir.

—Ya oyó a su madre. Si no tiene más que decir, vuélvase a atender los asuntos de esos gaditanos. Ella se queda.

Mateo respiró hondo mientras leía una vez más la situación. Miró una última vez a Lucía, quien le hizo un gesto indicándole que se quedaría. Después se fijó en Yaiza y en Bernardo, los dos sentados en el diván con desazón. Lucía estaba en las últimas, falta de coraje y alienada como mujer y esposa. Juan, fuera de sí, tratando de salvar un hogar que se hundía. Cómo iba su padre a salvar al pueblo de Teguise si no era capaz ni de contener a su familia.

Finalmente Mateo se marchó sin dar muestra de que fuese a volver pronto.

Esa noche los Leal no cenaron a la luz de las velas. Cada cual se encerró en su dormitorio. Salvo Lucía, quien se puso a coser en el patio bajo el candil de aceite.

Juan salió al patio poco después de la luna, dispuesto a dialogar con ella. Estaba un poco más calmado después del enfrentamiento que se había producido a su llegada. Seguía avergonzándose de tener a ese muchacho como hijo, y asimismo le dolía ver cómo tanto Lucía como Mateo habían vendido a Yaiza al peor de los castigos. De no ser por su intervención, tal vez ella estaría durmiendo con las clarisas. «Qué ironía», pensó. Pues se sentía más cerca de la joven que de su propia sangre.

—¿Puedo?

Lucía tejía en silencio bajo el alpendre de la solana. Al verlo apartó los bártulos que tenía sobre la mecedora para hacerle un hueco. La guiaba esa premonición matrimonial que solo los años podían enseñar. Junto a los hilos descansaba ese candil para combatir las sombras que se alargaban sobre la plaza. Entre sus manos sostenía un mantón al que le estaba haciendo unos remiendos con aguja y un dedal. A su alrededor la brisa jugaba con las ramas de los cipreses.

Juan hizo un esfuerzo por calmarse. Esa misma mañana había vuelto a casa eufórico por contar a su esposa lo que había vivido en Tenerife, pero el espectáculo derrumbó sus ilusiones. Necesitaba a Lucía a su lado más que nunca, y sin embargo nunca la había sentido tan lejana.

No se mecía un alma a esas horas de un domingo que se resistía a morir.

—Entiendo su frustración con Yaiza.

—Es igual. Usted es el hombre de la casa… y de la isla. Nadie mejor que vos para saber lo que más nos conviene a todos.

Juan sintió un profundo dolor al escucharla. Ese tono más atroz que la propia ironía, rasgando las vestiduras de su impotencia.

—Yo confío en su criterio, Lucía. Pero se trata de… su hija —lo dijo con la boca empequeñecida, consciente de que en el fondo no tenía plenos poderes sobre ella.

—Nuestra hija… —lo corrigió ella, sin apartar el rostro de su costura. Después levantó la vista para dar más énfasis—. Dijimos que sería nuestra hija pasara lo que pasase, Juan.

Él no quiso dar más pábulo al asunto.

—Entiendo su temor ante la visita del alguacil. Pero ¿cómo se le ocurre venderla de ese modo?

—Me mintió, Juan. Me pidió que la cubriera, que Matilde estaba con un hombre, pero que su hermano no le dejaba estar… Sandeces. Todo mentira, estoy segura. Algo trama nuestra hija, Juan. Y me temo que nada bueno. Poco podemos esperar teniendo en cuenta su relación con esa mujer.

—La culpa es mía.

—¿Cómo?

Él se acurrucó a su lado para protegerse del viento que hacía crujir sus entrañas. Gesto infantil e iluso. Se moría de ganas por contarle el verdadero motivo de su viaje. Su nuevo propósito. Sabía que con esa noticia superarían ese bache que afrontaban como matrimonio.

—Hay algo que debe saber.

Ella se apartó de él en un gesto casi instintivo.

—Tiene que ver con su viaje, ¿verdad?

Él asintió y procedió a relatarle todo.

62

El desconocido

Leonora temblaba con el simple roce del paño húmedo en la piel de su esclava. Fátima chillaba de dolor, tumbada boca abajo en el jergón del sótano mientras la cuadrillera soplaba en su carne viva, atravesada por un vivo color granate, rastros de jirones y surcos de sangre que jamás se cerrarían en su piel.

—¡Por favor, pare!

—Ya acabo, ya acabo. Es por su bien.

La adolescente respiraba con dificultad encogida como un cachorro. Mordía la sábana como si quisiera desgarrarla con sus dientes, al tiempo que Leonora apoyaba una mano en su nuca para que permaneciera inmóvil. Aunque Fátima ya se encontraba mejor, todavía se hacía necesario practicar esas curas diarias para asegurarse de que las heridas no empeoraban.

—¡Por favor!

—Tranquila, tranquila.

La cuadrillera acariciaba los cabellos de la joven con tal de calmarla, pero sabía que era tarea imposible debido al dolor que brotaba de sus entrañas. La piel de la berberisca estaba rasgada, cada golpe de zurriago dejaba una estela irregular que viajaba desde

los hombros a la nalga. Por más que esta soplara con insistencia y le susurrase que todo saldría bien, sabía que Fátima nunca olvidaría lo sucedido. Maldito el castigo que Tomás había infligido a la muchacha a través de otro esclavo. A Leonora le resultaba inconcebible cómo sus padres habían sido capaces de semejante castigo como simple medida disuasoria.

Tenía que haber algo más.

Después de hacerle las curas, la cuadrillera acompañó a su esclava al pabellón. Pensaba una y otra vez en las palabras de su madre. La justificación que le había dado Catalina no resultaba en absoluto alentadora, pero al menos había conseguido saciar hasta cierto punto su sed de saber lo que sucedía en la hacienda. Su familia pensaba sabotear una supuesta expedición de la que nadie había oído hablar. Aún le costaba creer que aquello fuese cierto.

Leonora siguió a Fátima y tomó asiento junto a ella y el resto de las mujeres que se hallaban en torno a un corro. Algunas esclavas conversaban en voz baja, otras zurcían ropajes de sus compañeros y se dejaban dormir al calor de la hoguera. La llama apenas iluminaba sus rostros. Fátima agradeció el calor de Leonora y se puso a tararear una vieja canción de cuna, aunque fuese para recordar su pasado. Desde el interior podían oír murmullos, algún que otro rezo y golpes de los niños contra las palanganas de hojalata.

La noche calmó sus ánimos hasta que las dos mujeres se quedaron a solas, rodeadas por aquella enorme extensión de tierras bajo un fogón sin fuerza. Fue entonces cuando Leonora rompió el hielo con su esclava para sonsacarle lo que roía sus entrañas.

—Algo le perturba.

—¿Eh? No, mi señorita.

—Es por su amigo, ¿verdad?

Fátima no pudo contenerse. Era evidente que Abrama llevaba unos días comportándose de un modo extraño. Apenas aparecía por el cobertizo. Accedía a hablar con Catalina y se ausentaba para llevar a cabo otras tareas fuera de la finca.

—Es buena gente, mi chico —balbuceó Fátima.

—Lo sé. ¿Le ha dicho qué está haciendo?

La adolescente negó con pesar.

—Creí que usted lo sabría, mi señorita.

—Algo —mintió Leonora.

Se quedaron en silencio un instante. Las estrellas barnizaban sus rostros colmando por completo la estela del cielo. La cuadrillera supo que debía confiar en ella si quería saber más.

—¿Seguro que no sabe nada de Abrama?

—Se lo prometo, mi señorita. Pero le aseguro que es el más fiel de todos en esta cuadrilla.

—¿Y Omar? ¿Hay algo de él que pueda decirme?

Fátima abrió mucho los ojos ante la pregunta.

—Ay, no. De eso sí que no sé nada. Se dice por ahí que Omar suele ir al puerto a atender recados para la señora. ¿Eso es cierto?

—¿Al puerto? —preguntó Leonora—. ¿Quién se lo ha dicho?

Fátima se encogió de hombros, aterrada y al mismo tiempo temerosa de que Abrama tuviese algo que ver con el asunto.

—Lo hablan los compañeros.

Leonora asintió, agradecida, aunque esa información no la ayudaba a sacar nada en claro.

Las dos mujeres se miraron en silencio, ambas bajo un manto de melancolía.

Pasaron miles de pensamientos frente a ambas en un instante. Leonora la miró con orgullo, pues confiaba en que gracias a su forma de tratar a los esclavos había conformado a un grupo dócil, pero a la vez trabajador y leal.

Pero Fátima rondaba el pensamiento contrario. La berberisca llevaba tiempo planeando en secreto su huida con ayuda de los curtidores.

Y estaba a punto de culminar su plan.

En ese momento la atravesó una culpa repentina. Lo que más le dolía era imaginar el estado de Leonora al enterarse de su marcha. No solo por la traición, sino porque estaría confirmando lo que Tomás y Catalina solían echar en cara a su hija y cuadrillera. Que no debía tener tal cercanía con sus esclavos. Por un momento Fátima incluso se planteó desechar la idea de huir.

Pero no. Tenía que liberarse del yugo de sus esclavistas a toda costa.

Aunque le costase la vida.

Entretanto, Leonora regresó a la mansión dispuesta a caer derrotada ante la cama. Estaba algo más calmada después de su conversación con la esclava.

Pero unos gritos la invadieron. Risas, procedentes del piso inferior de la mansión. Se trataba de su padre, quien acababa de entrar en casa en compañía de otro hombre. Fue tal el griterío que por allí apareció también su madre dando voces.

—¿Qué hace aquí? ¡Fuera! —le espetó Catalina al desconocido.

Tomás intervino entre ellos.

—Tranquila, Catalina —dijo Tomás—. Que solo ha venido a tomar…

—¡Fuera! ¡Le dije que no lo quería por aquí!

Leonora asistía en silencio a la discusión entre el matrimonio. Apenas acertaba a ver al hombre, el tercero en discordia. El susodicho parecía tener la edad de su padre, y hasta cierto punto había en ambos algo similar. Su vestimenta. Su forma de desenvolverse. La rascada que llevaban.

—¿Cómo se le ocurre traerlo?

—Calma, queríamos tomar algo en la intimidad…

—Este estafador… ¡Maldito!

Desde el piso superior, Leonora vio cómo su madre hacía esfuerzos por contener su rabia. Pero lo más sorprendente era que el hombre, apenas una sombra bajo el claroscuro de la escalera, no lanzaba palabra alguna. Ni siquiera se defendía de las palabras que sobre él se decían.

Poco después volvieron a marcharse los dos hombres, Tomás y aquel misterioso señor que no había abierto la boca. La situación resultaba a todas luces preocupante. Quizá tuviera algo que ver con la ruina en la que supuestamente se hallaban, pero… ¿por qué Catalina lo trataba de ese modo?

Si algo tenía claro Leonora era que jamás había visto a ese hombre.

63

El sueño de otro

Caía la medianoche cuando Lucía por fin dio muestras de haber asimilado la noticia.

Juan seguía junto a ella, callado, pero incapaz de ocultar la ilusión de su rostro después de haberle confesado que había ido a Tenerife, no a Gran Canaria. Los indicios de Yaiza, la investigación junto con Matilde, así como la visita en secreto de Juan a la comandancia general de Canarias. Juan no cabía en sí por la misión que le habían encomendado.

Liderar a un grupo hacia el Nuevo Mundo.

Pero ella no sabía siquiera por dónde empezar. Pensó que ya nada podría sorprenderla. Pero no estaba en absoluto preparada para aquello.

—¿Dejar Lanzarote, Juan? ¿Dejarlo todo?

—Es el destino, Lucía. Nuestros sueños ya se han muerto aquí. El mundo se acaba en esta isla, pero al otro lado del Atlántico tendremos tierras, agua a raudales y un clima solo comparable al del paraíso. No habrá más hambre ni sequía. Y me aseguraré de que no haya corrupción, que a nadie le falte de nada. Por fin podremos llevar a cabo todo lo que aquí no nos han dejado hacer.

Sin darse cuenta a Juan se le iluminaban los ojos al hablar. Por fin tenía algo por lo que luchar.

—Un viaje… —balbuceó ella.

—Lucía, escúcheme. Es nuestro sueño. Nos han prometido a todos el título de hidalgos. Me han enseñado los mapas de las Nuevas Filipinas. Puedo garantizarle que no hay lugar más fértil que aquel al que nos dirigimos.

Pero hacía tiempo que ella había perdido el hilo de la conversación.

—¿Nuevas Filipinas? ¿Acaso hay más de una?

—¡Claro! Es el nombre del territorio, pertenece a Nueva España. Lugar fértil como ningún otro. Y al lado del mar. Estaremos como en casa.

—Sí, ya me ha dicho lo fértil que es.

—Perdone, la emoción.

—Así que también es un virreinato.

—Aún no… porque aún no ha llegado nadie. De momento solo es una tierra. Nosotros seremos los pioneros, mi amor. Y quién sabe, tal vez pronto podamos convertirlo en un virreinato. Los dos.

Ella sintió cómo una fuerza la atravesaba. No podía más con esa pantomima. Tuvo la impresión de que su marido había perdido por completo la cabeza.

—Juan. ¿Me está diciendo todo esto en serio?

—Como lo oye.

Lucía lo miró con escepticismo.

—¿Me está diciendo que alguien mató a… Domingo para impedir el viaje?

—Así es.

Esta vez ella optó por callar, pero él tenía conversación para rato.

—Gracias a Yaiza. De no ser así esto habría quedado enterrado en el vacío. La Corona tiene cierta urgencia en este viaje. Cuestiones políticas, supongo. Es vital que partamos ya para evitar el verano y los temporales de otoño. Solo los elegidos pueden enterarse.

Llegados a este punto Lucía miraba a su esposo como si lo viese delirar.

—Juan… Piénselo un momento. ¿Cómo diantres va a llevarse el pueblo a cuestas?

—No vamos a ir todos. Me han dicho que no podemos ser más de cien, por las dificultades del viaje. Ya me entiende. Y tendremos que elegirlos nosotros. Lo haremos en secreto. Por eso pedimos ayuda a nuestra hija… y a Matilde. Las dos han estado reclutando a las familias.

Lucía parpadeó varias veces, como si el mundo a su alrededor se hubiese derrumbado.

El patio en penumbra parecía tambalearse a su alrededor. Su hogar, su vida, su familia…

—Juan, no. ¿Cómo vamos a dejar esto atrás? ¿Cuándo volveremos?

—Nunca.

—¿Qué?

—Allá tendremos tierras y seremos hidalgos, pero no vamos a volver. Esta ya no es nuestra casa.

—Pero ¿de verdad se está oyendo, Juan? —le espetó ella de malos modos.

La euforia del alcalde se desvaneció, sembrando un atisbo de desazón hacia su esposa. No podía concebir que ella no sintiese la

misma euforia que él.

Aquello era histórico.

—Esto no es por mí, Lucía. Métaselo en la cabeza. Esto es por vos, por nuestros hijos, y por los hijos de nuestros hijos. Para que exista un futuro.

Pero ella seguía sin dar crédito. Solo veía a su esposo repitiendo como un loro palabras que no le pertenecían. Hasta ese día siempre se jactaba de su desdén al monarca y hacia todo lo que tuviese que ver con esa institución. De repente se había convertido en el más fiel defensor de su causa. Era como si alguien hubiese borrado el alma a su marido.

—Dígame algo, por Dios —insistió él.

Lucía clavó la vista en el cielo, clamando en silencio a la Virgen de Candelaria para que hiciera que su esposo volviese del trance. Ese primer contacto con el rezo la llevó a culparse. De repente…, su esposo estaba convencido de tirar toda su vida por la borda.

Y ella sentía que la noticia era un castigo para ella por su gran pecado.

—No puedo, Juan. No podemos hacernos eso. Los niños…

—Yaiza no es una niña —zanjó—. Usted lo ha dicho, decidimos que sería mi hija, por más que le pese. Y Bernardo también vendrá conmigo, le guste o no. Aquí no quedará nadie. Toda persona que le importe subirá a ese barco. Así que más le vale a usted convencerse de hacer lo mismo.

Lucía se sintió amenazada ante ese tono oscuro y amenazante, como si de repente no conociese a su marido. Se quedó devastada, y al mismo tiempo desconcertada al ver que la decisión ya estaba tomada. Tenía que detenerlo. Pero ¿cómo?

—¿Y Mateo? Le recuerdo que está casado y es muy feliz con su mujer.

Juan ni siquiera había tenido tiempo de pensarlo.

—Vendrá, no le queda otra. Y ella también. El señor Villavicencio ha insistido en que tenemos que llevarnos a la gente cercana. Así que debemos asegurarnos de que el grupo esté lo más unido posible, con plena confianza los unos de los otros.

Pero Lucía dudaba que eso fuera a suceder.

Mientras la brisa arrancaba las últimas hojas de la noche, la mujer supo que ya no habría vuelta atrás.

El destino acababa de escribir su futuro.

64

Un cofre de ilusiones

Abrama era incapaz siquiera de asimilar lo sucedido. Aquel extraño beso con su señora acababa de despertarlo de un letargo en el que sentía que llevaba sumergido toda su vida. La admiraba con cada uno de sus sentidos desde el día en que entró a formar parte de la hacienda. También envidiaba su matrimonio con Tomás, y en silencio maldecía a ese hombre porque no lo creía merecedor de estar con ella. Le asqueaba su patrón, pues desde hacía meses la trataba con desprecio, la culpaba de todo cuanto sucedía en la hacienda. Todo lo contrario que él, que solo pensaba en cuidarla y protegerla.

Pero al mismo tiempo a Abrama lo invadía la culpa, pues acababa de cometer un delito por el que sufriría la peor de las condenas. Su señora había actuado movida por la desesperación y el impulso. Eran dos almas heridas errando a espaldas del resto.

El joven sentía que la vida se le escapaba de las manos. No se reconocía a sí mismo. Estaba traicionando a los suyos al anteponer a su señora antes que a la cuadrilla. En el fondo no era muy distinto de ese Omar al que tanto detestaba por su papel de favorito.

Había matado a un hombre por seguir las instrucciones de Catalina.

Solo Dios sabía el castigo que le esperaba.

Lo despertó un ruido en la madrugada, interrumpiendo sus ronquidos y un descanso reparador como hacía tiempo que no recordaba. Abrió los ojos y se volvió inmediatamente al ver que Fátima se ponía en pie de su jergón. La muchacha había tratado de levantarse con discreción, pero aún sufría por los dolores de espalda debido al zurriago y tenía que recomponer su posición.

—¿Qué hace? —le susurró él desde el camastro.

Ella dejó escapar una lágrima como respuesta, al tiempo que acariciaba sus mejillas. Tenía en sus manos un pequeño cofre cerrado, del que emanaba un fuerte olor que por desgracia a Abrama le resultó familiar. Él supo al instante que estaba a punto de actuar.

—Venga conmigo, vamos.

Fátima se volvió a su alrededor para asegurarse de que el resto dormía, aunque poco le importaba despertarlos.

Abrama se quedó inmóvil. Su lengua entrecortada, incapaz de reprenderla. Apretó los puños en el jergón, pues no hallaba ya la forma de convencerla de que cesara en su empeño. Pero a la vez sabía que no era nadie ya para darle lecciones. Quizá la osadía que estaba a punto de cometer su amiga era necesaria para despertar la conciencia en los esclavos, como ella solía decir. Abrama odiaba meterse en líos, pero a decir verdad la opinión de Fátima era compartida por el resto de la cuadrilla.

Fue entonces cuando ella insistió.

—Catalina lo está torturando, Abrama. Lo sé, no hay más que ver su nerviosismo últimamente, aunque usted no quiera contarme qué le está obligando a hacer. Acabemos con esto. Volvamos a casa.

«Volvamos a casa», se repitió. Hasta ese momento no había tomado conciencia de la dimensión de las palabras de Fátima. Volver a África, al lugar de sus orígenes, se tornaba como una realidad que casi podían tocar. Lo asaltó la tentación de romper con todo y lanzarse al vacío.

Pero se detuvo, presa de la cordura.

O de la cobardía.

—No puedo.

Ella lo miró con una mezcla de desprecio y decepción. Como si no le mereciera la pena siquiera reprocharle su decisión.

Fátima se despidió de él con un abrazo, una frontera de tristeza que a ambos derrumbó al saber que aquella sería su despedida. Ambos tenían el pulso acelerado. Si todo salía bien, su amiga se iría para siempre de esa isla para convertirse en cimarrona en las montañas del Atlas. Después de la amistad a lo largo de tantos años, ninguno quería terminar de forma tan amarga.

Aunque él no terminaba de fiarse de los curtidores, Fátima estaba convencida de que Lucas y María cumplirían con su parte del trato y la ayudarían a huir en un cayuco. La joven había recaudado los reales suficientes para adquirir el material que guardaba en aquel cofre que sostenía entre sus manos. Ella ejecutaría la acción, para la que contaba con el apoyo de buena parte de los teguiseños de los gremios populares. En su mayoría eran familias al borde del abismo, incapaces de abrevar al ganado o de evitar las peores enfermedades. Estaban hartos de la sequía, pero sobre todo, de los privilegios con los que contaban otros apellidos.

Abrama la vio alejarse entre los surcos de malvasía. Con una tristeza inmensa se llevó la mano al pecho, debatiéndose entre

estertores si tal vez debía seguirla hasta el fin del mundo. Por el contrario, Fátima no se volvió una sola vez. Había tomado la decisión y sabía que no podía mirar atrás.

Él notó cómo su corazón se aceleraba. Supo que habría un antes y un después tras esa noche. Que el futuro de la isla estaba en sus manos.

65

Retrato de resignación

18 de marzo de 1730

Juan se levantó antes de tiempo para prepararse. Regresaba al edificio de cabildo después de varios días ausente. Sabía que sus antiguos compañeros lo acosarían a preguntas, a quejas, y exigirían una renuncia en firme al cargo. Aun así ya no le preocupaba el cargo, pues ahora tenía una misión más importante que cumplir. Solo debía conservar su puesto como alcalde hasta el día en que zarpase el barco para que el comandante pudiese certificarlo como líder de la contienda. Si el corregidor de Gran Canaria se enteraba de lo que estaba a punto de hacer, lo expulsaría del gobierno insular con todas las de la ley. Sería el fin. Perdería su vivienda y su patrimonio. Los Leal tendrían que marcharse lejos para poder empezar de cero. Tal y como le habían advertido el comandante Villavicencio y el vicario Torres, la expedición debía orquestarse en secreto, ya que se hacía al margen de los políticos del reino, con el beneplácito del rey en la sombra. En caso de que el asunto viese la luz antes de tiempo, tanto el monarca como el virrey de Nueva España fingirían no saber nada, pues nadie los podía relacionar con

tan cuantiosa empresa para el Imperio. Dejarían a Juan solo ante la masa enfurecida.

El alcalde sabía que se le antojaba una jornada complicada. Lo que no imaginaba era que la noche anterior alguien había intentado sacudir los cimientos de Lanzarote.

Los ujieres se agolpaban en torno a los pasillos. Una marea de hombres danzaba de un lado al otro dando voces. Gritos. Arrastraban un cuerpo femenino de camino al sótano con grilletes.

Varias figuras hacían un llamamiento a la calma, pero decenas de agricultores suplicaban por sus tierras.

Norberto fue el primero en aparecer ante él con semblante torcido y cabreado. El alguacil mayor estaba hecho una furia, como ya intuía el alcalde teniendo en cuenta lo que había sucedido durante su ausencia entre Yaiza y Matilde. El enjuto guardia de la ley lo abordó en mitad del pasillo, con una riada de concejales a su espalda, todos ellos ansiosos por saber cómo concluiría el episodio con tan vetusto alcalde de la villa de Teguise.

—¡Leal!

—¡Válgame Dios! Buenos días.

—¡Déjese de hacerse el ignorante! ¿Cómo diantres ha tardado tanto en volver?

—Comprendo vuestra inquietud. Lamento haberme ausentado. Créame que lo necesitaba.

—¿Ni siquiera se ha enterado de lo que pasó anoche?

Juan suspiró, aturdido por tan abrupto recibimiento. El alguacil tuvo que explicárselo como mejor pudo, tratando de contener su rabia.

—Mis hombres han cazado a una esclava de los Betancor tratando de hacer estallar la mareta con un saco de pólvora.

—¿Cómo?

—Lo que oye. He tenido que dar yo la orden de arresto. Menos mal que aún hay gente aquí que hace su trabajo, porque si es por usted, no quedaría una gota de agua en nuestras reservas. ¿Sabe lo que habría supuesto para la isla, Leal?

Juan tuvo que tomar asiento en un banco del pasillo. Veía desfilar frente a él a sus empleados, la mayoría acelerados para contener a los vecinos que acudían en busca de respuesta. El alcalde tenía los pómulos atravesados por el dolor, la culpa y la impotencia. Había dejado en paños menores a su concejo insular.

—Vaya por Dios, Norberto. No sabe cuánto agradezco que haya tomado las riendas por mí. No…, no sé qué decir.

En ese momento vio a la supuesta perpetradora del delito. La llamaban Fátima. La empujaban dos ujieres por las escaleras mientras le gritaban y le tiraban de los pelos para descargar su rabia en ella. Él no pudo más que asistir con impotencia al espectáculo. Sin duda, sus hombres habían hecho un trabajo magistral en su ausencia. Con tanto interés por esa expedición secreta, había desatendido el refuerzo en la vigilancia de la mareta. Bendijo el milagro que les había salvado del peor escenario. De haber estallado los muros del depósito, sería el fin para todos.

—Ha dejado desnudo a este cabildo —le espetó Norberto, que seguía de pie ante él con gesto impasible—. ¿Cómo se le ocurre, Juan? ¡Juró hacer esto por las buenas! ¡Y le hemos dado un margen por el cariño que le tenemos después de tanto tiempo! No sabe cuánto me arrepiento. Su hija se ha llevado a mi hermana, y algo

me dice que usted tiene algo que ver en este asunto. Si de verdad quiere a los conejeros, haga el favor de echarse a un lado y cerrar este cabildo de una vez. Nombre a su sustituto. ¿Tiene ya al candidato?

—Lo siento, Norberto —se excusó, adoptando una postura encorvada y angelical para parecer aún más anciano. Se colocó los anteojos, ensalzando su parcial ceguera, y se acuñó en el bastón—. Por la mareta, y por… Por este desorden. Ya estoy al corriente de todas las habladurías sobre Yaiza y Matilde. Pero créame que se equivoca. Le aseguro que mi hija no tiene idea de dónde se encuentra su hermana.

—¡Mentiroso! —le espetó.

Juan se abrazó al bastón, tratando de adoptar una posición aún más cohibida. Tenía que abrazar su condición de víctima para culminar con éxito el plan. Solo tenía que ganar tiempo. Permanecer en la alcaldía hasta que le diesen el aviso de que la expedición ponía rumbo a América. Si los cálculos hechos por fray Torres y por Villavicencio eran ciertos, el navío debía llegar a Lanzarote en menos de una semana.

El resto de los concejales, con Armando a la cabeza, los rodearon en mitad del pasillo para contener la violencia que se desprendía en cada uno de los rincones. Los agricultores clamaban por su ración de agua. Por lo visto la mareta había sufrido un pequeño estallido antes de que los alguaciles hubiesen apagado el fuego. Lograron detener a Fátima justo antes de que la situación se tornase fatal. Lo que no sabían aún era si tal vez se había contaminado el agua.

—Por favor, ruego a todos que me den unos días para llevar a cabo esta transición de la mejor forma posible —clamó a sus

hombres, que estaban de pie ante él.

—¿Qué transición? ¿De qué habla? —insistió Norberto, a quien ahora frenaban los concejales con sus brazos para evitar que este se comiera al alcalde—. ¡Voy a dar aviso al corregidor!

—Calma —intervino Armando. Después se dirigió al alcalde—. Por favor, Juan. Haga el favor de nombrar al sucesor y cerremos esto de una vez por todas.

—Está bien. Eso haré.

Juan se abrió paso entre los hombres con el rostro surcado por la derrota. El bastón golpeaba las losas del suelo como si marcara el compás de su caída. No mostró un ápice de defensa, nada más que la resignación en cada uno de sus rasgos. Sentía clavándose en él las miradas de quienes hasta hacía poco habían sido sus compañeros. Quienes lo habían seguido y respetado ahora lo juzgaban con rostro cadavérico.

Se encerró en el despacho y respiró hondo. Después se sirvió un vaso de vino y se obligó a calmar sus impulsos. Sabía que le esperaba una dura jornada.

Pero no se imaginaba en absoluto hacia dónde le llevaría.

66

La traición

Rabia. Impotencia. Una sensación de descontrol atravesaba sus carnes. Leonora no podía siquiera asimilar la noticia. Fátima, *su* Fátima, una de sus esclavas más leales y cercanas, acababa de ser arrestada por intentar atentar contra la Gran Mareta de Teguise, el maná de la isla. No podía creerlo. Era tal su dolor que no quería siquiera levantarse de la cama, donde llevaba sentada un buen rato intentando asumir su error. Porque sabía que todo era culpa suya. Sus padres ya le habían advertido que tuviese mano dura con los berberiscos, que no se apegara tanto a ellos. Que algún día acabarían desobedeciendo y rebelándose. Cuando ella menos lo esperara. Su padre solía decir que «los moros eran malos por naturaleza», mas ella siempre desoía sus consejos. Y en el fondo seguía sin creer esas advertencias.

Apretó con fuerza las manos, clavando las uñas en la carne. Jamás había sentido tal vacío en sus entrañas. Fátima era la última persona de la que se lo hubiese esperado. La niña que cada mañana la aseaba y peinaba, quien limpiaba y asistía en las tareas mundanas. Quizá… ahora comprendía que tal vez esta había robado los reales que creía haber dejado en la encimera, hacía varias semanas. ¿Y si

habían sido sus padres quienes la empujaron al abismo? Tomás con su castigo, con esa ceguera por el alcohol con tal de marcar su territorio y su hombría.

Finalmente se levantó de la cama y se puso a deambular sin rumbo como un animal encerrado en su establo. Se miró al espejo y solo pensó en gritar. Quería romper la porcelana, como hacía su madre ante la desesperación. Volvía una y otra vez a ella la imagen de Fátima. La traición. La había cuidado y sanado. Se desvivía por ellos, y estos le respondían de la peor forma posible.

Esa mañana fue incapaz de pensar con claridad. Se dedicó a recorrer los bancales con gesto vacío, caminando entre unos esclavos que podaban las imperfecciones, otros arreglaban el terreno mientras que las mujeres limpiaban los hierbajos en torno a la mansión. No podía pensar en otra cosa que no fuese la traición de Fátima.

Pero también pensaba en su familia. En la decadencia del apellido y de esa finca que se deshacía en silencio. La discusión sobre ese extraño «estafador»… Ahora sabía lo mal que lo estaban pasando sus padres. Comprendía sus preocupaciones, sus gestos nerviosos y hasta cierto punto desesperados. La caída de su padre en el pozo de la malvasía y la ginebra.

Quizá estaba en lo cierto al castigar a Fátima con el zurriago.

Tal vez tuvo que haber sido más dura con ella para evitar esa traición.

Poco después de reordenar sus pensamientos, Leonora envió a Abrama a trabajar en la bodega. Al principio el muchacho tenía el rostro tan plomizo como el suyo, pensó que probablemente debido a lo sucedido con Fátima. Los dos esclavos eran amigos desde

siempre, así que en cierto modo el joven también acababa de perder a una parte muy importante de su vida.

La bodega era un espacio bajo y reforzado con vigas, donde cinco hombres trabajaban agachados entre las barricas y miles de botellas que allí se añejaban. Abrama y tres de sus compañeros pasaron la mañana retirando una barrica vacía, colocándola en horizontal y empujándola con cuidado hacia el exterior, procurando no dañar las duelas ni las juntas. Fabricarlas era caro y su importación desde Sevilla podía tardar meses, incluso un año si había mucha demanda en América.

Leonora los dejó trabajar sin apenas aparecer por allí, consciente de que estos eran los mejores de la cuadrilla para llevar a cabo tal labor. No tenía el día para pensar, tampoco para supervisarlos. Solo rumiaba la decepción que sentía por la fechoría de Fátima. Algo que sin duda ella había permitido con la libertad que les concedía. Sin ir más lejos, si la esclava había podido escaparse de la finca era porque los portones nunca se cerraban. A nadie se le había ocurrido escapar de casa, pues en una isla no tendría adónde ir.

Fue entonces cuando vio a su madre, Catalina, acercarse a la bodega. Desde lejos la vio hablar con Abrama, y finalmente esta lo invitó a entrar en la mansión. Otra vez.

Leonora se temió lo peor.

Algo se estaba gestando con su esclavo.

67

El peso del silencio

Catalina invitó a Abrama al despacho de la mansión. Él avanzó unos pasos hacia la mesa en actitud queda y depositó un cesto de mimbre, del que sobresalían brotes de todos los colores y estados. La mujer les echó un vistazo por encima, dejando clara su intención de dedicarles su tiempo más tarde. Aquellas uvas eran la excusa para que pudiera acceder a la casa sin llamar la atención.

Abrama creyó que así había concluido su visita, pero ella le señaló el diván. Este obedeció sin dudarlo. Tomó asiento y se dejó invadir por los muebles de roble, por el olor añejo del tabaco y ese aroma que desprendía el vino. La mujer se sorprendió al ver que este se había quitado los pellejos de cuero y esparto para no manchar los azulejos de la casa. Sus sandalias eran apenas una suela fina y destrozada con el mínimo grosor, para evitar clavarse piedras en las plantas de los pies.

—Gracias por su lealtad, Abrama —arrancó ella—. Sé lo difícil que esto debe resultar para vos. Al fin y al cabo, Fátima siempre ha sido su alma gemela.

Él rompió a llorar en silencio, avergonzado ante ese arrebato de fragilidad. Pero era incapaz de contener sus lágrimas. Había

traicionado a su amiga. Él era quien había delatado su intento de asalto en mitad de la noche para evitar que cometiese una locura.

Esta vez, sin embargo, Catalina no se acercó a él. Todo lo contrario, dejó que llorase todo el tiempo que necesitara sin mostrar un solo ápice de cariño. ¿Dónde quedaba el beso? ¿Qué diablos había significado aquello? ¿Por qué ahora se mostraba tan seca con él? Había demostrado ser el más leal de los esclavos. Había traicionado a Fátima para salvar la finca, el agua de las acequias… Y sin embargo tenía que conformarse con ese llanto incontrolable en el diván de aquel gélido despacho.

Se dejó atrapar por ese mullido cofre de piel, por momentos fantaseaba con que la tierra se lo tragase. Entretanto, Catalina volvió a tomar asiento a la mesa de roble para retomar el engorroso trabajo entre pliegos y albaranes. Respiró hondo antes de volver a tomar la pluma y ponerse a redactar.

—Quédese ahí el tiempo que necesite, Abrama. Llore, grite. No quiero que el resto de la cuadrilla le vea flaquear. Cuando se encuentre mejor, necesito que vuelva al trabajo.

—¿En la finca?

—No. Ya sabe lo que tiene que hacer.

Él asintió, cabizbajo. Otra vez debía cumplir con su servicio. Otra vez tenía que ponerse en peligro por salvar el pellejo a esa familia.

Poco después Catalina accedió al cabildo y se adentró en el último despacho del piso superior sin hallar oposición por parte de los ujieres. Su apellido era el único que le permitía tomar esos atajos. Abrió sin llamar a la puerta y Juan la recibió en paños de trabajo.

El hombre tenía un puro entre los labios y la mesa repleta de documentos, atacado en la humareda de lo que parecían registros

de cuentas y cédulas. Al verla, los tapó con nerviosismo y cubrió lo que estaba haciendo, como si tratase de ocultar algo. La mujer ya venía atravesada por las sospechas, y acababa de enterarse de la discusión que había tenido al volver al cabildo después de su ausencia.

Esto no hizo sino engrandecer aún más su peor intuición.

—Qué sorpresa. ¿No viene con su marido? —preguntó él, aparentando normalidad.

—Ya sabe cómo es. Siempre está ocupado en los viñedos.

Catalina recogió los bajos de su vestido oscuro para tomar asiento frente a él.

—¿A qué debo su visita, señora Betancor?

Ella permaneció un instante en silencio, escrutando al hombre al otro lado de la mesa.

—Ya me he enterado de lo ocurrido esta mañana. En primer lugar, me gustaría disculparme por la bravata de mi esclava. Créame que mi hija recibirá el escarmiento que merece por no haber sabido detectar a tiempo esta rebelión. Una manzana podrida.

—No se preocupe, mis alguaciles harán justicia con ella.

Catalina asintió, agradecida.

—Ya veo que se la tienen jurada en este cabildo —dijo cambiando de tema—. Unos días fuera y siguen pidiendo su cabeza.

—Me lo merezco, supongo. Creo que no he estado a la altura.

—Una pena perderlo, Leal. Intuyo que está recogiendo las cosas para presentar su renuncia.

—Así es.

Se sonrieron un tanto avergonzados. Catalina lo tanteó con complicidad en busca de su confianza, pues necesitaba encontrar la

forma de acercarse a él con suavidad.

—Ha llegado a mí la noticia de que está diciendo que su hija se casará pronto con mi Rodrigo.

Juan se quedó pálido. No podía creer que esa maldita monja hubiese hablado con ella. ¿En qué momento? No había esperado un segundo.

—Vaya. Bueno, lo habíamos hablado…

—Tranquilo, señor Leal. Lo sé, entiendo por qué lo ha dicho. Sor Clotilde vino a verme en cuanto salió de su casa. La pobre hermana necesitaba estar segura de que usted decía la verdad. Le he dicho que sí, que ese fue el motivo de su ausencia. Le he cubierto las espaldas. Así lo habíamos acordado hace tiempo.

—Gracias.

—Pero ambos sabemos que eso no es lo que ha sucedido.

Juan entornó la mirada con preocupación. Como si no tuviera suficiente ya con la oposición de sus concejales y alguaciles, ahora esto. Estaba contra la espada y la pared. Y lo peor era que no sabía si podía confiar en ella.

—Bueno…, algo hemos hablado mi esposa y yo, no se lo voy a negar. Nos encantaría que los dos se casaran —dijo, tratando de volver al tema anterior y de dar rienda suelta a la mentira.

Y ella lo congració con su beneplácito.

—No sabe lo bien que nos parece a Tomás y a mí.

—¿De veras?

—Así es. Creo que haríamos grandes cosas uniendo los lazos de nuestras familias. Pero sigue sin responderme. ¿A qué debemos su ausencia, Leal? ¿Dónde ha estado estos días?

—Un compromiso familiar al sur de la isla.

—Vaya, parece que quisiera ocultarse de todos. ¿Se puede saber el motivo?

A Juan le temblaban las piernas bajo la mesa, su corazón acelerado. Solo esperaba que Catalina no se percatase de la fragilidad en su cuerpo.

—Es un asunto personal. Tiene que ver con la herencia de mis abuelos. Nada interesante.

—Vaya. Espero que esté todo bien.

—Sí, sí. Todo en orden, no se preocupe. Aquí me tiene para lo que necesite. Y ahora, si no le importa, he de organizar de nuevo el trabajo. Ya sabe, lo de su esclava y la mareta ha levantado muchas ampollas.

—Claro.

Él la invitó a abandonar el despacho. Ella fingió creer sus palabras, pero una punzada de rabia le atravesó el pecho al ver que tendría que irse de vacío. Se puso en pie y se dispuso a marcharse, pero se detuvo, pensativa.

—Una última cosa, señor Leal… Sabe que mi familia siempre ha confiado en vos.

—No le sigo.

—Sabe la influencia que tenemos mi esposo y yo en este cabildo. Si quiere mantener la alcaldía, cosa que a nosotros también nos interesa… Ya sabe, si hay algo que deba saber… Espero que me lo diga.

Él supo que ella le estaba lanzando un ultimátum, pero él se plantó en su silencio.

—Claro, no se preocupe. Está todo bien, señora. Salude a su esposo de mi parte.

Catalina se quedó ojiplática, pero supo disimular. Se marchó esbozando una sonrisa y fingiendo que todo estaba bien entre ellos. Después volvió a poner los pies en la calle, solo que la preocupación ahora crecía ante lo que veía como un problema inminente.

Juan le había mentido. Por fin lo tenía claro. Solo un hombre dispuesto a marcharse era capaz de rechazar la propuesta que ella acababa de hacerle. Solo un mentiroso podía actuar de ese modo.

Estaba convencida de que el plan estaba en marcha.

Y que el alcalde era el encargado de liderarlo.

68

El eslabón más débil

Leonora dejó el trabajo en la finca y se encaminó al centro de Teguise. Su primer impulso la llevó a visitar a Fátima, quien aún se encontraba en los calabozos del cabildo, pero los ujieres impidieron que la viese. No podía recibir visitas hasta que la juzgase el alcalde o el corregidor. Pero ella no podía más con la impotencia, así que se saltó el alto del funcionario y descendió las escaleras que daban al sótano. Allí la encontró, tumbada entre barrotes sobre un montículo de paja. Leonora y Fátima apenas se regalaron una última mirada. La esclava lloraba arrepentida, consciente de que aquel era su final.

—Lo siento mucho, mi Leonora —balbuceó esta aferrándose a los barrotes.

Pero la cuadrillera no fue capaz de responder. Se quedó allí clavada, observándola, mientras uno de los alguaciles tiraba de ella para llevársela de nuevo al piso superior. Conforme la arrastraban de nuevo hacia la calle, oyó cómo Fátima maldecía para sus adentros.

—¡Esto es cosa de los curtidores, mi señora! ¡Me obligaron! ¡Me dejaron sola!

Fue la última vez que oyó su voz.

No quería pensar siquiera en lo que acababa de oír. Leonora recorrió las calles entre lágrimas. Tras esa visita al calabozo del cabildo, llamó varias veces a la puerta del palacete de los Leal hasta que la recibió la propia Yaiza.

—Vengo a verla.

—Claro, pase.

No eran amigas, pero Leonora necesitaba apoyo. Jamás se había sentido tan apartada del mundo. Sus padres atravesaban una crisis sin precedentes. Sentía que ya no podía confiar en nadie. Ni en sus esclavos, ni en sus padres.

Yaiza cerró la puerta tras de sí, aún con la mirada vidriosa después de su desencuentro familiar el día anterior.

—¿Qué la trae por aquí?

—Necesito hablar con Matilde —suplicó Leonora.

—¿Y eso? No sé dónde está —mintió.

Pero la cuadrillera se echó a llorar en sus brazos, dejando claras sus súplicas.

Se abrazaron. Yaiza comprendió entonces que la joven estaba destrozada por lo ocurrido con su esclava. ¿O quizá era un farol del alguacil para hallar el paradero de su hermana? No estaba del todo segura, pero confiaba en su intuición. Y al ver el semblante de Leonora, supo que esta decía la verdad.

La cuadrillera necesitaba ver a Matilde.

Las dos mujeres aguardaron un tiempo prudencial antes de abandonar el palacete, pues Yaiza quería evitar las preguntas de su madre. La plaza del pueblo se vaciaba de mercaderes cuando las dos

jóvenes se encaminaron a las afueras de Teguise hasta llegar al taller de los curtidores.

Cuando llegaron, al frente de la mesa se hallaban, como de costumbre, Lucas y María. La pareja se extrañó al ver que la acompañaba la hija de los Betancor, pero Yaiza tuvo que poner la mano en el fuego. Se la estaba jugando al revelar aquel secreto de su paradero, pero la vio tan destrozada que no pudo más que ayudarla.

—Tranquilos, podemos confiar en ella.

Los muros de la parte trasera del taller estaban ennegrecidos por la humedad. Matilde se hallaba tumbada en el suelo, jugando con Josito, el pequeño de la pareja que apenas podía incorporarse por culpa de aquella enfermedad sin nombre.

Escuchaban los ladridos en el exterior de unos perros callejeros. Leonora se asustó al principio, pues no solía frecuentar lugares como aquel. Pero Yaiza la calmó y la cuadrillera tomó asiento frente a Matilde.

—Gracias por recibirme. Tranquila, no diré a nadie cuál es vuestro escondite.

—Ya nos hemos enterado de lo ocurrido con su esclava. Una pena —lamentó María.

Leonora contuvo las lágrimas.

—¿Saben? Acabo de ir a verla. Me ha dicho que es cosa vuestra.

—¿Qué? ¡Mentira! —respondió el matrimonio al unísono.

La cuadrillera no sabía si creerla, pero al mismo tiempo estaba tan desbordada que no podía más con su alma. Era tal su necesidad por desahogarse que no esperó un instante a contar todo lo que la atormentaba.

Rompió a llorar ante ellos. Les confesó el comportamiento de sus padres, todo lo que sucedía en la hacienda y el temor que sentía a que en su propia casa estuviera sucediendo algo mucho peor de lo que se imaginaba.

—¿A qué se refiere exactamente? —preguntó Yaiza.

—No lo sé…

Había en su tono un ligero quiebre de voz. Les habló de Omar y sus escapadas al puerto, de los paños en su cobertizo…, también de las tareas de Abrama. Les contó que sus padres se comportaban de un modo extraño desde hacía meses. La visita de ese extraño doctor junto a su padre.

Matilde guardó silencio, mirando a su amiga. Yaiza tampoco necesitó más para saber lo que allí acontecía. Pero en lugar de abrirse completamente con Leonora, la curandera decidió tantearla con una pregunta.

—¿Confía plenamente en su madre?

—Supongo… —Pero Leonora estaba perdida—. Mi madre me ha hablado de una expedición. Una supuesta embarcación que zarpará desde aquí pronto. ¿Ustedes saben algo?

Yaiza y Matilde negaron con rotundidad, ambas fingiéndose sorprendidas. Lucas y María, que se hallaban a cierta distancia de la conversación, también esbozaron el mismo rostro.

Leonora continuó hablando.

—Es que… temo que mis padres cometan una locura.

—¿A qué se refiere?

—No sabría decirle.

Yaiza la abrazó, transmitiéndole su cercanía. Aunque en el fondo estaban en bandos opuestos. No necesitaban más para unir las

piezas con las que ya contaban. Primero, Abrama había confesado que Omar había tenido algo que ver con la muerte del tercer esclavo, Samir, algo en lo que nadie quiso indagar al principio. Domingo había estado a punto de morir a manos del vino de los Betancor. Y ahora también sabían que una mujer había visitado el convento esa misma noche.

Probablemente la misma que intentaba sabotear la expedición.

Tenía que ser Catalina.

Pero había algo más que preocupaba a Matilde. Y tenía que ver con la relación entre Omar y sus viajes al puerto.

—Ese doctor, esos viajes que le han dicho que hace a menudo en solitario desde la hacienda. Tal vez no se trate del puerto, Leonora.

—¿Cómo?

Matilde tomó las manos de la joven.

—Quizá estemos hablando del edificio situado más allá, al otro lado del acantilado.

A la joven se le vino el mundo encima.

Si lo que insinuaba Matilde resultaba ser cierto, sus padres habían incurrido en la más cruel de las mentiras.

69

Las grietas del honor

Toda precaución era poca. Por ese motivo Juan tuvo que acudir en solitario al lugar que le habían indicado fray Torres y el comandante Villavicencio. Abandonó el cabildo y se dirigió al encuentro a la hora establecida. Por suerte se hallaba a las afueras de Teguise y no tuvo que solicitar más ayuda que la de su bastón. Se dirigió a los lavaderos de Mendieta, un antiguo estanque natural situado entre colinas a las afueras de la villa. Junto a esta cuba de piedra se hallaban varias piletas para trajinar y pelar la ropa contra las hendiduras, pero hacía años que no podían recoger el agua debido al sol que pegaba cada día.

Pero Juan no atisbaba un alma a su alrededor. Nada más que pequeñas arboledas de medianías, un calor que no remitía ni con sombrero y las nubes en la distancia.

—¡Llega tarde, señor Leal!

Juan se volvió en derredor en busca de la procedencia del grito. No había muchos lugares en los que ocultarse, mas no logró acertar dónde se hallaba el susodicho. Quizá detrás de un árbol. Era una voz masculina, eso sí estaba claro. Aunque a decir verdad Juan tampoco

era capaz de defenderse por esos lares, ya que apenas había pasado por allí en años.

—Mi amigo, el comandante Villavicencio, me ha dicho que usted es el mejor candidato para esta expedición. Espero que no esté equivocado.

A Juan lo recorrió un espasmo nervioso al escucharlo de nuevo. La misteriosa voz sonaba como si Dios estuviese hablándole.

—¿Es usted Milton Leathner? ¿Por qué no se acerca?

—Prefiero que no nos veamos, Leal. Mejor así. Voy a pedirle que no se vuelva a sus espaldas.

Ese acento le resultó familiar al instante, tan insólito y extraño. A juzgar por la procedencia de su voz, Juan intuyó que el desconocido seguía de pie. Solo Dios sabía si portaba un arma en sus manos. Así que obedeció y permaneció quieto en la roca del lavadero. Frente a él se hallaba el estanque, vacío y con restos de musgo adheridos.

El hombre se hallaba tras él, a cierta distancia. La voz le resultaba familiar.

—¿Tiene el dinero? —preguntó Juan.

Una carcajada a su espalda.

—No exactamente. No puedo dárselo así como así, como comprenderá. Tendrá que emitirnos una libranza por alguna transacción que lo justifique.

Juan no se fiaba un pelo, algo que la voz reconoció al instante.

—Entiendo sus dudas, Leal, pero esta es la oportunidad que tanto lleva esperando. El Viejo Mundo se muere. América es el futuro, y la Corona confía en vos para fundar esa nueva civilización. La bahía del Espíritu Santo. Sería una lástima que no pudiese llevar a cabo su gran proyecto político por su recelo.

—Hable en cristiano, ¡coño!

Juan se volvió, pero el hombre lo retuvo con los brazos. Sin duda era mucho más fuerte que él.

—El tiempo corre. De usted depende formar parte de las crónicas de nuestra historia.

Pero él sintió que algo no cuadraba.

—¿Qué pretende que le venda?

—Sabe tan bien como yo la cuantía de tal empresa. El comandante le ha puesto al corriente de los reales necesarios para fletar el navío y todo lo que esto conlleva. Os espera una larga travesía hasta el puerto de Veracruz.

—¿Por qué este secretismo?

—Francia.

—¿Qué?

—Lo que oye, Leal —le espetó el hombre—. Nuestra enemistad con Francia es la única razón por la que el virrey necesita fundar cuanto antes un asentamiento en la frontera del Imperio. Necesitamos a un grupo amplio, como el que usted va a reunir, para evitar que los franceses quieran hacerse con esa parte del virreinato. ¿Le sirve esta respuesta? A ver si así confía en mi palabra.

Al igual que la mayoría, Juan apenas tenía nociones de geografía, y tampoco había frente a él un mapa con el que corroborar las palabras del desconocido. Pero aquello le sonó a chamusquina.

—Entonces… me necesitan.

—No, señor. Si no es usted, lo hará otro.

Juan permaneció inquieto en el sitio, sintiendo en su nuca la respiración del desconocido. No era miedo lo que bullía en su

interior, sino un mal presentimiento. Algo le decía que debía dar un paso atrás en esa misión.

Antes de que pudiera volverse, el hombre dejó una bolsa de monedas a sus pies. El alcalde supo de inmediato que era el hombre que lo había visitado tiempo atrás en el concejo insular. Las monedas estaban impolutas en su mayoría, brillaban como joyas de la más preciada aristocracia.

—Usted… ¿Estas monedas son…?

—Falsas, así es. Como las que recibió en su gabinete —respondió el hombre.

Juan no podía creerlo. Tanto estas como las anteriores monedas eran tan perfectas que parecían reales.

—Usted es el falsificador.

Pero la voz se desvaneció.

Juan regresó a Teguise envuelto por el siroco, rumiando la conversación con ese Milton Leathner del que nunca antes había oído hablar. Memorizaba los detalles que este le transmitió sobre los siguientes pasos que debía llevar a cabo. También rezaba el vacío bajo su coraza, pues el alcalde, incorruptible como se definía a sí mismo, no concebía estar aceptando financiar dicha expedición con un dinero de dudosa procedencia.

Era cómplice, sí. Lo sabía perfectamente y se avergonzaba más y más en cada paso a través de los senderos, apoyado en su bastón. Ardía de rabia por estar aceptando algo que no solo era ilegal, sino que además había afectado enormemente a la economía de los conejeros. Lo primero que tuvo claro es que eran ciertos los rumores

sobre el comandante general de Canarias, Lorenzo Fernández de Villavicencio. y su entorno habían estado beneficiándose en un momento en el que el pueblo moría de hambre y de sed.

Pero no le quedaba otra que aceptar si quería salvar a los suyos.

De haberlo sabido solo unos días atrás, Juan habría removido cielo y tierra por llegar al fondo del asunto.

Ahora el cantar era otro muy distinto.

Y lo peor era que, aunque él no se había dado cuenta, alguien llevaba siguiéndolo desde que salió del cabildo.

70

Un hogar para la redención

Abrama se repetía a sí mismo que solo cumplía órdenes de su señora Catalina. Que sería la última vez, tal y como esta le había prometido. Pero se arrepentía a cada segundo que pasaba de haber accedido a cumplir con los designios de esa mujer a la que ahora amaba y odiaba a partes iguales. Toda una vida tras ella, imaginándola en cada una de sus perversiones a los pies de su pedestal. Y sin embargo ahora temía estar quemándose con el fuego de sus labios. Lamentaba haber tenido que escoger a su señora antes que a su amiga. Pero era su deber. Solo esperaba que Fátima no corriese un mal destino. Que al menos la vendiesen en Gran Canaria. «Sí, eso es lo que ocurrirá», se dijo una y otra vez tratando de convencerse.

El muchacho había seguido a Juan hasta su encuentro con ese hombre misterioso. Agazapado entre unos arbustos les había visto hablar, escuchó su discusión y lo que se proponían. Pero lo que más le extrañó fue que no llegaron a verse las caras el uno al otro. Como si ambos supieran de antemano de lo que hablaban, o como si no importase el rostro mientras el negocio prosperase.

Al concluir el encuentro decidió seguir al desconocido. Aquel hombre recorrió un secarral hasta llegar a los muros de su hacienda, el mismo cortijo en el que él había acabado con la vida de un pobre esclavo. La vivienda de los Saavedra.

Allí había un grupo de berberiscos, reunidos en torno a un claro en las tahonas, todos ellos arrodillados en círculo, desgarrando sus voces con un hilo de pena. Sostenían entre sus manos un bulto cubierto con harapos. Un cuerpo, probablemente el del joven al que él mismo había arrebatado la vida. Le crujieron las entrañas al verse de cara a cara con la muerte. Se le vino el mundo encima al instante. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué se había convertido?

Por un instante quiso confesar, entregarse a los Saavedra y asumir su culpa. Pero le pudo el miedo. No quería morir como un salvaje. Vio entonces esa cueva a la que no había accedido en su anterior visita. Los esclavos entraban y salían sin descanso, cargando sacos con piedras o vetas de metal. Algunos llevaban el material hacia las tahonas. Molinos de sangre, como se decía que ocurría en Fuerteventura. Pero ¿qué estaban moliendo exactamente? Quiso entrar, pero había tantos hombres y mujeres deambulando por las fincas que supo que sería un error.

El remordimiento lo carcomía. Ya no era un hombre, sino un eco de su propia estampa.

Todo un traidor, capaz de matar y traicionar a la sangre de su sangre. Si tan solo hubiera una forma de redimirse, la habría aceptado. Supo que Dios lo observaba, como siempre. Que aún no lo había castigado, pero pronto lo haría si no paraba sus propios pies.

Así que se presentó en la iglesia.

No había nadie más en el templo, así que Abrama se arrodilló ante al confesionario. Harapos de lino blanco cubrían su estela, mostrando su figura recta y devota. En ese momento se dio cuenta de que fray Torres aparecía, procedente de la sacristía.

—Los esclavos solo pueden venir en domingo.

—Lo sé, padre. Le ruego me disculpe. Pero es urgente.

Fray Torres suspiró, después capituló ante su súplica. Por esta vez le concedió el beneficio de la confesión y se introdujo en el cubículo.

Abrama oyó cómo la sombra al otro lado se revolvía en su asiento, tratando de colocarse para adoptar una mejor postura y prestarle su atención.

—Padre, perdóneme porque he pecado.

Silencio. Después, la voz al otro lado respondió.

—Dios ya está al tanto de su pensamiento, obra y omisión. Cuénteme en detalle.

Eso hizo Abrama. Confesó ante la penumbra todos sus errores y desmanes.

Después se marchó más aliviado, consciente de las palabras del párroco que lo invitaba a confesar sus pecados ante la autoridad y a rezar en consecuencia. Pero él no se atrevía. No podía tirar todo por la borda. Bastante le costaba tener que reconocer sus desventuras como para encima sucumbir al abismo.

No podía mirar atrás. Confesar no lo eximía de culpa, pero halló un especio de redención al decir la verdad ante Dios.

Por primera vez sentía que no caminaba hacia la oscuridad, sino hacia la luz.

De vuelta a casa, sin embargo, lo asaltaron unos gritos en la distancia. Abrama pudo ver a varios alguaciles que arrastraban por el

secarral a una berberisca. La tierra cuarteada, y un empujón en la espalda de la muchacha. La vio a lo lejos, pero no se atrevió a acercarse, consciente de que, si lo hacía, la furia podría caer también sobre él. Sabía que estaba bajo sospecha. Que por más que hubiese confesado sus pecados, el cabildo lo perseguiría en cuanto se corriese la voz por haber dado muerte al esclavo. Aunque confiaba en Catalina, quien le había asegurado que la familia de aquel cortijo no daría la voz de alarma.

Permaneció observando desde la distancia, agazapado entre muretes. Fátima estaba en el suelo, en mitad del secarral, rodeada por varios hombres que parecían a punto de ajusticiarla. Rompió a llorar en silencio al ver lo que había conseguido. Y lo peor era que a pesar de todo había dignidad en el gesto de los verdugos. No quería mirar, pero era incapaz de dejar de verla, pues sabía que sería la última vez que lo haría.

Fue entonces cuando Fátima levantó la mirada hacia él. Ni siquiera el desprecio se atisbaba en el rostro de la berberisca, quien tampoco hizo ademán de llamarlo. Semblante ardiente el de ambos, cara a cara separadas por un campo tan árido como sus corazones. Abrama la había vendido en pos de salvar a sus señores. Y en el fondo había salvado a los teguiseños de la sequía.

Los alguaciles atravesaron una soga al cuello de Fátima y tiraron de ella como un arriero con su burro. La joven se revolvió sobre la tierra hasta que su cuello palideció. Después sus ojos se cerraron para siempre.

Abrama no pudo más que arrodillarse en señal de respeto, con sus lágrimas aún resbalando por la barbilla. Después se volvió por la

ladera, dispuesto a cumplir con las nuevas órdenes que le diera su señora Catalina.

Abrama se adentró en la hacienda Betancor dispuesto a hablar con su señora.

Las nubes cubrían el cielo por primera vez en días.

71

La verdad

Juan estaba exhausto cuando llegó a casa, algo que su mujer y sus hijos notaron al instante. Uno de los días más complicados que había tenido como alcalde. Sin embargo, no parecía preocupado por las críticas o rumores que llovían sobre él, sino en hacer lo posible por mantener las apariencias hasta el día de zarpar.

La mesa del comedor acogió a la familia otra noche más de inmundicia y recelos entre los cuatro. Lucía era un nervio, la mujer clamaba por un desenlace discreto, pues no podía concebir que su Juan estuviese dispuesto a tirar por la borda décadas de reputación por huir a América. Estaba en contra de ese viaje, de esa osadía en la que le había embaucado el comandante general. Qué paradójico resultaba el asunto para ella, pues el propio Juan lo consideraba un corrupto hasta las entrañas hasta hacía solo unos días y ahora sucumbía a sus encantos.

Iban a dejarlo todo. Eso era lo único que Juan tenía claro, y dio un puñetazo en la mesa llamando a la unidad de la familia. Bernardo se encogió de pavor ante la transformación que estaba dando su padre a pasos agigantados, mientras que Lucía dejó escapar una mueca de

desesperanza al sentir que alguien acababa de arrebatar el alma a su esposo.

Yaiza, por el contrario, rumiaba en silencio el puchero de la cena. La joven seguía cabreada con su madre por la traición, pues a punto había estado Lucía de hacerla recalar en un convento. Pero lo que más le dolía era saber la verdad sobre la muerte de Domingo. No aguantaba más con ese retrato en su cabeza. Tenía todas las piezas y odiaba que no le dejasen hacer nada al respecto.

—Padre, tenemos que hacer justicia. Se lo debemos.

Juan se reclinó con su postura erguida y signos latentes de cansancio. Después se llevó las manos a la cabellera para dar énfasis a su falta de sueño.

—Por favor, hija. Dejemos eso atrás. Debo organizar unos últimos asuntos para la expedición sin levantar más pólvora ante el cabildo. No puedo volver a meterme en el convento y arremeter contra Carrasco. No pienso llamar más la atención.

—¡Padre! Se trata de…

—Me da igual la verdad —la cortó él—. Ya la sabemos, pero de nada sirve. Si queremos salvar a nuestra gente, tenemos que centrarnos en el viaje.

—Padre, usted no… Este no es usted.

Juan la miró con resignación y al mismo tiempo con desconcierto ante el juicio de su hija.

—Yaiza, le ordeno que deje de traer a Domingo al presente. A veces… no ganamos nada sabiendo la verdad.

—¿Qué?

—Sé que tiene en gran estima al visitador. Yo también, créame. Le debo mucho en esta vida. De no ser por él jamás habría llegado a

ser alcalde de este concejo insular. Pero… ya sabe que Domingo tenía muchos enemigos.

Lucía y Bernardo asistían en silencio a la discusión. Juan dejó caer los párpados, abrumado ante la insistencia de su hija.

Yaiza puso en conocimiento de la mesa cuanto sabía a raíz de la confesión de Leonora. Para ella todo encajaba. Desde la muerte de Samir a la visita de esa mujer al convento en plena noche. Aquella revelación obligó a Juan a tomárselo en serio.

Pero esta vez fue la propia Lucía quien intervino.

—Por favor, Yaiza.

—No me hable, madre.

—Sí, me va a escuchar. Estoy en contra de este viaje. Y por más que me pese, su padre tiene claro que quiere hacerlo.

—Es mi deber como alcalde —puntualizó él—. Me debo a la Corona. A esta misión secreta del rey. Aunque ahora nos odien, la historia nos dará la razón.

—Está bien —continuó Lucía, dirigiéndose a su hija—. Lo único que le pido es que deje descansar de una vez al convento. Su padre se lo ha dicho ya. Si se enfrenta a los franciscanos, le aseguro que harán todo lo posible por hundirnos. En dos días a lo sumo tendremos al corregidor condenándonos al exilio. ¿Quiere embarcar en ese navío, o prefiere acabar en la miseria más absoluta?

Yaiza se contuvo en su respuesta. Sabía que su madre tenía razón, pero se resistía a ceder a toda lógica. Quería la verdad. Primero, por Domingo. Se lo debía por todo lo que de él había aprendido. Pero también porque había visto en sus propias carnes cómo fray Carrasco había tratado a su padre, a Matilde y a ella en el convento,

tachándolos de dementes. A esto se sumaba la reacción de Leonora, quien veía a sus padres actuar de modo desesperado.

Tenía que hacer justicia.

—Padre… Domingo vino a Lanzarote para darnos un mensaje. Gracias a él, su proyecto político está a punto de hacerse realidad. Nuestra vida está a punto de cambiar.

Juan iba a responder, pero Lucía volvió a intervenir.

—Quizá no haya venido para bendecirnos, sino para traernos una condena.

Silencio.

El alcalde se dirigió entonces a su joven pupila, que seguía con los codos clavados en la mesa del comedor haciéndose valer con sus insistencias.

—Yaiza, centrémonos en lo que de verdad importa. Sí, sabemos que Medina traía esa cédula para que preparásemos la expedición en secreto. Y sí, quizá quienes lo mataron estaban al tanto de ello y querían evitarlo. Por eso…, más motivos me da para no seguir indagando. Si de verdad quiere hacer justicia, tenemos que culminar ese viaje. Es lo que querría *su* Domingo. De nada sirve la verdad.

Sin embargo, Yaiza seguía empecinada en llegar al fondo del asunto.

—Catalina. Estoy segura de que ella está detrás. Y su esposo también. El vino, la muerte de su esclavo, esa visita de una mujer al convento, la reacción de su propia hija…

—Puede ser, Yaiza. Pero… ¿qué ganamos enfrentándonos a ella? Es más, creo que juega a nuestro favor si callamos lo que sabemos.

—Padre, si Domingo temía por su vida cada vez que volvía a la isla, ¿por qué seguía haciéndolo?

Juan contuvo el aliento.

Lucía tuvo que intervenir, esta vez tomando la mano de la joven a modo de súplica.

—Yaiza, no siga removiendo el asunto. Necesitamos que zarpe el navío. Hágalo por su padre. Por la familia.

Pero ni aun así lograron convencerla de que se mantuviese al margen.

—Lo siento, madre. Pero no puedo quedarme callada. Iré a hablar yo misma con fray Carrasco, si es necesario. Se lo debemos a Domingo. El pueblo merece la verdad.

Yaiza dejó la cena a medio rumiar y se marchó a su habitación cabreada, incapaz de concebir que sus padres prefiriesen dejar que la verdad quedase enterrada para siempre.

Bernardo también se fue a su dormitorio y el matrimonio quedó a solas.

Juan y Lucía, dos rostros atravesados por un pasado que volvía a ellos. Para el alcalde la situación se tornaba crítica, pues los problemas se le acumulaban.

Y no sería el último.

Esta vez fue su mujer quien tomó su mano.

—Lo tiene claro, Juan. Es imposible convencerla cuando se empecina en algo.

—Lo sé, iré con ella.

Lucía tomó aire antes de hablar.

—Deténgala, Juan. Haga lo que sea. Pero esto no puede salir.

72

El aroma del vinagre

Esa noche, Leonora se adentró en rincones que jamás creyó tener que visitar. Tan solo unas calles detrás de la parroquia, en un callejón, se diseminaban varias tabernas de las que brotaban unos gritos masculinos tan fuertes que provocaban el pavor en las mujeres. Pocas eran las damas que se atrevían a cruzar esa estrecha vereda de adoquines colmada por los escupitajos y rastros de vómito cada madrugada.

Leonora accedió como una aparición. Temía cada mirada lujuriosa que le devolvían los señores. Y eso que conocía a la mayoría por ser amigos o conocidos de su padre. Pero allí se transformaban hasta las moscas. Bullía en el ambiente un festín de desenfreno al que solo los fuertes de coraje y mente eran capaces de sobrevivir. Olor a vino, a grasa despiezada colgando de los pilares del techo y un nubarrón provocado por el humo del tabaco. Serrín a borbotones en el suelo para absorber los fluidos que desprendía la clientela, y un griterío capaz de derrumbar a la barriga más frondosa de la barra.

Su padre era uno de ellos.

Lo vio riendo a carcajadas en una de las mesas del fondo, sobre la que descansaban varios odres de vino, y cinco gañanes

acaramelados que gritaban a todo lo que daba Dios. Jugaban a los dados, acompañados por una navaja.

Leonora atravesó los cuerpos ante el recelo y la lujuria de todos.

—¿Hija? —exclamó su padre—. ¡Siéntese, por Dios!

Ella apenas saludó con un movimiento tímido de mano. Junto a él había un hombre desconocido para ella. Era el único hombre cuyo rostro no le resultaba familiar. Y al mismo tiempo el susodicho parecía estar examinándola con desconfianza. Como si los hubiese interrumpido en medio de algún trato.

—¡No, padre! ¡Venga conmigo!

Tomás se resistió, como si hubiese una fuerza en la mesa que lo mantuviese anclado a la madera. No fue hasta que el desconocido le dio permiso cuando el hombre se puso en pie. Parecía estar obedeciendo a sus designios. Parecía el hombre que había estado en su casa, a quien su madre echó de allí hecha una furia.

Padre e hija se acodaron en la barra, haciéndose un hueco entre los parroquianos que ya rompían sus esófagos con los licores. Tomás titubeaba en su andar y desprendía un hedor avinagrado.

—¿Quién es ese hombre?

—Nada, hija. Tonterías del negocio. Usted a lo suyo. No sabe cuánto se lo agradecemos su madre y yo. Lo difícil que es encontrar a un capataz de confianza. Está todo lleno de holgazanes.

Tomás tuvo que tomar aire al terminar de hablar. Leonora se preocupó aún más al contemplar su estado.

—¿Quién es? —insistió, señalando con disimulo hacia el rincón.

—Un amigo.

—Nunca lo había visto.

—Porque no vive en Teguise, sino al norte, por el puertito de Arrieta.

Ella lo miró extrañada.

—No sabía que tuviese amigos por allá, si no viven más que pescadores y…

Se detuvo. Recordó aquel caserío semiabandonado, por motivos obvios. Un lugar en el que se hospedaban los cirujanos y doctores que la Corona enviaba cada cierto tiempo a Lanzarote para hacer frente a los brotes que arrasaban la isla. Nadie quería vivir cerca de ese barranco por miedo a contagiarse.

—¿Quién es ese hombre, padre?

—Un am…

Leonora no aguantó más. Se levantó, presa de la desesperación, y corrió hacia el hombre, a quien abrumó con su sola presencia al tomar asiento en la butaca frente a él.

—¿Qué hace aquí? ¿Quién es usted?

El hombre la miró sin comprender.

—Dígame, por favor.

—*Non, non*…

—¿Francés?

Pero no necesitó confirmación. El desconocido no hablaba una palabra de castellano. ¿Un viejo amigo de su padre, tal vez?

—¿Abrama? ¿Omar? ¿Le suenan estos nombres? Son esclavos. ¿Los conoce?

En ese momento Tomás apareció ante ella, colérico y eufórico a partes iguales por los efluvios del vino. Tiró de ella por la pechera del camisón y la arrastró a la calle, dando voces, tropezando con las mesas y apartando a cada quien con rabia.

—¡Fuera! ¡A casa!

Se sacudió las manos y regresó al interior.

Leonora se quedó clavada en el callejón, fulminada por la mirada de decenas de hombres que se volvieron al oír los gritos. Unos orinaban en las paredes, mientras que otros se intercambiaban gritos en corros.

Pero en lugar de marcharse decidió permanecer apostada cerca de la puerta, en medio de los parroquianos que soltaban improperios y gritos, los unos a los otros. En circunstancias normales Leonora jamás se habría dirigido a uno de esos grupos, pero la desesperación la estaba matando.

—Disculpen —preguntó.

Un corro de cinco bravucones se volvió hacia ella. Se la comían con los ojos, al mismo tiempo que dejaban escapar una risotada al ver a esa dama indefensa entre tanto varón atravesado por el licor de guarapo.

—Usted es la niña de los Betancor… —El que tomó la palabra era un pescador de nasas que solía trabajar al servicio del aduanero.

—Sí.

Tiró del brazo del hombre y lo adentró ligeramente hasta el interior de la taberna.

—¿Qué hace, niña?

—¿Puede decirme quién es ese hombre?

—¿El que está discutiendo con su padre?

—¿Eh?

Ella se fijó. En efecto, lo que parecía una charla se trataba en realidad de una discusión un tanto acalorada. El asunto no le dio buena espina.

—El doctor.

—¡Dígame!

—¿Y a mí qué me cuenta, niña? —dijo, zafándose de ella con un brazo, mientras que con el otro sostenía el vaso de ron—. ¡Pregúntele a su padre!

El pescador no parecía dispuesto a colaborar, pero se apiadó al ver la desesperación en sus ojos.

—No sé si es de esos que envía la Corona a las casitas de Arrieta para tratar los brotes. ¿No ve que nadie más se acerca a la mesa? Valiente es su padre, desde luego, que le da igual que ese doctor le pueda contagiar algo.

Un millar de pensamientos rondaron la cabeza de Leonora en una fracción de tiempo.

Y entonces la asaltó el peor de los presentimientos.

73

La playa de los condenados

Leonora corrió a través de la llanura con desesperación. Ni siquiera llevaba el calzado adecuado, pero le daba igual. Dejó atrás la villa de Teguise y atravesó las pencas y matojos que conducían a la zona de talleres y gremios, aquella inhóspita sección de chamizos ubicada en mitad de las tormentas de arena.

Mientras avanzaba, volvían a ella una y otra vez todas las acciones de sus padres. El nerviosismo, el trato a los esclavos, la presencia de un médico francés, la carta y la crisis que padecían… El hecho de que hubieran comprado a Omar al señor Perdomo, y lo tuviesen aislado en otro cobertizo al margen del resto de la cuadrilla. Que desde el primer día estos le hubiesen encargado distintas tareas de las que Leonora no tenía ni idea. Recordó el día en que decidió colarse en ese cubículo en el que dormía el esclavo, en el que encontró un sinfín de sábanas y paños.

Todo cobraba sentido.

Pero no quería creerlo, no quería concebir el peor de los desenlaces.

Por eso tenía que salir de dudas antes de sucumbir al dolor.

El puerto quedaba en el horizonte, bajo la loma, pero no era ahí adonde se dirigía, sino al edificio situado el otro lado de aquella ensenada. El lazareto de la isla, edificio plagado de leyendas y todo tipo de rumores, donde las enfermedades más atroces se daban lugar.

Leonora descendió el pedregal escalonado que comunicaba con aquella playa. Frente a sus ojos no había otro reducto que una cala de arena que más bien parecía de terracota. El edificio de piedra se elevaba, infausto, bajo el acantilado, oculto de las miradas a menos que alguien decidiera bajar a esa playa maldita que tan solo se utilizaba para desembarcar a los enfermos.

Dos hombres de batas blancas y pañuelos en la boca le bloquearon el acceso.

—Tengo que pasar, tengo que entrar —dijo, desesperada.

—Mujeres no. ¿Usted quién es?

—Por favor, déjenme un traje. Ya. Necesito pasar.

Los hombres negaron. Parecían dos fantasmas. Leonora podía oír sollozos, gritos y algún que otro alarido procedente del interior del edificio. Ella intentó entrar, pero estos se apostaron frente a ella sin piedad. La empujaron para evitar su acceso.

—¡Fuera! ¿No ve que es peligroso?

—Por favor, déjenme entrar. Se lo suplico. Hay alguien ahí adentro a quien tengo que ver. —Una lágrima asomó a su mejilla.

Uno de los hombres se apiadó al ver la impotencia de la muchacha. Se dirigió al interior y volvió a salir con unas sábanas blancas que parecían recién lavadas, así como varios paños humedecidos.

—¿Está segura?

—Sí. ¡Sí!

El hombre arrojó sobre su cabeza un cubo lleno de vinagre, y después le pidió que se pusiera la sábana. Leonora no fue capaz siquiera de gritar mientras se dejaba hacer por aquellos dos vigilantes. Era un cuerpo sin alma, un eco dejándose llevar por la necesidad de cruzar esa puerta.

Uno de los guardianes la condujo al interior.

El olor humedeció sus fosas antes siquiera de ver un solo cuerpo. Mezcla avinagrada, sudor y una humareda debido a las hierbas aromáticas que ardían en pequeñas fogatas de carbón. Ventanales de grandes dimensiones, abiertos de par en par, un vendaval arenoso que llenaba el suelo y la propia saliva. Y sin embargo el aire rezumaba espesor, gritos y aullidos de dolor. Una treintena de jergones sobre los que yacían enfermos de todas las edades, hombres en su mayoría, consumidos por el rojo encarnizado y las pústulas. Las moscas convivían con ellos en un ecosistema en el que dolía hasta respirar.

Leonora atravesó un pasillo repleto de cuerpos que no eran más que huesos y pellejos. Hombres inmóviles, otros a los que solo podía ver los labios o las manos al aire libre, mientras que el resto de sus cuerpos quedaba cubierto por sábanas humedecidas en vinagre. Plagados de infecciones estaban los dedos de algunos pies. Ella buscaba con desesperación ese cuerpo al que tanto admiraba, pero el hombre le indicó que la siguiera, pues ya parecía saber de antemano quién era ese conocido al que había acudido a admirar.

Después de aquel enorme pasillo repleto de camastros, Leonora cruzó una puerta que conducía a una habitación cerrada. Un cubículo en el que solo dormía un enfermo. Una cama algo mejor

que las demás. Un ventanuco sobre el cabecero del jergón. Un cuerpo abrazado por la seda, y aquel rostro hinchado e inflamado, del que tan solo sobresalían los ojos y los labios. No tuvo que buscar más.

Supo de quién se trataba en cuanto lo vio postrado en la cama.

Y se le vino el mundo encima.

74

El silencio de una confusión

19 de marzo de 1730

Al amanecer, un novicio les cerró el portón en las narices cuando Yaiza y Juan se presentaron a las puertas del convento de San Francisco. El alcalde insistió al golpear la puerta, aun a sabiendas de que la villa todavía dormía, y que estaba poniendo en riesgo su expedición.

Fray Carrasco asomó el rostro por una de las enrejadas, y ambos notaron al instante el miedo en la mirada del religioso. Fue entonces cuando este se apartó de entre las rejas para después aparecer ante ellos.

El hombre desprendía un aire melancólico en cada rincón de su hábito. Yaiza lo miró del mismo modo en que se mira a la victoria. Sentía que estaba tan cerca de la verdad que casi podía olerla.

—Queremos hablar con vos. Tenemos infor…

—Está bien —la cortó Carrasco—. Os diré la verdad. Pero vayamos a otra parte.

Lo acompañaron en procesión por toda la villa hasta que por fin llegaron al lugar escogido por este. El cerro de Matasangre,

presidido por una cruz de madera desde la que se podía divisar el mar y las casas pálidas que se diseminaban por los alrededores. Un desfiladero desde el que podían precipitarse al vacío. Abajo quedaba la llanura.

Fue la primera vez que fray Pedro Carrasco se mostró como lo que era, un mortal de cabo a rabo. Su gesto mustio dejaba mucho que desear. Abotargado bajo el hábito de terracota, clamaba al Dios que fuere por su alma doblegada. Lo asaltaba la condena por sostener esa mentira durante tanto tiempo.

—No hay mirador más bello en toda la isla —balbuceó—. Naturaleza en estado puro, muestra de la obra del Señor. Una cura de humildad en toda regla.

Padre e hija hicieron por contemplar junto a él tan vasto paisaje. Desde lo alto de aquella gran loma —posiblemente un antiguo cráter — se divisaban las haciendas y chamizos de los alrededores. El día les regalaba sus primeros claros. Pero lo imponente era el terreno árido y desangelado que se abría hasta el océano. La naturaleza más virgen y atroz ocupaba buena parte de sus sentidos. Desde allí, Lanzarote parecía un lugar inhabitable por fuerzas humanas. Solo la brisa y el verso de los pájaros revoloteaban al clamor de las estrellas y las nubes.

—¿Sabéis por qué escogí esta isla como destino? Porque me aseguraron que sería el lugar más parecido a las misiones de nuestros hermanos del río Grande.

—¿Norteamérica? —preguntó Juan.

Carrasco dejó escapar un suspiro antes de seguir.

—Sí. Habría dado cualquier cosa por haber podido recalar en Santa Fe o Albuquerque…

Yaiza sintió que el fraile parecía estar leyéndoles el testamento sobre su lecho de muerte, de modo que lo recondujo para evitar sus desvaríos.

—Padre, sabemos que la misma noche en que murió Domingo Medina, una mujer se presentó en el convento para hablar con vos.

Fray Carrasco hizo un gesto displicente, quitándole importancia al descubrimiento.

—Así es. Una simple cortesana, sin más. Una ramera que de tanto en tanto visita mis aposentos en busca de consejo.

Silencio.

—Miente —le espetó la joven.

—¿Qué le lleva a pensarlo? ¿Acaso no ve motivos para que un párroco como yo quiera ocultar la visita de una mujer como esa?

Yaiza lo escrutó con gesto dubitativo, a lo que el fraile tuvo que insistir.

—Siento decepcionaros con mi respuesta.

Juan y Yaiza se miraron, derrotados. No tenían más testimonio que aquel, ni pruebas para saber si decía la verdad.

Pero en ese momento Carrasco adoptó una expresión de desesperanza.

—Yo lo maté.

—¿Cómo?

—Así es. Yo maté al señor Medina. Lo asfixié con estas manos que el Señor me ha dado. Y volvería a hacerlo si fuese necesario. —Dicho esto se santiguó con la mirada bien alta.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó ella, desconcertada.

—Porque ya ha hecho suficiente daño a la gente de esta isla. El almojarife no es el único que debió haber muerto en esa revuelta,

veinte años atrás. Él también… Y se salvó. ¿Y sabe por qué, Yaiza?

Silencio.

—Porque Juan Leal, aquí presente, lo ocultó en casa hasta que todo pasara.

—¿Y qué iba a hacer? Era mi amigo. Gracias a él llegué a la alcaldía.

Yaiza notó cierta actitud defensiva en la forma de justificarse de su padre.

—¿Y por qué querría usted matarlo más de veinte años después?

Carrasco escupió en el suelo, como si quisiera enfatizar la rabia que le profesaba ese visitador.

—Estaba harto. Sus visitas provocaban el temor del pueblo. Por si fuera poco lo pillé rezando esa noche, arrodillado sobre la alfombra de su recámara, mancillando nuestra morada. Ese pobre diablo era musulmán, y encima pretendía que lo acogiésemos entre nosotros.

—Pero ¿de verdad? ¿Eso es todo? —Yaiza esbozó una mueca de decepción. Necesitaba algo más a lo que agarrarse. La respuesta no podía ser algo tan banal.

—Es todo cuanto puedo decirle. Sé que en ocasiones he obrado mal a lo largo de mi vida. Pero, sin duda, no es esta una de las cosas de las que me arrepiento. He criado a cientos de niños huérfanos, he ayudado al necesitado siempre que he podido. —Carrasco volvió la vista hacia el paisaje, como si de algún modo quisiera contemplarlo por última vez.

La naturaleza en estado puro se abría ante sus ojos.

Un brillo violáceo culminaba el septentrión.

Yaiza seguía estupefacta. Le parecía una razón desorbitada para cometer aquel crimen. No podía creer que esa fuese toda la verdad.

Sin embargo, notó que su padre estaba más calmado que de costumbre, como si la revelación no le hubiese sorprendido en absoluto. Como si no hubiese atendido siquiera a la confesión.

En ese momento Juan se puso en pie, dispuesto a marcharse, pero antes se dirigió a Yaiza.

—Déjenos a solas un momento, hija. Adelántese en el descenso a la villa. Ahora la alcanzo.

—¿Qué?

—Obedezca. Quiero hablar con él, de hombre a hombre.

Yaiza se mostró hostil y recelosa, pero era tal la severidad que mostraba el semblante de su padre que no pudo más que obedecer.

Comenzó a avanzar por el sendero que habían tomado poco antes para llegar a lo más alto del cerro. Intuyó que su padre querría confrontar al fraile por sus mentiras. Le obligaría a hablar ante el cabildo. Quién sabe qué clase de chantaje tendría preparado para él.

Yaiza caminaba a paso lento, a menudo deteniéndose en los apartaderos de aquel pedregal para comprobar si su padre aparecía tras ella. Finalmente lo hizo pasados unos minutos. Juan caminaba con ciertas dificultades para descender el camino, pues la gravilla hacía que resbalara su bastón.

Al verlo aparecer lo esperó y dejó que se aferrara a su brazo.

—¿Todo bien?

—Sí. Ya no volverá a molestarnos.

No le explicó nada más. Juntos continuaron el trillo de vuelta al pueblo con andar reflexivo. Pero, poco después, la joven volvió a rumiar algo más entre sus pensamientos.

—¿Cree que nos ha dicho la verdad?

—No se haga más sangre. Ya está, ya tiene usted lo que quería. No vamos a conseguir nada mejor. Nadie en el convento va a querer delatarlo a cara descubierta. Ahora volvamos a lo importante.

—El viaje… —Dejó escapar sus palabras con melancolía. Era incapaz de asimilar la verdad sobre Domingo. Sentía que nunca había conocido de verdad al visitador—. Padre. ¿Y si Carrasco miente?

Yaiza vio cómo se transformaba el gesto de Juan.

—¿Se ha dado cuenta de que el fraile no ha hecho mención de lo más importante?

—El qué.

—La copa. Alguien trató de envenenar a Domingo en la cena. Tenemos el frasco. Pero Carrasco no hizo mención alguna a este hecho, como si no supiese que esa noche ya se había producido esa otra muerte. La del esclavo de los Betancor.

—Quizá no lo vio necesario.

—O quizá no tiene idea de que eso ocurrió. —Yaiza hizo una pausa para convencerse de su intuición—. ¿Qué es lo que ha llevado a fray Carrasco a confesar?

—No lo sé.

—La misteriosa mujer que apareció en el convento esa noche —insistió ella—. ¿Y si está tratando de proteger a alguien? A la señora Betancor, por ejemplo.

Juan dudó, como si las piezas no terminaran de encajarle.

—¿Qué ganamos con la verdad, hija?

—Padre, por Dios. Se lo debemos a…

—¡No! Déjelo de una vez. Ya está. Domingo está muerto. Y nadie lo echará en falta. No quiero que nada eche a perder este viaje.

Estamos a punto de partir.

Pero antes de que su padre pudiera reaccionar, Yaiza se zafó y corrió loma arriba en busca del fraile. Necesitaba saber toda la verdad. Sabía que estaba a punto de alcanzarla.

Cuando llegó a lo más alto, sin embargo, clamó el cielo la peor de sus sorpresas. Allí no había rastro del fraile. Por el contrario, un grupo de aves volaba haciendo círculos a los pies del acantilado. Yaiza asomó el tronco y contempló el hábito, desparramado contra el suelo.

Fray Carrasco acababa de perder la vida.

75

El abismo

20 de marzo de 1730

El fatídico destino de fray Carrasco sumió a la villa de Teguise en un sepulcro. La noticia se conoció al día siguiente, cuando un cabrero encontró los sesos del hombre desparramados a los pies del acantilado.

Juan y Yaiza fingieron sorprenderse al escucharlo, pues ambos habían decidido que lo mejor sería dejar allí al hombre y hacer como si nada hubiera pasado.

Por suerte, nadie los había visto marcharse con él desde el convento.

Se produjo un revuelo en el pueblo. Los vecinos se deshicieron en rumores por tan extraña muerte. Por los sucesos que desde hacía unos meses asolaban la isla. Pero el carisma y la astucia de Torres ayudaron a mantener la calma. El vicario logró calmar los ánimos con sus sermones, y adoptó la función que anteriormente ocupaba el padre superior. Dijo que probablemente fray Carrasco se había precipitado sin querer al acantilado, y pidió a todos que rezaran por su alma.

Después dio un discurso en el que presentó a Juan Leal como el alcalde que necesitaba Teguise en esos momentos, y pidió a los concejales que lo mantuviesen en la alcaldía.

Pero el alcalde y el nuevo franciscano superior compartían el secreto. Ambos sabían que aquello era cuestión de días. Solo debían contener a la masa hasta entonces, cuando podrían escapar de allí para siempre.

Lucía depositó sobre el mantel del comedor la olla de cerámica de la que rezumaba el puchero. Se sirvió, y después hizo lo propio con su ración a Bernardo, después a Yaiza, y por último a su esposo.

Comieron en silencio hasta que ella no aguantó más y rompió a llorar.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó Juan.

La mujer se secó las lágrimas al tiempo que se disculpaba, pero ni aun así logró apaciguar lo que sentía.

—¿Qué habéis hecho?

—Madre… —Yaiza posó su mano sobre la de ella.

Pero Lucía la apartó en un acto reflejo, como si sintiera repulsión. Sabía que ambos habían ido a hablar con Carrasco. Y se temía lo peor.

—Se cayó al precipicio.

—¿Qué?

La mujer no fue la única desconcertada. También Bernardo se quedó de piedra, a punto estaba de romper en lágrimas ante una situación que le quedaba grande a un niño de su edad. Yaiza, por su parte, tuvo que apartar la mirada de su hermano en cuanto este la buscó, pues confiaba en ella como el aire que respiraba.

Pero algo había cambiado en Yaiza. Ella sabía lo que había sucedido en realidad, aunque no se atrevió a preguntárselo a su padre. Ahora comprendía por qué quería hablar con el fraile en privado. Probablemente habían forcejeado, y Carrasco cayó al precipicio. O quizá… Tal vez Juan simplemente lo había empujado por la espalda. Sin resistencia.

Yaiza tomó aire pare recomponerse, fingiendo estar en el bando de Juan, a quien defendió ante las lágrimas de Lucía.

—Padre dice la verdad. Se cayó después de confesar de forma fortuita.

Pero la mujer seguía apabullada. Sentada a la mesa, Lucía se puso a remover la pota de puchero varias veces, como si así pudiera calmar su mente. Fue incapaz de volver a comer. Parecía estar absolutamente destruida por la muerte del fraile. Esto escamó a Yaiza, pues nunca pensó que fuese a afectarle tanto la pérdida de un hombre que a punto estaba de acabar con la carrera política de Juan.

—Madre, ¿qué ocurre?

—Lo siento… Esto es…, esto me supera. Es tanto a nuestro alrededor… No sé si estoy preparada para ese viaje.

Lucía volvió a romper en sollozos. Tomó el paño para cubrirse el rostro y contuvo los nervios antes de justificar sus temores ante la mesa.

Juan intervino con delicadeza.

—Amor, ya lo hemos hablado.

—Lo sé, pero… ¿Y si no sale bien? ¿Qué será de los niños?

Él golpeó la mesa con el puño.

—¿Y lo dice ahora? ¿Cuando ya estamos cerrando toda la expedición?

Lucía agachó el semblante, temerosa ante su esposo.

—Se lo dije en su momento. No sé si…

—¡Basta! Usted subirá a ese barco con los demás, le guste o no. Y, si no…, quédese… Yo me llevo a los niños conmigo.

—Yaiza no es una niña.

La joven se quedó de piedra ante la defensa de su madre. Después miró a su hermano para tranquilizarlo, aunque lo cierto es que tampoco ella podía ocultar su temor y desazón ante esa herida que se abría cada vez más entre el matrimonio.

—Juan… —Lucía no fue capaz de articular más palabras.

Finalmente asintió, doblegándose a su marido. Rompió a llorar sin esbozar un quejido. Después recogió su plato y se marchó del comedor en silencio.

El tiempo se detuvo alrededor de la mesa.

Juan clavó los anteojos en sus dos retoños, quienes seguían petrificados ante tan extraña reacción de Lucía. Lejos de sentirse culpable, apenas su mujer dejó el comedor, él soltó amarres. Volvió a masticar las verduras guisadas con el ceño cerrado y la cabeza en otra parte. No había espacio para los remordimientos, solo para lo inmediato. La expedición. Todos pedían su cabeza en el cabildo. Y él no podía permitirse una grieta en el plan. Cada lágrima de su esposa los alejaba de lo que tenían entre manos, y así se lo hizo saber a Yaiza con un simple gesto. El fin justificaba los medios, pues lo que se proponían estaba más allá de sus propios sentimientos.

La joven quedó aterrada ante su reacción. Por momentos lo sentía un extraño. Más aún al ver que él terminaba de comer con total

parsimonia y se marchaba a la calle.

—Tengo que cerrar esto de una vez —sentenció él, cerrando tras de sí la puerta del palacete.

Ese mismo día apareció Mateo en casa. El muchacho tenía el rostro sobrecogido, la mirada gacha y el dolor más profundo entre sus cejas. Sabía que Juan no estaría en casa, que se había marchado a hacer gestiones.

Yaiza lo recibió en la puerta, y el joven se derrumbó al instante en sus brazos.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Pero él solo quería llorar. Soltar todo cuanto invadía su cuerpo y su mente.

Ella insistió.

—¿Se trata de Martina? ¿Le pasó algo?

—No —respondió él secándose las lágrimas.

Acto seguido pidió pasar a la casa. Lucía estaba sentada a la mesa. La mujer supo lo que sucedía en cuanto lo vio entrar. Yaiza y Bernardo eran los únicos desconcertados ante tan extraña visita.

—No voy a embarcarme en esa travesía —arrancó a decir él—. Y os pido que ustedes tampoco.

—¿Qué? —irrumpió Yaiza—. Esto… ¿se lo ha dicho padre o qué?

—No exactamente. —Mateo se detuvo en busca de las palabras—. Por favor, Yaiza. Sé que a usted es la única a la que escuchará. Convénzalo.

Ella se quedó estupefacta al oírlo. Pero lo que más le desconcertó fue volverse hacia su madre y ver que ella no estaba en absoluto sorprendida. Como si ya supiese que esa visita tendría lugar.

—No entiendo nada.

—El viaje es una condena, Yaiza. Es todo cuanto puedo decirle. Por favor, detened a padre. Y si no os hace caso, os garantizo que yo os acogeré en casa de los Saavedra.

Yaiza sintió cómo algo se rompía en su interior. Mateo había sido su aliado, el hermano confiable que siempre le hablaba claro. Supo que algo había cambiado al ver la forma en que Lucía sostenía su mirada. Madre e hijo compartían algo, un secreto que probablemente tuviese que ver con la visita de las clarisas, con el intento de Lucía por evitar ese viaje. Sintió una punzada de traición, pero no por lo que le decía Mateo, sino por lo que ambos callaban.

Se marchó a su habitación, cabreada, incapaz de creer que quisieran aislar a su padre justo antes de la misión más importante de su vida. Querían traicionarlo.

Pero ella no estaba dispuesta a dejarlo atrás.

76

A la sombra del cortijo

Esa mañana Catalina atravesó los pasillos sobresaltada al ver que su hija Leonora no se había presentado en el trabajo. La cuadrilla estaba perdida sin órdenes que seguir, como pudo comprobar la mujer desde la ventana que daba a las zanjas de la malvasía. Los berberiscos gimoteaban círculos en la tierra, culminando las labores del día anterior.

La señora recorrió la casa con ojos furiosos. Arrastraba la falda por los azulejos mientras abría una a una las puertas de la mansión. Trató de aparentar tranquilidad, pero fue encogiendo su alma a medida que veía que Leonora no estaba escondida en un baúl o armario, como cuando esta era una niña. Catalina llamaba a su hija sin temor a la escandalera y dio aviso a todos en la propiedad para que la trajesen ante ella en cuanto volviese a aparecer.

Fue su marido quien la tranquilizó. Tomás estaba desayunando y tenía buena cara, para sorpresa de la mujer. Le dijo que la noche anterior la había visto en la taberna, que seguramente habría salido a hacer recados. La joven se merecía un día de asueto. Pero Catalina tenía un mal presentimiento, pues a Leonora jamás se le habría ocurrido visitar una de esas plazas en las que los hombres se

dejaban la dignidad y el poco dinero que tenían. Le resultó extraño, puesto que su hija nunca se iba de casa sin avisar. Aunque a juzgar por cómo había dejado su recámara tuvo la impresión de que sí había vuelto a dormir la noche anterior.

Ocupó el resto de la mañana conversando con Abrama, quien le relató sus hallazgos. Ella sabía que tenía que encargarse de aquello. Frenar el asunto relacionado con Leal y ese viaje antes de que la cosa se complicase. Leonora no podría haber ido muy lejos.

Probablemente volvería a casa antes de caer el día.

Dos esclavos condujeron a Catalina en el carruaje hasta el cortijo de los Saavedra, verja informe que se extendía a lo largo de un secarral. Se detuvo frente a la mansión, una grieta en mitad de la llanura de la que apenas llegaba un ruido. Un murciélago colgaba de las tejas, o tal vez se trataba de un pájaro. Hiedras alrededor del cuello de los árboles que aún resistían. Quebradas las paredes por el secado de la cal. No le producía ninguna envidia esa familia, desde luego.

Catalina llamó hasta que un hombre salió a recibirla.

El mismísimo don Alonso Saavedra en persona avanzó unos pasos hasta llegar a ella. Sin duda no era un hombre cualquiera. Su apariencia contrastaba por completo con el lugar. Un caballero andaluz de porte distinguido como los mesteños. Traje de moda que aún no había llegado a las islas, pañuelo de seda anudado en torno a su cuello, calzado impoluto a pesar del lugar en el que se encontraba.

—Qué casualidad que lo encuentro en casa, don Alonso. Le hacía en la península.

—Últimamente estoy poco por aquí. El negocio va solo y a mí me gusta más el frescor de Jerez.

Apenas habían coincidido un par de veces, siempre en encuentros privados porque el hombre no vivía en Cádiz buena parte del tiempo. Tenía ese acento británico que a ella le resultaba tan curioso, mas ahora creía comprender a qué se debía el nombre que habían utilizado en clave. Milton Leathner.

El empresario atendía a los cantares del Señorío de la isla desde sus tierras andaluzas, aunque los orígenes de su familia se remontaban a la Gran Bretaña. Pocos conocían esa historia, pero Catalina había oído alguna noticia de su pasado a través de los franceses. Por lo visto, don Alonso Saavedra procedía de un linaje vinculado a la familia Osborne, otro gran apellido inglés que empezaba a instalarse en Cádiz y en Jerez para producir el brebaje de la malvasía. Por suerte, este andaluz de voz encalada en los barnices del solsticio aún no había dado el paso al vino, pero Catalina y Tomás Betancor tendrían que estar atentos por si acaso les surgía competencia. Supuestamente, los Saavedra se dedicaban al cultivo del grano, aunque a juzgar por el estado de sus fincas no daba la impresión de que allí creciese nada. La vivienda causaba escalofríos de un solo vistazo.

Y Catalina empezaba a comprender el motivo.

—Lamento no poder invitarla a pasar —dijo él—. Tengo mucho trabajo.

—Sé lo que se trae entre manos.

Saavedra la miró sin comprender, así que ella tuvo que refrescarle la memoria. Para ello metió la mano en el bolsillo y extrajo un real

de plata. La moneda era tan brillante que parecía acuñada ese mismo día. Ardía el metal en deseos de entrar en circulación.

—No querría que esto se supiese, señor Leathner.

Pero el hombre seguía sin darse por enterado. Su rostro era tan certero que por un instante ella tuvo la impresión de que su esclavo se había equivocado. ¿Y si él no era *ese* Milton Leathner? Pero entonces ¿quién se ocultaba bajo esa identidad?

—Señora Betancor —la interrumpió él—. ¿Podría explicarse mejor? ¿Qué está insinuando?

Ella se desdijo en un santiamén.

—Es usted. No tengo dudas. Sé que miente.

Alonso la atravesó con una sonrisa tan carismática como la máscara que vestía. Resultó imposible para Catalina saber si el hombre mentía o decía la verdad.

—No sé de qué me habla.

—En ese caso, he de pedirle que me permita acceder a sus tahonas. O a la cueva que oculta en las faldas del cortijo. Sé lo que hacen ahí. Ahora comprendo por qué su familia decidió mudarse a un lugar tan aislado… y desangelado.

Pero él seguía mirándola con sumo desconcierto. Una ceja alzada, tratando de hallar sentido a los balbuceos de la señora. Un rictus en sus pómulos que le hacía parecer aún más imponente.

—Lo siento, señora, pero creo que estas no son formas de personarse en mi propiedad. ¿Acaso me está acusando de algo?

Ella no podía contener la rabia. Ni siquiera le mencionaba la muerte de su propio esclavo, al que Abrama había dado muerte.

—¿No echa en falta a uno de sus esclavos?

El hombre le sonrió, gesto que en absoluto dejaba entrever sus verdaderas intenciones. No podía comprender su gesto impasible, sin tensión alguna. ¿Y si de verdad se lo estaba imaginando? Catalina supo que no podría obtener más de él. En cierto modo la atravesaba una extraña sensación, pues las paredes del cortijo parecían cerrarse sobre ella.

—Si no le importa, señora Betancor. Le ruego que se marche. Esto no son formas.

Ella no pudo más que obedecer, totalmente desconcertada.

Sus dos esclavos permanecían apostados en el exterior, la ayudaron a subir y a colocarse en el tribunete de cuero. Catalina regresó a casa con la mente hecha un lío, presa del descaro y la locura indómita que desmentía su cautela.

Lo único que apaciguó sus ánimos fue comprobar que Leonora había vuelto a casa.

Pero apenas le dirigía la palabra.

77

Toda la paz del Atlántico

Juan se presentó ese mismo día en el puerto para reunirse con Leandro Perdomo. Detestaba al aduanero, pero por primera vez lo necesitaba. El berberisco lo caló al instante, pero no por ello evitó seguirle el juego. Se sabía el sucesor de la alcaldía al cabildo de Lanzarote, así que tanto mejor para sus recuerdos cuanto más pudiera disfrutar de los compases previos a la victoria.

Tomaron asiento frente al embarcadero en lo que se antojaba como la víspera de un relevo dinástico a la altura de las grandes monarquías de su tiempo, en un banco de madera que solían utilizar los esclavos de tierra para el amarre de las naos, cayucos y algún que otro falucho que llegaban a puerto. A su alrededor clamaban los cuerpos, todos ellos propiedad del liberto. Pieles saladas descargando rafias de grano, formando una cadena en actitud tribal. Los harapos se descolgaban por los tablones del embarcadero ante la mirada displicente de su dueño.

—Quién le iba a decir que algún día llegaría a ostentar tal poder —masculló el todavía alcalde con la mirada puesta en los jadeos que pasaban a su lado. Más allá de su envergadura no atisbaba más que sombras y movimientos informes que tenía que intuir en su cabeza.

—Mi trabajo me ha costado.

Juan tuvo que sonreír ante su ocurrencia. Sin duda era una de las cosas que más le molestaba de ese aduanero. Tan poco agraciado en su sonrisa y en esa piel berberisca, y sin embargo se había ganado el corazón de la gente con su desparpajo y picardía. Empezó a pensar que tal vez fluyera sangre española por sus venas.

—Necesito su ayuda.

Leandro sonrió con altanería ante tan grata sorpresa.

Pero Juan no reparó siquiera en su regodeo. Estaba apurado y no quería perder un segundo más doblegándose ante él. Le hizo entrega de varios sacos de monedas, y también le dio una cédula. Una licencia oficial para recoger un pedido que tenía como remitente al señor Milton Leathner.

—Vaya, así que era usted el receptor de la mercancía, señor Leal. ¿Y este dinero?

—Un adelanto que me han entregado. Para que vaya preparando los fletes.

—¿Preparando para qué?

Juan rehusó responder. En su lugar señaló los pequeños sacos en los que vibraban aquellos reales de plata.

—Cuéntelas. Estoy seguro de que hay de sobra para ultimar el encargo. Y para su silencio.

—Sabe que podría denunciarlo.

—No lo hará. Si cumple con su palabra, le entregaré las llaves del cabildo.

—La sucesión ya lleva mi nombre. ¿O acaso pretende que me crea que se la dará al concejal Curbelo o a su alguacil Palacios? Los dos hombres que le han traicionado con el beso de Judas.

—Tengo otro sucesor —mintió el alcalde—. Por ese motivo me ausenté estos días. Pero si me ayuda, le garantizo que el poder será suyo.

Para certificar sus palabras, Juan le hizo entrega de una carta oficial de su puño y letra, firmada y sellada en el cabildo. La fecha era posterior a este encuentro, en dos semanas. Concretamente con fecha del «26 de marzo del año del Señor de 1730». Contaba con que así tendría el margen que necesitaba para partir de allí como alcalde, tal y como le había exigido el comandante Villavicencio por motivos legales. Solo así podrían certificarlo como líder de la expedición y alcalde en el cabildo de la nueva villa que fundarían en América.

Aquello pilló a Leandro desprevenido. Le quitó a Juan el papel de las manos y lo leyó con avidez varias veces. Era demasiado jugoso como para resistirse, pero al mismo tiempo generaba algunas preguntas al aduanero.

—Esto tiene que ver con esa expedición, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

Leandro escrutó a Juan con delicadeza, pero supo que tenía que abrirse en canal.

—Los Betancor me han preguntado al respecto en alguna ocasión, por si yo estaba al tanto de que se estuviera pergeñando algo en esta dársena.

—Pues… sí. Gracias por decírmelo. Estaba seguro de que ellos tratarían de evitar este viaje. Ahora estamos seguros. No diga nada, por la cuenta que le trae.

—No me amenace, Leal.

El alcalde le sonrió con malicia, como si le fuera varios pasos por delante.

—No sabe con quién está hablando. Detrás de esta expedición están el comandante general de Canarias, el virrey de Nueva España y su excelencia, Felipe V. Si sale mal, yo caeré. Pero le aseguro que lo arrastraré conmigo como cómplice por su silencio. Al fin y al cabo hace meses que tiene este flete en su aduana. Estamos juntos en esto, le guste o no. Así que más le vale colaborar.

Leandro lo examinó con una mezcla de recelo y estupefacción. Aquello era más grande de lo que creía.

—Está bien, lo haremos a su manera. —Se detuvo a observar una vez más la licencia—. Ya me extrañaba a mí recibir tanta carga de un hombre a quien no conozco y que supuestamente vive en esta isla. ¿De quién se trata?

—No lo sé. Creí que usted lo sabría.

Leandro negó.

—Los pedidos los traen esclavos, pero no hablan. Dicen que vienen de la zona de las tahonas. De la montaña. No sabría decirle de quién se trata. Los han ido dejando aquí sin pretensión alguna. Ya me parecía extraño que no viniese nadie a recogerlos.

Juan tragó saliva al escuchar aquella revelación. La información no le causaba buena espina, pero fingió no darle importancia.

—No se preocupe —dijo, cambiando de tercio—. El asunto es el siguiente. En esos fletes hay parte de la mercancía que necesitamos.

Leandro se ausentó un instante y se encaminó al interior del edificio portuario. Regresó poco después con un pliego entre sus manos.

—Aquí puede ver lo que tiene en esas cajas, siempre que el remitente diga la verdad. Como comprenderá yo no las he abierto.

Juan leyó la relación, la cual coincidía con lo que le habían indicado el comandante y el vicario durante su reunión. En su mayoría eran alimentos no perecederos. Galletas de sal, legumbres, grano, queso curado, pescado en salazón, semillas de todo tipo, hierbas medicinales y cientos de arrobas de sal. Pero también había herramientas de carpintería como sierras, martillos, clavos y gubias; así como de labranza y herrería, tales como azadas, arados, herraduras y martillos, además de una piedra para moler el grano y hacer gofio. Por último, se adscribían telas, jabón, cera y manteca.

—Bien. Con esto tenemos casi todo lo necesario, pero aún nos faltan los últimos flecos.

—Y pagar. Estas sacas no valen el precio del porte en el navío.

—Lo sé. Para ello debo hacer unas gestiones. Hoy mismo tendré el dinero y se lo entregaré. Con eso debería bastar para pagar el embarque, y para reunir esta mercancía que falta.

Le entregó un nuevo pliego. Esta vez había menos elementos, pero en su mayoría eran perecederos y debían reunirlos para el día del viaje. Frutas, verduras, carnes frescas y huevos, así como cántaros de leche y un sinfín de animales vivos para los corrales en América. Gallinas, gallos, cabras y corderos, así como tres caballos mesteños. Y leña, medio quintal de madera lista para hacer fogatas en la cubierta.

—Confíe en mí, señor. Tendrá su mercancía en la fecha solicitada. Soy un hombre de palabra.

—Ni una palabra a nadie de esto, Perdomo. No podemos dejar rastro.

Este le sonrió con fervor.

—Al final no era usted tan incorruptible como creía.

78

Sin mirar atrás

Acto seguido, el alcalde regresó a la villa a lomos de un burro. El camino desde el puerto de Naos era un pedregal desolado, sin aljibes ni rastro humano, apenas alguna granja abandonada. La llanura se alargaba con cada loma, y Juan odiaba recorrer tal senda, marcada solo por carruajes y animales.

Aun así lo embargaba la ilusión de su nueva vida. Tras años de sequía y luchas, por fin entendía el propósito que Dios le había asignado. Pero, bajo la esperanza, latía su temor. El navío aún no estaba listo y sus apoyos políticos eran frágiles. Y lo más desconcertante era el origen de las cargas. Milton Leathner era un espejismo entre aquel trillo en el que no veía nada más que sequía y tuneras.

Camino a Teguise, apenas halló emoción que lo distrajera. Solo algunos talleres abandonados de artesanos que no podían pagar sus diezmos. Y entre esos chamizos resistía el de don Esteban, notario real y escribano tan querido por el pueblo, que daba fe a quienes no podían costear los notarios del cabildo. Su pluma valía tanto o más que la de cualquier otro.

Desmontó del burro para acceder al despacho del monseñor, espacio austero anexo a una de las casas consistoriales, de muros encalados en muy mal estado. Suelo irregular, tinteros de cerámica y una cola de ganaderos con sus rebaños que daba la vuelta a la esquina. Hablaban de lindes, de nupcias o funerales. A don Esteban no le faltaba trabajo por allí, pues con un maravedí era capaz de hacer todo tipo de favores a quienes le suplicaban. Gracias a él podía llevar a cabo esa última gestión, pues don Esteban era hombre de secreto notarial —como exigía su titulación—, cosa que por esos lares cada vez se estilaba menos.

Salió a buscarlo el escribano en cuanto llegó su turno. Esteban era un tipo menudo que sostenía su pluma en la mano y vestía un jubón desabrochado y destintado. Pasaron a la sala de autoridad cuando no quedaba más gente a la que atender. Una madriguera de tea carcomida por el salitre y la arena con un chucho durmiendo al raso bajo las pencas. Testamentos, escrituras de tierras y piedras de plomo con las que medir las varas de las fincas eran solo algunos de los elementos que conformaban el lugar.

—Necesito un papel privado para vender mi palacete, las huertas de Tomona y las fincas de mis abuelos en Órzola. Donde el mojón.

El hombre lo miró con ternura, pero al mismo tiempo temeroso de que hubiera perdido la cabeza.

—¿Está usted seguro, don Leal?

—Sí. Vengo por el señor Leathner. Milton, se llama. Él ya firmó su parte.

Don Esteban alzó la cabeza y la pluma al unísono, tenso a la par que asustado por aquel nombre.

—Vaya por Dios, cómo encajan las cosas de repente.

Sabía de lo que hablaba. Se puso en pie de un salto y avanzó hasta la pared, de la que removió un armario tras el que se escondía una caja de caudales de medio cuerpo de altura hecha a base de hierro forjado. Sacó de allí una decena de bolsas, repletas hasta los topes con monedas, y las depositó sobre la mesa.

Juan no hizo esfuerzo alguno por contarlas, pues se fiaba del buen hacer de don Esteban. Aun así el notario quiso explicarse.

—Así que usted es el vendedor, Leal. ¿A qué debo el regalo que le está haciendo a este hombre?

—Mejor no pregunte.

Esteban le sonrió como si sus dientes fuesen un abanico.

—Vino hará cosa de un mes y me dejó todo este dinero. Me aseguró que pronto llegaría alguien importante para vender una propiedad. Ya está firmado el pliegue. Con mi sello y lacre, cerrado este asunto.

—Gracias.

—¿Está seguro? Mire que no hay vuelta atrás. Es mi deber recordarle dónde se está metiendo. Es un buen dinero, sí, pero en absoluto vale lo que cuestan sus dominios.

—Que sí, pardiez.

Esteban volvió a reírse, como si aquello fuese un juego para él. Una muestra de que el rebuscón amaba su oficio.

—Pues hay algo más, Leal, antes de aceptar. —Se detuvo justo cuando iba a seguir.

Juan leyó en su rostro que el hombre estaba a punto de romper un juramento de su oficio, así que se contuvo.

—Dígame, por Dios.

—No puedo, ya sabe que este juramento es sagrado.

—Vamos, don Esteban. Si esto va a hacer que cambie mi parecer, es menester que lo sepa.

Este suspiró, buscando la forma de decírselo sin tener que hablar. Halló un camino intermedio al señalar la bolsa.

—Écheles un ojo.

Juan abrió la saca y dejó caer el contenido sobre la mesa. Los reales produjeron un suave tintineo en el despacho. Las monedas presentaban un aspecto flamante. Las vetas se notaban igual bajo la luz de un candil. Supo al instante que debían ser falsas, aunque fuese imposible de apreciar. Ese Milton Leathner estaba haciéndose rico falsificando reales de plata y desajustando la economía local.

—Gracias por el aviso, don Esteban. Pero seguiré adelante.

—¿Qué aviso? —preguntó el notario, haciéndose el sorprendido.

Juan entendió su juego y dejó el tema. Nunca habían tenido esa conversación. Al alcalde no le quedaba otra que aceptar, pues necesitaba el dinero para que el señor Perdomo cerrase las gestiones con los proveedores de la isla.

Don Esteban le mostró el papel privado que previamente había firmado el señor Leathner. Juan lo leyó para comprobar que todo estuviese en regla. Al menos todo lo que podía estarlo un documento de tales características. Estaba a punto de firmar cuando algo llamó su atención. La firma en la parte inferior. «ML». Había algo extraño en la forma en que estaban escritas dichas iniciales.

Y entonces cayó en la cuenta. Su cuerpo se descompuso por completo.

Firmó sin mirar atrás y se llevó el dinero. Pero ahora por fin sabía que le habían engañado desde el principio.

79

Polvo de oro

Poco después Juan tuvo que pedir a su hija que lo acompañase a hacer una visita.

Debían dirigirse a la finca de los Saavedra, situada en un llano al margen de la civilización al que él no tenía forma de llegar más que con ayuda de un arriero. Pero esta vez necesitaba hacerlo sin pedir más ayuda que aquella que de verdad fuese necesaria.

Y Yaiza aceptó sin dudarlo, pues también ansiaba respuestas y algo le decía que las encontraría en aquella visita.

Pero en lugar de acceder por la parte delantera, Juan le pidió que diesen un rodeo en busca de algo que les resultase familiar. Yaiza no sabía muy bien lo que él buscaba, pero en ese momento vio un cuerpo masculino que salía de la mansión y se encaminaba hacia una cueva algo alejada de la parcela. Supo al instante que aquel era el lugar al que se dirigían.

Cruzaron una de las cancelas laterales, pues no hallaron resistencia o vigilancia a mediodía.

La gruta se ocultaba tras un acantilado azotado por los vientos del septentrión y la polvacera del siroco, donde solo había un trillo de pescadores que ya nadie transitaba, así como una senda algo más

abrupta y larga que conducía al puerto. La ubicación perfecta para pasar por la tierra de nadie. Ubicada la cavidad en la loma situada justo detrás de esos molinos, tan remotos como inconclusos en el paisaje. Ni siquiera los rebuznos se oían entre el silencio.

Fue entonces cuando Yaiza introdujo su cuerpo a través del hueco, esa estrechez de apenas medio cuerpo de altura. Su padre la siguió sin separarse.

Recorrieron agachados una distancia lo suficientemente extensa como para que la luz del exterior se perdiese por completo. Yaiza se dio cuenta de que sin duda ese lugar se hallaba escondido de las miradas de los curiosos, la misma impresión que había tenido en su anterior visita. Las tahonas en el exterior sí llamaban la atención, pero al mismo tiempo la desviaban por completo de aquella guarida situada a solo unos pasos, en el cerrillo que cubría la alhóndiga.

Quizá era precisamente lo que pretendía la familia Saavedra.

Por fin llegaron al final de la cueva, un espacio algo más amplio lleno de herramientas y con una densa humareda que poblaba el claroscuro, apenas iluminado por una decena de cirios. Pero, sin duda, lo que les dejó boquiabiertos fue descubrir a ese joven, oculto por la penumbra, trabajando en una mesa de carpintería.

Pero no era madera lo que descansaba en su puesto.

Y ese hombre era Mateo Leal.

—Dios mío, Yaiza. ¡Padre! ¿Qué hacen aquí? —Se levantó de inmediato, desesperado, atónito ante lo que sabía podía ser su condena.

—Pero, pero… ¿Qué diablos es esto?

Ella no sabía siquiera por dónde empezar a hablar, mientras que Juan estaba seguro de que eso era exactamente lo que

encontrarían.

La improvisación parecía la norma en el reducto. Sacos, baúles y un sinfín de troqueles de yeso poblaban el suelo, extendiéndose como un cultivo. Varios martillos con diferentes medidas y una prensa a volante con la que ayudarse a apretar el metal para dejar las marcas y rebordes. Había además una olla de la que borboteaba un material rezumante, una humareda sulfúrica y con un olor tan desagradable que hasta cierto punto parecía listo para comer. Una carne madurada al sol. Pero no, aquel mejunje oxidado no podía alimentar vida alguna. Junto al joven descansaba un pequeño montículo de piedras de las que manaba una ligera llama, tan frágil que yacía a la sombra de los cirios. Pero al mismo tiempo daba la impresión de que ese hilo de fuego era el más importante de la alquimia, pues sobre este descansaba una plancha de latón.

—¿Es usted el falsificador?

—No. Yo soy el único que hace que estas monedas sean reales.

Yaiza se fijó en su padre, que guardaba silencio como si ya lo supiese. Pero ella no podía contener el estupor. Mateo hizo ademán de detenerla, pero ella lo apartó y se acercó al otro lado de la cavidad, en la que descansaban otras planchas en las que los moldes parecían haber hecho su efecto. Un centenar de reales se acumulaban, enfriándose al contacto con la tierra de la cueva. Tomaban un color y un brillo similar al de las monedas que había visto circulando toda su vida en la recova y los ventorrillos.

—Hagan el favor de marcharse de aquí cuanto antes.

—¡Qué! Pero ¿se da cuenta de lo grave que es esto? Podrían colgarlo. ¡Padre, dígale algo!

Pero Juan ni se inmutaba.

Yaiza se arrodilló frente a las monedas, tomó una de ellas y pasó las yemas de los dedos por sus relieves para cerciorarse de lo bien definidos que estaban. Sin duda parecían reales.

—Usted es el orfebre…

—Sí…

—Milton Leathner —masculló su padre. «ML». Mateo Leal…

Mateo lo miró avergonzado.

—Padre, créame que intenté detener al señor Saavedra de que le permitiera hacer este viaje. Pero ¿para qué quieren las propiedades si piensan marchar a América?

Yaiza no daba crédito. Y Juan no podía creer que aquella fuese la verdad.

—¿Ustedes pagan el viaje? —preguntó ella.

—El señor Saavedra, sí. Él financia esta expedición en secreto, al amparo del comandante general de Canarias, el señor Lorenzo Villavicencio. Son ellos los que han prometido al rey la fundación de esta nueva colonia en América. Es la mejor manera de ganarse su beneplácito y favor.

—¿Por qué Milton Leathner?

—El nombre lo inventó el señor Saavedra —dijo él avergonzado a su padre y a su hermana—. Tiene familia británica y creyó que así pasaría más desapercibido.

Yaiza lo miró con estupor y desprecio a partes iguales.

—Así que lo está utilizando como tapadera.

Él volvió a apartarle el rostro. Ella tuvo que insistir apoyando sus yemas sobre la mesa.

—¿El rey está al corriente de estas falsificaciones?

—No, y mejor que no lo sepa. Le basta con saber que hay un gran mecenas financiando a la Corte. Por favor, márchese.

Su hermano tomó a Yaiza del brazo y se acercó aún más a ella para dar énfasis a sus palabras.

—Pero Villavicencio sí que lo está —puntualizó Juan, que se debatía entre balbuceos—. Y yo que iba a pedirle que se uniese a la expedición.

—No, padre. Aquí está mi lugar.

Juan lo miró como si el joven fuese un desconocido. Quería matarlo allí mismo.

Pero Mateo volvió a tomar la palabra.

—Pues… he de decirles que… —Miró hacia la entrada de la cueva para asegurarse de que no se acercaba algún esclavo o miembro de los Saavedra—. No podéis hacer ese viaje.

—¿Qué?

—Esta misión es un suicidio. No vayáis. América es el infierno.

Yaiza volvió a mirarlo con escepticismo, pues era lo contrario de lo que solía llegar a sus oídos.

—¿Por qué lo dice?

—Porque lo sé. Porque he oído al señor Saavedra hablarlo con…

En ese momento ella vio unos frascos en el suelo, situados en una esquina de la cueva. Eran muy similares al vidrio que había visto en las manos de Abrama y que contenía el veneno con el que supuestamente habían intentado matar a Domingo Medina.

—¡Padre, fíjese!

Juan se quedó de piedra. Yaiza se atravesó frente a su hermano, tratando de interrogarlo.

—Dígame que usted no acabó con él.

—N… no —balbuceó.

Ella corrió a por el frasco, dispuesta a tomárselo de un sorbo.

—En ese caso, no le importará que lo pruebe.

Mateo tragó saliva.

—Está bien —confesó—. Deje el frasco, por favor. Fui yo, solo yo.

—Pero usted no estuvo en ese banquete…

—¡Basta! —interrumpió Juan, que no quería oír más del tema.

Tiró del brazo de Yaiza para marcharse de allí. Estaba derrotado.

Sentía que acababa de perder a un hijo.

Antes de alejarse de la cueva, los dos hermanos se miraron una última vez, conscientes de que el vínculo de su sangre acababa de romperse para siempre.

80

Pacto de silencio

21 de marzo de 1730

Catalina irrumpió en el despacho del alcalde con actitud altanera. Mantenía la calma, como era costumbre en una señora de sus características, pero al mismo tiempo sabía que estaba petrificada por las circunstancias. Tenía una oportunidad de hacer entrar en razón a ese vejestorio. Necesitaba que saliese bien, pues de lo contrario perdería el ancla con su hacienda. Con su hijo. Sabía que se la estaban jugando. Y al mismo tiempo no tenía más pruebas que las que había recabado su esclavo, ya que el señor Saavedra la había hecho quedar como una loca.

Al verla entrar, Juan fingió desinterés con las manos apoyadas en la mesa de su gabinete. Sobre el roble descansaban mapas, pliegos y listas de preparativos que el hombre ocultó con disimulo. La puerta estaba entreabierta, y pululaban rostros a sus espaldas de otros empleados del cabildo. Pero Catalina cerró la puerta tras de sí para dar un carácter más íntimo a su conversación.

Y fue directa al grano.

—Sé que está planeando un viaje y piensa marcharse muy pronto. Por eso quiere ganar tiempo.

Él no respondió, pero Catalina continuó acorralándolo con su insistencia.

—Escuche, señor Leal. Hace años que nos conocemos. Nuestras familias siempre han mantenido una buena relación. Ustedes nos apoyan con el negocio y nosotros en su política. Sabe de sobra que jamás hemos rechistado ante sus decisiones, ni siquiera ante el cierre de la mareta. Usted se las da de incorruptible y no hemos querido presionar. Confiábamos en su labor política.

—¿Adónde quiere llegar?

Ella se fijó en los documentos que había sobre la mesa. Apenas acertó a distinguir el contenido de esas tablas y números, pero supo que debían contener algo relacionado con el viaje.

—Esa expedición no puede llevarse a cabo.

—¿Qué?

—Lo que oye. Haga lo que sea. Finja que está planificando la travesía, si lo ve más oportuno. Mi marido y yo le ayudaremos a fingir para que no quede usted mal ante la gente. Pero tiene que dar marcha atrás a toda costa.

—¿Por qué?

Ella dudó.

—Va a tener que confiar en mí.

Juan esbozó una mueca de sorna antes de responder.

—Quiero hablar con Tomás.

—Mi esposo está al tanto. —Hizo una pausa para colmar su discurso de diplomacia—. He venido por las buenas, Leal. Podemos cerrar este asunto de una vez por todas, como si nada hubiese

pasado. Hablaré con sus opositores. Franciscanos, empresarios, alguacil mayor y concejales incluidos. Sabe la reputación que tenemos los Betancor en esta isla. Me aseguraré de que recupere su alcaldía sin problema. Nadie lo desea más que nosotros. Prefiero tener a un hombre sabio y testarudo como usted al frente de la política en lugar de a un incompetente como ese Perdomo.

—Creí que se llevaban bien.

Ella sonrió.

—Eso no quita que no seamos conscientes de lo que es mejor para esta isla. Y sin duda, usted es el adecuado. Así que compórtese como un hombre y actúe con valentía, en lugar de huir hacia América en ese barco. Menuda hipocresía. Primero promulga edictos prohibiendo la emigración, y después es el primero en abandonarnos.

Juan titubeó, tratando de ocultar su vergüenza ante aquella reprimenda. Meneaba el bastón con disimulo para reflexionar sus palabras. En el fondo Catalina tenía razón. Estaba siendo un cobarde. Su isla, sus raíces. Como alcalde, una parte de sí no dejaba de repetirle que su responsabilidad era permanecer en Lanzarote y tratar de salvar a los suyos, en lugar de escapar de allí con solo una porción de elegidos. Pero no podía más. Ansiaba esa huida en busca de un lugar mejor, donde la sequía y las enfermedades no hiciesen estragos entre su gente.

Donde llevar a cabo su proyecto.

—Ojalá pudiera llevarme a todos conmigo —masculló.

Catalina despreció esa justificación con cada uno de sus sentidos. Por un momento creía haberlo convencido, pero a la vista estaba que la tozudez definía a Juan incluso mejor de lo que pensaba.

—¿No se da cuenta de la vergüenza que supone para su isla?

Por más que su esposa lo había confrontado al respecto, en esa conversación con Catalina era la primera vez que de verdad tomaba conciencia de la magnitud de su decisión. Tanto fray Torres como el comandante Villavicencio lo habían convencido de la heroicidad que implicaba fundar una nueva civilización al otro lado del mundo. Si todo salía bien, la historia le recordaría por ser el pionero, el líder de aquella empresa. La primera colonia de isleños en América.

Pero acababa de ver la otra cara de la moneda. El legado que dejaría atrás con el rabo entre las piernas. Un alcalde huyendo en secreto con ese grupo de elegidos. Escogidos a dedo por sus capacidades en esa nueva tierra, pero sobre todo por su afinidad con él, ya que no podía permitir disidencia.

Necesitaba a un grupo que fuese leal a sus designios, nunca mejor dicho.

En ese momento se reconoció a sí mismo como el más cobarde de entre los hombres. Un alcalde vacío de coraje y de alma.

—Lamento que me vea así, señora Betancor.

Catalina sonrió por no llorar.

—Cómo olvidar las veces en que se ha jactado de su defensa de los pobres y los débiles. Y aquí le tenemos, sin embargo, tratando de huir. Es usted igual que tantos políticos de los que siempre se ha quejado.

—Quizá sea porque en el fondo le duele que no haya contado con vos.

Ella soltó una carcajada que dejaba entrever su herida.

—Ni en mis peores pesadillas querría subir a un barco para emigrar al otro lado del mundo.

—Ya lo ha hecho —la cortó—. Le recuerdo que llegó a esta isla recién casada en Francia, hace más de treinta años.

—No es lo mismo, Leal.

—Sí, y le aseguro que nadie sueña con emigrar. Nadie quiere dejar atrás su vida. Si lo hacemos es por necesidad.

—Lo dice como si fuese a viajar a bordo de una chalupa pesquera. Estoy convencida de que le habrán prometido el oro del Potosí por su empresa.

Él guardó silencio, consciente de que ella tenía parte de razón. No quería seguir discutiendo, pero necesitaba salir de dudas.

—¿Por qué esa insistencia y necesidad en frustrar este viaje?

—Debemos servir a nuestros intereses.

Juan enarcó las cejas sin comprender.

—¿Se refiere a intereses políticos? Creí que estaba de mi parte.

—Piense a lo grande, señor Leal.

—Francia…

Catalina se mantuvo impasible, pero Juan tuvo la certeza de que el silencio la delataba.

—Así que esto es una lucha entre potencias.

—No, Juan. Esto es una manipulación. El rey lo está utilizando para sus intereses.

—Lo mismo digo.

Silencio.

Los dos se vieron como simples peones de un juego cuyas dimensiones no podían concebir. Él ya estaba al tanto de que ambos estados llevaban tiempo enfrentados por ampliar sus fronteras en el norte de América. Había oído hablar de esas extensas llanuras y meandros, el río Grande o el Mississippi. Los dos imperios querían

asegurarse el acceso a nuevas rutas comerciales y de cultivo. Juan comprendió al instante no solo la necesidad de Francia de impedir ese viaje, sino también la urgencia de España por llevar a cabo aquella misión civilizadora.

—Escuche, Leal. Tanto usted como su esposa saben que Yaiza es un desastre. Aun así mi esposo y yo seguimos estando dispuestos a cerrar la boda entre ella y Rodrigo. Un bello desenlace para este amargo episodio. Haremos como si nada hubiera pasado. Podemos cerrar una boda por poderes hoy mismo, si acepta.

—No, gracias.

—Usted lo ha querido, Leal. En ese caso tendrá que enfrentarse a las consecuencias de sus actos.

—¿A qué se refiere?

—Sé cómo está financiando esta expedición.

—¿Qué?

—Leathner. Saavedra. Lo sé todo.

Juan engulló su aliento al escucharla.

—Nadie la creerá. ¡Bandida!

Juan se dispuso a atravesarla con un golpe, pero por suerte para ella la mesa formaba un abismo entre los dos. Catalina se apartó, lo suficiente como para esquivar sus aspavientos.

Así que contuvo el aliento. Sus entrañas ardían de rabia y sabía cómo detenerla.

—Usted mató a Domingo Medina… y a ese esclavo de su propia hacienda. La botella de vino envenenada pertenecía a su cosecha. Usted estuvo en la cena y tenía una gran relación con Carrasco.

—¿Disculpe? —Ella abrió los ojos como platos, desconcertada ante esa reflexión.

—Ese fraile mató por vos. Y murió por protegerla.

—Se equivoca, Leal. Ni mi esposo ni yo tenemos nada que ver con la muerte de ese visitador.

—Me da igual, Catalina. Eso le diré a todo el mundo. Nadie la creerá.

La mujer seguía dispuesta a negociar, pero él se cerró en banda.

—¿De verdad piensa mentir al pueblo también con eso, Leal? Sabe que ni mi esposo ni yo hemos tenido nada que ver con la muerte del visitador.

—A nadie le importa la verdad —le espetó él—. Sino quién cuenta la mejor historia. Créame, tiene las de perder.

Catalina se quedó a cuadros ante aquel mentiroso, un político dispuesto a todo por salirse con la suya y ocultar sus intenciones.

—¿De verdad está dispuesto a jugárselo todo por esta quimera? Le purgarán, Leal. Antes siquiera de que pueda poner un pie en ese barco. Y no serán el clero o sus compatriotas, sino el pueblo. No hay peor vergüenza que descubrirse como un miserable y mentiroso ante aquellos cuyos intereses juró defender.

—Ya veremos quién gana, desgraciada. Más le vale no abrir la boca.

Catalina supo entonces que no cabía más espacio para la diplomacia. Su intento de negociación había fracasado, así que tendría que hacerlo por las malas.

Esa expedición no iba a llevarse a cabo.

Por encima de su cadáver.

81

El poder de la mentira

22 de marzo de 1730

Las consecuencias no se hicieron esperar.

A la mañana siguiente la familia Leal despertó entre gritos e insultos frente a la puerta de su casa. Un vecino lanzó una piedra contra el cristal de la ventana, mientras que varias señoras les gritaban desde la plaza de la parroquia, exigiendo justicia y la purga de Juan.

Los Betancor habían citado a sus conocidos la tarde anterior para contarles lo que acababan de descubrir acerca del alcalde. Tomás extendió el rumor en las tabernas, mientras que Catalina hizo lo propio entre las mujeres del ateneo, entre quienes se encontraba la propia Lucía. La esposa de Juan se vio afrentada ante las críticas más aterradoras. Tuvo que marcharse avergonzada, pues sabía que la señora tenía razón, pero no podía dársela bajo ningún concepto. Tenía que mentir, mentir y mentir. Cerrarse en banda ante el ataque indiscriminado. Por más que intentó defender a su esposo, no pudo justificar todo lo que Catalina soltaba sobre él. La señora Betancor decía que Juan estaba planificando en secreto una expedición a

América, que solo llevarían con ellos a su séquito de confianza. Y lo peor de todo, que la estaba sufragando con dinero falsificado.

Los vecinos se dieron por aludidos. Unos por la traición, pero otros porque al instante se dieron cuenta de que habían cerrado acuerdos con él en los últimos días. A muchos les resultó extraño que él y su hija apareciesen con una extraña suma de dinero dispuestos a comprar tablones de madera para reparaciones, barricas, sogas y rampas, jaulas de metal para perdices, mantas de todos los grosores y materiales, además de utensilios de cocina, como calderos o peroles. Sacos de gofio y de sal, pescado seco o guarapo. Todos temían ahora que los reales que habían recibido a cambio podían condenarlos a prisión. Su propio alcalde los había traicionado.

Lucía se encerró en casa, y prohibió a Yaiza y a Bernardo que se asomaran siquiera a los enrejados del palacete. Juan deambulaba por el cubículo de su gabinete, presa de la desesperación. Maldijo a Catalina con todo el vocabulario, mientras se arrepentía por no haber sabido parar los pies a su marido cuando aún estaba a tiempo. Pensó incluso en presentarse en la hacienda de los afrancesados y sucumbir a sus demandas. Como si tenía que casar a su hija con Rodrigo ese mismo día.

Pero no podía hacerlo. Jamás se perdonaría tener que dejar a Yaiza en Lanzarote. Fue un día de temores y discusiones entre Juan y Lucía. Ella clamaba por que se pensaran mejor el viaje. Pero él sabía que ya no podían dar marcha atrás. Y el hallazgo de Catalina complicaba aún más el asunto. O se marchaban ya o perderían la oportunidad de hacer el viaje. Si el corregidor aparecía para ajusticiarlo o purgarlo antes de que partiesen, todo estaría perdido.

Se quedarían sin nada. Sin alcaldía, sin jornal, sin la casa en la que vivían. Toda su familia condenada al ostracismo.

Norberto Palacios y Armando Curbelo se presentaron en la vivienda, abriéndose paso entre la marabunta que gritaba a las puertas. Lucía tuvo que dejarlos pasar, ya que ambos parecían venir con actitud diplomática. Aunque tuvieron que frenar a buena parte de los vecinos, quienes hacían ademán de cruzar la puerta a gritos; algunos con el saco de monedas en mano, reclamando justicia y exigiendo un dinero que no fuese tan falso como las promesas del alcalde.

Juan tomó asiento en el diván de su bufete para recibirlos. Ni siquiera fue capaz de mirar a los ojos a quienes lo habían acompañado en su empeño político durante décadas.

—¿Cómo ha podido hacernos esto, Juan? —arrancó Curbelo—. Veinte años juntos y nos miente de esta forma.

Él no respondió, así que Norberto se acercó más a él para confrontarlo.

—¡Hable! ¡Jodido guanajo! ¿De qué va esto? Le hemos defendido a ultranza todo este tiempo. Incluso cuando se enfrentó al clero. Le dimos la posibilidad de dimitir en lugar de escalar el asunto a mayores. Y usted… se ha reído de nosotros.

Por primera vez él se armó de valor para mirarlos a la cara, pero se encogió de la impresión al ver el desengaño en sus compañeros.

—Ustedes son los que me traicionaron. Aplíquense el cuento.

Norberto golpeó la mesa de Juan con el puño. El alcalde lo fulminó con la mirada con intención de reprenderlo, pero se dio cuenta de

que no estaba en condiciones de hacerlo.

—Hemos enviado una misiva al corregidor de Gran Canaria —continuó el concejal Curbelo con el mejor tono de voz que era capaz de esbozar—. Imagino que llegará en unos días, quizá mañana. Le espera un mal desenlace, Juan. ¿Lo sabe? Así que prepárese.

Él asintió con todo el dolor de su corazón. Sintió un quejido que atravesaba sus entrañas al darse cuenta de que aquello era real. Hasta que Armando no lo verbalizó, él no había querido asumirlo.

El concejal continuó hablando, pues Norberto tuvo que apartarse a un lado para evitar cruzarle la cara al que había sido su superior todo este tiempo.

—Pero aún tiene la posibilidad de salvar a su familia. Díganos quién le ha estado financiando con ese dinero falso.

Juan dudó antes de responder.

—Los Betancor se lo están inventando. Ellos mataron a Domingo Medina. Fueron ellos desde el principio. Quieren acabar conmigo.

—¿Qué dice, Juan? ¡No mienta!

—Es la verdad.

Armando suspiró para armarse de paciencia.

Pero su adlátere, el alguacil Palacios, bullía en cada una de sus facciones y se lanzó a su cuello después de dar un trago al vaso de vino.

—¡Hable, coño! ¿Quién le ordenó planificar esa misión? ¿Cuándo pensaban partir?

—De verdad que no tengo idea de qué me hablan. No hay ninguna misión.

Pero era evidente que ni Norberto ni Armando se creían una sola palabra.

—Ese hombre, el del dinero… ¿Es Milton? ¿Milton *Ledner*? —El alguacil mayor lo pronunció con desprecio, y al mismo tiempo sin molestarse siquiera en comprobar si lo había dicho bien.

—No lo sé. No… —Juan se encogió de hombros haciendo un esfuerzo por ocultar su estupor al saber que tenían ese nombre.

Por suerte no parecían tener más información sobre el viaje. Por encima de todo, no podía delatar a fray Salvador Torres o al comandante general, Lorenzo Villavicencio. Tal vez el sueño de aquella expedición hubiese llegado a su fin. Pero si aún le quedaba una sola posibilidad de salir con vida, pasaba por esos dos hombres.

—No sé, no sé, no sé —le espetó Norberto—. ¡Coño, Juan! ¡Diga algo! ¡Piense en su familia! ¿No se da cuenta de que lo van a perder todo? ¡Y seguro que tiene a mi hermana escondida, malandro!

Pero él se mantuvo firme en su ignorancia.

—Lo siento, es que no… No sé.

Armando Curbelo tuvo que intervenir entre ellos para evitar que Norberto le partiera la cara. Se marcharon ante la insistencia del concejal, quien asumió que no iban a sacar nada en claro.

Su amigo les estaba mintiendo y los trataba como a dos locos.

—Déjelo, Norberto. El corregidor lo colgará.

Esa noche la familia Leal quedó envuelta entre lágrimas. Afuera ya no se veía un alma, pero aún quedaban restos de la basura que los vecinos habían lanzado contra las ventanas. Huevos contra los cristales, pedazos de lechuga y alguna que otra papa. La medianoche colmaba sus desvelos bajo una luna tan brillante como el fuego.

Lucía lloraba, tendida en la cama del matrimonio, atravesada por las consecuencias de todas las mentiras que trataban de mantener en pie a pesar de que la mitad de la isla ya estaba al tanto de los rumores que habían soltado los Betancor. Yaiza y Bernardo tampoco salieron de sus dormitorios esa noche, rondando la incertidumbre ante el desenlace que les esperaba. Querían ayudar a sus padres, pero la situación no parecía tener solución.

Juan seguía encerrado en la mesa de su bufete. Frente a él descansaban las cédulas de aquellos a quienes había convocado como voluntarios. Se preguntaba si aún seguirían confiando en la misión, a pesar de todo. Catalina y Tomás habían desvelado que estaban organizando ese viaje, pero no sabían cuándo se produciría ni la embarcación en la que lo harían. Una parte del alcalde lo instaba a pedir disculpas y a capitular, pero otra seguía empecinada en que aún podían llevar a cabo ese viaje.

Tenía que precipitar los acontecimientos.

82

Cambio de planes

Juan irrumpió en el dormitorio de Yaiza en plena madrugada. La joven se hizo la dormida y trató de ocultar sus lágrimas para no mostrar debilidad ante él. Su padre lo estaba pasando mal, por lo que no quería hacerle sentir que lo dejaba solo en la contienda, como estaba haciendo su madre. Lucía mostraba su rechazo al viaje y parecía un alma en pena por los pasillos de la casa.

Pero Yaiza sí quería ayudar.

Así que asistió a la petición de su padre como si fuese la tarea más sencilla del mundo. Pero no era una ingenua. No había más que ver la hostilidad de los vecinos. Por eso tenía que poner de su parte. Porque ahora más que nunca sabía lo que les esperaba si las cosas salían mal.

Se vistió con un traje largo, el más oscuro que tenía en su armario, y atravesó su cara con un velo de luto. Salió a la calle para recibir los embrujos de la noche, envuelta en un viento que hacía crujir incluso las piedras de los edificios. Podía oír la ventisca entre callejones, sin alma a su paso. Juan sabía que la estaba poniendo en peligro al dejarla salir a solas a esas horas, mas no tenía otra opción que sacrificarla en pos de la misión.

Yaiza llamó al convento, donde la recibió un novicio que al verla se llevó las manos a la capucha.

—Usted es la hija del alcalde. ¿Qué quiere? ¿Qué la trae?

—Necesito al vicario.

—Imposible. —El novicio dudó al contemplarla mejor a través del pañuelo y de los claroscuros de la noche.

Llegada a este punto, Yaiza sabía que su visita desataría los rumores a la mañana siguiente. Pero ahora eso no importaba. Tenía que avisarlo fuera como fuese, antes de que la situación se complicara aún más.

—Es un asunto de vida o muerte. Alguien quiere incendiar el convento.

El novicio aceptó entonces con gesto febril. Desconocía si se trataba de un ardid, pero no podía dejar el asunto al azar. Cerró la puerta aterrado por tener que despertar al nuevo padre superior, y poco después salió a recibirla fray Torres. Mirada plomiza, un pesar que no cabía en ese hábito ajado del color de la terracota.

A Yaiza ese rostro aturdido le recordó al de su padre. Fray Torres era un hombre acostumbrado a tenerlo todo bajo control, y sin embargo veía cómo el plan se le escapaba entre las manos como polvo en el viento.

—Buenas noches, padre. Tengo que…

—Ya sé por lo que viene —la cortó—. Ha saltado la noticia. Hemos de darnos prisa antes de que se corra aún más la voz.

Fray Torres y Yaiza atravesaron el empedrado de Teguise ante el silencio de la madrugada. Solo oyeron algún rebuzno del ganado entre los establos, además del maullido de un gato al cruzar los callejones que bordeaban el taller del carpintero.

Dejaron atrás el núcleo para llamar a la puerta de la vivienda de los curtidores. Lucas y María los recibieron después de varios golpes. Matilde Palacios estaba con ellos. La curandera seguía oculta en su vivienda, durmiendo en un jergón.

Sin mediar más que un saludo, Yaiza procedió a contarles la petición de su padre para que se pusieran manos a la obra lo antes posible. Todos estaban al tanto de los rumores sobre una supuesta expedición secreta que el alcalde estaba financiando de forma ilícita. Pero tal vez aún podían revertir el asunto.

Tenían que ser rápidos.

Por suerte, esa misma mañana fray Torres había dado aviso a su contacto, un pescador que vivía junto al embarcadero de la aldea de La Santa. El mismo que lo había transportado junto al alcalde a Tenerife. Esta vez le pidió que volviese a la isla para dar un aviso urgente al comandante general de Canarias, Lorenzo Villavicencio, con el fin de adelantar la expedición cuanto pudiese. Si salía bien, el navío podría llegar a Lanzarote al amanecer, o tal vez a mediodía si el viento acompañaba a las velas. Aunque no estuviese del todo preparado.

Entretanto, Matilde y Yaiza tendrían que avisar a las familias reclutadas como voluntarias para transmitirles calma y asegurarles que el viaje se llevaría a cabo, tal y como estaba planeado. Por otro lado, Lucas y María tendrían que movilizar al resto del pueblo. O mejor dicho, evitar que estos se movilizaran contra ellos y les permitiesen llevar a cabo el embarque sin problemas.

Lucas aceptó el encargo, pero María se plantó ante Yaiza.

—¿Y qué obtenemos nosotros a cambio? ¿Cómo sé que nos dará lo prometido? Le recuerdo que ni Juan ni el vicario nos querían a

bordo.

Fray Torres tomó la iniciativa y se disculpó con ellos por haberlos prejuzgado.

—Lo siento. *Mea culpa*.

Yaiza tenía respuesta, una carta firmada y sellada por su parte en la que rezaba el beneplácito del comandante Villavicencio para con la colonia. En ella les concedía el título de «hidalgos», algo de lo que también se beneficiarían otras familias. Pero además les entregaría una parcela privilegiada en el asentamiento que planificaban en América.

Lucas y María sabían leer a duras penas, por lo que les costó comprender la magnitud del pliego. Pero confiaban en Matilde Palacios, y la curandera les relató lo que significaba. El documento parecía verídico. Tal vez Juan Leal perdiese todo el peso en Lanzarote, pero tenía en su poder el sello que le había concedido Villavicencio. Con ese lacrado, el alcalde contaba con el permiso del militar y del virrey de Nueva España para repartir las tierras como considerase.

Lucas y María aceptaron, conscientes de que era todo o nada. Tenían que ayudar, por el bien de la expedición. Así que se pusieron manos a la obra.

Si salía bien, sería la última noche de sus vidas en la isla.

83

Todos a una

23 de marzo de 1730

La plaza de Teguise amaneció envuelta en un ambiente de hostilidad. Los rumores llovían entre los puestos del mercadillo desde primera hora. Algunos vendedores parecían haber pasado toda la noche buscando argumentos contra los Leal. Incluso las palomas revoloteaban sobre el palacete de la familia, como si compartiesen la protesta de los vecinos. Un murmullo de cuchicheos aseguraba que ese mismo día se produciría la llegada del corregidor desde Gran Canaria.

Todo apuntaba a que Juan sufriría el peor de los castigos. Y es que para muchos de aquellos pescadores de mangas remangadas no había peor traición que la del hereje. El fiel que se hacía pasar por alguien cercano al pueblo, para después mostrarse como el peor traidor llegada la hora de la verdad.

Muchos lo culpaban de la sequía y los temblores, acentuado este sentimiento por las restricciones en el caudal de la mareta que no hacían sino asfixiar aún más al pueblo. Y lo peor era que alguien había frustrado el intento de atentado de esa esclava. Nadie hablaba

al respecto, pero todos sabían que debía ser alguien con poder, pues los vecinos habían llevado a cabo el intento de insurrección en secreto. Contaminar la mareta traería consecuencias, pero para los instigadores era lo único que hacía falta para prender la mecha de la revolución.

A esto se sumaba la visita del emisario real y su muerte en extrañas circunstancias la misma noche de su llegada a la isla. Imposible olvidar cómo se habían desarrollado los hechos desde entonces. La vinculación de Juan con la curandera del pueblo y su enfrentamiento con el clero. Y por último los rumores de aquella expedición secreta, y supuestamente financiada con dinero falso.

Para sorpresa de todos, Leandro Perdomo aún aseguraba no saber nada al respecto. Cosa extraña en el aduanero, quien solía ser el primero en enterarse de cuanto acontecía en el puerto de Naos de Arrecife. Tal vez también él estaba metido en aquel embrollo. En cualquier caso, el sentir popular en la plaza de la recova pedía justicia. El garrote era lo mínimo que merecía Leal.

No había nada peor que la incertidumbre en un pueblo ávido de respuestas, pues solo contribuía a engrandecer las preguntas hasta crear sus propias mentiras.

Ese era el sentir general entre quienes rondaban el palacete y la parroquia de Teguise esa mañana. No es que todo el pueblo confiase en las acusaciones de los Betancor, pero no estaba el ambiente como para salir a defender al alcalde. Unos pedían su cabeza y otros simplemente callaban, entre dudas, a la espera de que todo concluyese de manera pacífica.

Hacía solo unos meses nadie hubiera dicho que las entrañas de Lanzarote volverían a despertar con el regurgitar de la última

revuelta. Pero Juan Leal había cruzado una línea infranqueable. Todos confiaban en él.

Y este les había congraciado con la peor de las mentiras.

Lucas Delgado y María Melián volvieron a ocupar esa mañana la plaza de Teguise por primera vez en mucho tiempo. Su presencia despertó de inmediato el desconcierto de sus vecinos, ya que la pareja decía no tener dinero para sufragar allí su puesto. O habían pagado el tributo de la mañana o los alguaciles no tardarían en aparecer para llevárselos de allí con una sanción.

Pero ellos no parecían preocupados por las consecuencias. Colocaron una mesa de despiece en mitad del mercadillo, pero no con intención de vender, sino con la idea de mezclarse entre la gente y formar parte de las protestas. Lucas y María habían demostrado ser en muchas ocasiones los únicos valientes capaces de plantarles cara a los gobernantes insulares. Se habían ganado el respeto de los suyos después de años liderando y dando la cara por todos ante el cabildo. Los artesanos, arrieros, ganaderos, pescadores y agricultores confiaban en ellos para elevar las quejas. Se habían erigido como una suerte de delegados en Teguise, y como tal estaban obligados a responder ante lo que parecía una corruptela. Sus compatriotas creían que el joven matrimonio se había presentado allí esa mañana para forzar al alcalde a una disculpa, así como la devolución del dinero supuestamente ilícito con el que había pagado varios encargos de víveres y herramientas.

Sin embargo, su objetivo en esta ocasión estaba del lado contrario de la historia. Juan les había prometido tierras en América y el título

de hidalgos, con lo que esto suponía para una pareja muy mal avenida como la que ellos formaban. Con cuatro zagales bajo el brazo y uno de ellos al borde de la muerte poco más podían hacer que sucumbir ante el poderoso. Ansiaban huir del yermo secarral de inmundicia y miseria, pues estaban dispuestos a lo que fuese con tal de dar futuro a sus retoños. De algún modo iban a traicionar a sus vecinos, pero sabían que no les quedaba más remedio.

No perdieron un segundo en generar conversación en torno a los tablones de despiece. María regalaba piezas de salazón a todo aquel que se acercase, mientras que Lucas cortaba pedazos de cordero mientras los niños se arremolinaban en torno a él. Tanto sus hijos como los menudos de otras familias de los puestos aledaños. Prorrumpieron en acusaciones hacia Catalina y Tomás. Suyas eran las voces que a menudo rompían en murmullos los secretos que todos sabían, pero que nadie se atrevía a soltar.

Dijeron que don Tomás estaba gravemente enfermo. No tenían dudas. Lo sabían principalmente debido a que los vecinos a menudo solían verlo reunido con un señor francés de apellido Plantard, un hombre que decía ser médico y no hablaba una palabra de castellano. El hombre llevaba poco tiempo en la isla, pero no auguraba nada bueno su presencia. Aquello era un secreto a voces en los corros más íntimos, pero Lucas y María se encargaron de proclamarlo esa mañana sin pelos en la lengua. Dijeron que se debía al alcohol, pues la ginebra de Menorca lo consumía cada noche en las tabernas.

El ambiente se fue caldeando en torno al mercadillo antes siquiera de que abriesen las puertas de la parroquia. Pero no contentos con ello, la pareja de curtidores continuó relatando a los suyos que los

Betancor actuaban movidos por la envidia. Decían que lo del viaje era mentira, al igual que sus acusaciones sobre los reales falsificados. María y Lucas estaban seguros de que se trataba de una pueril campaña de desprestigio, ya que temían que el alcalde estuviese teniendo mejor trato con los Saavedra que con ellos. Al fin y al cabo, esta familia de gaditanos recién llegada a la isla y de la que apenas se sabía producía una cosecha de vino muy pequeña, pero los curtidores decían saber de buena mano que su calidad era superior a la de los Betancor.

Cuando Yaiza salió a la calle a mediodía, descubrió que su casa ya no era el centro de atención, sino que este se había desplazado a la plaza. El pueblo partido en dos, con corros en torno a Lucas y a María, en donde se formaba una discusión sobre los partidarios de la versión de los Betancor y los que confiaban en los curtidores. Sus padres seguían encerrados en el palacete por miedo a sufrir algún tipo de represalia, pero por el momento la situación parecía mejorar. Solo necesitaban ganar un poco de tiempo, el suficiente como para sembrar la duda en el relato de los Betancor y que nadie tuviese tiempo de impedir el embarque.

El sol alcanzó su cenit en cuanto fray Salvador Torres salió al portón de la parroquia. No era habitual que los religiosos tomasen la calle en un día cualquiera, pero la ocasión así lo exigía. Así que sacó el atril a la calle.

El nuevo padre superior generó expectación suficiente en la plaza, hasta que el tumulto fue creciendo y se transformó en un bullir de señoras apostadas en las esquinas, con sus mantones negros

apretados contra el pecho. Hombres apesadumbrados. Unos cargando las mercancías, otros discutiendo. Familias enteras pululando entre el griterío de los puestos. Por ahí llegaban también los recios apellidos nobiliarios y acaudalados, a quienes había mandado avisar el propio Torres a través de sus novicios y monaguillos. De repente, Teguise parecía imbuida en una festividad improvisada en un día cualquiera de labranza y carreta.

—¡Vecinos y vecinas! —Hizo una pausa—. Muchos son los acontecimientos que han asaltado a esta ilustre y noble villa de Teguise, y me temo también que afectan al resto de Lanzarote. Hemos perdido a un hombre de gran corazón hace unas semanas. Me refiero a Domingo Medina, por quien imploro una oración.

Se hizo el silencio.

Y es que todos se preguntaban por la muerte de fray Carrasco, cuyas circunstancias seguían bajo el fervor de un extraño secretismo. Había caído desde lo alto de un cerro, sin testigos aparentes, algo que sin duda despertó el recelo de muchos. Y de repente tomaba el poder religioso un guijuelense apenas conocido por los isleños. Quizá debido precisamente a su bagaje y su sostén nadie se atrevía a desconfiar de sus intenciones, de igual modo que nadie levantaba la voz por los rumores de que Domingo Medina no había recibido los auxilios espirituales de forma natural. Sin duda, no había palabra más poderosa que la de un religioso, como ya había sucedido durante el temblor.

Y fray Torres sabía que tenía que aprovechar la ocasión.

—Maldigo a fray Carrasco. ¡El suicidio es el peor de los sacrilegios! ¡Maldito aquel que lo guarde en sus oraciones!

Volvió a detenerse. Sus manos se aferraron al atril por un instante, asaltado por las dudas. Solo él sabía que estaba a punto de romper el voto más sagrado de un religioso. La injuria. La calumnia. La mentira. Era todo o nada en ese discurso. Si Dios estaba de su parte, sabía que lo recompensaría con la gloria eterna de un soñador misionero. De lo contrario podía entregar su vida a los demonios.

Todo fuese por la causa que llevaba persiguiendo desde el día en que nació.

—Pero hay algo más que me gustaría denunciar ante esta noble audiencia. Desde ayer han llovido las acusaciones hacia nuestro alcalde, don Juan Leal Goraz, de quien se dice que está corrompido por falsos reales y una expedición supuestamente secreta. ¡Mentira! ¡Todo eso es mentira!

Yaiza asistía a las palabras de fray Torres, agazapada entre la marabunta. No se oía una voz, ni tan siquiera un rebuzno aislado o un maullido entre las cabezas animales. Ella se fijó entonces en que su padre y su madre acababan de asomarse a la ventana del dormitorio para escuchar bien el discurso del párroco. Proyectaba la voz con un carisma desaforado. Una impronta de verdad que le confería el mismo reino de los cielos.

—¡Y esa mentira tiene un apellido! ¡Betancor!

Se produjo tal revuelo entre los presentes en la plaza que el silencio se volvió aún más solemne, si cabe. Era la familia más rica y reputada de la isla.

—Cuánto lo siento por don Tomás. El patriarca ha sucumbido a los designios más atroces que es capaz de producir el alcohol. Y todo por culpa de esa ginebra británica que tantos estragos está causando. Pero ¿sabéis qué es lo peor? Que una mujer se ha estado

aprovechando de ese vacío de poder para hacer y deshacer a su antojo. Así es. La culpa tiene un nombre. ¡Catalina!

En el preciso instante en que la pronunciaba se dio cuenta de que esta acababa de llegar a la plaza en compañía de su esposo. Se hallaban al otro lado del adoquinado, pero Torres sintió cómo el dolor y la rabia de la mujer lo atravesaban. Pero él no podía amedrentarse.

—Catalina Betancor —dijo, clavando la mirada en ella. De inmediato los vecinos se volvieron en esa dirección—. Ha escrito una mentira con el único fin de desacreditar a nuestro querido alcalde. Y todo por pura envidia, porque teme que el señor Leal tenga más afinidad con los Saavedra que con vos debido a los vínculos matrimoniales de su hijo.

—¡Mentira! —gritó ella desde su posición.

Pero Torres la cortó con el desprecio que le confería su posición. Estaba exaltado, tenía la atención de todo el pueblo y no iba a desaprovecharlo.

—¿Sabe cuál es su problema? Que creyó que Dios jamás la encontraría cometiendo el peor de los pecados. Pero el Señor tiene ojos en todas partes. Esta mujer a la que tantos admiráis mantiene una relación con uno de sus esclavos. Abrama Blanco.

—¿Qué? ¡Mentira! ¡Desgraciado!

Los gritos de Catalina rompían el eco en la plaza. Tomás se volvió hacia ella con desconcierto, al tiempo que esta perdía los nervios vociferando contra el cura. Por más que ella trató de desmentir las palabras de fray Torres, su actitud no ayudaba en absoluto. La mujer fulminaba al párroco con la voz que le quedaba. Pero se vio

desangelada ante el señalamiento de la figura de mayor credibilidad en la isla. Ni siquiera Tomás la creía.

Y fray Torres lo supo al instante. Acababa de sembrar el caldo de cultivo para que el pueblo y su marido la abandonasen a su suerte, pero al mismo tiempo había violado el juramento más sagrado para un párroco. El secreto de confesión.

—¡Miente! ¡Demuéstrelo! ¡Este párroco es un embustero!

Catalina gritaba con el último aliento de su voz. Se arrodilló ante su esposo, sin importar que el pueblo estuviese junto a ellos, observando todo el espectáculo. Le juró a Tomás que las palabras de aquel párroco eran mentira. Estaba segura de que ese Torres estaba detrás de la expedición y quería separarlos para evitar cualquier disidencia.

Fue tal su insistencia que las voces del pueblo pidieron salir de dudas. Norberto Palacios, alguacil mayor, irrumpió entre el griterío a ambos lados de la plaza. El brazo de la ley sabía que Juan mentía, así que por tanto quizá el nuevo párroco estuviese de su lado. Imposible olvidar la muerte del padre Carrasco. Quién sabe si incluso tenía alguna responsabilidad en ella.

Así, aunque Catalina lo tenía todo en su contra, la mujer logró convencer con sus súplicas a parte de aquella audiencia. Entre ellos a Palacios y sus alguaciles, así como a buena parte de los concejales.

Para salir de dudas no vieron otra opción que traer a Abrama a la palestra.

84

El hijo pródigo

Las manos frente al vientre, atadas con grilletes. Abrama asistía en silencio al coro de miradas que lo asaltaban como si hubiese cometido la mayor de las atrocidades. Alguaciles, campesinos, frailes, e incluso niños de todas las edades que se arremolinaban en torno a él a la espera de sus palabras. La plaza hervía de expectación. Un calor seco y macilento que despertaba la polvacera sobre los rostros que asistían ante aquel juicio público improvisado. Todos parecían ansiar su culpa. Y así se sentía él, en cierto modo. Tantos errores había cometido en esas últimas semanas con una buena intención a sus espaldas. De nada le había servido dejarse la piel por ser el mejor esclavo, pues en lugar del privilegio que ansiaba, estaba a punto de condenar a su propia señora.

—Díganos la verdad, Abrama. Pero sepa que Dios le está escuchando. —Torres se lo pidió con voz queda y templada. El párroco sabía que al muchacho le temblaban las piernas. Que sentía pavor ante aquel centenar de rostros ávidos de morbo y casquería.

Pero el joven supo que debía armarse de valentía. Amaba a su señora. Amaba a Dios sobre todas las cosas. Y si confesó su relación con ella fue porque estaba desesperado y no sabía qué hacer. Creyó

que el fraile lo asistiría como era debido. Pero fray Torres había traicionado el principio básico entre un fiel y su párroco.

—Con el debido respeto, padre. Eso que ha dicho es mentira. Mi señora jamás se ha acercado a mí, y yo tampoco a ella.

Torres lo fulminó con la mirada, mas al instante hizo un esfuerzo por ocultar su desprecio y mantener la compostura.

—¿A Dios pone por testigo de sus palabras, Abrama? Sabe cuál es el castigo para los mentirosos.

Él dudó, aterrado, consciente de que su fin había llegado. Estaba mintiendo en público ante la mismísima autoridad católica. Se volvió hacia Catalina, quien apartó la mirada de él para no generar más dudas entre la gente. El rostro de ella estaba erguido y distante, su tez palidecía ante el juicio al que la estaban sometiendo. Su mirada era una grieta imposible de cerrar. Solo ellos sabían la verdad. Y no había nada más avergonzante. Abrama notó que Catalina se sentía sucia, arrepentida de haber compartido siquiera espacio con él. Temía que ese error, ese desliz de la carne y la compasión al que se habían entregado, le costase todo cuanto se había labrado.

—Mi señora jamás se me ha acercado. Lo que ha dicho usted es mentira, padre. Lo juro.

Las palabras brotaron de las entrañas de Abrama con una bilis que se extendió por la plaza.

Fray Torres sintió un desgarro, analizó la mirada humilde y aterrada del esclavo en busca de la forma con la que desarmarlo y humillarlo. Estaba a punto de doblegarlo. Y sin embargo el muchacho mantuvo firme la compostura. Pensó el párroco que quizá lo había subestimado. Iluso de sí al pensar que no había mayor fe que la que se profesaba al Señor.

Pero no contaba con que Abrama sentía mayor devoción por su señora que por Dios.

Un murmullo recorrió el hemiciclo.

Norberto Palacios, Armando Curbelo y el resto de los miembros de la plana política se volvieron los unos a los otros en busca de una solución al entuerto. No podían acusar a fray Torres, pero a la vista estaba que su palabra quedaba en entredicho. Quizá tenían razón los Betancor y el padre estaba del lado de Juan Leal. Ya resultaba difícil creer la palabra de un hombre procedente de tierras tan lejanas como las salmantinas. Pero es que a eso tenían que sumar la repentina muerte de Carrasco, así como la muerte del visitador en el propio convento. Demasiadas casualidades en una isla que se desvelaba inmutable ante los avatares del destino.

En vista de que el alcalde seguía encerrado en su domicilio, Curbelo se vio obligado a acercarse al atril que ocupaba el fraile para tomar la palabra.

—Con el debido respeto, padre Torres. Sus acusaciones son muy graves y atacan directamente a una de las familias más respetadas de esta isla. ¿Podría decirnos de dónde ha obtenido tal certeza?

El fraile dudó, sintiéndose ahora juzgado por un pueblo que no era el suyo y del que se sentía tan ajeno.

—Yo mismo los vi con mis propios ojos una noche en que salí a dar un paseo.

Catalina y Abrama se volvieron hacia él con estupor. El resto de la audiencia hizo lo propio. Pero aquello no solucionaba en absoluto el entuerto.

—Está bien, padre. —Curbelo se inclinó ligeramente hacia él en señal de respeto, pues lo último que quería era ofender al clero—.

En ese caso, los miembros del concejo consideramos que lo mejor será esperar a que la nao del corregidor llegue a Lanzarote. Que sea el gobernador de Gran Canaria quien ponga remedio a este intercambio de acusaciones.

La situación quedó paralizada hasta nuevo aviso.

Fray Torres masculló un improperio que nadie fue capaz de oír. El párroco volvió la vista hacia sus novicios, y se dio cuenta de que todos desconfiaban de su palabra. Torres se vio abatido al darse cuenta de que la situación no había salido como esperaba. Quizá Dios lo estaba castigando por haber roto el voto de silencio del confeso. Se temió lo peor el párroco. Si el corregidor llegaba a Lanzarote antes que el navío que debía llevarlos a América, jamás podrían zarpar. Y no solo eso. Leal perdería para siempre su posición y a él también lo excomulgarían desde el arzobispado por sus acusaciones infundadas hacia los Betancor.

Ahora mismo tenían a la opinión en su contra.

Los alguaciles disolvían la jauría de curiosos cuando otra mujer apareció en la plaza. Y no estaba sola. Al verla, fray Torres supo que Dios siempre había estado de su parte.

Era su salvación.

La gente se apartó asustada al contemplar la figura demacrada que avanzaba hacia el centro de la plaza. Algunos gritaban de miedo. Otros simplemente se hacían a un lado, empujando a quienes se encontraban a su alrededor para evitar entrar en contacto con ese cuerpo masculino.

Leonora Betancor sostenía por el brazo a su hermano Rodrigo, quien apenas se tenía en pie. Ella vestía su habitual atuendo de cuadrillera, y envolvía sus extremidades superiores en una sábana

que brillaba ante el reflejo del sol, de manera que no llegaba a rozar la piel del muchacho.

Él estaba irreconocible. Su rostro cubierto por un paño húmedo que goteaba dejando un rastro de agua y vinagre tras de sí, una estela digna de la más funesta procesión. Sus ojos eran dos cuevas, a la postre una mirada consumida por la enfermedad. Tenía vendas en sus manos, pero ni aun así podía ocultar las llagas, pústulas y heridas en carne viva que lo carcomían. El hedor de la lepra rezumaba un tinte dulzón y añejo. Un aliento que provocó que todos se cubrieran los rostros con el cuello de las camisas, con los sombreros o con el pañuelo que tuviesen a mano.

La suya era la peor de las condenas, no solo por su condición, sino por el estigma que suponía. A la vista estaba, pues de repente se abrió un círculo invisible en torno a Leonora y a Rodrigo. Nadie se atrevía a mover un músculo más que para apartarse de ellos. El joven sollozaba, no de dolor sino de vergüenza. Clamaba en silencio ante la cruz que presidía el exterior de la parroquia. La plazoleta en silencio. Un revolotear de moscas sobre los cuerpos de los hermanos, aunque todos intuían que era la piel de él la que buscaban.

Pero Leonora no se detenía en su avance. Llegó a la altura de sus padres, quienes, aterrorizados, no pudieron más que derrumbarse al ver en lo que se había convertido su primogénito, la sangre de su sangre.

—Hijo… —balbuceó Catalina, sus ojos asaltados por las lágrimas.

Tomás no fue capaz siquiera de cruzar con él una mirada.

Leonora desdeñó a sus padres, presa de la rabia y la decepción más profunda que bullía en sus entrañas. Sin dejar de sostener a su

hermano, la cuadrillera rompió su quietud para desgarrar el dolor en su voz.

—No queríais que manchara vuestra reputación…

Ellos negaron, avergonzados. Pero Leonora se envalentonó y elevó aún más el tono. Esta vez se dirigió a todo el pueblo.

—Para que veáis de lo que son capaces. Si de algo somos culpables Rodrigo y yo es de llevar este maldito apellido. Béthencourt.

Silencio.

Ella volvió a alejarse con su hermano, abriéndose paso entre el gentío. Todos los miraban con una mezcla de asco, miedo y compasión. Enfermedades como la que padecía Rodrigo eran el espejo en el que nadie quería verse reflejado. Un estigma que esgrimía el pecado y la maldición. Pero al tenerlo allí, por primera vez muchos entendieron que nadie podía escapar a ese destino. Las palabras, pero sobre todo las pruebas de Leonora, conmocionaron a todo el pueblo. Ya no quedaban dudas de que los Betancor eran unos embusteros. Habían engañado a la isla desde el principio. Suya era la más descorazonadora de las traiciones. Sus vecinos confiaban en que Rodrigo estaba en Europa cerrando acuerdos comerciales, poniéndolos en el centro del mapa para zanjar de una vez aquella crisis. Y sin embargo resultaba que lo tenían encerrado en un lazareto, aislado del resto de los conejeros, con el solo contacto de ese doctor que hacía lo que podía por salvar su vida y un esclavo que lo visitaba de vez en cuando, haciendo de nexo entre el moribundo y sus padres.

Ese mediodía se hizo por fin visible la decadencia y se forjó la desgracia de los Betancor. Décadas construyendo su reputación para

ver cómo se deshacía en un suspiro.

85

Palabra de Dios

24 de marzo de 1730

Francisco Albarracín, corregidor de Gran Canaria, llegó al puerto de Naos en Arrecife a bordo de una falúa junto a un séquito de diez escoltas de Capitanía. Este madrileño de apenas treinta años era la máxima autoridad judicial y administrativa en la isla vecina, pero también ejercía el gobierno sobre los señoríos de Fuerteventura y Lanzarote. Era un hombre de estatura media, grueso de barriga y hombros, como era de recibo para un militar de su porte. Velludo desde la cabeza hasta la planta de los pies, cejijunto y con una densa pelambrera de carbón que sobresalía por el jubón a la altura de la nuca. Su figura y su andar le hacían parecer un bregador de lucha canaria, mas él se vanagloriaba de no haber participado jamás en semejantes prácticas, solo a la altura de los defenestrados aborígenes. Miraba por encima del hombro incluso a sus semejantes, aunque al mismo tiempo se le conocía por su buen hacer y su profesionalidad en los cinco años que llevaba al frente de su cargo. Una de cal y otra de arena para muchos. No caía especialmente

bien, pero sin duda era el mejor corregidor que habían tenido las islas orientales en décadas.

Los ujieres lo condujeron al edificio del cabildo, donde Juan Leal tuvo que acudir a recibirlo. Era la primera vez que salía de casa en los últimos dos días. Presa del temor, el alcalde había decidido encerrarse en su caparazón en cuanto supo que la situación se ponía en su contra. Menos mal que Yaiza lo ayudó a solventar el asunto. Jamás olvidaría su lealtad, así como la prestada por esa pareja de curtidores a los que siempre él había detestado. Imposible olvidar también el apoyo de fray Torres y el milagro perpetrado por la señorita Leonora Betancor, quien de manera casi inconsciente había inclinado la balanza a su favor.

Juan se enfrentó esa mañana a un ambiente de tensión en la sala capitular. Los muros de caliche y basalto envolvían a los diplomáticos en una opresión que no recordaba haber vivido en años. El escudo de armas de los Reyes Católicos presidía la estancia en la pared frontal. Solo que estaba descolorido debido al sol que lo golpeaba cada día a través del ventanal.

Un coro de bigotes se hallaba sentado en torno a la madera maciza. A un lado el corregidor de Gran Canaria, junto a sus asesores y escoltas, mientras que al otro sacaban los dientes los concejales de aquel concejo insular. Armando Curbelo a la cabeza, además del alguacil Norberto Palacios y sus subordinados. Los brazos de la ley en Lanzarote.

Pero esa mañana, también, Juan había dado aviso al nuevo padre superior de la villa de Teguise, fray Salvador Torres, así como al aduanero, Leandro Perdomo. El alcalde necesitaba aliados más que nunca y no podía prescindir de esos dos rostros. El primero resultaba

evidente para todos, más aún teniendo en cuenta los hechos del día anterior. Era el segundo quien despertaba el desconcierto entre sus antiguos compatriotas del cabildo, que ya se habían vuelto en su contra. Juan y Leandro nunca habían tenido una relación cercana. Y sin embargo ahora parecían uña y carne en el hemiciclo.

Los casi cuarenta hombres se enfrentaron a una mañana de discusiones que se eternizó entre el humo de los puros y las botellas de licor. Entre todos trataban de explicar al corregidor lo sucedido, dando cada uno de ellos su punto de vista sobre una situación que al señor Albarracín le resultó a todas luces surrealista.

Las voces se elevaban por encima de lo recomendable. Algunos daban golpes en la mesa para llamar la atención. Desde luego no era momento para mantener la calma. La supervivencia del más fuerte. Salvajes de esa nueva era política. Curbelo quería dar su punto de vista, pero el tono grave y solemne del alguacil Palacios intercedía por él. Al otro lado tuvo que tomar las riendas el propio alcalde, pues fray Torres prefirió quedarse al margen debido al papel que se esperaba de él como franciscano.

Sin duda, era tal el griterío y el cúmulo de acontecimientos que al corregidor Albarracín le costó horrores sacar algo en claro sobre la situación de la isla. En primer lugar no tenía idea de los motivos por los que aquel emisario había visitado Lanzarote, lo cual ya era muy extraño, porque cada visita de un miembro de la Corona se notificaba previamente a las autoridades superiores. En este caso daba la impresión de que Domingo Medina había aparecido de la nada. Quizá movido por intereses ocultos. O tal vez el comandante general de Canarias, Lorenzo Villavicencio, sí estuviese al tanto. Era la única conclusión lógica que encontraba al interrogante.

Una lástima que no pudiese preguntarle, pues la relación entre estos dos políticos estaba rota. El corregidor Albarracín había denunciado a este superior en varias ocasiones, pues llovían los rumores sobre las corruptelas de la máxima autoridad de Canarias. Esto culminaba con una supuesta trama de falsificación de reales de plata amparada por el propio comandante general. El corregidor no tenía pruebas, pero sí un centenar de hacendados de Gran Canaria que daban cuenta de los desmanes del comandante general del archipiélago.

—¡Silencio! —clamó el recién llegado.

Todos contuvieron sus ansias por un instante. Albarracín se dirigió directamente a Juan en busca de respuestas.

—Por favor, señor Leal. Necesito que sea sincero. ¿Qué hay de cierto en ese viaje?

—Nada.

—¡Miente! —saltó Norberto—. ¿Cómo explica qué estaba haciendo su hija con mi hermana yendo casa por casa? ¿Eh?

Juan se hizo el ignorante, como si no supiese qué estaba tratando de decir el alguacil. Pero el corregidor le pidió que justificara su respuesta.

—Le recuerdo que mi Yaiza ayuda a su hermana en sus labores como boticaria y curandera de esta villa, mal que les pese a algunos de ustedes.

Norberto se puso en pie, desgañitándose de la rabia.

—¡Embustero, Leal! ¡Tiene compradas a las familias! ¡Una de ellas me ha asegurado que usted está tratando de llevárselos a América!

—¿Quién le ha dicho eso, si puede saberse?

—¡Eso no es asunto suyo!

Juan se vio acorralado por esa pléyade hambrienta de compañeros que ahora pedían su cabeza a gritos.

—¿Y no es más probable que los Betancor hayan pagado a esa familia que vos decís para justificar su denuncia? Cosas peores he visto en mis veinte años en esta isla.

—¡Mentiroso, Leal!

El corregidor pidió a los adláteres del alguacil que lo contuviesen antes de que el asunto escalase más allá de la verborrea. Así lo hicieron, y Norberto Palacios no tuvo más opción que volver a tomar asiento.

En ese momento Albarracín escrutó a Juan por un instante. Quería llegar al fondo por sus propios medios.

—Entonces, señor Leal, ¿por qué querrían los Betancor inventarse algo así?

—Envidia. ¿Qué culpa tengo yo?

Albarracín pareció mostrarse aún más receloso de las palabras del alcalde. Como si quisiera leer algo entre sus gestos.

Pero Juan se adelantó al sentirse examinado.

—¿Acaso hay algo más que discutir sobre esos franceses? ¡Por Dios, señor Albarracín! ¡Ellos sí que nos han mentido a todos! ¡Su hijo no estaba en Europa! Y ella… ¡con un esclavo! ¿Qué diablos vamos a hacer ahora?

—Ahí he de darle la razón, Leal. Esto nos ha pillado a todos desprevenidos. Y mire que conozco a los Betancor desde hace años. Pero jamás hubiera dicho que veríamos algo así viniendo de ellos.

Silencio. El corregidor meditaba con su mirada puesta en el escudo de armas. Finalmente volvió a dirigirse al alcalde.

—Lamento decirle que sus compañeros han firmado un documento en el que solicitan su purga política, ya que no han conseguido que abandone el puesto por las buenas.

Albarracín señaló a los concejales y alguaciles como si quisiera avivar aún más la llama. Pero a este no le sorprendió en absoluto. Tampoco dio muestras de estar afectado al respecto.

—¿Le da igual? —insistió el corregidor.

—No. Por supuesto que no. Pero ya estoy curado en salud, son muchos años al frente. —Hizo una pausa para dar más énfasis a sus palabras—. Verá, señor Albarracín. Sabe tan bien como yo que se trata de una maniobra para acabar conmigo y relegarme en el poder. Dan como excusa la muerte de Domingo, la del padre Carrasco, que Dios lo tenga en su gloria, o mi aparición en el convento con la señorita Matilde Palacios. ¡Mentira! En el fondo, lo que les duele es que haya tomado la decisión de cerrar la mareta debido a la sequía. ¡Me responsabilizan incluso de eso y de los temblores en la isla! ¿Se lo puede creer? ¿Qué culpa tengo yo de que Lanzarote esté maldita?

Albarracín tomó aire y se echó hacia atrás en el asiento para meditar las palabras de Juan. En ese momento el alguacil Palacios abrió la boca para intervenir, pero el corregidor lo mandó callar con un gesto seco. Quería que aquello se convirtiese en una conversación de hombre a hombre, y no en una batalla de taberna.

—Comprendo lo que dice, señor Leal. Pero la situación es crítica para usted. ¿Cómo piensa gobernar con todos sus subordinados en su contra? —dijo, y volvió a señalarlos como si estuviera presentándolos en sociedad.

El gesto se le hizo a Juan aún más hostil, pues lo obligó a mirar a la cara a esos hombres a los que había tomado por amigos durante

tantos años.

—Créame, haré todo lo posible por convencerlos de que se han equivocado. Y si no entran en razón, me veré obligado a sustituirlos. Si usted me da su permiso, claro.

Albarracín asintió con pesar. Quería confiar en el alcalde, pero al mismo tiempo había algo que se lo impedía. Un extraño presentimiento.

Por el contrario, Juan rezaba para sí, pues sabía que lo tenía a punto de caramelo. Solo necesitaba convencerlo para que le permitiese seguir en el poder unos días más. Así podría partir hacia América como alcalde, tal y como exigía la cédula escrita por el virrey y el comandante Villavicencio. Si el corregidor lo purgaba o le obligaba a dimitir antes de partir, Juan no tendría ya el puesto, por lo que no podría liderar esa expedición como alcalde mayor en el navío y ultramar. El viaje se iría al garete.

Tenía que ganárselo.

—Deme un mes, señor corregidor. Solo necesito algo de tiempo para demostrarle que puedo sacar adelante este cabildo. Si pasado ese tiempo no he cumplido con sus expectativas, yo mismo expondré mi renuncia y mi exilio.

—¿Cómo?

Fue entonces cuando Juan señaló al aduanero, Leandro Perdomo.

—Este hombre es el candidato perfecto para sustituirme. Tiene contactos y una gran relación con quienes entran y salen de la isla. Y tanto los concejales como el alguacil aquí presente —dijo, y señaló a Norberto Palacios con desdén— siempre se han mostrado favorables a que me suceda en el cargo. Todos ganamos.

—¿Y por qué no hacerlo ahora? —le espetó Norberto—. ¿Qué gana esta isla dándole un mes más como alcalde? ¿Acaso tiene algo pendiente?

Juan fingió desinterés ante las quejas del alguacil. En su lugar volvió a dirigirse al corregidor para captar su atención.

—Escúcheme, señor Albarracín. Se lo pido porque confío hacer las cosas bien. Creo que podemos salvar a esta isla. Ahora mismo redactaré mi renuncia para que pueda hacerla efectiva en el plazo de treinta días si considera que ya no estoy capacitado. Quizá Leandro Perdomo sea el relevo.

El corregidor parecía convencido, pero al mismo tiempo eran tantos los indicios que había contra el alcalde que se resistía a dar su brazo a torcer.

Algo no encajaba.

—Una cosa, Leal. ¿Por qué ha decidido proponer de buena voluntad al señor Perdomo, cuando por todos es sabido que nunca se han llevado bien?

—Porque sé escuchar al pueblo. Y por más que me duela, es el favorito para relevarme.

—¿Hay algo más que yo no sepa, señor Perdomo? —Esta vez, el corregidor Albarracín fulminó al aduanero con la torcedura de su índice.

—En absoluto, señor corregidor.

—Más vale que esté diciéndome la verdad. Porque le aseguro que como haya una sola mentira en esta emboscada, no me conformaré con purgarlo de cargo y patrimonio. Su cabeza será la primera en resultar ajusticiada.

Leandro Perdomo se quedó petrificado en el butacón. Además de fray Torres, él era el único en la mesa de roble que estaba al tanto del viaje. Habían pactado en secreto con el alcalde que lo sucedería en cuanto el navío partiese desde Lanzarote con sus expedicionarios.

En ese momento aparecieron ante él sus vívidos recuerdos. Sus orígenes de esclavo. Cómo recaló en aquella isla en un navío pirata al servicio de los moriscos, y cómo sobrevivió tras el fracaso del ataque dando tumbos, presa de un milagro. Aún le resultaba increíble pensar en su ascenso en estos años. Nunca había estado tan cerca del cabildo como en ese momento. Casi podía tocar el asiento.

Pero la amenaza del corregidor cambiaba las cosas por completo. Juan se marcharía, mas él tendría que afrontar las consecuencias de la mentira. Podía fingir que no sabía nada al respecto, pero… No, aquello no tenía sentido. Era aduanero. Se le presuponía el más indicado para saber cuanto sucedía en el puerto. Nadie creería su ignorancia al respecto.

—¿Me está escuchando?

Las palabras del corregidor lo trajeron de vuelta a la realidad.

Perdomo dudó. Volvió la vista a su alrededor y se dio cuenta de que todos esperaban que dijese algo de provecho. Pero quien de verdad llamó su atención fue fray Torres. El religioso lo miraba con insistencia, al mismo tiempo le regalaba su complicidad como si tuviese un as bajo la manga. El aduanero no sabía qué decir. Si callaba, probablemente tomaría el poder. Pero ¿por cuánto tiempo? Se convertiría en el alcalde más efímero de Lanzarote. Le cortarían la cabeza en cuanto supiesen que estaba siendo cómplice del viaje. Por su mente pasaron miles de pensamientos. Podía traicionar a Leal allí

mismo. Quizá si decía la verdad lograría tomar el poder por las buenas, pues todos confiarían en su palabra.

Pero antes de que pudiera dar forma a esta idea, fray Torres se puso en pie y se adueñó de todos con su palabra.

—He de decir algo, señor Albarracín.

El militar enarcó las cejas, sorprendido.

—Vaya, no esperaba que un religioso tomase partido en esto.

—Lloverá.

—¿Cómo?

—Lo que oye. Se avecinan cambios en nuestra tierra. Un antes y un después que transformará para siempre el mundo tal y como lo conocemos.

Esta vez el corregidor no fue el único estupefacto ante lo que parecía una profecía divina de fray Torres.

—Antes de morir, el padre Carrasco y yo tuvimos la misma visión. Fue algo premonitorio, se lo aseguro. Pronto lloverá. Puede que agua, quizá otro manjar. Pronto sucederá algo en esta tierra que la transformará para siempre.

—Por favor, ¿podría ser más claro?

—Ojalá el señor me lo permitiese con su providencia. Solo puedo decirle que estos dos hombres de aquí son el camino correcto. —Señaló a Perdomo y a Leal—. Confíe en la palabra del alcalde. No le ha fallado una sola vez en décadas. Y ahora se está planteando sustituirlo, ¡purgarlo! Por simples acusaciones infundadas. No. Así no progresa el mundo, señor Albarracín. No tiene nada que perder. Si sale mal, Perdomo lo hará de maravilla. Tiene el beneplácito del convento de San Francisco. Y del Señor.

—¿Me está pidiendo que confíe esta decisión a un designio divino?

—Se lo estoy exigiendo.

—¿Cómo?

—No se haga el sorprendido, Albarracín. Mire hacia sus entrañas. Como cristiano, sabe tan bien como yo que esa es la decisión que debe tomar. Si está dudando en hacerlo es porque le puede la ambición. Y ya sabe cómo trata el Señor a los osados de coraje.

Era tal la seguridad que desprendía el fraile que Albarracín se vio abrumado por sus influjos. Un siervo de Cristo lo estaba reprendiendo ante la plana política para que tomase tal decisión. Y no se trataba de un hombre cualquiera, sino de un guijuelense con carácter que acababa de convertirse en la palabra de Dios en Lanzarote.

Fray Torres insistió una vez más.

—Si no hace lo que le digo, se arrepentirá toda la vida. Se lo juro. Caerá sobre nosotros el peor de los destinos.

—Está bien —sentenció este. Imposible negarse ante su solemnidad.

Fray Torres parecía a punto de maldecirlo con esa mirada penetrante. Esos ojos que jamás había visto parpadear.

Después de toda una mañana de discusiones, Juan Leal firmó su posible renuncia y depositó el cargo en el nombre de Leandro Perdomo con fecha de 24 de abril del año 1730. Treinta días desde ese instante, para que el corregidor la hiciese efectiva si así lo consideraba oportuno llegado el momento.

Pero, antes de disolver el encuentro, aún quedaba un asunto por resolver. Y era precisamente Juan, como alcalde y juez mayor de

Teguise, quien debía dictar sentencia al respecto.

—¿Ha tomado ya una decisión sobre los Betancor? —preguntó el corregidor a su alcalde.

—Así es —respondió con pesar.

—¿Y bien?

Juan sacó de su maletín un pliego que había redactado antes de venir. Un auto de despacho que extendió a través de la mesa para dejar frente al asiento que ocupaba Francisco Albarracín. El militar lo leyó en silencio ante la mirada atenta de todos los allí presentes. Después levantó la vista en señal de asentimiento, mostrando su conformidad ante aquel dictamen.

—Está bien, Leal. Así se hará. Creo que ha tomado la decisión correcta.

—Gracias, señor corregidor.

—Me alegro de no haberme equivocado con usted.

Se sonrieron, poniendo así punto y final a un encuentro en el que Juan podía sentir los ojos de sus enemigos clavándose en su nuca. La tensión no hacía sino crecer. Aunque pareciese todo lo contrario.

Salieron del edificio de cabildo para dar la noticia a los Betancor. Juan Leal y Francisco Albarracín al frente de la comitiva. Más allá de la discusión, de puertas para fuera tenían que transmitir la idea de que todo estaba controlado.

Eso hicieron. Desfilaron con gesto sonriente ante los vecinos que los veían pasar.

Quién le iba a decir al corregidor que acababa de ser víctima del peor engaño de su vida.

86

Una cruz en la plaza

25 de marzo de 1730

Catalina arrastraba los pies por el sendero que comunicaba su hacienda con el núcleo de Teguise. El camisón roto hasta los tobillos, rastro de lágrimas en las cuencas de los ojos. Descalza, flanqueada por tres alguaciles que tiraban de ella como si fuese una pordiosera. No ejercían presión y tampoco le metían prisa, pues a fin de cuentas la mujer estaba colaborando en su avance hacia el destino que le esperaba. La habían rapado sin ceremonia hasta dejar al aire su cuero cabelludo. Ella clamaba al cielo, sin éxito, y al mismo tiempo suplicaba piedad a los zagales que ahora la sometían siguiendo la sentencia de arriba.

Aún era incapaz de comprender cómo se habían precipitado los hechos.

Al regresar a casa el día anterior Tomás la golpeó en el rostro varias veces. A su marido lo invadía la borrachera, pero sobre todo la frustración y la impotencia al descubrir que su mujer mantenía una relación con un esclavo. Solo Dios sabía desde cuándo. Poco le importó al señor Betancor que ella le dijese que todo era mentira.

No la creía. Era imposible que fray Torres inventara semejante embuste solo para humillarlos.

Tomás vomitó después de ejercer contra ella toda la violencia que fue capaz de liberar, antes de que Leonora oyese los gritos y los golpes y lo detuviera. La cuadrillera observaba y escuchaba desde la alcoba contigua, y lloraba a mares mientras frenaba la violencia que se había desatado en la mansión. Desde allí gritó a sus padres y los maldijo por tantas mentiras.

En el exterior, en el cobertizo de los esclavos, el grupo se agolpaba en torno a las fogatas comentando lo sucedido. Todos los berberiscos rodeaban a Abrama para saber si eran ciertos los rumores sobre Fátima y su intento de hacer volar por los aires la mareta. Pero, sobre todo, lo que mayor interés despertaba a todos era si el joven había tenido algo con la señora Betancor.

Durante aquella tarde, sin embargo, la casa quedó en silencio. Tal fue la sorpresa de Catalina que se desplomó en la cama hasta liberar el último aliento de su garganta y sus sollozos. Vio que Tomás se marchaba a la villa, y Leonora también hizo lo propio para cuidar a Rodrigo. La dejaron sola en la mansión, rumiando sus pecados y errores. A ella, que no había hecho más que dejarse el alma por su familia.

Ni siquiera Abrama se acercó a verla.

Ella lo buscó entre la cuadrilla, pero pronto se dio cuenta de que no lo encontraría. El joven se marchó al caer la noche, harto de que todos sus compañeros lo atosigaran a preguntas. Tomás no había hecho esfuerzo alguno por castigarlo, pues el hombre culpaba de todo a su esposa.

Abrama había escapado sin despedirse.

Y tal vez era lo mejor. Acercarse a ese berberisco había sido uno de sus peores errores. Quizá se lo merecía.

Pero al mismo tiempo, Catalina nunca se había sentido tan sola y desamparada.

No tenía siquiera un hombro en el que llorar.

Fue al amanecer cuando por fin tuvo que enfrentarse a su destino. Los alguaciles se presentaron ante ella con un auto condenatorio. Aunque sentencias como la suya solían correr a cargo del Santo Oficio, no era habitual que los miembros de dicha institución rondasen la isla. En este caso el pliego lo firmaba el alcalde y juez mayor, Juan Leal Goraz, así como la máxima autoridad eclesiástica, fray Salvador Torres. No le sorprendió ver esas dos firmas, pero sí se derrumbó el descubrir que su propio esposo también firmaba el documento.

Tomás se había presentado en el cabildo esa tarde para defenestrarla, alegando que no tenía idea de su relación con Abrama Blanco, y que llevaba tiempo notando que su esposa presentaba cierta enajenación mental. Por lo que Catalina pudo leer antes de quedar atravesada por las lágrimas, Tomás confesaba que había ocultado las actitudes de ella por deber conyugal y vergüenza católica. «Por tanto comparezco no con ánimo de escarnio, sino por necesidad de separar mi nombre del suyo y restaurar así la honra que mi familia poseía antes de los hechos ya conocidos». Tras esto ella dejó caer el pliego, completamente abatida e incapaz de seguir leyendo.

Tomás, el hombre al que había amado, acababa de venderla como si de una bruja se tratase.

Cuando llegó a la plaza, arrastrada por los guardias, la mayoría de los tendales aún no rendían a pleno pulmón. La mañana se desperezaba con lentitud. La subieron a un banco de piedra y la ataron de pies y manos a uno de los postes, donde estaba previsto que permaneciese a lo largo de toda la jornada, sometida al juicio de los vecinos.

Todo el que pasaba frente a ella la observaba con repulsión. Sin cabello, la señora Betancor parecía un andrajo a ojos de la gente. Mujeres de su edad, e incluso de su círculo, soltaban algún improperio al pasar frente a ella. Asco, desprecio y una evidente muestra de hipocresía, pues no era la única de la que se conocía idilio con un esclavo. Pero se había convertido en cabeza de turco. Algunos dejaban escapar con sorna esa mueca de justicia poética al ver que una de las personas más acaudaladas de la isla corría tal desenlace. Catalina dejó caer su rostro y lo apagó para no fijarse en la audiencia, pues no quería cruzar su mirada con nadie. Sentía los ojos clavándose en ella y no vio mejor opción que llorar para sí su dignidad.

A mediodía era evidente que se había corrido la voz sobre su condena pública, pues se contaban por centenares las personas que pasaron por allí para ver con sus propios ojos lo que decían todos los rumores. La tachaban de mentirosa y rencorosa, pero también de lunática al inventarse semejante relato sobre esa expedición hacia tierras lejanas. De sobra era sabido que en Lanzarote era imposible guardar un secreto por mucho tiempo. Tenía razón la mujer, pero solo unos pocos compartían su certeza; precisamente aquellos que debían callar la mentira, ya que de lo contrario no podrían subir a ese navío que debía estar al llegar.

Y Yaiza estaba entre ellos.

Al igual que el resto del pueblo, la joven pasó un rato asomada a la ventana de su dormitorio, desde donde podía contemplar esa figura informe. Catalina parecía una virgen crucificada en mitad de la plaza. Se compadeció de ella al verla tan frágil, humillada y sobre todo vilipendiada por algo en lo que además llevaba razón.

Después bajó al comedor, donde sus padres y su hermano conversaban, precisamente ultimando los detalles sobre el viaje que estaban a punto de iniciar. Tomó asiento junto a ellos y se dejó imbuir por el estado sepulcral de su casa. Poco les quedaba ya en aquel palacete. Juan estaba enfrascado en los pliegos del flete, y se los contaba a Bernardo para que este le contestase con asentimiento. Tenía que usar a alguien como pared en la que rebotar su organización y el pequeño cumplía su rol a la perfección. Al otro lado de la mesa estaba Lucía. Muerta en vida parecía estar su madre. Mantón de Manila sobre los muslos y una aguja de coser entre las manos. Terminaba de zurcir un paño, pero se le iban los suspiros por la boca.

Yaiza sabía de sobra que su madre no quería dejar Lanzarote, pero había algo más que la rondaba y supo al instante de qué se trataba.

—Padre…

—Ahora no, Yaiza.

Pero ella desoyó la orden.

—¿De verdad esto es necesario?

—¿Qué?

Ella señaló la ventana que daba a la plaza, refiriéndose a la humillación que estaba sufriendo Catalina. Juan apenas levantó la

vista.

—¿Se creen que quiero hacer esto? —dijo a los tres miembros de su familia.

—Podría tener un poco de piedad.

—¿Piedad? Hemos estado a punto de perder el viaje por culpa de esa sinvergüenza. Fue ella la que pidió a fray Carrasco que matase a Domingo. ¿O acaso lo ha olvidado?

Ella asintió. En parte dubitativa, pero al mismo tiempo doblegándose a sus argumentos.

En ese momento Lucía hizo ademán de intervenir, pero Juan la cortó con una mirada cargada de desprecio.

—Pero, padre, creo que…

—¡Basta! Se acabó, Yaiza. Así es la vida.

No dio más opción a réplica.

Estaban a punto de hacer historia.

87

Reina en la conciencia

La jornada transcurrió sin imprevistos, como si el vendaval del día anterior hubiese dado paso a la calma más absoluta. No se produjo altercado alguno contra el cuerpo de Catalina, que permanecía atada a aquella estaca al amparo de quienes quisieran cebarse con ella. A la mujer no le quedaban ya lágrimas, tampoco más sentir que el vacío y el desaliento. Solo quería desaparecer, entregarse a su destino cuanto antes, pues sabía que no le quedaba ya nada por lo que vivir. Había removido cielo y tierra por levantar la hacienda, por ayudar a su esposo a salir del alcohol. Y sobre todo, si se habían arruinado era para pagar a ese médico que aseguraba ser capaz de curar a Rodrigo. ¿Por qué nadie de su familia era capaz de comprender que lo había hecho todo por ellos?

Suspiró, presa de un último aliento.

Su marido la había vendido. Su hija la odiaba, y por ende también su hijo. Llegada a este punto, se convenció de que merecía aquel castigo. Jamás debió haber recluido al primogénito en el lazareto, así como tampoco debió haber aceptado la coacción por parte de Francia para pagar a ese doctor. Nunca debió haber intentado sabotear esa expedición.

Pero antes de abrazar su muerte solo rondaba su cabeza una última pregunta. Y es que ni ella ni Tomás habían tenido nada que ver en la muerte del visitador. Sí, ambos intuían que aquel emisario había venido a la isla para transmitir esa noticia, pero nunca se les habría ocurrido quitárselo de en medio. Menos aún tratando de envenenarlo con un vino de sus propias botellas, como se decía por ahí. ¿Quién demonios había acabado con Domingo Medina?

Poco después los alguaciles bajaron a Catalina del poste y la hicieron recorrer las callejuelas en agónica procesión, de manera que hasta el último rostro apostado en las ventanas pudiera ver con sus ojos el castigo que recibían las infieles como ella. Las herejes. Porque eso era todo cuanto había quedado de Catalina. Una osada que se creyó lo suficientemente poderosa como para decidir como un hombre. De haber sido ella su esposo, sabía que no habría corrido el mismo destino. A la vista estaba que Tomás había quedado como víctima de sus tretas. De las artimañas de una bruja que movía los hilos a su antojo. Ese era el relato que quedaría en el pueblo. Y Catalina no tenía fuerzas siquiera para defenderse.

El corregidor, Francisco Albarracín, aún seguía en Lanzarote para atender asuntos de gobierno aprovechando aquel viaje. Y no quiso perderse el desenlace. A decir verdad nadie más que su propia familia faltó al castigo. Leonora y Tomás lloraban aquella muerte desde la mansión antes incluso de que se produjera. Los esclavos de la hacienda también compartieron su llanto por el desenlace de la señora. Solo faltaba Abrama, aún en paradero desconocido, aunque todos sabían que no aguantaría mucho tiempo en los secarrales de la isla.

El resto del pueblo sí acudió al ajusticiamiento. Desde Yaiza a sus padres, pasando por los frailes, así como la mayoría de las familias que estaban a punto de partir hacia América en secreto. Arrocha, Mederos, Gálvez… Todos ellos apellidos que callaban lo que sabían sobre la expedición. Preferían dejar morir a esa mujer antes que perder la oportunidad de emigrar para siempre de esa tierra infausta sobre la que hacía meses que no caía una gota de agua. Nada más que los temblores como aviso de que se acercaba el fin del mundo. Cada quien velaba por sus necesidades.

Entre el gentío se hallaba también una mujer recién llegada a Lanzarote y cuyo rostro casi nadie recordaba, pues hacía décadas que no pisaba la isla.

Pero tenía mucho que decir al respecto.

Ataron una soga al cuello de Catalina, pero esta vez lo hicieron a las afueras de la villa, en un secarral amodorrado por la brisa. Muretes de piedra, un roble de figura alicaída y ramas de fuerte grosor. La cubrieron con un saco de rafia para evitar las muecas ante la falta de aire, pues además de adultos también había niños en aquel descampado marchitado por la sequía. La subieron a un tocón y el propio alguacil Palacios ejecutó la orden de su superior, Juan Leal, al que odiaba con todas sus fuerzas. Pero por encima de su rencor estaba precisamente el código que había jurado respetar. Así que no pudo más que hacer de verdugo y enviar a la muerte a la señora Betancor.

En su último jadeo, Catalina por fin comprendió la hazaña que portaban a sus espaldas mujeres como Matilde Palacios, que luchaban por hacerse valer en un mundo que las recluía al hogar y a la crianza. Cuánto se arrepentía de haberlas despreciado en algún

momento. Y cuánto se enorgullecía de haberse convertido en una de ellas.

Una Virgen que llora salitre.

El cuerpo de Catalina se removió en el aire, haciendo aspavientos mientras el último rayo de sol se ocultaba en el horizonte, al clamor del Atlántico. La mujer abandonó el mundo de los vivos bajo una estela de derrota, pero al mismo tiempo convencida de que había hecho lo correcto.

Y que Lanzarote guardaría para siempre ese momento en su conciencia.

88

El día señalado

26 de marzo de 1730

El tañido de las campanas sorprendió a todos al amanecer. El pueblo despertó envuelto entre golpes de bronce, lo que provocó el rebuznar de los equinos y el alboroto en los corrales. Unos gritos desangelados recorrieron Teguise al unísono, voces procedentes del puerto que daban la voz de alarma ante lo que parecía un zafarrancho por la llegada de un ataque pirático. Ojalá hubiera sido eso, pues al menos querría decir que el mal habitaba a las puertas de los límites de la isla.

Pero no. El enemigo estaba entre sus habitantes.

La mentira por fin salía a la superficie.

Acababa de atracar en la dársena el galeón Nuestra Señora de la Trinidad y del Rosario, un navío de considerables dimensiones del que pocos tenían noticias.

Solo estaban al corriente los elegidos para la misión que estaba a punto de dar comienzo.

Yaiza irrumpió en la habitación de sus padres a toda prisa y los despertó entre zarandeos, pues los dos roncaban como ángeles en su nube por primera vez en mucho tiempo.

—¡Ya está! ¡Ya ha llegado!

Juan y Lucía apenas tardaron un instante en incorporarse. De inmediato se pusieron manos a la obra. No había tiempo que perder si querían tener éxito en el embarque.

Tal y como estaba planificado, las familias se vistieron a toda prisa, y apenas probaron bocado antes de salir de casa cargando con sus arcones y todas las pertenencias que iban a llevarse al otro lado del mundo. Había unas pocas almas en la calle a esas horas, y más allá de las quince familias que iban a emprender la travesía, el resto de los jornaleros o agricultores que estaban levantados por su faena no tenían idea de qué estaba sucediendo. Fueron comprendiendo al ver la procesión de familias hacia el puerto. Hombres, mujeres y niños cargando con sus vidas a cuestas. Baúles de madera entre dos pequeños, las madres portando sacos de rafia y los hombres arrastrando carretillas con todo lo de valor. Relojes, cajoneras y todo tipo de enseres que pudieran necesitar. Una travesía a pie de casi una hora por el trillo de pedregal. Un éxodo contrarreloj hacia el puerto de Arrecife, ya que debían evitar que el resto del pueblo tuviese tiempo de reaccionar.

Frente a la puerta del palacete, Yaiza indicó a sus padres que se adelantaran en el camino.

—¡Ahora les alcanzo! Quiero revisar mi habitación una última vez.

Asintieron. Lucía, Juan y Bernardo se marcharon de casa con lo poco que podían llevar debido a la ceguera y dificultades del alcalde,

aunque por suerte ya habían dejado algunas de sus pertenencias en el edificio de aduanas a cargo de Leandro Perdomo.

Yaiza volvió a recorrer entonces la vivienda. Apenas tuvo tiempo de reflexionar que jamás volvería a pisar la que había sido su casa desde que nació. Dejaba atrás Teguise, Lanzarote y aquel palacete en el que se había convertido en toda una mujer. Brotó una lágrima en su mejilla, y fue precisamente esa la señal de que no podía detenerse en la nostalgia.

Salió del domicilio sin preocuparse siquiera de cerrar la puerta con llave. Poco le importaba ya lo que fueran a sustraerles los vecinos. Como si les quemaban la casa. Yaiza sabía que muchos los odiarían a partir de ese día, pero ellos ya estarían muy lejos de allí.

Se cruzó con los Gálvez en mitad de una callejuela, quienes también se dirigían al pueblo como una de las familias voluntarias. Padre, madre, tres niños y dos niñas de edades dispares. Apenas intercambiaron un saludo con Yaiza, pues andaban apresurados con sus valijas y sacos. Ella les dijo que se adelantaran, que tenía que resolver un asunto antes de ir al puerto.

—¿Adónde va, mi niña? ¡Que el barco zarpa!

—¡Será un segundo! ¡No tardaré! —gritó ella mientras se alejaba corriendo en dirección contraria a la costa.

Pasó frente al chamizo de Lucas y María para asegurarse de que todo iba como era de esperar. No podía dejar al azar a aquella familia, sobre todo por su amiga.

Golpeó la puerta en repetidas ocasiones hasta que fue la propia Matilde quien le abrió. Respiró aliviada al ver que parecían estar

preparados.

—¿Lista? —preguntó la curandera al verla.

—Casi. ¿Ustedes?

Yaiza asomó la mirada al interior. Lucas, María y sus cuatro retoños sacaban los baúles a la calle, y Matilde les estaba ayudando antes de acercarse a abrir. La joven intuyó que podrían defenderse y llegar al puerto sin problemas.

Así que se despidió y reanudó en su avance por el adoquinado.

—¿Adónde va? —le gritó Matilde desde el umbral de su familia de acogida.

—¡A la hacienda Betancor! ¡No tardo!

—¿Qué?

Matilde salió a la calle para intentar detenerla, pero Yaiza corría a tal velocidad que fue incapaz de seguirle el ritmo.

Por primera vez, el enrejado de los Betancor estaba cerrado a cal y canto. Se respiraba un silencio atronador entre los viñedos. Yaiza meditó un instante qué hacer, pero supo que no podía demorarse más tiempo, así que trepó el murete de piedra que apenas superaba la altura de su cuerpo. Escaló los filos basálticos y saltó al otro lado. Después corrió a toda prisa entre malvasías. Fue entonces cuando la sorprendieron varios esclavos que acababan de levantarse en el cobertizo. Se volvieron hacia ella, presa del desconcierto, pero Yaiza ni siquiera les regaló una justificación. En su lugar corrió hasta el portón de la mansión, donde golpeó la puerta de manera desesperada hasta que alguien le abriese.

Quiso el milagro que se tratase de Leonora la que se encontró al otro lado. La joven estaba pálida, esta vez sin el atuendo de cuadrillera y sin más espíritu que el del duelo por haber perdido a su madre. Por la desgracia que asolaba a su maldito apellido.

—Vámonos.

—¿Cómo?

—Lo que oye. Se viene conmigo.

Ella negó.

—¿Qué está pasando?

—Va a subir conmigo a ese galeón.

—Era… ¿era cierto?

Yaiza tiró de ella con fuerza, sin permitirle siquiera que se despidiese de su padre, de su cuadrilla o de sus recuerdos.

—¡Pare! ¡Deténgase!

Leonora se plantó en mitad del pedregal y las zanjas de viñedos a medio crecer. Los sarmientos se desparramaban entre ellas.

—Tiene que venir.

—No… Mi hermano. No puedo dejarlo solo.

Yaiza la miró enternecida.

—He venido a petición suya. Rodrigo me pidió que la obligara a subir a ese galeón.

—¿Cómo? ¿Dónde está él?

—En el lazareto. Pero confíe en mí, por Dios. ¡Vamos, no hay tiempo!

Leonora dudó. Acababa de despertarse, ni siquiera comprendía bien lo que estaba pasando. Y desde luego Yaiza no era la persona más indicada en la que confiar. Al final resultaba que el viaje era cierto. Su madre tenía razón en el sabotaje. Aunque no era

precisamente eso lo que tanto le dolía, sino la forma en que esta había despojado a Rodrigo de su alma.

Yaiza volvió a tirar de su brazo.

—Por favor, venga conmigo. ¡Ya!

—Tengo que despedirme —se excusó Leonora, señalando hacia el pabellón.

La hija del alcalde dudó, pero Leonora tiró de ella para llevarla hacia la zona de los esclavos. Se abrazó entonces a cada uno de ellos sin mediar palabra alguna. No le quedaban lágrimas, actuaba movida por una fuerza externa y por el presentimiento de que tenía que seguir los designios de la joven. Nunca debió haberla subestimado. Esa muchacha era un espíritu indomable.

Después, las dos chicas se alejaron ante la atenta mirada de aquella veintena de esclavos que no terminaba de creer lo que estaba sucediendo.

Entretanto, el tañido de las campanas de la iglesia se volvió aún más constante y ensordecedor, síntoma de que fray Torres estaba a punto de abandonar el convento. Tal y como habían pactado, el fraile sería el último en dejar Teguise en compañía de su adlátere, fray Guzmán. Ellos tenían que dar aviso al resto de los voluntarios para que tomasen el camino hacia el puerto.

Yaiza y Leonora corrieron a toda prisa por el pedregal de camino al puerto, sin más enseres que la ropa que vestían. Por suerte aún tenían margen de tiempo para llegar a la dársena. El pueblo apenas despertaba, y sabían que los alguaciles y el corregidor tardarían en organizarse si querían evitar su partida.

Cruzaron la última loma y, desde la parte más elevada vieron el galeón atracado junto a la orilla. Solo unos pasos de descenso las

separaban del transporte en esa travesía sin retorno.

Fue entonces cuando Leonora pidió un último favor a Yaiza.

—Tengo que despedirme de él.

—No, no. No hay tiempo.

—Por favor.

Cada pequeño retraso ponía en peligro el embarque, pero Yaiza supo que no podría evitarlo. Dejó que Leonora corriera por el desfiladero, dejando a un lado el puerto para continuar hasta la siguiente cala en la que se hallaba el lazareto.

Yaiza se quedó clavada en el sitio por un instante. Dudaba si dirigirse al barco junto al resto, o si por el contrario debía acompañar a Leonora por si pasaba algo. Optó por lo segundo.

—¡Espera!

Corrió tras ella y juntas se adentraron en aquel sendero escarpado que bordeaba el desfiladero y comunicaba con el lazareto. Yaiza respiró hondo tratando de ser positiva. De momento todo salía según lo planeado. El puerto quedaba a solo unos minutos a pie. Les daría tiempo.

Pero los problemas estaban a punto de llegar.

89

Hasta siempre

Cruzaron las puertas del lazareto después de bañar sus cuerpos en vinagre y cubrirse con las sábanas que los vigilantes tendían en el exterior. Los hombres que custodiaban el presidio se negaron al principio, pero el doctor Plantard pidió que las dejaran pasar, pues no quedaba ya secreto alguno que proteger.

Yaiza avanzaba con el corazón encogido. Se respiraba entre esas paredes un vacío que ella nunca antes había experimentado, la sensación de que la muerte rondaba cada rincón. Un olor fresco y al mismo tiempo nauseabundo. Rezumaba el salitre y el vinagre. Sus pasos a menudo crujían sobre las tablas de madera y el serrín que poblaban el suelo para evitar el contacto directo con la tierra. Tuvo que detenerse un instante mientras Leonora se dirigía hacia el camastro de su hermano. Le faltaba el aire. Sentía el dolor ajeno como si fuese el propio. Habría dado lo que fuese por llevárselos a todos a América. Le desgarraba el alma escuchar los quejidos, ver los cuerpos de tantos hombres y mujeres cubiertos de arriba abajo, mostrando apenas los ojos y las dentaduras. Restos de sangre en cada seda blanca que veía a su paso.

Cuando llegó a la última estancia vio a Rodrigo recostado. El joven hacía un notable esfuerzo por mantenerse erguido sin sucumbir a los dolores de las llagas y pústulas que roían su piel. Leonora se hallaba sentada a los pies de su jergón. Lo acariciaba con toda la ternura del mundo, pero sin entrar en contacto directo con su piel. Solo podía tocar aquella sábana mustia y ceñida, esa lona que antaño había brillado por el blanco de la aurora, pero que se había decolorado de tanto vinagre que portaba en sus lavados. Yaiza se fijó en que esa fina capa alejaba al muchacho del calor de su hermana. Era todo lo que él necesitaba en ese momento, y sin embargo tenía que resignarse a sentir a Leonora a través de ese vínculo impuesto por los demonios. Apenas un brazo los separaba, con el riesgo que ello acarreaba para el contagio. Pero Yaiza no se atrevió a intervenir, aunque sabía que se estaban poniendo en riesgo por más que las cubriesen las sábanas. Por una vez prefirió eso antes que cortar el amor fraternal. Esa enfermedad era la peor de las condenas, y más aún para alguien como Rodrigo, con toda la vida por delante. No remitían sus dolores, tampoco los síntomas. El joven se consumía poco a poco.

Era el último adiós entre ellos.

Yaiza permaneció apostada contra el umbral mientras ellos intercambiaban aquel susurro.

—Sea feliz, hermana —balbuceó él, casi como una súplica a su alma gemela. Las palabras a duras penas brotaban de su garganta.

Leonora rompió a llorar con una sonrisa de asentimiento. Rodrigo imitó el gesto. El joven tenía el rostro cubierto con gasas de seda, a excepción de los ojos, pero ella pudo atisbar su sonrisa.

Así sellaron la despedida. Sabían que no volverían a encontrarse. Que él no tardaría en despedirse de este mundo que hacía tiempo lo había dejado de lado. Tumbado en aquel jergón no sentía más estímulos que el viento, así como el salitre que ventilaba la estancia cada mañana.

Leonora se derrumbó al tomar conciencia de aquel desenlace. Su madre, condenada al peor escarnio. Su padre, atravesado por el alcohol, roto hasta la médula por la enfermedad del hijo. Pensó que quizá los había juzgado injustamente. Pero era tal su desgarro por habérselo ocultado, y por haber recluido a Rodrigo en secreto en ese lazareto, que no podía expresar otra emoción.

Se dio cuenta entonces la cuadrillera de que estaba completamente huérfana. Siempre pensó que los Betancor eran el apellido perfecto. Y en cierto modo así lo habían sido. A su manera, como todas las familias.

Necesitaba empezar de cero.

Al otro lado del mundo.

90

Esclavos

Juan contuvo el aliento al llegar al puerto. Frente a él se hallaba el Nuestra Señora de la Trinidad y del Rosario, majestuoso galeón como pocos había visto, meciéndose con franqueza junto a la orilla de aquel mar en calma. «Ojalá pudiera llevarme la isla a cuestas», pensó. Lástima que muchos fuesen los llamados, pero pocos los elegidos.

Por suerte él estaba a punto de liderar aquella misión como alcalde mayor y juez de ultramar.

Era el primer día del resto de su vida.

Saludó al señor Perdomo en cuanto llegó. El hasta ahora líder del puerto llevaba un rato esperándolo. En cuanto lo vio aparecer por ahí, el aduanero puso en marcha a todos sus esclavos para que fuesen cargando los víveres y herramientas en el navío que acababa de arribar. Y conforme llegasen los expedicionarios habría que ayudarlos a embarcar sus respectivas pertenencias. Sacos de grano y harina listos para resistir meses sin corromperse. Barricas de pescado y carne en salazón, así como varios fardos de higos tunos, almendras y mazapanes. Panes secos. Todas las bolsas de menor tamaño llevaban adosadas en la parte superior una soga para

colgarlas de la parte superior de la bodega y prevenirlas del acceso de las ratas. Además de esto, los esclavos comenzaron a cargar las herramientas. Martillos, arados, clavos y picos, además de una talla de san Francisco y la rueda para moler el gofio.

Juan se detuvo a observar el trabajo de aquellas hormigas berberiscas. Aún le costaba creer la hazaña que estaban a punto de llevar a cabo. Con veinte varas de eslora y diez de mangas en su parte más ancha, aquel navío imponía desde la superficie, pues el casco se elevaba sobre su cabeza. Pero al mismo tiempo había algo que despertaba recelos en el líder de la misión.

—¡Dichosos los ojos, Leal!

En ese momento se asomó al pasamanos de la borda el comandante general de Canarias, Lorenzo Fernández de Villavicencio. El militar, máxima autoridad del archipiélago, había arribado con su séquito de alguaciles a bordo del galeón para asegurarse de que el embarque transcurría sin contratiempos. Más valía prevenir. Antes de dejar para siempre el archipiélago, el navío tendría que hacer una breve escala en Tenerife para que desembarcaran estos militares.

Villavicencio se disponía a descender por la pasarela que comunicaba el galeón con la costa, pero Juan se adelantó y le hizo un gesto para que lo esperase a bordo. El alcalde subió en solitario, pues quería hablar con él de un asunto que le escamaba. Tuvieron que ayudarlo a subir dos grumetes. Por suerte no había mucha altura hasta el nivel del mar.

—¿Está nervioso por partir? —dijo el comandante mientras le extendía la mano con satisfacción. Se notaba la alegría en su rostro. Sabía que el rey lo promocionaría después de fletar con éxito aquel

cometido—. No crea que estoy plenamente satisfecho, señor Leal. No ha conseguido reclutar a las personas necesarias para la misión.

—Somos más de cincuenta.

—Y me prometió llegar a las cien.

—Hice lo que pude.

El comandante general lo escrutó en silencio, después soltó una carcajada dejándole claro que estaba bromeando.

—¡No se preocupe, alcalde! Hoy es un gran día.

Pero en ese momento Juan reparó en algo extraño sobre el suelo que pisaba.

—Señor Villavicencio, ¿es esta la nao en la que viajaremos?

—¿No le gusta o qué, mandril?

Pero este no respondió al instante. En su lugar miró en derredor, tratando de examinar cada rincón de la cubierta. Después avanzó con cuidado y se asomó a las sentinas y bodegas del navío. Pero estaban oscuras debido a que apenas se filtraba luz. Mientras tanto, los esclavos seguían llenando el galeón. Juan tomó un candil y se adentró en el interior para constatar la peor noticia. Que sus dimensiones eran menores de lo que esperaba.

—¿Cree que aquí cabremos todos?

—Por supuesto —dijo Villavicencio quitándole importancia.

Pero Juan seguía sin estar convencido. Imposible que allí cupiesen cincuenta almas durmiendo, o tan siquiera pasando el día.

—Menos mal que no he conseguido llegar a la centena —balbuceó.

En ese momento, Villavicencio trajo al capitán. Un hombre recio, simpático y a la postre necesitado de dinero debido a su aliento a alcohol. Las travesías a América eran la mejor manera para hacerse

con un botín a la altura. Después podría pasar un año gastándoselo en las tabernas.

—Le presento al rey de la embarcación, Leandro de Almansa.

Juan le extendió la mano. Después de este, Villavicencio le indicó los otros dos únicos rostros que viajarían con ellos hasta América. Tres marineros para un grupo de cincuenta inexpertos.

—¿Perdón? ¿Solo tres hombres?

—¿Qué más necesita, Leal? —le indicó el comandante—. Le avisé de que la misión no sería fácil, y eso incluía la travesía. Todos los pasajeros tendrán que llevar a cabo labores como grumetes a las órdenes de Almansa.

—¿De veras? Pero si… yo no estoy capacitado. Apenas veo más allá de ustedes.

—Algo encontraremos para vos —irrumpió el capitán con una sonrisa—. Sé que viajan a bordo un escribano, carpintero, herrador, curtidores y zurcidoras. Oficios más que útiles en alta mar. Y ya verá lo bien que nos viene tener a mujeres con habilidades para la cocina, lavandería y bordado.

—¿Y los niños?

—Siempre hay alguna rata que matar. Y las cubiertas y pasamanos no se limpian solas. El salitre carcome el galeón como si no hubiera un mañana.

Juan se alejó de ellos con paso dubitativo y volvió a descender la cubierta del barco con aire de derrota. Sentía que se estaban riendo de él. Esas no eran las condiciones que les habían prometido. El título de hidalgos, las tierras en la bahía del Espíritu Santo… Pero jamás creyó que viajarían en el galeón como marineros.

Y la realidad era mucho peor de lo que imaginaba.

Antes de que pudiera marcharse, Villavicencio y Almansa retuvieron al alcalde para que firmara un pliego que estos llevaban entre las manos.

—¿Tiene el dinero?

—Así es.

Juan extrajo las dos bolsas de su jubón. El resto se lo había entregado ya al señor Perdomo, quien cumplió con su palabra y arregló la mercancía que faltaba. A Leal se le revolvía el estómago solo de pensar que había sucumbido a ese corrupto militar y al dinero falsificado con tal de obtener toda la financiación.

Todo fuese con tal de salvar a los suyos.

El capitán y el comandante aceptaron de buen grado las bolsas. Acto seguido le entregaron el parte o contrato de amarras. Juan tuvo que colocarse mejor las gafas para ver qué indicaba la cédula. En el papel se detallaba el flete oficial del galeón, de cara a los aduaneros y recaudadores de diezmos. Al menos llevaba la firma y el sello de la Corona.

Pero cuando alcanzó el final del texto creyó leer algo que no tenía sentido.

—¿Un flete de esclavos?

Ellos dudaron, pues no sabían quién de los dos tenía que decírselo. Finalmente fue Villavicencio el que tomó la iniciativa.

—Se trata de una mera formalidad.

—¿Formalidad? ¿Por eso es tan pequeño el navío?

Él asintió con pesar.

—Comprenderá que sería imposible financiar esta expedición en condiciones normales. Pero no se preocupe, nadie los tratará como tal. Se hace simplemente para justificar el viaje. El capitán y usted

tomarán todas las decisiones a bordo. Esta era la única manera de fletar este galeón. Nos ahorramos un dinero en impuestos…

—… Y usted se lleva una comisión —lo cortó Juan, cabreado.

Villavicencio se detuvo ante él. Posó la mano sobre su hombro, consciente de que este necesitaba una arenga para hacerle entrar en razón.

—Nadie dijo que fuese fácil, Leal. Está a punto de hacer historia. Como ve, el monarca y el virrey están al tanto de la expedición. Si lo hemos hecho de esta forma ha sido para ahorrar costes y que el secreto no viese la luz. Ya sabe, los franceses…

—Estoy al tanto.

—Me alegro. No viajarán como marqueses, pero hallarán la forma de acomodarse en las sentinas. Podrían hacer turnos para dormir, para comer… Dejo la organización en sus manos, señor.

Juan tuvo que hacer un esfuerzo por no derrumbar su rabia. Las condiciones distaban de las promesas que le habían hecho al principio. Por culpa de este viaje había tirado por la borda veinte años de reputación, su puesto político. Estaba a punto de dejarlo todo para marcharse al otro lado del mundo.

Y lo peor era que había arrastrado a su familia y a sus vecinos para que fuesen con él.

Respiró hondo, consciente de que ya no había marcha atrás. Se lo comerían vivo en Teguise si se arrepentía de hacer la travesía.

En ese momento oyeron gritos en el puerto. Villavicencio se asomó a la cubierta para comprobar lo que ocurría. Ya habían llegado buena parte de las familias. El problema era que acababa de presentarse en la dársena el corregidor Albarracín, junto a un

séquito de alguaciles y políticos locales, entre los que también se hallaban Norberto Palacios y Armando Curbelo.

Los hombres gritaban desde tierra pidiendo la cabeza del responsable, al tiempo que impedían el embarque a las familias voluntarias que acababan de llegar y luchaban por abrirse paso para subir al galeón.

Juan tragó saliva y por un segundo vio derrumbadas sus ilusiones. Había jugado con fuego hasta quemarse. Pero el comandante Villavicencio le transmitió tranquilidad con su gesto. Se apoyó junto a él en el pasamanos y gritó a los recién llegados.

—¡Buenos días!

—¡Comandante! —le espetó el corregidor desde los pies de la dársena—. ¡Solicito una explicación de inmediato!

—¡Tenéis ante vosotros la primera misión colonizadora de los isleños! —clamó Villavicencio, que parecía tenerlo todo bajo control. Y acto seguido les mostró un documento oficial—. ¡Esta expedición está aprobada por el monarca y el virrey de Nueva España, así que más vale que no compliquéis el embarque!

Desde esa altura Juan pudo comprobar cómo los hombres se arremolinaban en grupo, presas de rabia y de desconsuelo. Todos maldecían no haberla detenido cuando aún estaban a tiempo.

La mentira se tornaba cierta, después de todo.

El corregidor estaba hecho una furia. No solo había sucumbido a las bravatas de Juan Leal, sino también a las de fray Torres. Alguaciles, concejales y vecinos lo observaban ahora con desdén y un deje de vergüenza. Por suerte había llegado el milagro a la isla solo unos días atrás.

Francisco Albarracín tenía una última oportunidad de detener la expedición.

Y Juan supo al instante de qué se trataba, pues entre la comitiva de soldados y políticos se hallaba una mujer a la que tardó en reconocer unos instantes.

Doña Beatriz Alcántara, viuda de Domingo Medina.

91

Caos en el puerto

Yaiza y Leonora llegaron al puerto con la lengua entre barbechos después de tan frenética carrera, conscientes de que el galeón tenía que partir lo antes posible para no dar margen a contratiempos. Sus ilusiones se derrumbaron al contemplar la estampa en torno al navío.

Apenas cabía un alma en los embarcaderos. La pasarela de tablones que comunicaba las aduanas con el embarque se había convertido en un hervidero de gritos, empujones y súplicas por doquier. Por un lado se hallaban los voluntarios de la expedición, familias al completo cargadas hasta los topes con sus arcones, sacos e incluso cabezas de ganado atadas con sogas. Cabras en su mayoría, aunque también había algún que otro puerco a punto del San Martín. Bloqueaban el acceso al barco los guardias de Norberto Palacios. El alguacil mayor vociferaba con todas sus energías ante el ultraje que suponía esa expedición. Las mentiras del alcalde y el vicario.

La peor vergüenza que jamás había presenciado la isla.

—¡Esto es un ultraje!

Yaiza se abrió paso entre las familias en busca de la discusión principal. En mitad de la dársena, el corregidor Albarracín clamaba todo tipo de leyes e improperios contra Juan y el comandante general Villavicencio, sin importarle en absoluto que este último fuese su superior directo. Los concejales y un grupo de escoltas de ambos grupos rodeaban una contienda que sin duda no auguraba un feliz desenlace para alguno de los bandos.

—¡Estáis podridos! ¡Me niego a consentir que esta mentira salga adelante!

El corregidor era un nervio infausto con las mangas a la altura de los codos. El cuello de la camisa desgajado por los empujones. Tuvieron que interponerse los guardias para que el asunto no pasara a mayores.

Por el contrario, Villavicencio mantenía la calma.

—Ya se lo he dicho. Esta misión está amparada por el mismísimo Felipe V, así como por el virrey, marqués de Casafuerte. Si hemos mantenido el carácter reservado ha sido precisamente para evitar intromisiones como la vuestra. El sabotaje francés está a la orden del día.

El corregidor se volvió hacia el aduanero. Ordenó a sus guardias que lo trajeran por el pescuezo.

—Usted, embustero… Lo sabía, ¿verdad?

—No…, no. Se lo juro —balbuceó Leandro Perdomo.

—¡Miente! ¿Cómo si no ha custodiado todos los enseres y víveres de esta gente?

Villavicencio tuvo que intervenir.

—Le aseguro que el señor Perdomo no sabía nada —mintió este para protegerlo—. Él recibió una orden directa por parte de mi

comandancia para la custodia, pero no conocía el motivo.

—¿Y no pudo intuirlo después de las advertencias de los Betancor?

Perdomo se hizo el bobalicón. Supo al instante que no lo tendría nada fácil como nuevo alcalde de esa isla. Un sueño cumplido, pero más difícil de lo que creía al tener a todos en su contra.

Así que Villavicencio volvió a salir en su defensa.

—El galeón debe partir. Con la ausencia de Juan Leal Goraz, Leandro Perdomo se convertirá en el nuevo alcalde. Y más vale que no le ocurra nada, porque daré parte de este encuentro al monarca.

El corregidor y los suyos se cuadraron en señal de respeto, pero sobre todo de pavor. Nadie quería hacer enfadar a las huestes de Madrid. Tal vez no podían detener la partida del barco, pero sí frenar a Leal y a su familia.

—¡Que venga la mujer!

En ese momento se abrió paso entre ellos doña Beatriz Alcántara, ahora viuda del emisario real, Domingo Medina. El hombre con el que todo había empezado.

Yaiza se quedó de piedra al verla, sobre todo porque no comprendía qué diablos podía cambiar esa mujer de cara a la travesía.

La señora se acercó directamente al lugar que ocupaban Juan Leal y sus adláteres. Pero se detuvo un instante en la segunda línea, donde se encontraban las mujeres. Clavó su mirada directamente en Lucía Catarina Hernández.

—Cuánto tiempo —dijo Beatriz.

La madre de Yaiza ni siquiera le devolvió el saludo. Tan aterrada estaba.

El corregidor Albarracín intervino para explicar la situación al comandante Villavicencio.

—He redactado una orden de presidio contra la señora Hernández. Se la acusa de dar muerte a Domingo Medina.

—¿Qué? —Fue Juan el que saltó, imbuido por la hostilidad.

Pero el comandante dejó que se explicaran.

Beatriz sacó entonces un fajo de cartas escritas por la propia Lucía, en la que le pedía a Domingo Medina que no volviese a Lanzarote. La viuda explicó que se trataba de una respuesta al emisario, ya que este aseguraba que pronto aparecería por allí para llevarse a Yaiza Leal a Madrid.

La joven palideció. ¿Llevársela? ¿Así que eran ciertas sus promesas? No podía creerlo. Y al mismo tiempo aquello no tenía sentido. ¿Su madre, acusada de matarlo?

Beatriz lanzó una sentencia, esta vez dirigiéndose a ella.

—Domingo Medina era su padre.

92

Estruendos del pasado

El comandante Villavicencio tuvo que dar su brazo a torcer, pues esa revelación lo cambiaba todo. No podía permitir que una mujer acusada de asesinato huyese a América en una expedición avalada por su propia firma.

La máxima autoridad del archipiélago ordenó ahora que levantasen aquel corro al aire libre y pasaran al interior del edificio de aduanas para discutir el asunto como era debido. De inmediato se formó una algarabía entre el pasaje. Gritos de Leal, súplicas de fray Torres y una sonrisa de oreja a oreja por parte del alguacil y sus concejales. Volvieron los empujones, esta vez reprimidos por los porrazos de varios guardias.

Mientras tanto, un grupo de vecinos acababa de llegar al puerto, todos imbuidos por la cólera y los chillidos de injusticia. Algunos llevaban herramientas en sus manos, como si quisieran usarlas como armas con las que reducir a los que estaban a punto de iniciar ese viaje. A varios de los instigadores los acompañaban grupos de esclavos, también enfurecidos. La tensión en la dársena crecía conforme se arremolinaban en torno a ella cuerpos sedientos de justicia. Aunque allí estuvieran los guardias de Villavicencio, el sentir

popular los triplicaba en número. Por primera vez los hombres de comandancia temieron por el desenlace de la jornada.

Y por sus vidas.

Leandro Perdomo echó a gritos a los esclavos que pululaban por los pasillos, cargados con baúles y fardos. Estos salieron en desbandada por las diferentes puertas de aquel desangelado armatoste de piedra. El comandante, el corregidor y el alcalde improvisaron su asiento en arcones junto a la barra. Permanecieron de pie los demás. El alguacil Palacios, el concejal Curbelo y fray Torres, entre otros. Y también las mujeres, con Beatriz Alcántara, Yaiza y su madre, así como Matilde y Leonora. Un cielo de ojos se agolpaba contra los ventanucos para ver qué se cocía en el interior, mientras los guardias hacían por contener a aquella marabunta.

Lucía tuvo que explicar la verdad.

Veinte años atrás ella pertenecía al estrato más bajo de la sociedad. Huérfana, se crio en una vieja alhóndiga que los religiosos tenían habilitada para niñas como ella. Don Pedro Carrasco era un joven franciscano dispuesto a dejarse la piel por los más desfavorecidos. «Fue un padre para mí», explicó. Pero no había espacio para todas allí adentro, y en cuanto alcanzó la edad de merecer, Lucía se vio en la calle y no halló más futuro que ejercer todo tipo de labores, desde la limpieza al zurcido. Conoció a Domingo Medina en una de las visitas de este hombre.

El visitador era un joven noble de origen madrileño que había medrado gracias a sus méritos entre la alta sociedad de la capital. Le querían en todos los círculos de Alcalá y Latina por su carisma y sus

dotes diplomáticas, así que pronto se convirtió en uno de los más importantes del señorío de Lanzarote. En sus viajes visitaba las granjas y fincas, donde conoció a Lucía mientras ella trasquilaba al ganado.

Corría el inicio del siglo y Medina pasaba tiempo en la isla para supervisar las labores del almojarife o recaudador. Este hombre, conocido como don Lázaro Machín, acababa de implantar un diezmo abusivo con el que pretendía desmantelar a los más pobres. Pero estos se rebelaron en su contra y protagonizaron uno de los episodios más infaustos que podían recordar los presentes. Fue la muerte del almojarife lo único que despertó el pánico en los palacios de Madrid, pero a esta había que sumar decenas de jornaleros y ganaderos que perecieron en las protestas. A nadie más que a los conejeros le importaba lo que sucediese a tantos hombres que no tenían ni para dar besos en el pan. Todo parecía indicar que Domingo correría la misma suerte, pero el emisario tuvo la visión de nombrar alcalde a un joven tenaz y ávido de soluciones. Juan Leal Goraz.

A pesar de su ceguera, Leal demostró una determinación inquebrantable, así como una habilidad para diluir la tensión y la histeria colectiva en Lanzarote. Ocultó en casa a su mecenas en el cargo, en el preciso momento en el que acababa de conocer a la mujer que cambiaría su vida para siempre. Se amaban.

Juan y Lucía pronto empezaron a conocerse más de cerca, sin llegar a la intimidad más profunda. Pero Domingo no se lo tomó de buen grado, pues le dijo a la mujer en secreto que estaba enamorado. La relación no fue correspondida, así que una noche el visitador quiso propasarse con ella.

Presa de la rabia, Domingo la poseyó sin su permiso. La despojó en el palacete una noche en que Juan había salido a reunirse con los hombres de cabildo.

No volvieron a hablar después de aquello. Primero, porque Lucía sabía que nadie la creería dado que se trataba del hombre más poderoso del Señorío. Y segundo, porque temía que Juan perdiese su puesto como alcalde si denunciaba.

Veinte años después, ante ese grupo que se agolpaba en la aduana, fue la primera vez que Lucía contaba esta historia.

93

En su defensa

Yaiza enmudeció al escuchar el relato. Sintió cómo el suelo se abría bajo sus pies. Le temblaban las extremidades. Quería llorar, gritar. Pero ni siquiera podía inmutarse. Leonora y Matilde la atrajeron hacia sí, posando sus brazos sobre los hombros de ella para transmitirle todo el calor que sabían que necesitaba. Solo así Yaiza consiguió mantenerse en pie ante el vendaval.

Pero se zafó de ellas en cuanto volvió en sí, y se acercó al centro de la estancia para enfrentarse a Juan y a Lucía.

—¿Qué? Díganme que esto es mentira. ¡Mentira!

El alcalde agachó la cabeza, avergonzado.

—Y usted lo sabía, padre. Pa… —se sintió asqueada al llamarlo de esa forma. Aún no podía creerlo—. Y no dijo nada por miedo a perder su puesto… Qué, qué…

—Yo no sabía esto, de verdad. Creí que su madre había tenido algo con Domingo. Por eso juramos guardar el secreto. No entiendo por qué ha venido doña Beatriz a reclamarla. Pero yo no sabía… toda la verdad. No sabía… la violación —clamó Juan.

—Por favor —pidió Lucía.

Y acto seguido continuó explicándose.

Les relató que tuvo que confesar a Juan que estaba encinta del hombre al que media isla quería ver muerto. No le dijo que se trataba de una violación, pues temía que nadie la creyese, o que por el contrario Juan quisiera matarlo.

Al alcalde no le quedó otra que aceptar su destino, y se negó a enfrentarse a su superior por miedo a perder el puesto. Un desliz, una relación pasada de su Lucía que no quería volver a recordar.

Poco después de aquello Juan habló con Domingo, y este accedió de buen grado a marcharse de Lanzarote. El visitador regresó a la península en cuanto las cosas se calmaron. Pero antes de marcharse alegó no tener intención alguna de criar a la criatura que la mujer llevaba en el vientre, así que Juan pidió a Domingo que certificase que él era el progenitor.

Eso hicieron.

A ojos de todos, Juan Leal actuaría como padre, salvo que la sangre pertenecía a ese hombre que volvería a Lanzarote cada pocos años de visita, para ver cómo crecía su hija.

Beatriz irrumpió al concluir el relato, sosteniendo las cartas entre sus manos.

—Mi marido jamás habría hecho eso, él era un caballero. Es su palabra contra la de mi marido, fallecido por su culpa. Domingo era el padre legítimo de esta chica y tenía todo el derecho de llevársela con él a Madrid.

—Eso no fue lo que acordamos —se explicó Juan—. Yaiza creció aquí. Todo su mundo está aquí, con nosotros…

Yaiza no podía más que apretar los puños de la rabia. Se fijó en que su madre lloraba, muerta en vida. Como si acabaran de arrebatarle el alma.

—¡Ustedes lo mataron! —gritó la joven.

—¡No! —respondió Juan.

Pero Beatriz Alcántara volvió a enseñar las cartas. Esta vez el comandante Villavicencio las tomó y volvió a leerlas en voz alta. En ellas, Lucía suplicaba a Domingo que no volviese, que no se llevara a la niña consigo. La prosa en su redacción sonaba a todas luces amenazante. Pero también tenía una carta enviada por la propia Yaiza.

Y hacía solo un mes de aquello.

La joven se dio cuenta del grave error que había cometido. Ella había avisado a Beatriz en una misiva para darle el pésame por la muerte de Domingo.

Por eso estaba aquí la viuda. Por eso se había enterado.

El comandante llamó a todos a la calma, tratando de dilucidar la situación.

—¿Por qué ahora, señora Alcántara? ¿Por qué el señor Medina tenía tal insistencia en llevarse a la joven con él?

—Por el viaje —se explicó Beatriz—. Domingo tenía que avisar a Juan y al padre superior de los franciscanos para que preparasen en secreto esta travesía. Pero no podía permitir que Yaiza se marchase a América.

Juan se percató al instante de algo que no tenía sentido. El padre superior era Carrasco, y no fray Torres. Pero prefirió no ahondar más por el momento.

—¿Por qué?

Beatriz suspiró, buscando las palabras adecuadas.

—Porque decía que esta expedición es un suicidio. Un viaje al infierno. Por eso eligieron al señor Leal desde Madrid. Porque era un

castigo por sus insolencias y sus múltiples quejas al gobierno central.

Todos enmudecieron.

Juan se volvió hacia el comandante general para saber si eran ciertas las palabras de Beatriz. Supo la verdad de inmediato. El gesto avergonzado de Villavicencio, sumado a las condiciones del galeón. Ese flete en el que pretendían embarcarlos como esclavos.

El alcalde vio destrozadas en un instante todas sus ilusiones. Creía que lo tenían en alta estima, y sin embargo… Todo lo contrario. Era una forma de defenestrarlo junto a los suyos. Si salía bien, un tanto para la Corona. Y si salía mal, solo se habrían desprendido de ciudadanos de segunda.

Por si fuera poco acababa de descubrir que Domingo había violado a su Lucía.

En ese momento el comandante y el corregidor acallaron las voces. Era la primera vez que se ponían de acuerdo. Se volvieron hacia Lucía, sobre quien descansaba una acusación de asesinato.

—Bueno, señora Hernández. Beatriz Alcántara asegura que ha sido usted. Que tuvo la ocasión de envenenar al señor esa noche durante el banquete, y que además pudo habérselo pedido a su mentor, el padre Carrasco. Díganos. ¿Ha matado usted o ha pedido usted la muerte del visitador, Domingo Medina?

Silencio.

Lucía palideció, presa de la vergüenza y de la culpa.

Yaiza supo al instante que había sido ella, y que Mateo había sido el cómplice, quien le había entregado aquel frasco de veneno. Lo decía su mirada, en ese vaivén en los dedos de sus manos, cómo hacía pequeños círculos nerviosos con sus alpargatas. Ahora todo

encajaba. Su madre y su hermano habían tratado desde el principio de evitar ese viaje, así como salvarla de las garras de Domingo.

Aún no era consciente de cuanto acababa de descubrir, pero, imbuida por un impulso, irrumpió entre ellos antes de que su madre pudiese confesar. No podía abandonarla.

—¡No! ¡No fue ella! ¡Imposible!

Todos se volvieron hacia Yaiza, incluidos Juan y la propia Lucía.

—¿Qué ocurre, señorita?

—Mi madre no se ausentó de la cena un solo segundo, pues estuvo conmigo en todo momento. Y yo tampoco me separé de ella en toda la tarde anterior, desde que supimos de la llegada de Medina. Es imposible que hubiese podido hablar con Carrasco en ese breve periodo de tiempo.

Pero los políticos no parecían creer su palabra. Así que Yaiza tuvo que atacar a la desesperada en su última opción.

—Fue Catalina Betancor. Me lo dijo Leonora —dijo, señalando a la cuadrillera.

Todos los ojos se volvieron hacia la chica, quien se sintió afrentada ante el juicio de todos. Dudó antes de hablar.

—Es cierto. Mi madre trataba de sabotear esta expedición, lo supo por los franceses que enviaron a casa una misiva exigiendo su apoyo. Ella envenenó el vino, y en vista del fracaso acudió a hablar con fray Carrasco para que lo hiciese por ella. Esa es la verdad. Encontré el frasco del veneno en la vivienda.

—¡Mentira! —clamó el corregidor Albarracín.

Acto seguido se presentó ante Leonora, dispuesto a desmontar sus palabras.

—¡Júrelo! ¡Por su hermano!

Silencio.

—Lo juro. Mi madre me lo confesó. Fue ella. Solo ella.

Y así, el corregidor no pudo más que sucumbir. El comandante general Villavicencio pidió a los alguaciles que despejaran el paso para que el galeón pudiese zarpar.

94

Mano a mano

La marabunta se agolpaba en torno al barco. Los guardias y escoltas de ambos bandos tuvieron que gritar, empujar e incluso golpear a los insurrectos que pretendían sabotear el embarque de los expedicionarios. Se produjeron varias peleas, especialmente entre las familias que se quedaban en tierra y aquellas que querían subir a bordo. Como los Gálvez, quienes durante días habían fingido no saber nada del viaje. Era solo uno de los trece apellidos que subían a bordo. Haber sido capaces de mantener esa mentira se cobraba su recompensa.

Por fin podrían emigrar en busca de la Tierra Prometida.

Los altercados se sucedieron, sin embargo, por más que los escoltas del corregidor y los soldados de comandancia general hicieron por detenerlos. Varios hombres quemaron barriles, otros tiraron al mar los baúles y arcones con las pertenencias de algunos expedicionarios. Gritos de mujeres que tiraban a otras de los pelos. Un cuerpo masculino cayó al agua desde la orilla, aunque por suerte no había profundidad y pudieron sacarlo entre varios zagales.

Quiso un milagro que el asunto se fuese calmando poco a poco. O más bien el monopolio de la fuerza que ejercían los guardias con

sus porras y zurriagos. Disparos de pólvora hacia el cielo que hicieron que la gente finalmente se amedrentara. Varios hombres se vieron con los grilletes puestos por intentar prender fuego al galeón. Y la calma fue regresando a la dársena en cuanto oyeron los gritos del corregidor. Gritaba, tratando de convencer a los restos que se quedaban.

Que se fueran a América con sus mentiras. Que ese viaje era un suicidio y morirían en alta mar, o quizá al llegar a tierra. No iban a hacerse ricos en la tierra prometida, sino a sucumbir como esclavos para la Corona. Tal fue el convencimiento con el que lo gritó que poco a poco la gente se amilanó, y a sus palabras las acompañaron más tañidos de bala formando nubes sobre sus cabezas.

Los expedicionarios embarcaron finalmente, con Juan a la cabeza. Y esta vez se acercaron a él varias familias reclutadas que preguntaban a su alcalde si eran ciertas las profecías que gritaba el corregidor.

—Dicen que este viaje es un suicidio, señor Leal. Que nos espera el infierno en la travesía, y algo aún peor al llegar a tierra. ¿Eso es verdad?

—Mentira, todo mentira. Tienen envidia.

Los Gálvez, Arrocha, Mederos, Cabrera y los Bustos calmaron sus temores. Hombres, mujeres y niños que no habían tenido la fortuna de presenciar el desenlace en el interior de la aduana, y desconocían que aquel viaje era un castigo. Entre ellos estaba también fray Guzmán, que acababa de reencontrarse con su pequeñajo después de haber tenido que darlo a la beneficencia. Fray Torres había intercedido por ellos para tener a un aliado eclesiástico en la expedición.

Juan Leal observó con nostalgia el abrazo entre aquel joven cura y su hijo, y al instante se volvió hacia su familia. En cierto modo, todas aquellas personas que subían al barco eran ahora miembros de una misma sangre.

Después echó un vistazo a los que habían estado presentes en la reunión. Lucía, Yaiza, Matilde, fray Torres, Leonora. Todos asintieron al unísono y juraron guardar silencio. Porque sí, tal vez fuese un castigo ese viaje. Quizá nadie confiaba en ellos, pero no podían quedarse en tierra. Habían mentido a Lanzarote. Y ahora era tal su orgullo por abrirse paso que no contemplaban más escenario que esa nueva civilización.

Yaiza se agarró al pasamanos del mascarón de proa y miró a su madre. La joven comprendió que Mateo había tratado de ayudarla. Su hermano le había dado el veneno para acabar con el visitador y evitar que este pudiera llevársela a Madrid, así como detener el viaje.

Lucía le devolvió una mirada atrapada por las lágrimas. Yaiza posó su mano sobre la de ella para transmitirle todo su calor.

Junto a ambas se encontraban Leonora y Matilde. Las cuatro mujeres seguían petrificadas, y al mismo tiempo eufóricas, observando en la orilla bajo sus cabezas a los que no viajarían. Era la última vez que verían a todos aquellos conejeros.

La última vez que pisarían la isla.

Lucía rompió el silencio para dirigirse a Yaiza, pero también a la cuadrillera.

—Gracias —balbuceó ella.

El resto de las mujeres supieron al instante a qué se refería. Era lo mínimo que podían hacer ellas para ayudar. Domingo Medina era un

monstruo. Y se merecía aquel desenlace.

Todas sentían que algo había cambiado en ellas antes siquiera de emprender la travesía. Al menos se tenían las unas a las otras en la mayor aventura de sus vidas.

Viajarían hasta Tenerife escoltados por el comandante y sus guardias.

A partir de ahí quedarían a merced del océano.

Eran cincuenta y siete personas dispuestas a fundar una civilización al otro lado del mundo, en la última frontera del virreinato.

Pero Juan aún tenía una pregunta que resolver. Así que se acercó a fray Torres, su nuevo aliado en el futuro cabildo que levantarían en América. Poder político y religioso, mano a mano.

—Usted no debía estar a bordo de este navío, padre. Ha dicho doña Beatriz que era el líder de los franciscanos quien debía tomar esta misión.

Fray Torres le sonrió, orgulloso porque Juan se hubiese dado cuenta de esa reflexión de la señora Alcántara.

—Me adelanté esa noche, y Domingo halló en mí al candidato perfecto. Un guijuelense joven y con ganas de comerse el mundo. Con el espíritu misionero intacto, al contrario que el pobre Carrasco.

—Mintió…

—Todos mentimos, Leal. Y sin embargo aquí estamos. A punto de hacer historia. Créame, de no ser por mí jamás habría creído que sería posible llevar a cabo esta misión. Usted es el elegido, pero necesita a alguien como yo a su lado que le ayude a abrir los ojos. Ahora más que nunca, pues no hay un solo hombre en Madrid o en

Nueva España que confíe en el éxito de nuestra misión. ¿Y sabe lo que nos une de verdad?

—¿Qué?

—Que vamos a demostrarles que se equivocan. Olvídese de las mentiras. La historia no recuerda a los perdedores, sino a los valientes.

—Dios le oiga.

El galeón zarpó después de aquello, despidiéndose para siempre de Lanzarote.

95

Sueños

Juan despertó en mitad de la noche, estremecido ante la zozobra del navío. Los muebles y la carga de las sentinas se mecían a su alrededor. Fue entonces cuando el alcalde creyó haber oído un estruendo a lo lejos, en dirección a la popa del barco. En la isla que dejaban atrás. Se puso en pie y avanzó hacia la cubierta. El resto del pasaje seguía durmiendo en las bodegas como si nada hubiera sucedido.

Otro ruido. Esta vez más fuerte.

Y después una explosión que quebró el silencio en alta mar.

Sin saber cómo, sus ojos contemplaron en plena noche un fogonazo de luz en el horizonte.

Fuego.

Una hilera de humo que brotaba desde las fauces de la tierra y se perdía en el cielo.

Juan Leal supo entonces que eran ciertas sus premoniciones. Siempre lo habían sido. A pesar de su ceguera, él era el visionario. El único hombre capaz de predecir justo a tiempo que Lanzarote se precipitaba al fin del mundo.

Llenó sus pulmones con el salitre desde el alcázar de la embarcación. Desde un mar en calma se despedía para siempre de aquella tierra que se precipitaba al peor de los temblores.

¿Lo estaba soñando? ¿O tal vez era una visión divina?

Timanfaya acababa de nacer. Y con él moría buena parte de la isla que conocían. El fin justificaba los medios empleados. La mentira. Supo que había hecho lo correcto convenciendo a su gente para llevársela al otro lado del globo.

Lo que no sabían era que a bordo viajaba un polizón. Un joven berberisco sediento de venganza, dispuesto a lo que fuese con tal de sabotear la expedición desde dentro.

Para que esa misión jamás se hiciera realidad.

Agradecimientos

Esta novela es el resultado de más de un año de trabajo incansable y en el que he disfrutado escribiendo cada una de las palabras. El camino ha estado lleno de altibajos, pero agradezco haber podido dedicar todo este tiempo a confeccionar esta historia de la que tan orgulloso me siento. Atrás quedan meses de documentación y cientos de lecturas. De viajes a Lanzarote, pero también a las regiones de Nuevo México, Texas y Luisiana en busca de las raíces y las huellas de los protagonistas.

Quiero dar las gracias, por tanto, a quienes me han ayudado a levantar esta ficción. A Sergio y Gabriela, nuestros amigos en Baton Rouge. A Wimpy Serigne, descendiente de canarios en la parroquia de Saint Bernard e impulsor de la herencia de los isleños en Estados Unidos.

Quiero expresar también mi agradecimiento a las personas e instituciones que han contribuido de manera generosa y entusiasta a la investigación que dio origen a este trabajo. A John Reynolds, Joann Browning, Clinton McKenzie y Kris Harville, del equipo de UTSA (Universidad de San Antonio, Texas), por abrirme las puertas de su conocimiento, su archivo y su tiempo. Este apoyo ha sido esencial para comprender los vínculos transatlánticos entre Canarias y Texas desde una mirada interdisciplinar y rigurosa.

Agradezco especialmente a Mari Tamez, de la Canary Islands Descendants Association, por su cercanía y su implicación personal en la preservación de la memoria de los pueblos originarios, así como a Mariah Wade, de la University of Texas at Austin, por su sensibilidad y claridad a la hora de compartir sus estudios sobre las comunidades indígenas en el contexto colonial. A Andrew Miloshoff, de la Universidad de Wisconsin, por su disposición y sus orientaciones bibliográficas. A los autores del StoryMap de Béxar, piedra angular de la descendencia de los canarios en San Antonio de Texas.

Quisiera también rendir homenaje a dos figuras cuya obra sigue iluminando los estudios sobre Texas, Luisiana y el legado hispano: Carlos E. Castañeda y Jesús de las Tejas. Aunque ya no están con nosotros, sus trabajos siguen siendo una fuente de inspiración constante. A Juan Carlos Saavedra, por su complicidad desde la radio pública de Canarias y su incansable labor de divulgación histórica. Su voz, como tantas otras, contribuye a que las historias olvidadas del Atlántico vuelvan a tener eco.

Por último, quiero dar las gracias a todas aquellas personas que me han apoyado y acompañado a lo largo de este camino. A mis padres, a Amelia, a Miguel Ángel y a Sara, sin cuya ayuda me habría sido imposible llegar al final de esta historia. A Diego, a Tania y a David, por su confianza incondicional.

A los libreros y las libreras, quienes me acogen con todo su cariño. A Nauzet, Mar, Rossi, Tito, Pablo, Almudena, María José, Paco, Gema, Jesús María, Xavi, Pedro, Alfredo, Pilar, Arantxa y otros tantos profesionales como Emilia que engrandecen el apasionante mundo de los libros.

A los autores y autoras, novelistas y guionistas, de los que tengo la suerte de aprender cada día. A Rodrigo Costoya, Ana Lena Rivera, Luis Zueco, Sergi Monfort, Pablo Barrera, Caridad Fernández, Fran Ventura, Paula Sánchez Álvarez, Sergio Cámara, Luis Castañeda, María del Mar Rodríguez, Mauro Sanfiel, Alberto Macías, Carlos Molinero, Nico Romero, Maruxa Sánchez, Miguel Penalba y Borja Moreno.

A mi editora, Ana Lozano, quien tanto me ha enseñado sobre este oficio, y a todo el equipo de Penguin Random House, por confiar en mí y en mis historias.

Por último, a los lectores y lectoras.

Gracias, una y otra vez, por abrir vuestra mente y vuestro tiempo a estas páginas y por dejaros llevar a los confines de estos universos que solo existían en mi cabeza.

Gracias por vuestra lectura.

JORGE LAGUNA

Junio de 2025

Gracias por tu lectura.
Ha sido un verdadero privilegio compartir contigo esta historia, espero que la hayas disfrutado tanto como yo al escribirla. Estaré encantado de saber qué te ha parecido, así que te invito a escribirme a través de mis redes sociales.

Instagram: @jorgelaguna94

Si te ha gustado la novela y te apetece dejar una reseña, para mí es de gran ayuda.
Me anima a seguir escribiendo y sirve para que esta novela llegue a nuevos lectores.

Una vez más, gracias por tu tiempo y tu compañía.

«A nadie le importa la verdad, sino quién cuenta la mejor historia».



Villa de Teguise, Lanzarote. 1730. La sequía y los frecuentes temblores golpean no solo la tierra volcánica, sino también los corazones de un pueblo que se siente abandonado por la Corona. Y es que la isla se ha convertido en una prisión de miseria y océano que se precipita hacia el abismo. En esas condiciones reciben la inesperada visita de un emisario real, un viejo conocido portador de un mensaje que puede cambiar para siempre las vidas de todos. Pero su muerte en extrañas circunstancias pondrá a los habitantes bajo sospecha. Con la ayuda de su hija Yaiza, Juan Leal, alcalde de la villa, tratará de desentrañar lo ocurrido. Pero no será fácil porque, en una comunidad en la que todos callan, el culpable puede estar más cerca de lo que imaginan.

Después de la publicación de *El secreto de La Indiana* y *La huésped de la Casa Amarilla*, Jorge Laguna regresa con una novela inmersiva y de exquisita ambientación histórica que ahonda en el siglo XVIII español, una época controvertida sobre todo para la mujer, y muestra el desequilibrio entre las clases sociales y la esclavitud. *La sangre de la malvasía* es un thriller histórico plagado de aventuras y emoción. Una novela magistral que nos transporta a una época y a un espacio apocalíptico, una isla sumida en las sospechas y que es sin embargo un homenaje a todos aquellos que creen con firmeza en las segundas oportunidades.

Jorge Laguna (Tenerife, 1994) es guionista, periodista y realizador. Inició su carrera colaborando en varios medios de comunicación. Ha sido guionista en series como *Brigada Costa del Sol* (Netflix/Telecinco) y en el documental *Babylon*. Asimismo, ha trabajado en el desarrollo de otros proyectos de cine y televisión para productoras y plataformas de España y Latinoamérica. Ha recibido diversos premios a la escritura de cine y televisión, como el otorgado por RTVE en Conecta Fiction 2021, el premio ALMA 2019 y el CIIF Market 2019. Debutó en novela con *El secreto de La Indiana*, a la que siguió *La huésped de la Casa Amarilla*. *La sangre de la malvasía* es su tercera novela publicada en Suma.



Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Jorge Laguna
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Richard Jenkins; © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-09-5

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La sangre de la malvasía

Primera parte

1. Una eterna maldición
2. Como tantas otras familias
3. Valor de ley
4. Las voces del agua
5. El hijo pródigo
6. El presagio
7. La enfermedad de la isla
8. La sal de la tierra
9. Cuando ruge la marabunta
10. Tantos años después
11. A la sombra del favorito
12. Entre las muros del desierto
13. El precio del silencio
14. El oasis
15. Una isla de hipocresía
16. En el horizonte
17. Entre dos mundos
18. La oveja negra
19. Soldado de Dios
20. Sin noticias de Europa
21. Desobediencia
22. Nuestro equilibrio
23. El espíritu de la cordura
24. El precio de la verdad
25. Llamado a filas
26. Polvo en el viento
27. El consejo
28. Cimarrones
29. Cara a cara
30. Guarapo

31. Una puerta hacia la osadía
32. La purga
33. Víctima de la intuición
34. Por la gracia de Dios
35. El cuerpo de Cristo
36. El beso de la traición
37. Un propósito por el que luchar
38. El mañana
39. Mentira y misericordia
40. Los olvidados
41. Entre mimbres
42. Un ideal perenne

Segunda parte

43. Camino a la perdición
44. Deuda de sangre
45. El elegido
46. La ausencia
47. Otra vida
48. En la sombra
49. La aventura
50. En el corazón del puerto
51. Los candidatos
52. Molinos de sangre
53. En los confines de la isla
54. Entre paños y humedales
55. Declaración de guerra
56. Los mitos del Atlas
57. Intrusos
58. La decadencia de una familia
59. Bajo el altar
60. La promesa
61. Un traidor en nuestra sangre
62. El desconocido
63. El sueño de otro
64. Un cofre de ilusiones

65. Retrato de resignación
66. La traición
67. El peso del silencio
68. El eslabón más débil
69. Las grietas del honor
70. Un hogar para la redención
71. La verdad
72. El aroma del vinagre
73. La playa de los condenados
74. El silencio de una confusión
75. El abismo
76. A la sombra del cortijo
77. Toda la paz del Atlántico
78. Sin mirar atrás
79. Polvo de oro
80. Pacto de silencio
81. El poder de la mentira
82. Cambio de planes
83. Todos a una
84. El hijo pródigo
85. Palabra de Dios
86. Una cruz en la plaza
87. Reina en la conciencia
88. El día señalado
89. Hasta siempre
90. Esclavos
91. Caos en el puerto
92. Estruendos del pasado
93. En su defensa
94. Mano a mano
95. Sueños

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jorge Laguna

Créditos